MIRCEA CĂRTĂRESCU

Las Bellas Extranjeras

Traducción de Marian Ochoa de Eribe

Un libro magistral por el que desfilan escritores, artistas, policías, estudiantes, funcionarios culturales y hasta fantasmas: tres relatos cargados de un humor que nos lleva de la sonrisa cómplice a la abierta carcajada.

Mircea Cărtărescu

Las Bellas Extranjeras

ePub r1.0

Titivillus 13.10.16

Título original: *Frumoasele Straine*
Mircea Cărtărescu, 2010
Traducción: Marian Ochoa de Eribe
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Nota de la traductora

NO ES CASUALIDAD QUE MIRCEA CĂRTĂRESCU pusiera buen cuidado en avisar al lector en el prólogo a la edición rumana de *Las Bellas Extranjeras*: el tono es tan radicalmente distinto a lo publicado por él hasta ese momento que el lector —rumano o español— que se haya rendido a la fuerza del estilo hipnótico de *Lulu* o *Nostalgia* se verá confrontado con una experiencia literaria completamente distinta.

Los tres textos que componen este volumen fueron publicados por entregas y, en determinados pasajes, los relatos traicionan el estilo redundante propio del folletón. Sin embargo, no esperen encontrar aquí un Cărtărescu menor: el narrador, siempre un yo que se contempla con humor y autoironía, que se burla con finura —y con una pizca de frustración— de la autosuficiencia europea ante los vecinos del Este, conquista al lector a medida que las historias se suceden.

No cabe duda de que el autor fuerza el estilo árido, áspero, en *Ántrax*, el relato que abre el volumen, pero no se llamen a engaño: las sorpresas que Cărtărescu esconde en la manga no han hecho más que comenzar. Como él mismo reconoció en una entrevista, su aspiración era acercarse a los acontecimientos con la distancia de una cámara, de ahí que no encontremos en

Ántrax el más mínimo exceso formal. Aquí la apuesta es la búsqueda de la desnudez.

Estimados lectores, mi consejo como humilde traductora de este magnífico autor es que confíen en él y que acepten las reglas del juego que *Las Bellas Extranjeras* les proponen.

Las Bellas Extranjeras

A Delia y Tudor Jebeleanu,

amigos de toda una vida.

QUERIDA LECTORA, AMADO LECTOR.

Me habría gustado escribir en la primera página de este volumen algo así como «Vedado a aquellos que carezcan de sentido del humor», pero enseguida me lo pensé mejor. Semejantes sutiles alusiones suelen provocar más aún a los aludidos. Hace tan solo un par de años, una amiga abrió su libro con la advertencia «Vedado a tontos de toda clase» y la consecuencia fue que precisamente unos cuantos se apresuraron a saltar la valla y pisotear los parterres con flores de su casa. Puesto que aquellos que no tienen sentido del humor son más o menos los mismos, prefiero abstenerme de azuzarlos en balde. No prohíbo nada a nadie, pero pido, a mis compatriotas de carácter más solemne, que utilicen su tiempo libre de un modo más adecuado.

Las tres historias que siguen nacen de situaciones y personajes reales. Sin embargo, son una obra de ficción en mayor medida de lo que parecen. Al que me acuse de haber adornado los hechos no le diré aquello de que «se ocupe de sus asuntos», sino que reconoceré, con una leve sonrisa culpable en los labios, que así ha sido. Los he maquillado un poco aquí y allá, los he derivado sutilmente hacia lo cómico, lo burlesco, a veces incluso lo grotesco, pero siempre sin ánimo de causar daño a nadie. Me he divertido un poco a cuenta de algunos que sin duda se reconocerán aquí —al fin y al cabo casi todos figuran con su nombre verdadero…— pero también, en la misma medida, a cuenta de mí mismo. Espero no haberme propasado y si lo he hecho, pido

disculpas a quien se sienta agraviado. Pues lo he hecho no por crueldad o por venganza, sino por mi deseo de reír y de oír a la gente reír, con una risa sana y relajada. Cada vez nos reímos menos, despreciamos cada vez más la risa tanto en la vida como en el arte aunque, al fin y al cabo, si podemos definirnos como algo es como animales que tienen la capacidad de reír…

Todas estas historias aparecieron, inicialmente, en la revista Şapte seri *y contienen la impronta estilística de los relatos publicados en un folletín. Muchas gracias por tanto a esta revista, sin la cual este librito que sigue, tal vez por mi bien y por el de los demás, no habría existido*.

Ántrax

1

UNA MAÑANA DE INVIERNO, HARÁ UNOS TRES AÑOS, recibí una llamada del director de una conocida revista cultural. «Señor Cărtărescu», dijo una voz ceremoniosa, de esas que solo la gente de avanzada edad, la que ha vivido una temporadita en el periodo de entre guerras, posee: «hemos recibido una carta de Dinamarca dirigida a usted. Puede pasarse a recogerla a nuestras oficinas, a la calle Brezoianu». Estaba solo en casa y sentía que me rondaba el desasosiego. Me sucede siempre que la luz sucia y deprimente de los inviernos de Bucarest cae sobre la mesa de mi escritorio. Me vestí y salí a la humedad exterior.

Cogí el trolebús en Kogălniceanu, una sola parada, así que no me dio tiempo a preguntarme en serio quién demonios podría enviarme una carta desde Dinamarca. Aparte de Hamlet, no conocía a ningún otro danés. Así que cuando me apeé, frente al McDonald's, estaba tan intrigado como al principio. Crucé hacia las horribles ruinas que flanqueaban el (*arguably*) bulevar más feo del mundo y enfilé directamente hacia el edificio La

Información, como era conocido en otros tiempos. Me dan pánico los ascensores viejos, así que subí por unas escaleras dignas del Ministerio de la Verdad hasta el último piso. Allí, al igual que en la Casa de la Prensa, me topé con unas oficinas de aspecto sórdido, inconcebibles en un edificio tan majestuoso como aquel. Una secretaria me trajo el sobre. Era grande y acolchado, estaba todo desgastado y en él, además de mi nombre y de la dirección de la revista en cuestión, escrita a mano, a bolígrafo, se incluía algo más, escrito también a mano, en diagonal, y que ocupaba prácticamente toda la superficie del sobre, lo que confería al paquete un aire… extraño, en cierto modo, como de sobre que ha merodeado durante largo tiempo por los recónditos recovecos del servicio de correos y que vuelve al sitio del que partió saturado de inscripciones: destinatario desconocido, fallecido, ausente del domicilio… Di las gracias y salí por la puerta con mi abrigo negro, demasiado imponente para un individuo tan menudo como yo (me lo robarían el invierno siguiente en el aeropuerto de Munich, para mi alivio) y con el sobre debajo del brazo me encaminé a la salida.

Me detuve en lo alto de la gigantesca escalinata —una silueta negra como las de las películas expresionistas alemanas—, para abrir la carta. Pero algo me disuadió, porque, en medio de aquella luz turbia, conseguí descifrar algo de aquella caligrafía deshilachada, como de alumno con problemas psicomotores, que emborronaba el sobre. Mi nombre estaba escrito de forma completamente fantasiosa, pero eso no me pareció en absoluto sorprendente: unos pocos años antes, estando en la feria del libro de Leipzig, había visto mi fotografía colocada sobre un

inmenso cilindro de neón y debajo se me anunciaba como Mircea *Scartarecu*… Mucho más extraña me pareció la inscripción que recorría el sobre de una punta a otra, en diagonal, y que rezaba: «*Why don't you sneeze?*» Me fulminó entonces una idea siniestra. ¿Que estornude? ¿Por qué voy a estornudar? Estremecido, palpé el desgastado sobre. Contenía una serie de estructuras complejas de diferente textura y densidad. En una de las esquinas, creí reconocer una bolsita con una especie de polvo… Sentí entonces que los dedos me quemaban y dejé caer el sobre…

Era la época de la histeria con el ántrax. Unos criminales desconocidos habían enviado, poco después del desastre del 11 de septiembre, unos sobres con ántrax a la Casa Blanca, al Pentágono y a otros lugares del mundo. Habían muerto varias personas —sobre todo trabajadores del servicio de correos— y mientras tanto los terroristas seguían en el anonimato. En la televisión no dejaban de repetir lo peligroso que era el ántrax, lo fácil que era conseguirlo, de qué modo se mezclaba con otras sustancias para hacerlo más volátil y así poder propagarlo con más facilidad… Bastaba con inhalar una sola vez así un sobre así y… eras hombre muerto. Además, la muerte por ántrax no era en absoluto feliz: se te encharcaban los pulmones y morías por asfixia, lentamente, tras varias horas de agonía.

No era como para tomárselo en broma. Aquella invitación al estornudo se me antojaba ahora una alusión de lo más clara. ¿Cuándo estornuda alguien? Cuando aspira un polvillo, unas partículas… Ya había sucedido en Bucarest algo parecido. Alguien encontró en una alameda de

Cişmigiu un polvo blanco y alertaron a la policía. Se presentó el alcalde en persona, un antiguo oficial de la marina que se puso a cuatro patas, cogió un poco de polvo con un dedo, se lo llevó a la lengua y se incorporó decepcionado: «¡Esto es solo harina, hombre!».

Yo contemplaba como un palurdo el sobre, que había aterrizado unos escalones más abajo. Los dedos me picaban de lo lindo: el envoltorio era ciertamente muy poroso. ¿No se habría escapado el polvillo por algún sitio, por una esquina acaso? Como no podía dejar el sobre allí, lo cogí con un pañuelo de papel que llevaba (¡providencialmente!) en el bolsillo y bajé con él de esta guisa, como si transportara una rata muerta. Los que subían o bajaban las escaleras, afortunadamente solo unos pocos funcionarios —o al menos eso me imaginaba—, me miraban con recelo cuando pasaban junto a mí…

Arrojé el sobre dentro de la primera papelera que encontré, oculta por un Dacia destartalado que estaba aparcado en la acera. Ahora habían empezado a picarme también los ojos. Desazonado, caminé en dirección a mi casa, a través de la nieve derretida, por delante de Cişmigiu. Me froté las manos con nieve varias veces, pero todo fue en vano. El ántrax había penetrado en mi piel, no cabía duda, y había comenzado a causar estragos. Para la tarde ya estaría, probablemente, muerto y lívido, o como diga ese título antiguo… Por el camino me imaginé la página de cultura de los periódicos del día siguiente: el obituario en el que alguien desgranaría mis pocos méritos en la vida, los artículos de mis amigos, a cada cual más afectado y afligido. Como por entonces estaba peleado con la Unión

de Escritores, ni siquiera expondrían mi cadáver en un lugar destacado. En cualquier caso, yo no quería un ataúd lujoso, ni alfombras ni banderas, en esto estaba de acuerdo con Eminescu. Mejor una corona de juncos y unos cuantos luceros, con eso me daba por satisfecho…

Pero no estaba llamado a palmarla tan rápido. Aún no imaginaba, mientras arrastraba abatido los pies frente al supermercado de la cadena Angst (¡qué nombre tan apropiado para mi situación!), que la aventura no había hecho más que comenzar.

2

HACIA LA PLAZA KOGĂLNICEANU el miedo pareció ceder un poco (al fin y al cabo, solo se vive una vez) y empecé a preguntarme de nuevo quién habría podido enviarme *a mí* desde Dinamarca un sobre lleno de ántrax. Me detuve bruscamente ante una tienda de rosquillas y galletas. Estaba claro, tío. Apenas dos meses atrás, había publicado un pequeño ensayo en una revista cultural danesa, hermana gemela de la rumana en cuyas oficinas se había recibido el sobre. El itinerario estaba claro: el loco (o más bien diríamos el asesino) había leído mis opiniones, de marcado tono político, y había decidido que un individuo tan miserable no merecía vivir. Llegué a casa taciturno y agitado. Le relaté a Ioana, que acababa de volver de las compras, todo lo acontecido aquella mañana. Mi relato seccionaba, con la dureza del filo de un cuchillo, nuestra vida extremadamente banal de «*married with children*». Acabábamos de entrar en otra dimensión. Respirábamos el aire denso de la aventura.

—Pero, hombre, ¿cómo se te ha ocurrido dejar el sobre tirado en la papelera? ¿Es que no te das cuenta? Podría cogerlo cualquier vagabundo, o un crío curioso. Puede ocurrir una desgracia… —me dijo Ioana mientras yo me lavaba las manos por quinta vez—. ¡Y encima pone tu nombre!

No lo había pensado. Al poco rato, lo único que teníamos claro era que había que volver corriendo a Brezoianu para recuperar el sobre. Si es que no era ya demasiado tarde… Busqué una bolsa de plástico, encontré una de la editorial Humanitas[1], nos aseguramos bien de que no tuviera agujeros, cogimos también un rollo de cinta adhesiva y salimos a la calle. Llevaba incluso un par de guantes viejos que pensaba sacrificar después de usarlos.

Esta vez cogimos el trolebús, pues no había tiempo que perder. Tanto Ioana como yo estábamos sumidos en un silencio apesadumbrado. Además, la mano con la que había sujetado el sobre había empezado a picarme de nuevo. Al cabo de diez minutos estábamos ya junto al Dacia oxidado tras el cual se ocultaba la papelera.

—¡Mira, aquí está!

Introduje la mano cuidadosamente en la basura y agarré, con los dedos enguantados, la carta sobre la que nadie había arrojado nada (afortunadamente estábamos en invierno, y era muy temprano). Una señora nos miraba con insistencia desde las escaleras del edificio La Información: no dábamos el perfil de esos tan aficionados a hurgar en los cubos de basura, pero nunca se sabe. Tal y como están las cosas hoy en día… Debió de ver cómo depositábamos delicadamente el sobre en la bolsa anaranjada, cómo pegábamos el borde con cinta adhesiva, cómo yo me quitaba los guantes y los metía en otra bolsita. Ioana le lanzó una sonrisa de oreja a oreja y ambos nos dimos la vuelta.

Pronto estábamos de nuevo en casa, contemplando la bolsa sellada. La de los guantes llevaba ya un buen rato en la basura. Toqueteábamos con cautela el plástico reluciente y comentábamos: «Mira, aquí parece que hay algo acolchado… Esto parece papel…» Seguramente el desgraciado nos habría escrito algo cínico, algún tipo de amenaza de muerte: «En un par de horas estarás tieso…» O: «¡Prepárate para arder en el infierno!» ¿Qué se supone que teníamos que hacer ahora? ¿Tirar simplemente el sobre y olvidarlo todo? Y además, ¿dónde podíamos tirarlo? Al fin y al cabo, acabarían abriéndolo en algún sitio. ¿Y cómo podría seguir viviendo con la idea de que había sido atacado con ántrax? Además, aquello podía volver a suceder, quién sabe cómo y cuándo… No, se trataba de algo extremadamente grave, concluimos. Teníamos que ir con el sobre a la policía.

Reconozco que no me había sucedido nada parecido en toda mi vida. Ahora avanzaba en la historia con la inconsciencia soñadora con que te encaminas al quirófano, cuando tienes el miedo metido en el cuerpo pero a la vez te invade una extraña curiosidad, una especie de voluptuosidad por ser protagonista de algo importante, significativo. ¡Me habían atacado con ántrax! ¡Iba con la prueba a la policía! Nada comparable con la languidez de nuestra vida burguesa. Probablemente aparecería en los periódicos, seguro que el cotarro se animaría durante una buena temporada.

Teníamos claro que, en todo caso, no podíamos ir a la comisaría del barrio. Un caso semejante merecía un destino de más fuste. Enfilamos por la calle Victoria, junto a la tienda Victoria, donde

sabíamos que estaba la sede central de la Policía. El suelo se había convertido en un lodazal miserable y empezaba a caer otra vez aguanieve. La sede se encontraba donde nosotros creíamos, es cierto, pero cuando llegamos todo estaba cerrado a cal y canto. Ni una puerta por dónde entrar. La garita parecía el único lugar animado. ¡Qué hacer! Nos dirigimos a la ventanilla y le contamos toda la historia al individuo que vivía en su interior, un policía sin gorra. El tipo nos escuchó con la expresión ausente de todos los guardas y jefes de estación del mundo, que te miran como si fueras un objeto. Hasta ese momento, al parecer, había estado enfrascado leyendo una revista que era todo fotos. No pude identificarla. El guarda no dijo nada. Parecía como si llevara todo el día escuchando historias sobre ántrax. Moviéndose con lentitud a fin de no perder ni un ápice de dignidad, echó mano al teléfono, marcó tres números y dijo:

—¡Hola! Tudorică, ¿eres tú? ¿Qué tal, chaval? Nos ha zurrado la badana el Faru', ¿eh? —Y siguió una discusión futbolística de unos cinco minutos—: Bueno, para mí que son estúpidos todos… Oye, mira, te cuento. Tengo aquí a unos jóvenes… Me dicen que han recibido un sobre con unos… polvos… ¡o bombas!… ¡aviones!… Parece que un sobre con polvos, me dicen… Sí, sí. ¿Y adónde iban a ir, hombre? —Guardó silencio, como si estuviera escuchando atentamente. Entonces tras unos instantes, se echó a reír con una carcajada de hiena—: Vete a la porra, hombre… Venga, ahora en serio: ¿qué les digo a estos dos? Durante todo el rato, mientras atendía el auricular, seguía leyendo al mismo tiempo la revista. Habían pasado unos diez minutos, sin exagerar. Entre tanto, Ioana y yo

aguantábamos el aguanieve como unos auténticos pringados. Estábamos empezando a arrepentirnos de habernos acercado hasta allí. Pero eso era porque no sabíamos aún lo que nos esperaba…

El individuo miraba hacia nosotros pero *no nos miraba a nosotros*. Era como si le estuviera hablando a una pared. Se notaba a la legua que estaba haciendo inmensos esfuerzos por disimular el enfado y el disgusto que le provocaba aquella situación tan absurda: ¿cómo iba a estar él hablándole a una pared?

—Den la vuelta ahí a la esquina, vayan a la sección antiterrorista y pregunten por el mayor Ghilduş.

Calló después como esa voz que anuncia, en los supermercados, que alguien tiene que acudir a la caja número dos. Tan solo un instante después, era evidente que ya no existíamos para él. Se había sumergido por completo en la lectura de las fotos de la revista.

3

DOBLAMOS LA ESQUINA INDIGNADOS por la estupidez del tipo de la garita. Qué te parece: ¡polvos, bombas, aviones…! El aguanieve me había calado ya las botas, tenía los calcetines húmedos y los pies helados. Lo último que me apetecía en el mundo era una cita con el tal mayor Ghilduş. Lo habría dejado estar si no me hubiera acompañado Ioana: habría arrojado de buen grado el sobre entre cualquier arbusto de un parque, aun a riesgo de que algún señor Lăzărescu[2] acabara olisqueando sus bordes… Pero me fastidiaba la misma historia: encontrarían al vagabundo tieso, con un sobre en el pecho, un sobre que llevaría mi nombre. No podía ser que yo, un comerciante, me presentara en «póblico» con un… ¡con un muerto de hambre…! ¡Antes al tribunal, carretero[3]!

Y al tribunal llegamos finalmente. Había pasado, como en Kafka, miles de veces por delante de aquella callejuela, sin observar la puerta sobre la cual había colgado aquel letrero que rezaba algo así como «Policía de la Capital». La placa incluía además una decena de nombres de diversos departamentos, entre los que se encontraba precisamente la «Sección de Drogas y Sustancias Peligrosas». Nos aventuramos, pues, en aquella estancia anónima, un simulacro de Delegación de Hacienda donde aguardaban también unos cuantos individuos, rumanos más viejos o más nuevos, todos con la misma mirada perdida de los

que tienen asuntos pendientes con la bofia. Una chica muy *sexy*, llamada Andreea (nos enteraríamos enseguida), estaba saliendo precisamente de uno de los despachos mientras acarreaba una bandeja con unas tazas de café sucias.

—¡Te arrepentirás! —le dijo a voz en grito, por encima del hombro, al invisible ocupante del despacho.

Luego atravesó triunfalmente la sala en diagonal, lo que dio ocasión de que fuera examinada con avidez por todos los encausados antes de desaparecer por otra puerta, donde una voz insinuante le salía al encuentro:

—¡Vamos, Andreea, a trabajar! ¿Qué has estado haciendo donde Ursache? No será que…

El portazo ahogó el resto del diálogo. Y de nuevo reinó el silencio. Ioana y yo nos dirigimos entonces, tímidamente, hacia una especie de ventanilla y allí volvimos a contar nuestra historia entera, de cabo a rabo, y hasta sacamos de nuevo la bolsa con el sobre dentro… Esta vez el tipo de la ventanilla pareció tomarnos más en serio porque se echó hacia atrás en cuanto vio que le poníamos el ántrax debajo de las narices.

—Esperen aquí, el comisario Ghilduş bajará ahora mismo.

Esperamos lo que nos pareció una eternidad. Para no aburrirnos, empezamos con los habituales cotilleos literarios, con los sempiternos proyectos de futuro, con las normales previsiones, más radiantes o más sombrías, relativas a la carrera de nuestro hijo, basándonos siempre en las capacidades demostradas en sus poco más de tres añitos de

vida. Pero, al poco, les habíamos cortado un traje a todos nuestros amigos, habíamos resuelto nuestro futuro para los treinta años siguientes y le habíamos arreglado la vida al pequeño (sería mecánico de coches, informático o futbolista, e incluso podría ser artista, si le apetecía, en su tiempo libre) pero allí seguía sin aparecer nadie para preguntarnos qué pasaba con aquellos polvos de los que tanto nos pavoneábamos. De vez en cuando venía el ascensor, salía de él un tipo en vaqueros y se llevaba consigo a dos o tres de los individuos sentados en los bancos; sin embargo, había caído ya la noche y a nosotros nos ignoraba todo el mundo. Habíamos empezado a dar cabezadas ya cuando un joven alto, de ojos azules, se detuvo en medio de la sala y pronunció con voz atronadora:

—¿Quiénes son los del ántrax?

Nos pusimos ambos en pie de un salto y gritamos al unísono, como en el chiste:

—¡Nosotros!

Luego seguimos al joven hasta el ascensor.

—Soy el comisario Ghilduş —apuntó con un mirada bastante humana (no olvidéis que contábamos con la experiencia del policía de la garita)—. Les he hecho esperar demasiado pero… qué le vamos a hacer. Estamos solo tres para toda la sección… Ya saben ustedes con qué medios cuenta el FBI ese… Decenas de agentes, hombre, para cualquier cagadita…

Habría querido añadir algo más, pero el ascensor se detuvo y salimos al rellano, a un pasillo largo y oscuro.

—Sigan ustedes de frente, luego a la izquierda, a la derecha y otra vez a la derecha, yo voy ahora

mismo.

Y tras decir esto el comisario Ghilduş se esfumó en la penumbra del pasillo, como si no hubiera existido jamás. Nos miramos desolados. ¿Acaso teníamos que caminar horas y horas por aquel metafísico castillo, aferrándonos, como el agrimensor K., al comisario Ghilduş como si fuera un nuevo Klamm? Siguiendo las instrucciones del policía, seguimos de frente unas tres veces, luego a la izquierda otras tantas, a la derecha y otra vez a la derecha, entre puertas impersonales e intercambiables, y regresamos todas las veces justamente al mismo ascensor en el que habíamos subido… ¿Qué podíamos hacer?

—¿Nos vamos o no nos quedamos? —dijo finalmente Ioana. Se la notaba completamente desalentada. Entonces, justo cuando, enojado y en cierto sentido aliviado (era como cuando iba al dentista y este se encontraba de vacaciones), estaba apretando yo el botón del ascensor dispuesto a huir de allí, se oyó de repente, en las profundidades del pasillo en penumbra, que alguien tiraba de la cadena del baño. Casi al instante se materializó de entre las tinieblas el comisario Ghilduş manipulando aún con los dedos el cinturón de los pantalones vaqueros. (¿Un comisario en vaqueros? Cierto, resulta un poco raro… Sin embargo, dada nuestra situación nos conformábamos con cualquier clase de comisario…)

—Pero ¿qué están haciendo todavía aquí? ¿No les he dicho que me esperen en el despacho? Madre míaaaa… —Y dándonos la espalda, lo teníamos merecido, caminó de frente y a la derecha, no a la izquierda, tal como nos había indicado.

Lo seguimos en obediente fila india hasta que el joven abrió de par en par la puerta de un despacho amplio y luminoso, en cuyo interior un tipo con un pañuelo rojo anudado al cuello y un jersey a rayas sobre una barriga prominente, cervecera, hablaba por teléfono a voz en grito. Su discurso era desbordante, absurdo y cómico al mismo tiempo. Solo nuestra penosa condición de demandantes, cagados de miedo al mortal ántrax, empapados además de aguanieve y agotados por las infinitas horas de espera, nos libró de las risitas y los resoplidos tan poco apropiados en aquel, sin embargo, improbable departamento de policía.

—¿Que meta cuánto más en tu boca? —rugía el individuo, paseándose de acá para allá todo lo que le permitía el cable del teléfono—. ¡Yo también soy un ser humano! ¡No puedo más! ¡He llegado al límite! ¡Ves que apenas aguanto el tipo y tú solo sabes decir «boca, boca y boca»! ¡Me estás volviendo loco! —entonces, se apoyó el auricular sobre el pecho, y se dirigió a nosotros, haciéndonos testigos de sus desgracias—: Esta mujer está acabando conmigo. —Luego volvió al auricular—: Al crío no le he comprado la bicicleta porque no tengo con qué, ¿entiendes? Yo lo he dejado todo, ando como un pobre diablo, mira —y nos mostró la manga del jersey, como si fuéramos nosotros la mujer con la que estaba hablando—, mi jersey tiene un boquete en el que cabe un dedo. Ya he pedido cinco préstamos al banco. ¡Cinco, cinco, uno detrás de otro! ¡Pero ni se te ocurra pensar que voy a pedir más pasta! ¡No puedo más! ¿Con qué voy a avalar más dinero? ¿Con el pellejo? ¿Con el mísero sueldo que me dan de policía? ¡Eres un saco sin fondo, me vas a matar! Dime al menos de

una vez cuánto quieres, para que sepa también yo… —El tipo del pañuelo rojo escuchó algo más al aparato, luego volvió a rugir mirándonos a los ojos —: ¡No, no y no! ¡Que no, hombre!… Venga, que tengo trabajo. Hablamos luego en casa, pero que sepas que es mi último… —entonces se despegó el auricular de la oreja y se lo quedó mirando rojo de indignación—: Y encima va y me cuelga, la muy bruja. —Y colgó el auricular de golpe.

4

—LES PRESENTO A MI COLEGA, el teniente Văcărescu —nos dijo azorado el comisario Ghilduş—. Ya ven, nos encontramos en plena reestructuración, está todo un poco manga por hombro. Como les decía, somos por el momento solo tres, tienen que venir dos colegas más la semana que viene… El otro comisario está fuera… En fin, veamos, ¿cuál es el problema?

Ioana es más atrevida que yo y, habitualmente, me exime del compromiso de hablar con desconocidos. Al teléfono, por ejemplo, responde solo ella. Es ella la que mete la cabeza en cualquier ventanilla que se le ponga por delante para dar y recibir las explicaciones. Incluso, cuando voy a cortarme el pelo, es ella la que le da las instrucciones al barbero. Podría decir que es como si estuviera siempre con mi mami en la peluquería de niños. En esta ocasión, sin darme tiempo para intentar articular una respuesta, había abierto ya la boca para explicar, por décima vez ya, nuestra situación, cuando el barrigudo Văcărescu, que hasta entonces se había paseado nervioso entre las dos ventanas del despacho, la interrumpió de repente.

—¡Mi mujer, hombre! Como para que luego digan que no tienen razón los que sostienen que las mujeres no pertenecen al género humano… Bueno —dijo mirando a Ioana de arriba abajo—, aunque

al menos algunas… ¡Se está poniendo los dientes, es su última ocurrencia! Y quiere ponérselos todos a la vez… Esa mujer me saca de mis casillas. Entiendo que uno vaya al dentista, que se ponga este año una corona, el año que viene un puente, un empaste aquí o allá de vez en cuando… *Pero ¿toda la boca a la vez?* ¡Y en una consulta privada, cuando sabe en qué situación estamos! Desde hace dos años no hago más que pedir préstamos a los bancos. ¿Saben cuánto dinero le he metido en la boca a esa mujer hasta ahora? ¿Así, redondeando…?

—Bueno —dijo Ioana, asustada por las cifras que seguirían—, seguro que merece la pena. Piense en que así su mujer estará más guapa…

—¡Guapa! Vale, estará todo lo guapa que usted quiera pero… ¿Cómo, por amor de Dios, voy a pedir un sexto préstamo? Me echan de la policía si se enteran… Pero, en fin, cada cual tiene su cruz… En fin, díganme, cuéntenme qué les ha sucedido.

—Pues mire usted —explicamos nosotros hastiados, y comenzamos el relato por enésima vez —, hemos recibido una carta de Dinamarca y sospechamos que el sobre podría contener ántrax. Hemos estado a punto de tirarlo a una papelera pero luego hemos pensado que…

—¿Y dónde está el sobre ese? —le interrumpió Văcărescu. Se conoce que ya se había desahogado un poco y que ya se había decidido a trabajar.

Saqué del bolso de tela la bolsa de Humanitas, cruzada a lo largo y a lo ancho por bandas adhesivas transparentes. Empezamos, con sumo cuidado, a despegar las esquinas poco a poco. De repente lamenté haber arrojado los guantes,

imprudentemente, a la basura. Los dedos me escocían más que nunca.

—Apure, hombre, apure. Que nos dan las mil si nos andamos con esos remilgos —dijo el mismo policía inverosímil del pañuelo rojo al cuello—. Aquí hace falta una mano experta.

Entonces el tipo agarra la bolsa, arranca de cualquier manera las tiras adhesivas y mete el brazo hasta el codo. Cuando saca el sobre grande, arrugado y abigarrado, la luz mortecina que llega de la ventana lo baña y, alucinación o no, una nubecilla de polvo se esparce en todas direcciones a través del papel poroso. ¡El ántrax! ¡Ese descerebrado la ha hecho buena! No solo se ha desgraciado a sí mismo, sino que nos ha condenado a todos nosotros a una muerte segura. Miré a Ioana con los ojos desorbitados: era evidente que estaba aguantando la respiración. Yo hice lo mismo hasta que sentí que me estaba poniendo de color verde. No iba a llegar siquiera a la edad de Nichita[4], me dije apenado. ¡Cuántas obras maestras se me quedarían en el tintero sin escribir!

Y ahí nos tenías a todos, congregados en torno a la misma mesita, mi mujer, yo y los dos policías, los cuatro con la mirada clavada en aquel sobre colocado boca arriba, abultado y garabateado de arriba abajo con tinta azul, negra y roja. El gordo Văcărescu decidió aplicar entonces al mortal recipiente el mismo tratamiento radical que tan buenos resultados le había proporcionado con la bolsa, pero esta vez Ghilduş, más listo, alargó una mano, se la plantó en el pecho y lo detuvo:

—¡Espera, hombre, espera, que este es el cuerpo del delito! Veamos… Humm, aquí parece

que hay unos folios…

—Y aquí, más abajo, aquí, sí… —añadí yo, apuntando con el índice a unos cuantos centímetros del sobre—, ¿no cree que hay una bolsita *con algo*?

Văcărescu puso sus gordos dedazos sobre el bultito. Pronto ambos policías se aplicaron en manosear el enorme sobre con tanta fruición que vi como el papel comenzaba a adelgazar bajo sus dedos a ojos vista. La nubecilla, entre tanto, crecía en el ocaso de invierno e iba llenando el despacho con sus mortíferos efluvios.

—Bueno, pues bien podría ser… ¡Qué cosa, tú…! Vaya, serán sinvergüenzas… Mira aquí… y aquí también…

Así, imaginé, debió de frotar Aladino la lámpara maravillosa en el interior de su cueva. ¿Qué genio iba a aparecer, de un momento a otro, por cualquiera de las esquinas de la carta?

—Y cuando piensas en los medios que tenemos —dijo con amargura el comisario, levantando el sobre y mirándolo al trasluz—. ¡El instrumental más moderno para casos como este, traído directamente de América! Pero ni siquiera lo hemos desempaquetado aún, ya le he dicho que estamos de obras, hay un jaleo montado por aquí… También tenemos bolsas especiales de plástico para recoger muestras, balanzas de precisión que te pesan hasta una molécula de esas… ¿cómo se llaman, Costică? ¡Medidores de radioactividad…! Es que también nos ocupamos de las radiaciones. De las radiaciones de todo tipo. Pero está todo en el almacén, metido en cajas…

—¡Cuéntales lo de los perros, anda, cuéntales! —añadió el teniente Constantin Văcărescu, pues aquel, acabábamos de enterarnos, era su nombre completo.

—También tenemos perros, sí. Tenientes y coroneles (ya saben que todos poseen un grado militar, ¿verdad?), todos expertos en sustancias peligrosas. ¡Tienen un olfato los desgraciados! Si tuviéramos a Zidane aquí, ya sabríamos lo que hay en el sobre, vaya que sí. No haría falta un analista.

—¡Zidane! ¡Ese sí que es un hacha! Vaya si no ha ganado todos los premios posibles en la vida… Un coronel de primera, Zidane. Ración extra. Pero, desgraciadamente, esto es lo que hay, señores: ni siquiera perros tenemos en estos momentos. Y no nos está permitido decirles dónde están…

Ambos policías intercambiaron una furtiva mirada. Era evidente que lamentaban profundamente no poder contarnos todo lo que sabían.

—Es ultrasecreto; se trata de una operación en la frontera…

—En Năd1ac… —remató Costică, pero su jefe lo fulminó con la mirada.

—¡Ni una palabra más! —luego se enderezó, golpeó el sobre con la mano y dijo relajado, en tono mundano—: Manos a la obra. ¿Cómo decía usted que se llama?

5

—CĂRTĂRESCU —le digo, achicándome.

Les confieso que me horroriza decir mi nombre a la gente en general. Hay personas que no me reconocen, tampoco es que yo sea un tipo tan popular, pero normalmente, cuando pronuncio mi nombre en la oficina de correos, en el banco o Dios sabe dónde, siempre hay alguien en la cola que me pregunta: «Ah, ¿así que es usted el escritor?». Y entonces tengo que darme la vuelta, exhibir mi sonrisa más modesta y responder, con la mirada clavada en el suelo: «Mm… sí…», porque de lo contrario parece que me estoy haciendo el tonto y de paso rebozándoles a todos los que me miran con ojos como platos que ellos no son escritores. En dos o tres ocasiones he hecho incluso de tripas corazón y le he soltado a alguna chica que se me había acercado trotando para pedirme un autógrafo: «Lo siento pero se ha confundido usted», o aún peor: «¿Cómo dice? ¿Cărtărescu? ¿Quién es ese Cărtărescu?», pero en esas ocasiones siempre he acabado arrepintiéndome. Sin embargo, allí, en la sede de la policía, enseguida me di cuenta de que no tenía nada que temer: esos muchachos eran totalmente ingenuos en todo lo tocante al fenómeno literario. Si hubiera dicho que me llamaba Cioran, Noica o Breban, se habrían quedado con la misma cara de idiotas.

—O, bien, *Cărtănescu*. ¿Y su nombre de pila?

—Mircea.

—¿Sabe qué? Va usted a rellenarnos una declaración que incluya todo lo que le ha sucedido. Costică, dale a este caballero una hoja y trae uno de esos modelos antiguos, ya sabes, para que sepa cómo rellenarlo —me miró como si en realidad pensase que yo era un tipo de pocas luces—. Yo tengo que marcharme, que me espera Bercea.

Nos pusimos en pie, le estrechamos la mano al comisario Ghilduş que desapareció, siguiendo su costumbre, como si se lo hubiera tragado la tierra, y quedamos a merced de Văcărescu. Entre tanto, había oscurecido ya por completo, y apenas se distinguía, en el despacho, el brillo de las superficies de las sillas y las mesas junto a la ventana. Văcărescu no parecía darse cuenta de que estábamos casi a oscuras. Estaba obsesionado —resultaba evidente— por el problema de la boca de su esposa. Se le veía muy agobiado con el asunto. Así que, viendo que él no reaccionaba, me levanté de nuevo y encendí la luz. Eso pareció que hizo reaccionar al policía.

—Hum, bien. Vamos a hacer lo siguiente —dijo el teniente, mientras se estiraba la punta del pañuelo que llevaba al cuello—. Usted lo cuenta, ¿vale? y yo lo formulo. Usted me dice las cosas una a una y yo le dicto cómo escribirlas. La escritura requiere experiencia, yo le ayudo. No es difícil, no se agobie. No todo el mundo es capaz de hacerlo, no tiene usted de que avergonzarse si le cuesta un poco. Es como jugar al fútbol. Hay que saberse unos cuantos trucos. La gente no sabe qué es lo que tiene que decir; la coges por sorpresa y la

pones a hacer una declaración, y casi siempre te encuentras con que empieza a escarbar por la mitad del montón, como una gallina: «Pues mire usted, iba por la calle y se me acerca un tipo y me dice no sé qué y no sé cuántos…». Y al final aquello se convierte en un galimatías que no hay quien lo entienda. ¡No es eso, hombre, no es eso! Así que estas cosas hay que hacerlas como es debido. Venga, coja este modelo: el abajo firmante… domiciliado, venga rellene… carnet número… ¡Venga, escriba usted, caray! El a-ba-jo fir-man-te… (y ahí pone su nombre), do-mi-ci-liaaaa-do… Y aquí pone usted dónde vive, la calle y el número, código postal… ¡El carnet de identidad! ¿Se lo sabe de memoria…? ¡Bien! Ahora pasemos a la historia propiamente dicha, al intríngulis. Venga, yo le ayudo. ¿Cuándo decía que ha recibido el sobre?

—Esta mañana.

—De acuerdo. Ponga usted: «En la mañana del día tal y tal…». ¿Se encontraba en casa?

—Sí.

—«… encontrándome en mi domicilio…» Bueno, ¿y qué ha pasado?

—Ha sonado el teléfono.

—Vale. «He sido informado por la secretaria de la revista…» ¿Cómo es la revista?

—*Lettre Internationale*.

—¿Mande? —Văcărescu me miró con recelo—. Hombre, no nos liemos. ¡Te estoy preguntando por la revista, esa de donde te han llamado, no por el rollo ese de Dinamarca! Eso lo dejaremos para luego, aún no hemos llegado ahí.

—Es que se llama así.

—¿Cómo así?

—Sí, *Lettre Internationale*…

¿Nos está tomando el pelo?, me dice. Claro que no, me apresuro a decirle yo. Es muy sencillo. *Lettre Internationale* es una revista que aparece, con el mismo nombre, en varios países de Europa, entre ellos también Rumanía y Dinamarca. Pero, entonces, por qué no han traducido su nombre al rumano y santas pascuas. Para que pueda entenderlo cualquiera. Porque con ese nombre, si vas a comprarla al quiosco se te lengua la traba y la vendedora no sabe qué traerte. Ese es su problema, justamente, respondí yo, y Văcărescu nos miró hastiado: vale, para ti la perra gorda…

—Vale, escríbelo, eso, como suena —el policía miraba cómo escribía por encima de mi hombro—. Anda, mira, he pasado a tutearos sin darme cuenta, eh. Es como en el chiste ese: «Señorita, ¿está usted sola o te acompaña tu madre?» —y soltó una carcajada al techo, como si hubiera dicho algo muy ocurrente.

Sudé una hora entera redactando la declaración de las narices. El resultado, una vez concluí, se me antojó sencillamente alucinante. Ni siquiera en los documentos del partido, en los lejanos tiempos del comunismo, habría sido capaz de encontrar un ejemplo de amojamamiento de la lengua como aquel. Aquella cantidad de gerundios e infinitivos, de perífrasis, de anacolutos… Sin saber muy por qué, el sobre aparecía siempre bajo la denominación de «receptorio», y estaba «inscripcionado», no escrito, «transversal y longitudinalmente», no a lo largo y a lo ancho de su superficie, a «pluma de punta giratoria de diversos

colores», en vez de a bolígrafo. Y así durante tres o cuatro hojas, escritas con una letra tan menuda que la muñeca me estallaba, pues yo había sido todo el tiempo el brazo ejecutor y el teniente, la mente ordenante. Văcărescu, saltaba a la vista, estaba indeciblemente agradecido. De hecho, se acariciaba su redondeada barriguilla con la ternura de una embarazada.

—Bueno, pues al final hemos terminado sacándolo adelante entre los dos, ¿no cree? Ya sabe lo que decía aquel: mamá clava la aguja y yo tiro del hilo… Ahora solo nos queda el último obstáculo: tiene que verlo el coronel. El señor coronel Plopeanu. Tal vez hayáis oído hablar de él, es una eminencia… El mes pasado salió en Tele 7 ABC. Esperadme aquí que ya voy yo a su despacho y lo traigo. Vuelvo en un momentito.

En esos pasillos, sin embargo, el tiempo no parecía transcurrir al mismo ritmo que en el resto del sistema solar, o más bien transcurría más lento de lo habitual. El «momentito» de Văcărescu se transformó en una auténtica eternidad. Ioana y yo nos pusimos de nuevo a chismorrear sobre nuestros amigos, hicimos y deshicimos unas cuantas listas de autores canónicos, volvimos a organizar, esta vez con más precisión, los primeros treinta años de la vida de nuestro hijo… Ya era noche cerrada. No dábamos crédito a lo que estaba pasando: llevábamos un día entero en dependencias policiales, nosotros, que hasta entonces solo habíamos entrado en una comisaría para renovar los carnés de identidad. A la luz anaranjada del poste de neón cuya luz se filtraba por la ventana, descubrimos que en algún momento había empezado a nevar. Nos preguntábamos ya si estábamos condenados a dejarnos los huesos por

aquellos andurriales cuando oímos al fin, en lontananza, unos pasos rápidos (y como a trompicones) que se aproximaban por el pasillo. La puerta se abrió de par en par con marcado dramatismo y el teniente, más colorado que el pañuelo colorado que llevaba al cuello, sudoroso irrumpió en el cuarto. Su rostro estaba teñido de desesperación. Agitó ante nuestros ojos las páginas de la declaración, enrolladas, y exclamó:

—¡Qué desgracia! —pensamos que de un momento a otro se iba a echar a llorar—. ¡El señor coronel nos la ha devuelto para que la rehagamos entera!

6

... Y LA REHICIMOS ENTERA, aunque siguiendo otro modelo, en absoluto mejor ni más efectivo que el primero; era como en la mili: siempre que llegaba un oficial nuevo teníamos que volver a aprender el paso de desfile desde cero. Hacia las siete por fin, decidimos que el nuevo informe estaba listo, y Văcărescu (Costică ya para los que éramos íntimos suyos) se lo llevó para que lo supervisara otra vez el famoso señor coronel Plopeanu. «Que Dios nos ampare», suplicamos nosotros exprimiendo las escasas fuerzas que nos quedaban en el cuerpo.

A esas alturas, estábamos ya muertos de cansancio, cruelmente hambrientos y trastornados como por un sueño extraño en el que habíamos sido atacados con ántrax y habíamos pasado un día entero deambulando por los pasillos y los despachos de la central de policía, en compañía de unas apariciones comparables a las orugas habladoras y los gatos sonrientes de *Alicia en el País de las Maravillas*. El teniente volvió poco rato después, esta vez triunfante, con el flamante documento sellado por la famosa mano del célebre coronel que había salido incluso en Tele 7 ABC. Éramos por fin libres para abandonar la institución y volver a casita, a descansar. Văcărescu agarró el sobre que estaba en la mesa, lo introdujo en otro sobre, más viejo y más desgastado aún, con no sé cuántas direcciones sucesivas tachadas con vigorosas rayas a bolígrafo

e, introduciéndoselo bajo el brazo, nos tendió la mano que le quedaba libre:

—Os telefonearemos en cuanto lleguen los resultados del laboratorio. Ahora, por favor, disculpadnos. Ya lo veis, estamos de reformas y hoy tienen que incorporarse unos colegas así que… Si tuviéramos el instrumental y las bolsas herméticas y los perros de las narices lo haríamos todo en diez segundos, os lo juro. Qué mala suerte… Tenía que suceder justo ahora lo de la operación secreta en Năd…

—No se preocupe, no se preocupe —nos apresuramos a interrumpirle al unísono—, nos hacemos cargo. Les estamos muy agradecidos. —No nos apetecía para nada tener que escuchar más secretos profesionales o personales (¡madre mía!, la boca de su mujer, los préstamos…)—. Esperaremos a recibir su llamada.

Y así nos marchamos. Estábamos extrañamente tranquilos. Habíamos cumplido con nuestra obligación. Nadie moriría por culpa de una imprudencia nuestra. La INTERPOL pondría en marcha sus infalibles engranajes y harían caer en sus redes al criminal internacional que había amenazado con comprometer nuestras vidas. Tan aligeradas sentíamos nuestras conciencias que, a pesar de lo cansados que estábamos, hicimos todo el camino de vuelta patinando por el hielo, entre risas y batallando con bolas de nieve. Una vez en casa, devoramos todo lo que había en el frigorífico y nos acostamos para soñar con el ántrax.

Nos despertó el teléfono. Serían las siete de la mañana.

—Hola, ¿maestro Cărtărescu?

Cuando oigo esa expresión, me llevan los demonios, sobre todo si es a una hora indecente como aquella.

—¿Qué desea?

—Maestro, fui alumno suyo en la facultad, no sé si le dice algo el apellido…

—¿Qué es lo que quiere, hombre de Dios? ¿Sabe usted qué hora es?

—Le ruego que me perdone, ya sabe, este oficio es lo que tiene… Trabajo para el periódico *Vocea*. Dicen por ahí que ha recibido un sobre con ántrax… Le rogaría que me comentara un poco…

¡Aquello era formidable! La víspera habíamos estado todo el día fuera de casa, no habíamos hablado con nadie. Incluso habíamos decidido apagar el teléfono móvil. Ni siquiera nuestros amigos más íntimos estaban al corriente de lo que había pasado. Qué diantre, ¿acaso los periodistas estos duermen en el cuartelillo de la policía? ¿O es que tienen un policía metido en la cama? Enfurruñado, rehusé «hacer comentarios», colgué el teléfono de un golpe y volví a arrebujarme entre las sábanas. Después, durante todo el día, elaboré unos guiones increíblemente variados para esa historia que de un modo tan inesperado me había absorbido en su monstruoso vientre. En el más feliz de los casos, el laboratorio analizaba el polvillo, unos científicos con instrumental de precisión destruían los mortales gérmenes y en este punto se desencadenaba una investigación internacional. El malévolo terrorista danés era capturado, rápidamente juzgado y acababa entre rejas. No permitirían que volviera a actuar de nuevo. Sin embargo, había un elemento que no había tenido presente en mis elucubraciones: nos

encontrábamos en Rumanía. ¿Por qué iban a ser los técnicos de laboratorio más profesionales que aquellos policías en tejanos con los que habíamos pasado el día? ¿Y si el técnico también era de los que metía el dinero en la boca de su mujer? ¿Y si también ellos estaban de obras? ¿Y si sus perros también tenían catarro o garrapatas o la filoxera o quién sabe qué? Con las sustancias peligrosas suele trabajarse en condiciones especiales, bajo una corriente de aire. ¿Y si un idiota invirtiera la marcha del ventilador de tal manera que, por el sistema de ventilación del laboratorio, saliera disparada de repente una nube de ántrax, tan gorda como un hongo nuclear, y cubriera toda la ciudad? Millones de muertos desde Militari hasta Balta Albă. No se librarían ni las aldeas limítrofes… ¿Y quién sería el único y absoluto responsable de todo aquel desastre? Yo. Saldría en las enciclopedias junto a Gengis Khan, Stalin, Hitler y Pol Pot. Cuando surgiera en una conversación el tema de Rumanía, los extranjeros ya no dirían: «*Yes, indeed, Hagi, Comăneci, Ceauşescu*…» sino: «*Yes, yes, we know, Cărtărescu*…». Se me helaba la sangre en las venas solo de pensarlo.

Por la noche me senté a leer la prensa en Internet, como era mi costumbre. Pero no bien fui abriendo las secciones de cultura de los diferentes periódicos cuando me quedé paralizado. No podía dar crédito a lo que veían mis ojos. Todas las noticias estaban calcadas en su esencia, solo diferían los titulares: «Cărtărescu, brutalmente atacado con ántrax», «Un poco de ántrax para Cărtărescu», «Conocido novelista amenazado con polvo mortal», «El autor de *Cegador* recibe su dosis de ántrax»… En todos los artículos, la misma foto, realizada quién sabe cuándo y con qué oscuro

propósito, en la que aparecía yo mirando al objetivo con aviesa intención (adiviné en aquellos ojos el malicioso brillo de un Vlad Ţepeş cualquiera). Deduje que muchos lectores despistados, al verla, sacarían la conclusión de que era yo quien me había dedicado a repartir ántrax por todo el barrio… El por entonces presidente de la Unión de Escritores ofrecía a su vez una breve entrevista en la que afloraba una especie de tristeza por no habérsele ocurrido a él aniquilarme de esa manera. Por desgracia, alguien se le había adelantado. Incluso yo mismo, seguramente adormilado, había declarado aquella misma mañana algo a mi antiguo estudiante y a unos cuantos periodistas más, de los que no me acordaba. Noté que la rabia me consumía. Echaba espumarajos por la boca. «¡Les denunciaré…! ¡Me… en sus madres y en quien les enseñó periodismo!»

Al rato, naturalmente, tenía a todos mis amigos encima. No se dignaron visitar mi casa, quién sabe si no saldrían de allí con algo… Todos prefirieron hablar conmigo por teléfono: era, se mire como se mire, más higiénico. Me dieron un montón de consejos útiles, especialmente sobre qué hacer en caso de que notara síntomas incipientes de catarro. Lo mejor era que me personara en Fundeni, ya que su sección de reanimación era la más moderna del país. Al día siguiente, en la facultad, un compañero me dejó con la mano en el aire. «Hola, hola», me dijo y se escabulló con la mano escondida en la espalda. En las papilas de las huellas digitales cabe aproximadamente una tonelada de ántrax, si es que sabes repartirlo como Dios manda. En una palabra, tras un largo periodo de oscuridad literaria (pero ¿qué otra cosa es la

literatura hoy en día?) Mircea Cărtărescu ocupaba, por fin, el centro de atención del país.

7

HABÍAN TRANSCURRIDO CUATRO O CINCO DÍAS de angustia mediática cuando, por fin, escuché al otro lado del teléfono la única voz que yo quería escuchar en realidad:

—Hola, ¿está el señor *Cărtănescu*?

—Ah, buenas tardes, teniente, esperaba su llam…

—No sigas, no sigas. No había ántrax ni nada que se le pareciera en aquel sobre, ¿sabes? Nos has mareado para nada. El laboratorio acaba de mandarnos los resultados.

Me quedé consternado. Eso sí que no me lo esperaba. Para nada. Era la única posibilidad que no entraba en mis guiones. Como dije antes, en todo ese periodo los medios de comunicación de medio mundo habían vivido una auténtica fiebre del ántrax. Se habían producido ataques no solo en América, sino también en Rusia y en algunos países africanos… Se hablaba de sustracciones de ántrax en los laboratorios, de intentos por esparcir los gérmenes con avionetas de fumigar cultivos… Incluso el edificio del Capitolio en Washington había sido evacuado unas cuantas veces tras haber recibido llamadas anónimas… ¿Cómo que no había ántrax en el sobre? ¿Estaba totalmente seguro? Entonces ¿a santo de qué me habían escrito una carta desde Dinamarca? No conocía absolutamente a nadie en Dinamarca. ¿Por qué

ponía en el sobre eso de «*Why don't you sneeze*»? ¿Y qué había de aquella sensación sospechosa, como de un sobrecito con polvos, en el fondo del sobre? Ioana se había acercado a mí, aguantando la respiración.

—Bien. Pues ya que insistes, te diré lo que había en el sobre. Lo tengo aquí en la mano, tan abierto como que dos y dos son cuatro. Pues… mira, lo que pensabais que era ántrax ¡era una simple servilleta!

—¿Cómo que una servilleta? ¿Una servilleta?

—Sí, una servilleta, una servilleta roja, de esas gruesas, de varias capas. Supongo que en Dinamarca hacen servilletas de varias capas. Esta tiene un dibujo de la Gioconda. Pero está manchada de algo… supongo que a los del laboratorio se les habrá caído un poco de ácido en el sobre o algo… Espera a que la abra, tal vez haya algo dentro… No. No hay nada de nada, es una servilleta como todas las demás servilletas. Estaba como hinchada y blanda, por eso pensamos todos que era polvo…

Aquello era increíble. Vale, OK, habíamos sido unos estúpidos, habíamos mareado a la gente para nada pero ¿qué locura era esa de mandar a la gente una servilleta? ¿Qué quería que hiciera con esa servilleta? Había empezado a dolerme muchísimo la cabeza.

—Había algo más en el sobre. Papeles. Una carta escrita a máquina (una fotocopia) y unos recortes de periódicos, también fotocopiados, fotocopias de fotocopias, en realidad, porque apenas se distinguen las letras y las fotos. Y también hay una cartulina azul en la que dice algo…

—¿Qué dice?

—No lo sé, está en inglés… Igual que la carta. Los recortes de periódico están… espera a que mire… unos en inglés, no hay más que tés y haches por todos los sitios. Otros están en la lengua esa, en danés, con todas las oes cortadas, como la marca del calibre de los tornillos. Ya está, ya he llegado al fondo del sobre. No hay nada más. Qué ántrax ni qué gaitas… Bueno, en cualquier caso nosotros hemos cumplido con nuestra misión, hemos resuelto el misterio. Caso cerrado. Os deseo buenas tardes y si recibís algo más, polvos, pelusas, cosas así… ya sabéis dónde encontrarnos…

—Espere, no cuelgue, teniente —grité—. De cualquier manera… a todos nos gustaría saber qué ha sido todo esto. No nos dejen así. Incluso aunque no sea ántrax, queremos saber qué…

—Acostaos tranquilos y dad gracias a Dios por que no haya sido nada. Como dice el refrán, quien sabe demasiado, muere apresurado.

—Sí, pero aún así… Al menos nos gustaría echar un vistazo a esos papeles si es que no es secreto de sumario.

—No lo es, hombre, cómo va a ser un secreto de sumario. Pasaos por aquí y os daré los malditos papeles. Solo nos tenéis que dejar el sobre. Se tiene que quedar junto con el informe como prueba de que hemos resuelto el caso.

Colgué y Ioana y yo nos miramos en silencio. Aquello superaba todas nuestras expectativas. Mientras creímos que se trataba de ántrax, por muy absurdos que pudiéramos parecer nosotros, los amenazados, unos pobres ratoncillos insignificantes, las cosas tenían un sentido, una razón de ser. Pero ahora… ¿una servilleta, una Mona Lisa, unos papeles? Pasamos la tarde y

buena parte de la noche intentando comprender todo aquello, barajando las hipótesis más descabelladas, como cuando pierdes algo muy valioso y, llevado por la desesperación, lo buscas incluso donde no podría estar en ningún caso. La larga mano de la *Securitate* había enviado a alguien a Copenhague y me había expedido el sobre desde allí. ¿Con qué propósito? Pues para intimidarme, estaba claro… ¿Qué? ¿Acaso no habían acabado así con Culianu[5]? Lo suyo tampoco tenía sentido. Todos sabíamos que esos matones eran aficionados a exhibir sus músculos de vez en cuando. Pero entonces, si lo que querían era asustarme, me habrían puesto de verdad esa mierda de ántrax en el sobre, para algo se habían gastado dinero en el franqueo. A Ioan Petru no le habían enviado precisamente una servilleta roja con la Mona Lisa. O puede que la explicación fuera otra: algunos amigos del mundillo literario, de esos que me odian, andarían por ahí, en alguno de esos programas de intercambio cultural, y habrían dicho: «¡Espérate, chaval, que te vas a enterar!». Y se liaron a escribir quién sabe qué tonterías en inglés y en danés, a meter la servilleta en… No, aquello no se sostenía… Estaba claro que no era necesaria una bufonada así para sacarme de mis casillas. Quienquiera que me odiara de ese modo sabría dónde me dolía más: una buena crónica en un periódico te puede dejar para el arrastre. Un susurro a tiempo en el oído de alguien te puede sumir en el descrédito durante diez años. No, aquel no era el estilo de mis colegas. Aquello escondía algo mucho más extraño y retorcido.

Al día siguiente nos apresuramos a volver a la central de la policía. Penetramos de nuevo en el mismo amplio vestíbulo de la planta baja, donde

casi nos volvimos a llevar por delante a Andreea, que volvía a salir del mismo despacho con los mismos cafés, esperamos la media hora de rigor al comisario Ghilduş… Parecíamos personajes de *El día de la marmota*, la película esa de nuestra juventud. De nuevo el mismo ascensor, los mismos pasillos kafkianos, de nuevo el mismo despacho en cuya ventana seguía nevando con furia e incluso (nos estremecimos) de nuevo el teniente Văcărescu hablando por teléfono con su mujer en una conversación calcada a la de hacía unos días. La novela policíaca se había transformado en una de ciencia ficción, con bucles y paradojas temporales… Pero nos tranquilizamos enseguida porque el tipo, que ya no llevaba el pañuelo rojo al cuello ni el jersey a rayas (de su composición urmuziana[6] solo quedaba la barriga cervecera), colgó en cuanto nos vio y, ceremoniosamente, nos invitó a pasar al despacho. Luego, sin decir una palabra, abrió un fichero de metal y regresó a nuestra mesita con el famoso sobre, tan arrugado que parecía sorprendente que no se desintegrara en sus manos, abierto con brutalidad, como con el dedo, a todo largo.

Serios, frente a la autoridad competente, estremecidos ya por la revelación que nos reservaban las misteriosas hojas, empezamos a leer. A medida que devorábamos una página tras otra, nuestro asombro fue en aumento.

8

CON LAS HOJAS ESCRITAS EN DANÉS terminamos enseguida, no nos dieron mucho trabajo. Como ya he dicho, eran unas fotocopias muy malas, muy borrosas, sacadas de unos artículos de periódico o de una revista quizás. Había una foto, repetida unas cuantas veces, de un individuo que, por lo rayada que estaba la imagen, podía ser cualquiera, desde Bin Laden a Bill Gates. El reverso de las hojas presentaba unos incomprensibles garabatos a lápiz: una especie de monigotes primitivos, propios de un niño de tres años, que representaban una especie de extrañas protuberancias, como sexos obscenos, aunque también podrían ser peces en un acuario… Los típicos dibujos de un oligofrénico o de alguien aquejado de Alzheimer, concluyó Ioana arrugando la nariz…

Las páginas en inglés se iniciaban con un *currículum vítae* escrito a máquina en caracteres Courier 12 como roídos por los ratones. Bienales, exposiciones… ¡vaya! ¡El tipo era todo un artista! Aquí nos dimos una palmada en la frente: Dios mío, ¿qué ántrax ni qué niño muerto? Aquello era *mail art*, hombre, ¡cómo no habíamos caído en la cuenta! También en Rumanía habíamos tenido una moda de esas. Yo mismo, cuando era joven, en tiempos de Ceaşca[7], había sido destinatario de cartas de amigos que coqueteaban con el arte, cartas absurdas que contenían *collages*, granos de trigo, cuchillas de afeitar, fragmentos de película

sin revelar… Era la época en que vivía en Colentina y bajaba cinco o seis veces al día los ocho pisos de mi bloque para mirar en el buzón (una costumbre que me ha quedado, de ahí viene mi manía de verificar a todas horas mi correo electrónico). Tampoco entonces, como ahora, me escribía nadie, pero yo no perdía la esperanza. Así que me cabreaba muchísimo cada vez que me encontraba con otra de esas muestras de *mail art* cuando lo que yo esperaba (en aquella época era muy dado a albergar fantasías húmedas) era una cartita de alguna improbable admiradora… De hecho, cada vez que me mencionaban el *mail art*, me entraban ganas de sacar la pistola…

Pero no nos precipitemos. Sigamos leyendo. El tipo —era un ciudadano danés, naturalmente— había participado al parecer en numerosas exposiciones individuales y colectivas, sobre todo en los países nórdicos, en Suecia, en Dinamarca, en Finlandia, pero también en Londres e incluso había hecho alguna cosilla en Israel. Bajo los escuetos datos de su CV, que se interrumpía abruptamente en 1983, se incluía una larga lista escrita en letra menuda, con tinta china, por lo que pude ver, en la que se informaba al detalle sobre qué tipo de arte practicaba el individuo en cuestión.

Aquí querría pedir a los lectores más pusilánimes, más sensibles o bien menos duchos en la terminología del arte moderno que se abstengan de hacer comentarios. Podrían ser utilizados en su contra en su debido momento. Pues de la noticia, en su CV, de la participación del artista en la Bienal de Turku, digamos (me abstengo de revelar los datos reales), una flecha trémula conducía a la siguiente explicación en la parte inferior: «El proyecto con que fui admitido consistía en la

utilización del retrete tres veces al día durante la duración de la bienal». En Helsinki, el artista presentó un *happening, «Farting in public»*, que fue profusamente comentado en las páginas culturales de los más importantes periódicos finlandeses. Por desgracia, los más reaccionarios rehusaron publicar también las fotografías que ilustraban el evento, y que mostraban al artista visual con los pantalones bajados, en medio de un restaurante de Lugo atestado de ricachones. «Creo que este se inspiró en el chiste ese de *siamo poveri, ma onesti*», comentó Ioana, muerta de risa. Quizás porque no conocían su *happening* de Turku, quizás porque, sabiéndolo, lo consideraban una muestra excelsa de arte, la trienal de no sé dónde también decidió contar con él como invitado de honor. Allí expuso un trabajo que consistía en conducir al público escaleras abajo de la sala de exposiciones, hacia los retretes, para reunir a los asistentes en el espacio mezquino entre los urinarios y las tazas, y que vieran allí como devoraba rápidamente, con furia, una gigantesca tarta de merengue rosa, tras lo cual instaba a los asistentes a que viesen, tras unos minutos de suspense, cómo se introducía los dedos en la boca y rociaba a sus admiradores con una muestra de su sustancia estomacal más fresca. Más de veinte amantes del arte contemporáneo se volvieron a su casa con una muestra en la ropa del aroma inolvidable de aquel experimento. Cosa de la que el artista se sentía muy orgulloso.

El artista era especialista en visitar museos y dejar su impronta. Un chorrito por aquí, a escondidas, sobre el mármol de una escultura barroca, una flema un poco más allá, cuando no miraba el vigilante, entre los ojos de algún rey de Baviera en un lienzo orlado por un sólido marco de

ébano, un choricillo que otro de producción propia, traído en una servilleta y colocado, en vertical, sobre la coronilla de algún gato de piedra sumerio… Más o menos en estos términos se movía el chico. Pero, como decía Creangă, también eso es una fortuna cuando se tiene salud…

Con gran generosidad por su parte —descubrimos hacia el final—, el maestro nos enviaba, como preámbulo a la modesta petición que nos iba a dirigir, un trabajo original, avalado por su palabra de honor (por cuestión de principios no firmaba sus obras): una servilleta con la imagen de la Gioconda con el rostro y el pecho visiblemente salpicados por el semen del artista. Inspirada en Duchamp pero llevada mucho más lejos que los banalizados bigotes, había reproducido mil ejemplares de la obra y la había enviado a todas las direcciones de gente importante y prominente que el autor había podido conseguir a lo largo y ancho del mundo. El proceso tecnológico había sido más complejo que en el caso de otras obras del pintor. Colocó las servilletas de veinte en veinte sobre una plancha, con la Gioconda boca arriba, y las roció simultáneamente, en una rotunda explosión de creatividad seminal, diríase que a lo Jackson Pollock. Repitió la acción veinte veces, lo cual provocó en el artista un agotamiento total, un «calambre de pintor» del que, según nos decía, no se había recuperado aún por completo.

Y nosotros, que habíamos toqueteado la servilleta largo rato, que habíamos incluso intentado despegar con la uña las manchas blancuzcas de la sonrisa de la Gioconda, que nos la habíamos llevado a la nariz para intentar identificar de qué diablos estaba impregnada su

superficie… La apartamos a un lado con asco y, dominando diversas reacciones corporales reflejas, continuamos, estoicos, con la lectura del historial. El siguiente y más sabroso documento era una carta abierta, enviada al periódico danés más importante (pues el tipo no perdía el tiempo con octavillas de tercera), pero que, según nos dijo, no habían estimado conveniente publicar, el autor todavía se preguntaba por qué razón. El texto era simplemente alucinante.

9

«DESDE HACE TREINTA AÑOS LUCHO contra los cerdos filisteos, contra los nazis que han hecho sus nidos calentitos en el maldito (“*fucking*”) Occidente, aprovechándose de nuestro asqueroso (“*lousy*”) modo de vida», empezaba la carta de protesta, escrita con incontables faltas de ortografía, prueba de una furia ciega que al menos le confería autenticidad. No tiene sentido que la reproduzca en su totalidad. Cerdos para arriba y cerdos para abajo, «nazis» por doquier, «*fuck*» y «*fucking*» cada tres palabras… la misiva derrochaba más o menos el veinticinco por ciento del peso de la tinta usada en su confección en semejantes calificativos. Reconstituida a partir de un montón de paralogismos y anacolutos, la historia sonaba más o menos así:

> «Yo, Olaf Jensen (digamos que se llamaba así), uno de los más importantes artistas *scat* vivos, si no el más importante, sufrí recientemente una afrenta inaudita, prueba veraz de la decadencia de la civilización occidental, del hundimiento de todos los valores, tal y como predijo tiempo atrás el gran Nietzsche. Hoy, cuando los nazis que nos gobiernan meten miles de millones en promover la globalización mediante la propaganda, cuando la Coca-Cola y los McDonald’s arrasan la tierra como las fieras del Apocalipsis, cuando el puerco de Bill

Gates… —etcétera: el párrafo se prolongaba una página entera, mencionando en fila india a Madonna, Maradona, Bush padre, Bush hijo, Wolfowicz, Trump, George Soros, Tom Cruise, Hans Christian Andersen, Adolf Hitler, Oprah Winfrey, Jack el Destripador, Boy George y otros cien "*pigs*" y "nazis" reconocidos—, la verdadera y genuina cultura se ha convertido en una Cenicienta que no merece sino nuestra compasión, a la vez que los artistas se han visto arrastrados al umbral de la mendicidad.

»Como muestra —continuaba nuestro Olaf Jensen, cada vez más cabreado—, un botón. Ahí está la indignante historia de lo que me sucedió en la bienal del año pasado en Copenhague (sí, señores, precisamente en mi ciudad natal, lo que viene a confirmar, lo digo con tristeza, el famoso refrán bíblico: Nadie es profeta en su tierra). Como los artistas que viajan de una ciudad a otra son sometidos a la más terrible pobreza por el sistema transnacional que… —etcétera, media página más— y dado que en pleno invierno nórdico resulta ciertamente desagradable dormir en los parques, los hoteles han adoptado por costumbre, durante las grandes exposiciones de los museos nacionales, ofrecer alojamiento a los artistas durante esos días y que éstos paguen con una de sus obras originales. De este sistema, pensado para que se enriquezcan los cerdos de los hoteleros, me beneficié también yo el invierno pasado, cuando presenté mi proyecto «*Eat it!*» en el marco de la bienal. Me alojé en un hotel, una de las

más lujosas «*pieces of shit*» de la ciudad, durante diez días. En los pasillos, esculturas de Bourdelle, en los vestíbulos lámparas de Gallé, en las habitaciones dibujos originales de los impresionistas… ¡Horrible! ¡Horrible todo!

»Pero a medida que pasaba el tiempo, me atormentaba cada vez más la idea de que, al final, tendría que pagar con una obra mía. Y no estaba ni de lejos inspirado. Al principio pensé en atacar con un cuchillo el Bonnard que estaba sobre la cama y hacerle un buen tajo («*cunt*»), algo artístico, tipo Fontana. También había un jarrón japonés en la mesita que parecía querer decirme algo. Finalmente, en el último momento, con un desesperado esfuerzo imaginativo, mis ojos se detuvieron en la tetera de plata maciza del siglo XVIII que presidía la mesa de cristal, junto al cartapacio del hotel y el teléfono. Acababa de llegar del centro, donde había bebido unas cuantas copas, así que tenía la vejiga a punto de reventar. Coloqué la tetera sobre la moqueta delante de la cama y me esforcé por apuntar en ella, aunque el chorro, no sé por qué, me brotó dividido en tres chorritos de lo más rebeldes. Aun así, he de decir que casi todo el líquido cayó dentro de la tetera, que quedó llena en más de sus tres cuartas partes. La agarré orgulloso y, apretándola contra el pecho, me monté en el ascensor (junto con otros cinco individuos que resultaron ser unos cerdos filisteos) y bajé hasta el *lobby*. Me dirigí a la recepción y coloqué la tetera sobre el mostrador, justo

bajo las narices del funcionario, vestido con su traje impecable.

»Siguió una discusión penosa. Aquel nazi asqueroso no entendió la obra. Incluso llegó a insinuar que no se trataba de una verdadera obra de arte. Insistió después en que abonara el precio de la habitación, que, por lo que vi, se elevaba a una suma exorbitante. Como os podéis imaginar, monté un escándalo de padre y muy señor mío, llamé al director del hotel, reuní a los clientes que se arrellanaban en los butacones de alrededor, pero el asunto se fue poniendo cada vez más y más feo. La directora, sin duda una perra desgraciada, no solo apuntaló el juicio de valor del recepcionista —¿con qué criterio me increpaban? ¿Tenían acaso estudios de arte? ¿Eran tal vez críticos especializados?)— sino que me acusó también de haber deteriorado aquella *mierda* de tetera y me la incluyó en la factura a precio de Rolls-Royce con todos sus extras y complementos adicionales… Entonces me ofusqué un poco y no sé qué me pasó, pero al final, entre pitos y flautas, me internaron tres meses en la cárcel y, durante cinco años, al parecer tendré que realizar trabajos al servicio de la comunidad, todo para liquidar la *mierda* esa de factura a la que los cerdos sumaron un fortunón por gastos de hospitalización de la directora. Entre tanto, mi obra fue completamente desmontada: mandaron a limpiar la tetera y el líquido fue arrojado, probablemente, por las cañerías de algún retrete en un acto inconsciente desde el

punto de vista artístico. Un acto vandálico digno de la civilización de *mierda* en que nos asfixiamos, del mundo de Bill Gates y de los demás nazis asquerosos mencionados más arriba… Dios sabe que lucho contra ello cada día con todas mis fuerzas…»

La carta se cerraba con otra larga letanía de empresas multinacionales, entidades colaboradoras y puercos ordinarios que pensaban que todo se puede comprar con vil dinero. Pero a él, un artista independiente que luchaba contra el sistema, no conseguirían doblegarlo jamás. ¡Nunca! La última frase estaba escrita en grandes caracteres de imprenta. Merece, por tanto, que también yo la escriba en una línea aparte:

FUCK THE REST, I'M THE BEST

10

EL ÚLTIMO DOCUMENTO QUE EXAMINAMOS aquel infausto día Ioana y yo, sien contra sien, sin saber muy bien si reír como locos o echarnos a llorar, fue el cuadrado de papel azul. Provenía de un bloc de *post-it* y el pegamento del borde tenía hilillos púrpuras que intuíamos que provenían de la servilleta de la Gioconda… Con la misma caligrafía afilada, a lápiz, con la que el artista había completado su CV, en este último cuadradito se nos revelaba, de hecho, la intención última de toda esa locura. Nos pedía que no permaneciéramos indiferentes al destino de un hombre que, en una lucha titánica contra el sistema, había sido vencido pero no derrotado. A cambio de la modesta suma de cien euros, el artista se ofrecía a pintar mi retrato a partir de una fotografía reciente que yo tendría que enviarle junto con el citado billete. Para arrancarme una lágrima, añadía que si solo trescientos destinatarios de su carta, de los más de mil a los que se la había enviado, hubieran respondido de forma positiva a su oferta, habría podido pagar al menos el valor de esa miserable tetera y se habría librado así de un año de trabajos forzados al servicio de la comunidad. En la parte posterior del cuadrado había añadido que estaba harto de pintar las vallas y los bancos de los parques de Copenhague, tarea que le habían asignado por haberse declarado «pintor». A continuación me daba las gracias y me deseaba

«*an excellent day*», como un presentador de televisión.

Entre tanto, en el despacho se había organizado un gran revuelo. El nuevo colega asignado resultó ser en realidad una colega, y encima más maciza que la propia Andreea, la hasta entonces indiscutible *vedette* del departamento de policía en el que, desde hacía una semana, solíamos venir a matar el tiempo. Ghilduş y Văcărescu se habían olvidado de nosotros por completo y revoloteaban alrededor de la bella Teodora como polillas, alardeando de su increíble instrumental, traído directamente de América por el FBI pero que, por desgracia, estaba aún en el sótano sin desembalar, de los casos que habían resuelto, del café turco tan bueno que sabían hacer… Văcărescu, que metía la tripa para adentro, estaba de color morado por el esfuerzo, y Ghilduş (cuya ventaja era que no estaba casado y por tanto no tenía que preocuparse por llenarle la boca a su esposa de pasta) se inclinaba protector sobre el hombro de la nueva colega, mostrándole no sé qué reglamentos y directivas que era vital que conociera.

No pusimos en pie, nos desentumecimos y volvimos a introducir todo el material en el sobre poniendo buen cuidado en no tocar de nuevo la servilleta directamente, sino que la agarramos por una esquina utilizando unas pinzas improvisadas con una cerilla partida en dos. En el rostro de la Gioconda, que sonreía enigmática, se distinguían unas pequeñas manchas nacaradas… Nos despedimos del absorto *threesome*, que apenas nos tomó en consideración («¡Hasta la vista, señor *Cărtănescu*! ¡Mis respetos, señora! Si vuelve a sucederle algo más, si vuelven a mandarle algo

sospechoso… ahora ya conocen el camino…») y salimos otra vez al invierno cegador de fuera.

Bromeamos y reímos todo el camino de vuelta a casa, deslizándonos por los resbaladeros del bulevar cubiertos de nieve recién caída, por delante de la tienda Flamingo y luego a las puertas del ayuntamiento. Era un día glorioso, y el paisaje invernal bucarestino era de los que hacía que valiera la pena perdonarle muchas cosas a nuestra triste capital. Dimos vueltas y más vueltas a la historia de aquel sobre que había puesto nuestra vida patas arriba. Llegamos a la conclusión de que lo que había pasado resultaba aún más increíble que si en realidad hubiéramos recibido una muestra de ántrax. El artista *scat* nos parecía más y más simpático a medida que nos alejábamos de la servilleta. Qué historia, qué derroche de energía, cuántas fotocopias y garabatos a lápiz para llegar justo donde él quería…

—Bueno, en cierto modo, el tipo se merece el dinero —dijo Ioana, sacudiendo la rama de un árbol y llenándome de nieve—. ¿Cómo están nuestras finanzas?

—¿Lo dices en serio? ¿Te has pringado la mano con el semen de ese psicópata y ahora quieres encima pagarle por ello? No sabía que te sobrara el dinero como para andar tirándolo…

—No, pero reconoce que nos hemos divertido por el equivalente a cien euros…

Es cierto, nos habíamos divertido de lo lindo: a mí se me habían cubierto las manos de unas ampollitas muy graciosas por miedo al ántrax, los periódicos se habían burlado de lo lindo de mí, me había vuelto un paranoico… Caminamos en silencio, uno junto al otro, unos cuantos minutos

más. No sé cómo, pero la idea disparatada de enviarle al falso Olaf Jensen el material y el dinero (concretando: la fotografía y el billete de cien euros) empezaba a seducirme, y a dibujarse en mi cabeza como algo plausible. Qué diantre, ¿por qué no? Al menos merecía la pena, aunque solo fuera para ver cómo reaccionaba el tipo cuando recibiera la pasta. ¿Qué podríamos hacer nosotros con cien euros? Humm, no tenía que pensarlo demasiado. Se podían hacer bastantes cosas con ese dinero, pero aun así…

—¿Y si me encuentro con un sobre que huele mal? A saber con qué sustancia piensa ese tío pintar mi retrato…

—Vale, pero las posibilidades no son muchas… —Ioana se echó a reír—. ¡Venga, mandémosle el dinero!

Bien, de acuerdo, ¿por qué no? Kogălniceanu, desde su pedestal, con un birrete de nieve en la coronilla, hinchaba el pecho mientras contemplaba el largo bulevar helado: ¿dónde andará metido Vodă Cuza[8]? Cambiamos dinero donde el árabe al lado de la floristería. Ahora estábamos en posesión de cien euros casi nuevecitos, que me pasé rápidamente por la barbilla para convocar a la suerte y que, al punto, me introduje en el bolsillo.

Una vez en casa, nos pusimos a buscar una fotografía mía «reciente». Encontramos una que me hicieron tras el lanzamiento de uno de mis libros en la Feria: dos ojos negros bajo unas melenas algo despeinadas. Lo metimos todo en un sobre, la foto y el dinero, escribimos la dirección que venía en el remite del «sobre» del ántrax y, rebosantes de entusiasmo, salimos corriendo hasta la oficina de

correos. Deslizamos la carta en el buzón amarillo de la entrada y luego nos volvimos a casa.

Ya no recuerdo lo que hicimos esas tres semanas. Nos preguntábamos de vez en cuando si le habría llegado el sobre al famoso pintor de bancos de Copenhague. Naturalmente, muchas veces nos arrepentimos de haberle enviado la pasta y nos preguntamos qué mosca nos habría picado. Pero solíamos tener tanto éxito en las fiestas cada vez que contábamos la historia «del ántrax» que rápidamente nos olvidábamos.

En fin, para qué voy a alargarlo más: una mañana, Ioana y yo nos dirigíamos a la oficina de Hacienda y cuando abrimos el buzón, debajo de una revista literaria que yo no había encargado nunca pero que recibía cada semana, puntualmente, allí estaba, ¡el esperado sobre de Dinamarca! Exaltados, nos metimos en el coche, y con gran ceremonia lo abrimos. Dentro no había más que un cuadradito de papel parecido a aquel *post it* azul de la primera vez, aunque este era blanco. Allí estaba el retrato prometido. Siendo sincero, no se daba un aire al aspecto que yo tenía en aquel momento, pero poco a poco empezó a parecérseme más y más. Aquí tienes, amado lector, el retrato en cuestión, con el que concluyo también yo mi relato:

Las Bellas Extranjeras

(o Cómo me convertí en un escritor adocenado)

1

EN PRIMER LUGAR, quiero pedir a mis enemigos literarios que no se feliciten antes de tiempo: no siguen a continuación unas confesiones masoquistas sobre lo mal escritor que soy (o que al menos he sido), o sobre cómo he engañado a todo el mundo durante un cuarto de siglo con mis lamentables productos. No es mi estilo, más bien al contrario. De mi abuelo, Badislav Dumitru, he heredado (dicen) dos rasgos de mi carácter: la tacañería y la fanfarronería. Respecto a la primera, él la poseía a raudales: siempre que venía a vernos y llegaba, grande y sudoroso, desde su fabulosa Tântava, no nos traía a nosotros, a los críos, ni siquiera una ciruela pasa. Su vanidad la recuerdo aún mejor. Cuando íbamos a su casa, a Tântava, y nos sentábamos en torno a la mesita redonda de madera en la que humeaba, como en *Morometii*[9], la mămăliga[10], él sacaba las tacitas de barro, se servía esa ţuica floja y ahumada que

se bebe por litros en el sur y, paseando la mirada por los tapices y los iconos de las paredes, comenzaba el discurso más embrollado que he escuchado nunca a persona humana. Si le prestabas atención, llegabas a pensar que todo lo que sucedía en aquel pueblo cercano a Ciorogârla y Domneşti era cosa suya: era el hombre más hacendoso, el más respetado, el más valiente y —si no hubieran andado por allí sus hijas, entre ellas mi madre— tal vez habría alardeado de ser también el mejor del pueblo en la cama. «¿A mí, hombre? ¿Que me amenace ese a mí? Mecagüen… le arreé una en toa la cara… Si no llego a ir yo hasta el molino… que si sí que si no, pero en cuanto me planté yo, ya se enteraron, ya…» De tanto «yo» y tanto «a mí» se nos atravesaba la sopa en la garganta. Su voz resuena a todas horas en mi cabeza desde que tenía cuatro años y durante mucho tiempo hice unos terribles esfuerzos por escapar de ella (*El Levante*[11] es consecuencia de uno de esos intentos). ¿Que reconociera él una equivocación, un desliz, una debilidad? Podías pensar que había llegado su hora. Así que, aunque a su lado sea un enano en eso de alabarme a mí mismo, he heredado lo suficiente como para no empezar, en público, a arrepentirme de mis pecados.

Así que si me convertí en un escritor adocenado en noviembre de 2004, cuando embarqué con todo el grupo hacia las *Belles Étrangères*, no se debió a nada fuera de lo común. Todos éramos escritores adocenados, pues éramos doce… Los doce del patíbulo dispuestos a conquistar Francia, la literaria y la que no lo era, en una campaña que duraría tres semanas. Tengo intención de transcribir, en las páginas que siguen, una parte de la

epopeya de los escritores rumanos por aquellas tierras hexagonales, es decir, la parte de la que fui testigo y personaje en el citado noviembre rojo.

Es cierto que, además de en esta ocasión, me sentí también un escritor adocenado cuando fui uno de los doce escritores finalistas —¿cómo denominarlo?— de la convocatoria «Diez para Rumanía» que fallaron el año pasado. Entonces, en un mes de diciembre igualmente sombrío, los diez autores se transformaron como por arte de magia en una docena para que los titanes D. R. Popescu y Horia Gârbea no quedaran, ¡Dios mío!, excluidos de la partida. Entonces me llevé asimismo un premio, un trozo de metal reluciente que me fue de gran utilidad aquella noche lluviosa, ya que regresé del Ateneo con mi esposa a pie, tal y como habíamos ido: la circulación aquellos días previos a la Navidad era infernal y resultaba imposible encontrar un taxi. Así pues, le dejé a Ioana el paraguas, muy cortésmente, y yo me coloqué el diploma sobre la cabeza mientras aferraba confiado la correspondiente estatuilla con la mano derecha. En la penumbra de las callejuelas traseras de la Piața Palatului se nos acercaron unos perros abandonados: me defendí valientemente con el objeto, que por fortuna era contundente, y esto los mantuvo a raya… A veces resulta conveniente ganar un premio, incluso aunque no tenga dotación económica.

Estaba en Bucarest cuando me anunciaron que formaría parte, el siguiente otoño, de la delegación de los doce. Partiría, por tanto, a París desde Viena, ya que en septiembre nos trasladábamos con niño y todo, llevando con nosotros también a la niñera del crío, al amplio y acogedor apartamento de mi amigo Horia. Enseñaría rumano durante un año, en

la Universidad de Viena, a unos estudiantes que, por lo demás, lo habían aprendido tan bien como yo de sus padres rumanos, emigrantes de los 70 y los 80, cuando estaba al alcance de la mano dejar el país del salchichón de soja por el país de la mantequilla. El grupo de escritores era bastante apañado ¿eh?, que no lo había elegido ni la Unión de Escritores ni el Instituto Cultural Rumano de la época, ni tampoco un jurado formado por críticos, sino que habían sido ellos mismos, los gabachos, que lo hacían bastante mejor, quienes se habían encargado de elaborar la nómina. Como un rumano imparcial, tras documentarse cuidadosamente, habían elegido doce escritores sin prestar atención a los hermosos ojos de los cocodrilos abonados a semejantes eventos. Pues lo que habían planeado, ciertamente, era un pequeño gran evento.

Todos los años, los franceses (no voy a liarme ahora con instituciones ni con nombres: los franceses están representados en mi historia por tres o cuatro señoras simpáticas que hicieron todo lo que estaba en su mano por que fuéramos felices) cierran los ojos y hacen girar la bola del mundo, clavan una aguja en un punto elegido al azar con la esperanza de acertar en tierra firme. Escogen así un país cada año e invitan a una docena de individuos, a unos cuantos poetas, a otros tantos novelistas, y los pasean por toda Francia para mostrárselos a un público ávido de sensaciones fuertes. Esta costumbre recibe el nombre de *Les Belles Étrangères*, Las Bellas Extranjeras. En cuanto me enteré de que yo sería una de esas extranjeras bellas, me interesé por quiénes serían las otras y descubrí que el harén completo incluía a antiguos conocidos míos o,

como diría Țoiu: «el equipo con el que he recorrido medio mundo». En realidad, todos eran unos amargados que, como decía antes, habían zampado, al igual que yo, salchichón de soja de lo lindo y que vivían aún, a pesar de la libertad posterior a 1989, en el terruño de sus antepasados. Era, así pues, una selección nacional carente de extranjeros. No lo eras tú, Virgil Tănase, ni tú, Norman Manea, ni tú, Matei Vişniec, ni siquiera tú, Țepeneag, aunque hubieras regresado tiempo atrás a tus orígenes. Otra decisión draconiana de las señoronas que representaban a Francia. Un solo nombre de los once me resultaba completamente desconocido: el de Letiția Ilea. El resto, *la crème de la crème* de cada generación: Blandiana y Agopian, Adameşteanu y Zografi, Crăciun y Mureşan, Marta Petreu y Simona Popescu, Cecilia Ştefanescu y Dan Lungu. ¿Torcí acaso el morro ante la mención de alguno de estos nombres? No voy a reconocerlo aquí porque no quiero meterme en balde en semejante berenjenal. Me conformaré con decir que, a grandes rasgos, la pandilla era OK. A unos ocho de ellos los habría elegido yo mismo si me hubieran preguntado. Quedaba pendiente el asunto de las compatibilidades: ¿con quién tendría que compartir mesa, con quién tendría que batirme el cobre hombro con hombro? Es curioso, con todos mantenía buenas relaciones que iban desde la amistad sincera hasta una sonrisa convencional y cordial. Tal vez con una pequeña excepción, absolutamente insignificante, que voy a dejar de lado.

Así que acepté; que sea lo que Dios quiera, seré un escritor adocenado y encima ¿dónde? En Francia, nada menos, famosa por su interés por la

cultura de los demás. Y en cuanto acepté, se personó en mi casa la televisión.

2

HUYO DE LAS ENTREVISTAS Y DE LAS CÁMARAS como el diablo del incienso. Habitualmente todo empieza con una llamada al teléfono móvil y la voz sensual, irresistible, de una joven lánguida que soñaba contigo desde niña: «Hola, ¿señor Mircea Cărtărescu?» «Sí…» respondo con el sentimiento de estar hablando con Marilyn Monroe en persona. Sigue un diluvio de amorosas palabras. Me proponen un *tête-à-tête* en un ambiente romántico, «cuando y donde usted quiera». La voz suena como si la entrevista, para la página cultural de quién sabe qué periódico, no fuera sino el mero pretexto para una sobremesa apasionada. «De acuerdo» digo, embaucado una vez más por la sensual voz, de tintes promisorios, «entonces mañana en mi casa.» Desde el instante mismo en que acepto, sé lo que va a suceder al día siguiente, pues es lo que sucede siempre: en vez de una señorita nerviosa, me encuentro en la puerta a un individuo peludo, con la camisa desabrochada hasta el ombligo, muerto de aburrimiento, que aguanta lo justo antes de preguntarme por lo único que de toda mi naturaleza literaria le interesa a él: cuánto me han pagado por *¿Por qué nos gustan las mujeres?*, cuál es la marca de mi coche, si me da miedo el número trece y si prefiero la cocina italiana a la griega. A continuación desaparece tambaleándose y lo hace para siempre: no me avisan de la aparición de la entrevista, no me

envían la copia solicitada y cuando por fin veo la página, me saca de mis casillas: un titular con letras minúsculas, «Cărtărescu prefiere los pimientos rellenos a los salchichones de soja», «Cărtărescu se ha hartado de Rumanía», «Un Nobel para Cărtărescu» y, debajo, las tonterías que yo he dicho transformadas en algo diez veces más estúpido… Cuando eso ocurre, siempre me digo lo mismo: lo tengo merecido, soy un idiota y siempre caigo, pues en este valle de lágrimas las tentaciones son infinitas…

Aunque cuando viene un equipo de televisión es muchísimo peor. Invaden tu minúsculo despacho cinco o seis individuos en pantalones vaqueros, jerséis, chalecos y barbas, acarreando miles de cajas metálicas que, por la forma, no pueden contener sino metralletas, pero extraen de ellas unos objetos de lo más inofensivos: tubos, cables, reflectores, micrófonos y otras piezas que no soy capaz de identificar. Su montaje dura más o menos el tiempo que te llevaría aprender alemán. Siempre estás en medio, te despachan de un sitio a otro sin decirte una palabra, tu pobre alfombra se va llenando de manchas de barro de la calle, de aceite de coche y, sobre todo, de una increíble maraña de cables. Los técnicos parecen multiplicarse por momentos, surgen cámaras de video prehistóricas, se vuelca un vaso de agua sobre mi ordenador, cae un cuadro de la pared… ¡Qué voy a decir! En mi pobre despacho se instaura el estado de Tohu-Bohu del que habla el Talmud. Uno de los barbudos mete un enchufe en la toma de corriente que cuelga de la pared y entonces sucede habitualmente uno de los dos fenómenos eléctricos posibles: o bien explota la bombilla del reflector, o explota mi cuadro de luces. Si no

sucede nada, a las dos semanas me llegará una factura de luz de proporciones bíblicas. Finalmente, una señora de formas expansivas complica aún más la situación en el despacho, que se transforma en una especie de ascensor. Me indica el lugar en el que tengo que sentarme y que, en cualquier caso, habría adivinado por mí mismo, pues es el único hueco libre que queda en la habitación. La experiencia de una entrevista de televisión no está hecha para claustrofóbicos. Un barbudo (otro diferente) me toquetea obscenamente por debajo del jersey con la excusa de colocarme el micrófono. Luego me obligan a fingir que escribo algo en mi ordenador portátil, que escojo un libro de la estantería y lo leo con inusitado interés, que miro al vacío a través de la ventana, arrebatado por una súbita inspiración poética…

La entrevista dura varios siglos aunque te hayan dicho al principio que no llevará más de media hora. Siempre falla algo con las cintas, con la luz, con los polvos del labio superior de la señora, siempre me interrumpen en medio de la frase más sutil (pues hago denodados esfuerzos por parecer listo mientras dieciséis individuos contemplan mi boca con cara de desprecio…) y me veo obligado a repetirla entera… Las preguntas son, por supuesto, siempre las mismas: que por qué me gustan las mujeres, que cuánto gano con la literatura, que qué coche tengo. A continuación, la entrevista acaba y yo vuelvo a convertirme en un estorbo. Les lleva tanto tiempo desmontar los aparatos como les ha llevado montarlos. Vuelve a derramarse un vaso sobre mi ordenador, vuelve a caerse un cuadro: es como una película proyectada al revés. Tengo la sensación, incluso, de que todos caminan de espaldas, balbuceando

unas palabras al revés. Hasta bien entrada la noche, me ocupo de crear el mundo de nuevo tras el caos primigenio. Naturalmente, tampoco ahora recibo indicio alguno, por vago que sea, de cuándo se va a emitir. En cualquier caso yo no veo la televisión, así que con menos motivo voy a hacerlo para verme a mí mismo (si echo de menos mi cara, me miro al espejo y santas pascuas), pero mis padres, pobrecillos, siempre se llevan una alegría cuando salgo.

Con los franceses, sin embargo, la cosa no resultó tan dolorosa, tengo que reconocerlo. Pero la cadena de producción fue endemoniadamente complicada: una señora francesa me hacía las preguntas en la lengua de Molière, yo respondía en la de Caragiale (pues la única alternativa habría sido que respondiera en la de Guliţa[12], pero no era plan), y a continuación, otra señora francesa, pero conocedora del rumano, lo traducía y todo ello era vertido a la película por un señor francés. Este era un director que había recibido el interesante encargo de realizar un reportaje sobre Rumanía en general y sobre una docena de escritores rumanos en particular, a través de una visita de tres días a un país del que no sabía nada y con un presupuesto cercano a los cero grados Kelvin.

Intimidado por el evidente predominio del elemento francés en mi habitación, hablé por los codos, de lo divino y de lo humano. Una especie de extraña regla limita la libertad de los escritores cuando conceden entrevistas. Llegan enseguida a comprender que el impulso sincero y espontáneo de declararse los más importantes autores rumanos vivos (aunque a veces incluyen también a los muertos, algo que, al menos para los franceses,

significa más o menos lo mismo) no es visto, en general, con buenos ojos. En consecuencia, interrogados sobre el verdadero valor de su obra, clavan tímidamente la mirada en el suelo y, con un aire artificioso de malos actores, disimulan diciendo que «algunos críticos son de la opinión de que…», «se ha dicho en algún lugar que…», de tal manera que un observador externo creería que el escritor rumano no piensa nunca en la gloria, en el dinero o en la fama, sino únicamente en la Gran Señora Poesía, cuyo humilde paje ha elegido ser por y para siempre. Yo tampoco constituí la excepción a la regla: fui decente, civilizado, políticamente correcto, generoso con mis compañeros de profesión, severo conmigo mismo y, por tanto, endiabladamente hipócrita.

En cualquier caso, al ver el reportaje iba a darme cuenta de que lo que dije durante aquellas dos horas no tuvo mayor relevancia: seleccionaron unos siete minutos en los que, en un plano fijo, yo parecía dirigir un discurso insoportable a las paredes. De vez en cuando, mi cháchara era interrumpida por las imágenes de mi amada Bucarest: carromatos, chuchos salvajes y ruinas siniestras. ¿Qué importa que yo hablara de la mente y la metafísica? Al público francés lo que le interesa saber es lo que florece a orillas del Dâmboviţa.

3

EL REPORTAJE, REALIZADO POR EL SIMPÁTICO FRANCÉS a modo de avanzadilla de nuestro viaje a Francia, se abría, por supuesto, con el primero y más importante escritor rumano, Nicolae Ceauşescu en persona. Y con su secretaria personal, la camarada Elena Ceauşescu. Transcurrían unos diez minutos en los que se mostraba al jefe en la tribuna, a los aplaudidores, los desfiles del 23 de agosto y la Casa del Pueblo. Luego venían la revolución, los escuderos, las barricadas, los tanques, los terroristas y finalmente la imagen del tío Ceaşca, abatido ante el muro abandonado e inacabado de Târgovişte, con su correspondiente agujerito en la frente.

¿Qué demonios, os preguntaréis, tenía que ver todo eso con la literatura rumana contemporánea? Imaginaos que viene a Rumanía una delegación de doce escritores franceses, la *crème de la crème*, y que nos ponemos a hacer una película sobre ellos. ¿Qué dirían los gabachos si empezáramos ese documental con los acontecimientos del no sé qué Thermidor, con la caída de la Bastilla, con Gavroche y con la tía aquella conduciendo a la multitud con las tetas al aire, con Luis XVI guillotinado, con Robespierre sujetándose el mentón? Creerían, probablemente, que habíamos perdido la cabeza. ¿Por qué —me pregunto— algunos tienen derecho a la normalidad y la modernidad y otros solo a una

historia pintoresca? ¿Por qué nos ahogan siempre en el Sena, en el Támesis o en el Potomac con Ceauşescu atado al cuello? En fin, supongo que el hombre tenía que rellenar la película con algo, me dije, y seguí viéndola.

El esquema era el siguiente: un paisaje rumano típico de matices más bien indios. Gente muy bronceada, caballos pequeños pero vigorosos, carromatos de última generación, chuchos asilvestrados plantados junto a los bloques de casas, niños en «shándal» jugando al «fúmbol» en los solares vacíos, todo ello alternando con alguno de los escritores adocenados hablando, en su casa, con un tipo que no se dejaba ver. Y así, poco a poco, de un discurso autista a otro, de un carromato con capota a otro, el documental tocaba a su fin. No sé cómo habían filmado los interiores, pues todas las señoras escritoras rumanas salían un poco hinchadas, como a través de un ojo de pez, probablemente por razones ideológicas: ¿qué sentido tendría que parecieran unas señoras francesas cualesquiera? ¿Dónde quedaría el interés artístico entonces? De esta manera se ajustaban a los criterios estéticos orientales: brazos rotundos, papadas rellenitas, gestos de *El rapto del serrallo*. Solo con Marta Petreu no pudieron hacer nada: al ensancharla de forma considerable, la imagen la agrandó hasta las proporciones exactamente habituales… En cambio, los escritores barbudos parecían todos mendigos desaseados (es cierto que algunos se habían presentado en la filmación precisamente de esa guisa). ¿Los temas de los discursos? Agradables y variados, se desplegaban por toda la escala de sentimientos humanos, de la calma de Dan Lungu al gato de Ana Blandiana. Yo aparecía hacia la mitad y

resplandecía con la camisa roja a rayas, italiana, que me acababa de regalar Ioana y de la que estaba tan orgulloso como Liiceanu de su Siegfried[13].

Respecto a los fragmentos extraídos de cada discurso de unas dos horas de duración delante de la cámara —en el que cada uno de los escritores confesó hasta los ingredientes secretos de la primera papilla que había tomado—, todos me dijeron lo mismo después: «Hombre, han dejado los fragmentos en los que aparezco diciendo más idioteces, más incoherencias, en el que más tartamudeo, en el que justo me rascaba la oreja o me hurgaba en la nariz… No sé qué demonios habrán querido demostrar con eso…». Bueno, no era exactamente así; la mayoría de nosotros (pues me incluyo) lo decíamos para justificarnos más bien por lo insípidos que eran los siete minutos que mostraba el documental.

En resumidas cuentas, partimos todos a la mítica Francia precedidos por un documental apañado deprisa y corriendo, en el que Rumanía salía bastante mal parada y los escritores rumanos no salían en absoluto, ni bien ni mal. Pero seamos justos: si a usted, que está leyendo este texto ante una humeante taza de café, le pidieran que realizara un documental sobre los escritores de la república de Tayikistán y le dieran dinero y mudas para tres días, en los que tendría que ir hasta allí y encontrarse con doce individuos e individuas desconocidos, de los que no sabe siquiera si utilizan tenedores en la mesa, ¿qué haría? ¿Cómo saldría del apuro? ¿No buscaría también lo pintoresco, los kumis, las cabras paseando por las calles, los adoradores de Stalin y cualquier otra cosa que hubiera por ahí? ¿Y las escritoras bigotudas y los

escritores de ciento veinticinco años afincados en las montañas de la hermosa república? Al fin y al cabo, no vas a mostrar edificios de hormigón y cristal, automóviles Citroën o individuos que hayan leído a Camus. Los franceses están hasta la coronilla de todo eso.

Ya lo he contado en alguna otra ocasión: en los años 90 visité América gracias a un programa para escritores de todo el mundo. Allí realizábamos lecturas de nuestra obra viajando de ciudad en ciudad. Y mira tú qué disparate (entonces me impactó, aunque luego he acabado por acostumbrarme): los autores normales, los que leían dócilmente sus textos como en nuestros cenáculos literarios, no tenían el más mínimo éxito. Podían ser geniales o hacer las más sorprendentes piruetas textuales. El público se limitaba a escucharles con una especie de educada complacencia. Imagino que cada uno de los presentes en la sala pensaba, de hecho, en sus cosas, como en los conciertos de música clásica. Pero le llegó el turno de leer sus poemas a un simpático colega del Congo de nombre inolvidable, Chirikure Chirikure. Y lo que ocurrió fue alucinante. Este individuo se puso en pie como si le quemara la silla y empezó a correr delante del público. Cantaba, bailaba, se retorcía, echaba espumarajos por la boca, rodaba por el suelo. En un determinado momento agarró a una viejecita del público, muy bien conservada, por cierto, una especie de reina yanqui de Inglaterra, y la arrastró tras él, gritándole al oído y haciéndola girar antes de depositarla de nuevo en su asiento. En fin, su actuación fue indescriptible. La poesía de Chirikure propiamente dicha ocuparía muy poco espacio tipográfico, pues se reducía a un solo sintagma, «*Fucking dragon-fly!*» (que yo traduciría

como «jodida libélula», pero he de reconocer que no soy un traductor extraordinario), aullado, maullado, balbuceado, gemido y esgrimido cientos de veces durante su «lectura».

En consecuencia, el gran poeta congoleño fue ovacionado por el público en tanto que los otros dos autores que tuvieron la desgracia de leer junto a él aquella tarde (un canadiense post-lacaniano y un novelista checo a la manera de Kafka) recibieron unos aplausos más bien discretos, con la punta de los dedos. Al día siguiente, los periódicos locales hablaron largo y tendido del poeta Chirikure y se olvidaron, lamentablemente, de los otros dos. Me he reencontrado posteriormente con el poeta congoleño en diferentes lugares del mapamundi, con la misma lectura de poemas y el mismo éxito, con la misma viejecita arrastrada por el escenario (si no había ninguna a mano, elegía un viejecillo arrugado) y con el mismo «*fucking*» al que añadía unas veces un escarabajo, otras una luciérnaga y otras veces la ya famosa libélula. El chico del Congo vivía de beca en beca, como un señor.

4

PERO TODAVÍA FALTABA MUCHO TIEMPO para que viera el documental. Por el momento me ocupé de mis asuntos, transcurrió medio año, nos trasladamos a Viena, a un enorme apartamento blanco como la leche en el que el chiquillo, ya la primera noche, se las apañó para volcar el televisor. Un crío con sentido común, deduje. Por lo demás, Gabriel —no es que yo quiera ensalzarlo— demostró una noción del valor sorprendentemente precoz. No tenía siquiera dos años cuando ya ajustaba cuentas con los libros de la biblioteca, eligiendo a sus víctimas con tanto discernimiento que, en un determinado momento, me dije: ¡este va a ser crítico literario! Esto después de que, en la primera media hora de nuestra estancia, destruyera mucho mejor que cualquier crítico, *Noroaiele* de Paul Anghel y Scaunul singurătății de Fănuş Neagu. Las páginas arrancadas con saña revoloteaban por todo el apartamento…

¡Qué ciudad tan estupenda, Viena! Estuvimos allí un año pero nos habríamos quedado para siempre. Vivíamos en el distrito 17 y por las tardes olía maravillosamente a cacao, pues a un paso de nuestra casa estaban los antiguos edificios de la fábrica de dulces Manner, que elaboraba, desde hacía doscientos años, las más famosas, las más ligeras y más crujientes galletas que puedas imaginar, envueltas en papel de estaño rosado como los ocasos vieneses. En cuanto a los

austriacos, ni rastro de ellos hasta donde alcanzaba la vista. En los parques infantiles —cuyos suelos estaban moteados por las cortezas de los árboles—, se arremolinaban mujeres árabes con velo, turcas corpulentas, búlgaras y serbias, montenegrinas y albanesas que gritaban todo el día a sus retoños, mientras los padres y los abuelos se apretujaban en los bancos, con los narguiles y los tableros de tablas reales, dejando a su alrededor montones de cáscaras de pipas. Un tímido idilio iba perfilándose ante nuestros ojos entre la niñera de Gabriel y un serbio viejo y tímido como una doncella. ¡Dios mío, cuántas cosas podría contar de Viena! Los domingos cogíamos el tranvía 42 hasta la Votivkirche y desde allí, con el niño en el carricoche, nos dirigíamos hacia el centro dominado por la gigantesca catedral Stephansdom. A su alrededor, los saltimbanquis, los vendedores de globos y los hombres-estatua contribuían a crear una atmósfera casi como de carnaval… Naturalmente, nos aventurábamos a menudo por el Prater, donde el crío giraba la cabeza para contemplar las norias, los túneles del terror, los tiovivos, los *rollercoasters* retorcidos como intestinos de neón… Puesto que ya se han enterado por ahí de que estoy harto de Rumanía y de que quiero desertar, voy a reconocer aquí que me encantaría acabar asentándome en Viena, sobre todo porque mi amigo Horia me recuerda siempre que están construyendo unas casas maravillosas en las colinas de las afueras de la ciudad, con una panorámica fantástica, y que son más baratas que los chalés de Rumanía. Y en ese caso, ¿qué sentido tiene vivir toda tu vida entre la contaminación y el polvo, entre la histeria de tus conciudadanos, con miedo a que un terremoto devastador se trague la ciudad entera, una ciudad

fea y arruinada, cuando puedes pasar la vida en la preciosa Viena, cuando tienes cincuenta y un años y sabes que te queda como mucho un cuarto de siglo más para disfrutar?

Pero no permitamos que nos abrumen ni Viena ni otros sinsabores y avancemos con valentía en esta historia que quiero contarles sobre un escritor adocenado. No sin antes, empero, de permitirme otro interludio, aparentemente más animado y alegre. Pues tú, amada lectora, no esperas de mí melancolías, inquietudes metafísicas ni cálculos sobre cuánto me queda de vida. Parece que te estoy viendo, en la mesita de la cafetería, tomándote un *espresso* mientras esperas a un amigo. El teléfono móvil, del que te sientes muy orgullosa, brilla sobre la mesa (¿un Nokia N96? Cómo te envidio… Si no estuviera ahorrando para un iPhone, yo también me compraría uno ahora mismo). Distraída, sacas del bolso el librito y, por aburrimiento, empiezas a leer, dejando caer un mechón de pelo teñido de rojo sobre la cara. Das otro sorbito a la taza, sigues leyendo, y así va pasando el tiempo. Cuando llegas al pasaje más interesante, aparece tu amigo, se sienta a tu lado y te coge de la mano. Dejas el libro sobre la mesa. No volverás a retomar la historia nunca más.

Por esa misma época me comunicaron que, antes del viaje a Francia, tenía que hacer otro a Italia, a la ciudad mantuana de Castel Goffredo, donde se adjudica cada año el premio de literatura Giuseppe Acerbi. Así que tenía que ir hasta allí, volver a Viena al cabo de tres días y después, al día siguiente, tomar el avión a París. Algo espantosamente complicado para un individuo que nunca sabe muy bien dónde está ni qué tiene que hacer. Así pues, desde Viena me

dirigí en primer lugar hacia el norte de Italia, donde aterricé, entre la niebla, en el aeropuerto con el nombre más bonito que se pueda imaginar: Aeroporto Internazionale Bergamo di Orio al Serio. Aquí me recogió un coche a cuyo volante estaba un chófer uniformado de azul y, al cabo de unas dos horas, llegué a Castel Goffredo, la capital mundial de los pantis de señora.

¡Así es! En mi largo viaje por Italia y Francia en noviembre de 2005 visité tres grandes capitales del mundo: Castel Goffredo, París y Castelnaudary, la capital mundial del codillo con alubias. París no me impresionó demasiado, pero las otras dos las encontré fabulosas. Hace unos doscientos años, en Castel Goffredo, una de las decenas de miles de ciudades italianas dueñas de un castillo con torreón, de familias nobles y de una iglesia pintada por algún gran renacentista, una familia que no tenía de qué vivir decidió criar gusanos de seda. Con la seda empezaron a fabricar medias de señora. El éxito fue fulminante. Poco después, toda la ciudad se dedicaba a lo mismo. Hoy en día hay más de ochenta fábricas de pantis en Castel Goffredo. Llegó a haber incluso más, pero las han trasladado a otros sitios donde la mano de obra es más barata: a Rumanía por ejemplo. Al final de mi estancia de tres días yo también me llevé una propina: tres pares de calcetines de caballero —también los fabrican, pero en menor cantidad— de la talla 45, en los que podría meterme entero. Qué pensarían ellos: un escritor tan grande no puede calzar menos… Pero a caballo regalado no se le mira el diente.

Allí me entregaron el Premio Acerbi. Este tipo fue un noble local que revoloteó por Laponia hasta que alguien le cortó las alas. El premio constaba de

una bandeja de plata con la que ni siquiera hoy en día sé qué hacer y una cantidad de dinero demasiado modesta como para que la mencionemos aquí. Sin embargo, las ceremonias fueron magníficas. Nos llevaron a unos castillos increíbles: el Palazzo di Té, la sala de los caballos (estos caballos de rostro humano, unos diez, existieron en realidad: eran los favoritos del duque de Saboya, si no me equivoco, que hizo que se los pintaran en las paredes, en tamaño natural, evitando cuidadosamente el color verde), donde se pronunciaron unos discursos barrocos ante todos los notables, unas palabras recargadas como solo se pueden escuchar en Italia… Nos arrastraron por escuelas e institutos con unos críos tan ingeniosos que parecían rumanos. Pero el susto de mi vida me lo llevé cuando me vi en el hospicio-cárcel de máxima seguridad situado en los alrededores.

5

EL AYUNTAMIENTO DE LA CAPITAL MUNDIAL de los pantis de señora, Castel Goffredo, consideró oportuno conceder cada año un premio literario entre todos los autores extranjeros que hubieran sido traducidos al italiano. Es uno de esos premios pequeños que cumplen dos funciones concretas: satisfacer el orgullo de una comunidad que quiere demostrar que tiene algo que decir —aparte de las sempiternas medias que elevan las nalgas y marcan la línea de las caderas— y pasar a formar parte del CV del autor como premio internacional. Hay también algo de dinerillo en todo este asunto pero, naturalmente, el noventa por ciento se lo lleva el protocolo —y los italianos son protocolarios por excelencia—, así que al bolsillo del autor no llega casi nada. El feliz ganador también recibe, es cierto, una hermosa bandeja de plata grabada con su nombre; se preguntará durante varios años qué hacer con ella y entre tanto descansará en un aparador, bajo manuscritos y tacos de revistas. Pero, qué le vamos a hacer, de nuevo a caballo regalado no se le mira el diente.

Interesante resulta la manera en que se desarrolla el concurso. El ayuntamiento compra unos dos mil ejemplares de cada uno de los libros participantes en el concurso y los distribuye por la pequeña y gallarda pedanía castelgoffredana. Todos los habitantes tienen derecho a votar por el libro que más le haya gustado. Existe un jurado

paralelo de expertos, formado por críticos literarios, que también emite su veredicto. Como para que digan que estas cosas no se llevan a cabo de la forma más democrática posible.

Estos jurados «populares» me resultan de lo más simpáticos, sobre todo cuando están compuestos por nuestros hermanos de la familia latina, los italianos. Unos tres años antes había participado en Roma en un denominado *Poetry Slam*, una especie de concurso de una especie de poesía, que se celebraba en un matadero rehabilitado y transformado en una sala polivalente. Los ganchos de los que en otra época colgaban las medias vacas pendían aún de las paredes. La entrada era libre y, para mi sorpresa, asistieron al *slam* unas cuatrocientas personas, lo cual no es moco de pavo si tenemos en cuenta la tan cacareada falta de popularidad de la poesía en el mundo de hoy. Nos inscribimos en el concurso unos veinte «poetas», casi todos especialistas en este tipo de espectáculo, es decir, individuos que no han publicado en su vida un poema en papel. Recibíamos 200 euros de partida, los finalistas, 200 euros más y el ganador, 500. Nos colocaron a todos tras un telón, y allí que esperamos pacientemente a que se abriera.

¡Dios mío, qué panorama! Aquellos tipos como atletas antes del *start*. Correteaban de acá para allá, hacían ejercicios de respiración, controlaban los tirantes de los trajes, tan ceñidos al cuerpo como los de los patinadores. Murmuraban, balbuceaban, se reprendían a sí mismos. Una negra vocalizaba arrastradamente, tipo Mahalia Jackson. Una mujer barbuda que, como decía Arghezi, «bajo las faldas / llevaba, como un hombre, de todo y dos pistolas», lloriqueaba y

movía el trasero con un tutú de bailarina… Todos bebían con valentía unos vasitos de plástico rebosantes de Chianti. ¡Una tía con una máscara veneciana y vestida como una fulana se acercó a mí y me dijo que recibía unas vibraciones negativas procedentes de mi pobre persona! «Es que soy del país de Drácula», le dije, y pareció satisfecha porque no volvió a preguntarme nada más. Por otra parte, ya habían alzado el telón y el espectáculo había comenzado.

En primer lugar fueron elegidos los miembros del jurado, tras un sorteo entre los números de los asientos. Unos ocho espectadores fueron subiendo sucesivamente al escenario, chicos y chicas emocionados por su pasajera importancia. Adoptaron de inmediato un talante serio, como el de los jurados de los campeonatos de gimnasia artística o del festival de Mamaia[14]. Les hormigueaban los dedos, evidentemente, de las ganas de pronunciarse. La nota más alta y la más baja no se tenían en cuenta. Luego nos presentaron a nosotros, con gestos magnánimos y pomposos, como si fuéramos unos luchadores del circo. El presentador era una estrella del pop italiana, una especie de imitación de Elvis, lleno de caspa y lentejuelas, con ojeras y una figura mórbida, como de drogadicto.

Siguió la primera ronda del *show*. El *slam* tendría que ser un recital de poesía, pero de hecho es una especie de *happening* en el que todos los golpes estaban permitidos. La poesía se grita, se canta, se ríe, se llora, se desnuda, se tira al suelo, se calla, más o menos en la línea de Chirikure Chirikure, el poeta africano. Os podréis imaginar el ridículo que hice entre los comediantes y los trágicos de la poesía. Naturalmente, yo también me esforcé por

estar, de alguna manera, a la altura de las circunstancias: recité un poema agresivo mientras imaginaba que me atormentaba espantosamente un brusco dolor en la nuca. Quedé el primero por debajo de la línea de corte, así que perdí los otros doscientos pero al menos terminé de forma honorable. Se calificaron, entre otros más tétricos, el travestí y la negra que vocalizaba, hasta que finalmente la negra zanjó el resultado gracias a un *negro spiritual* de un solo verso —«Oh, Señor, hazme guapa, lista y haz que llegue pronto a casa», o algo así— entonado desde lo más profundo de sus pulmones mientras toda la sala se balanceaba como en una misa evangélica de Louisiana. Luego me enteré de que esta muchacha se presentaba a todos los concursos y les soplaba los premios a los poetas en cada *slam* con el mismo truco de arrepentida de opereta. Fuera como fuera, yo me pagué el viaje a Milán en tren gracias a mi esfuerzo poético. Para que luego digan que hoy en día no se puede ganar dinero con la poesía…

Volvamos a nuestros pantis de señora: en 2005 le llegó el turno a Rumanía en el Premio Giuseppe Acerbi. Bienvenido sea, pero el problema era que solo había tres novelistas contemporáneos traducidos al italiano: Norman Manea, Marin Mincu y su humilde servidor de ustedes. Y Norman Manea, naturalmente, no se molestó en atravesar el océano hasta Castel Goffredo. El premio tenía que disputarse, en consecuencia, entre Marin Mincu, que había publicado en italiano un diario de Drácula, y yo…

Pero el reglamento del jurado preveía que participaran al menos tres autores, así que se planteó rápidamente la cuestión de dónde sacar al tercer rumano traducido al italiano. Quizá para

otros pueblos más torpes esto hubiera supuesto un problema, pero ya sabemos que para el rumano «si no hay peras, hay manzanas». Un periodista y guionista recordó que él también tenía un manuscrito traducido al italiano aunque, desgraciadamente, no estaba publicado en rumano. El texto, que hablaba de unos mineros, se publicó enseguida en una editorial de Bucarest en tantos ejemplares como exigían los de Castel Goffredo. De esta forma el problema quedaba solucionado. *The Romanian way* triunfaba una vez más…

6

NO SUPE EN NINGÚN MOMENTO adónde me dirigía, pues de lo contrario no habría ido. Tampoco las autoridades —representadas por una señora felliniana tan alta como una torre y que fumaba como una serpiente— habían cometido la imprudencia de revelarle al desgraciado escritor qué le depararía ese día fatídico, tras no sé cuántas visitas anodinas a escuelas e institutos. Simplemente vinieron a recogerme, me embutieron en un coche junto a la señora felliniana en cuestión —la señora Volumnia, ese era su nombre, si es eso lo que os interesa— y siguió un viaje largo y laberíntico fuera de la ciudad. Kilómetros y más kilómetros de paisaje italiano como si desenrollaran un fardo de tela estampada haciéndolo rodar por el mostrador de una tienda. En nuestro destino nos esperaba un portón corredero que yo había visto solo en las películas y eso ya me dio qué pensar. Descendimos todos, intimidados.

El portón era de metal macizo, con barrotes, de unos tres metros de altura y tenía en la parte superior unas cuantas tiras de alambre de espinos. El vigilante de la garita llena de aparatos electrónicos manipuló unos botones y la puerta empezó a desplazarse lentamente, con una grandeza wagneriana. «Pero ¿qué es esto?», me atreví a preguntar, la señora me sonrió tentadoramente, con una gracia celestial, como Blancanieves a uno de los enanitos, y me pareció

que incluso me guiñaba un ojo. «Ya verás, ya…» Como una madre que anima a comer a su melindroso hijo, parecía derretirse ella misma de hambre por lo que venía a continuación: ñam-ñam-ñam…

El edificio que se escondía tras el portón no era, sin embargo, apetecible en absoluto. Al contrario, era la construcción más siniestra que jamás hubieran visto mis ojos: un cubo macizo y grisáceo de hormigón con rejas en las ventanas, en fin, una cárcel en toda regla. Sobre la entrada principal no decía, es cierto, «Lasciate ogni speranza», sino un equivalente moderno de la célebre expresión dantesca: «Centro penitenciario de máxima seguridad de Castel Goffredo». Dios mío, empezaba a sentirme como en una película de terror: la inmensa puerta metálica se había cerrado ya a mis espaldas con un ruido sordo y definitivo, y ante mí se alzaba la pesadilla. Puesto que, en sentido propio y en el figurado, aquello no tenía vuelta atrás, me resigné a ascender la escalinata del edificio, hacia el que me conducía, relamiéndose, la señora Volumnia. En el umbral nos recibió el director de la colonia penitenciaria, escoltado por dos enfermeras. Él era menudo, calvo, con algo de barriguita, vestía una bata de médico y sus ojillos tenían —eso me pareció a mí— un cierto brillo sádico. Un tipo *shrink* sazonado con un bigotito de tenor italiano. Sobrepasándolo en dos cabezas de tal manera que podían hablar con mi acompañante de igual a igual, las enfermeras-guardianas eran extraordinarias. No podía apartar los ojos de ellas. Una tenía la cara tan arrugada como una de nuestras viejecillas de Ţara Moţilor[15], pero su rostro flotaba sobre un cuerpo de mujer propio de las ilustraciones Hentai: por debajo de

una falda que no conseguía cubrirle enteramente los glúteos salían unas piernas embutidas en medias de mallas y unos zapatos de tacón de esos que solo llevan las chicas de los arcenes. Los senos parecían de silicona y se hinchaban de forma inverosímil sobre un pecho a todas luces cincuenta años más joven que la cara. De hecho, un escote casi hasta el ombligo los dejaba a la vista prácticamente por completo. Las curvas de su cuerpo, intensamente bronceado —en contraste con la cara y el cuello, maquillados como la corteza de un árbol—, emanaban una energía erótica paradójica y desinhibida. La otra enfermera era, por el contrario, severa y musculosa, de voz grave y pelillos en la nariz. También sus orejas estaban orladas por unas ásperas y canosas hebras. Podía ser una monja amargada de tanto comer armuelle y acedera, agarrotada por culpa de los tablones de la cama. El director nos invitó, jovial, a su despacho, a tomar un cafetito. A mi lado, la chica Hentai cruzó las piernas, mirando pensativa a través de la ventana.

A lo largo del discurso, el director se mostró encantado con que ese año los candidatos al Premio Acerbi no se las hubieran arreglado para sortear una visita a su institución. Durante seis años, sus pacientes se habían deleitado con literatura de la mejor calidad y prestigio y, a pesar del desagradable incidente ocurrido el último año, todo había transcurrido, podría decirse, de forma excelente. Las señoras y los señores residentes recibían los libros del ayuntamiento, los leían, se formaban una opinión y luego votaban al igual que los demás vecinos de la ciudad. El señor escritor procedente de Rumanía no quedaría, pues, decepcionado: iba a vérselas con un público

avisado y deseoso de las últimas novedades literarias. De los más de doscientos pacientes de la institución, habían seleccionado solo a treinta, los más ávidos de literatura. Que no nos preocupáramos: al que había provocado el pequeño incidente con el escritor mejicano, ganador del Acerbi en el 2004, se le había prohibido el acceso a la sala. Y ahora, si éramos tan amables, podíamos pasar a la sala, pues el público empezaba a impacientarse.

Por el pasillo, la señora Volumnia me contó lo que había sucedido el año anterior (y me insistió en que no me preocupara, que había sido algo realmente excepcional): mientras leía sus poemas, el escritor de Méjico fue atacado de improviso por un espectador de la primera fila y acabó con graves heridas por mordiscos en el cuello y en el pecho. Sin embargo, los vigilantes intervinieron a tiempo, afortunadamente. Posteriormente, el espectador justificó su reacción por el desencanto estético provocado por los textos «de dudosa calidad» del mejicano. Mis relatos, me aseguró mi guía, eran, sin ninguna duda, mucho mejores.

El director abrió, pues, una de las puertas del salón y nos encontramos de repente en la sala de conferencias. Ante nosotros, retrepado de medio lado en sus asientos, se encontraba un muestrario humano indescriptible. Incluso aunque no fuera un escritor adocenado, no tendría ninguna posibilidad de esbozaros aquí la violenta impresión que esta gente me provocó desde el primer instante que puse mi ojo clínico en ella. La mayoría de la concurrencia estaba, con toda seguridad, fuertemente drogada. Colgaban de las sillas con rostros bovinos, con la lengua visible entre sus labios gruesos, con los ojos en blanco. Tres cuartas partes

eran mujeres que padecían deformidades monstruosas y tenían el pelo cortado a trasquilones. Una no cabía literalmente en su asiento, era más ancha que alta y atendía desde el suelo con un rictus estúpido. Los hombres eran del tipo patibulario, como diría un amigo mío: uno miraba al techo y parecía recitar rápidamente para sus adentros la tabla de multiplicar. Otro parecía un antiguo gladiador, tatuado de arriba abajo, con una mirada cruel que ni siquiera los tranquilizantes habían conseguido aplacar. Todos, me explicaba la señora Volumnia, habían asesinado al menos a una persona, algunos a dos, razón por la cual tenían que pasar el resto de sus días internados en esta institución.

He realizado otras lecturas públicas, pero nunca con el nudo en el estómago que tenía ante aquel distinguido público, atentamente vigilado por dos guardias macizos, pura carne de sala de pesas. Cuando terminé, más o menos la mitad de los pacientes aplaudieron con entusiasmo, mientras que los demás yacían desmayados con la cabeza en las rodillas. Un microcéfalo incluso se acercó para pedirme un autógrafo. Una chica de unos catorce años, de cabello rosa y un pendiente en la nariz, me preguntó, leyendo un papelito, cuál era exactamente mi credo artístico…

7

TRAS FINALIZAR FELIZMENTE LA LECTURA y respirar aliviado, nos invitaron a unirnos a los espectadores en un pequeño ágape de zumos y patatas fritas para poder socializarnos libremente y conocernos mejor. La señora Volumnia se encontraba a sus anchas, bromeaba, sonriendo a diestro y siniestro, con el doctor, que le llegaba exactamente hasta la cintura, en un italiano dialectal bellísimo. Incluso los guardias se mostraban relajados y se habían servido un poco de zumo en sus vasos de plástico. Para mi tranquilidad, vigilaban a la variopinta asamblea por el rabillo del ojo. Las obesas sonámbulas se movían entre nosotros como perezosos peces-globo, unos individuos tatuados hasta en la lengua enarbolaban unas sonrisitas inverosímilmente sádicas, como actores malos dispuestos a interpretar el papel de asesinos en serie. Pero la mayor parte de los «apasionados por la literatura» no había conseguido levantarse de sus asientos y yacían sobre mi libro, ostensiblemente colocado en su regazo con la portada boca arriba, empapada por los hilillos de saliva que caían de sus bocas. El síndrome de Turner campaba a sus anchas en aquel cenáculo improvisado.

Puesto que permanecía aislado como un expatriado en un rincón, una enfermera elegante —la única figura normal en aquel manicomio— se compadeció de mí y se acercó a intentar darme

conversación. Era una señora distinguida que frisaba los cincuenta años, con un hermoso collar de lapislázuli al cuello. En un inglés fluido, me preguntó por la situación de Rumanía, por la condición del escritor en Europa del Este, en fin, las preguntas normales que me hacen en sitios y en momentos normales, y para las que yo tengo unas respuestas preparadas de antemano. De lo contrario, ¿qué vas a hacer? Obligada a trabajar permanentemente, la mente se desgasta lo quieras o no. Estaría bueno que tuviera que pararme a pensar cada vez que concedo una entrevista. ¡No, chaval, reservo mi mente para cosas mejores!

Las entrevistas son la compañía más desagradable de la popularidad. En primer lugar, se trata de un trabajo gratuito. Los que te entrevistan tienen la impresión de que te están haciendo un favor, de que te mueres por que alguien te meta el micrófono debajo de las narices. Pues bien, ¡es exactamente lo contrario! En una entrevista trabajas tanto como para un relato, unas cuantas horas, en primer lugar para decir algo que no te deje en ridículo; eso consume tu tiempo y tus recursos. Luego tienes que corregir las pruebas que (en los casos más afortunados) te envían y que, habitualmente, están llenas de transcripciones erróneas, de nombres propios aberrantes —incluso los más sencillos: ¡cuántas veces no habré corregido los nombres de Baudelaire, Rilke o del mismo Cervantes, transcritos con errores por alguna periodista inculta!— y de verdades molestas que te has arriesgado a lanzar, en la euforia de la conversación, arriesgándote a enemistarte con tres cuartas partes del universo literario… La prensa está llena de chicas desenvueltas y chicos con veleidades poéticas que colaboran en las páginas

culturales y que a veces son extraordinaria, casi genialmente ingenuos en cuestiones referidas a la vida espiritual. Hace unos años asistí a una conferencia celebrada en el New Europe College. Intervino un invitado procedente de Francia y el debate posterior se desarrolló, naturalmente, en francés. A mi lado, una jovenzuela en posesión de un cuadernito y un lápiz me preguntaba una y otra vez, con cada frase, «¿qué dice? ¿qué dice?», y yo, un alma caritativa, se lo traducía de vez en cuando. «¿Y quién es el tipo ese que está junto al francés?» me preguntó en un determinado momento. Miro: a un lado del francés estaba Pleşu[16], al otro, un sociólogo cuyo nombre le facilito a la chica. «No, a ese ya lo conozco de la tele. El otro, el que tiene cara de enanito de Blancanieves…» Me quedé bloqueado, luego me entró una risa tan espontánea y salvaje que estuvieron a punto de echarme de la sala… Le pregunté a la chica a qué se dedicaba: «Soy licenciada en Filosofía y Letras y trabajo para la página cultural del periódico […]», me respondió ella con mucha dignidad…

Así que, cada vez que concedo entrevistas o cuando converso «intelectualmente», pongo la mente en piloto-automático y recito cuidadosamente cosas que ya he pensado de antemano, con mucha antelación, y que luego guardo para los días negros. Así que algunos se sorprenden de lo poco intelectual, de lo poco poeta que soy en las conversaciones cotidianas. «Pero Mircione, no te he oído nunca decir en la mesa, al menos una vez, algo inteligente, sacar alguna metáfora o una idea interesante, citar a Nietzsche o a Dostoievski como hacen los escritores de peso. ¿Qué mierda de autor eres tú?», me dice

de vez en cuando algún amigo, y no le falta razón. Haré un esfuerzo, le respondo, ya estoy recogiendo citas de Platón Pardău y Aristóteles Pârvulescu para colocarlas en primera línea si es necesario.

Y también así, un tanto alterado y, sin embargo, aliviado por haber encontrado un oasis de normalidad en aquel «Hospicio penitenciario de máxima seguridad» de Castel Goffredo, disipé las dudas de la señora sobre nuestro modesto paisito: le señalé que somos un pueblo latino al igual que los italianos, con una lengua de la misma familia, entré también en la oscura problemática de la etnogénesis al norte (¿o al sur?) del Danubio, pasando al periodo medieval, luego —un tanto bruscamente— al ceaucismo y la revolución, mostrándole, en fin, un panorama *ad usum delphini* de la problemática étnico-ético-estética a través de la cual nos definimos como pueblo. La señora de rasgos nobles, muy espigada y con una mirada inteligente, me seguía atenta y de vez en cuando colaba un «*indeed?*» o algún «*certo*» que corroboraban que me encontraba ante un interlocutor activo.

Nuestra agradable conversación fue interrumpida por el sonido estridente de un silbato; incluso los más alicaídos amantes de la literatura se incorporaron de un salto de sus asientos y, tambaleantes, caminando como osos guiados con una cadena, lanzando miradas salvajes a su alrededor, se dirigieron hacia la puerta para ser conducidos de regreso a sus habitaciones por aquellos macizos guardianes. Los ejemplares nuevecitos de mi pobre libro quedaron desparramados bajo las sillas, con las páginas abiertas por primera vez, quizás.

Volvimos a reunirnos también nosotros, la formación inicial, en el despacho del doctor; la enfermera Hentai se sentó con el trasero encajado en el alféizar, destapando sus muslos hasta más arriba que nunca, mientras que la otra permaneció rígida junto al director, más austera que la Madre Teresa. A mí me pidieron que comentara mis impresiones tras la lectura. Naturalmente, elogié todo, la atención y la competencia del público, la calidad de las preguntas, la atmósfera cálida y festiva que me había rodeado, le di las gracias al director, que inclinó con modestia la cabeza, y luego consideré oportuno alabar por encima de todo la delicadeza y la buena voluntad de la enfermera con la que había estado hablando más de media hora durante el refrigerio. «¿Qué enfermera?», preguntó el director. Se la describí como mejor pude, pero el detalle del collar de lapislázuli resultó decisivo. «*Signor* Cartarescu» me dijo, sonriendo, el minúsculo doctor, «la señora en cuestión no es enfermera, sino una de nuestras pacientes más antiguas. Mató a sus dos hijos, a sangre fría. Sin embargo, cada día espera su visita. Es por eso que se arregla tanto».

Entonces se me nubló la vista y tuvieron que humedecerme la cara con un poco de Fanta que había por allí.

8

TRAS ESTA AVENTURA TAN *spooky*, las cosas volvieron lentamente a su cauce normal en el sentido de que, antes de la fiesta de entrega del Premio Giuseppe Acerbi, tuve la agradable sorpresa de descubrir que, aparte del premio propiamente dicho, los italianos habían aprovechado para concederme otro por mi obra poética. Esta vez sin competencia, sin luchas intestinas, sin nada. Pero cuando fui proclamado feliz ganador, coincidí con una conocida poeta rumana, exuberante y seductora, envuelta no en píxeles, como yo, sino en todo tipo de chales, saris y otras prendas de vestir cuyo nombre exacto nunca llegaré a conocer. Esa mujer me comió la tostada. En cuanto apareció, me olvidaron en un rinconcito: todas las autoridades, todos los fabricantes de pantis de señora, todos los traductores del rumano al italiano, todos nuestros embajadores y responsables culturales corrieron a alumbrarse con su sonrisa, más amplia que la vida. Ya me había sucedido eso mismo con la citada señora en otras «extranjeridades». Ya me había eclipsado en otra ocasión —y no solo a mí— apareciendo también así, en el último minuto, solo para soplar los premios, pues esa era su especialidad desde la adolescencia: un nombre sonoro acompañado de una magnífica sonrisa le había asegurado durante más de medio siglo la más sólida popularidad. Desde hacía unos años había exportado su fama

también *abroad* con mucho tesón, y aquí la tenía ahora, cuando menos me lo esperaba.

En la fiesta de clausura estuvo presente Castel Goffredo en pleno. Un Edgar Bostandaki contemporáneo habría inventariado los vestidos de las damas, los accesorios de los caballeros, los decorados de ensueño del local más sofisticado de la urbe. Era el máximo acontecimiento de la ciudad, su velada de gracia, anhelada por todas las almas. Pero yo, abandonado en mi rincón, junto a un ficus y una mesita con folletos, avergonzado porque nunca tengo ropa de ceremonia (¿dónde demonios consiguen los cineastas de la última hornada, los Mungiu[17] & Co., los esmóquines y las pajaritas con que suben al escenario? Yo he ido a todas partes en pantalones vaqueros y con mi sempiterna chaqueta gris, así que en Castel Goffredo parecía el guardia de seguridad del restaurante antes que el glorioso *winner*), los contemplaba como contempla un niño pobretón las chocolatinas de un escaparate. Mi *Nostalgia* había ganado el primer premio —tampoco fue tan difícil, que esto quede entre nosotros, si tenemos en cuenta la competencia—, pero la señora Volumnia, cuya cabeza con un cigarrillo entre los labios flotaba cerca del candelabro de miles de carámbanos irisados, estaba ya junto a la puerta y temblaba de emoción: de un Audi de círculos relucientes descendía en ese momento, frente al restaurante, la diva de la poesía miorítica, que penetró impetuosamente en la sala, como una esquiadora que dejara a su paso oleadas diáfanas de nieve. ¡Era única, indeleble, inalterable, fatal! Tomó asiento en la primera fila de sillas Secession junto al alcalde, el jefe de policía, el abad y tres o cuatro descendientes de la familia Acerbi. Seda y

almizcle, almizcle y seda se desprendían de su naturaleza metafórica por excelencia.

Siguieron los discursos, interrumpidos por los oportunos aplausos y por mi inoportuna voz, pues se me ha olvidado deciros que tenía un resfriado de caballo. Tosía como el hermano de Seymour en la boda, si es que comprendéis la alusión. A mi alrededor resplandecían los diamantes de las orejas de las señoras y las dentaduras postizas de los ancianos, así como, cuando era pequeño, refulgían mágicamente en el circo las lentejuelas de las jinetes y los trombones de la orquesta. Era ese niño amargado en un espectáculo creado en su honor pero al que él permanecía ajeno. Le llegó también el turno a mi discurso y, por supuesto, por culpa del calor y del humo de la sala, me dio la tos, así que, entre ráfagas de catarro, apenas conseguí pronunciar unas pocas palabras. Me entregaron la mencionada bandeja de plata y el sobre en el que había cinco veces menos dinero de lo que me esperaba y me mandaron de una patada a mi sitio. Se conoce que con mi atuendo de estudiante famélico estropeaba su puesta en escena. Luego le cedieron la palabra a la poeta que había ganado el premio supernumerario. Tengo que reconocerlo, a cada uno lo suyo. Fue sutil y divertida, aduladora y lujuriosa, modesta como la Madre Teresa y sabia como el Dalai Lama. Conquistó, si es que era todavía necesario a esas alturas, los corazones de todos. Le dieron —ya veis qué cosa— una bandeja mucho más bonita que la mía. Con una especie de rosa digna de Cellini, mientras que la mía era sobria, rectangular, estándar. Entonces sí que me invadió la envidia. Vaya mierda, encima de que había ensombrecido mi pequeño momento de gloria italiana, ahora

dejaba en ridículo también mi bandeja. Desde entonces no puedo verla siquiera. Con la excusa de que era demasiado pesada para llevarla en el avión, se la encasqueté a mi traductor, el encantador profesor Mazzoni, tan subyugado a su vez por la aparición de la poeta autóctona que se encajó la bandeja bajo la axila sin decir una palabra y así permaneció durante toda la velada.

A lo largo de la ceremonia se desarrolló un programa artístico rumano-italiano. La contribución de los locales fue la que se esperaba: *jazz*, si no recuerdo mal. La nuestra, propia de Rumanía. ¿Cómo íbamos a perder la oportunidad de hacer el indio una vez más? ¿Cómo íbamos a perder el «sentimiento rumano del ser»? Sobre el fondo de una música de magnetófono con las cintas medio desmagnetizadas hizo acto de aparición, en el ultraselecto salón de baile, un… fantoche, un ser semejante a aquellos bandidos de *Star Wars* que querían secuestrar a C3PO y llevárselo a la chatarrería: jorobado, con un inmenso pañuelo sobre los ojos, con una especie de zurrón a la espalda y unas abarcas para las que la palabra «gigante» resultaría insuficiente, pues eran más bien barcas. El traje popular era de los auténticos, de una fealdad imposible de falsificar: pesado como una armadura, olía a rancio y a mugre, y el bordado de las mangas estaba todo enmohecido. La aparición saltaba al ritmo de la música como si estuviera galvanizada, como si tuviera un mecanismo interior y, en cuanto comenzó a cantar, reconocí la voz gruesa, como de pastor de ovejas, de una antigua cantante de música popular. El público se había quedado clavado, estupefacto, en sus sillas Secession. Aquellos junto a los que pasaba el artista se retiraban espantados,

como si temieran que les contagiase algo. Era la Madre-Bosque, que Dios me perdone, lanzada en paracaídas a aquel salón mantuano y profiriendo conjuros en lengua dialectal. Ante nuestros ojos brincaba la culminación de años y años de política cultural repleta de *sarmale* y mămăliguța, de alaridos y gritos de los căluşari, de literatura popular, pintura popular, música popular, metafísica popular, estomatología popular, ginecología popular y Dios sabrá de qué más. De nuestra tradición de primitivos de Europa. En la orquesta de los pueblos, nosotros nos presentamos como los más puros con la ocarina de nuestros antepasados. Y ahora nuestros representantes, entre ellos el propio embajador, miraban al suelo avergonzados. Hay que joderse, si era cuestión de monstruos habría preferido a Adi de Vito[18]. Ese, al menos, eligió un nombre italiano. Y, en cualquier caso, me parece más auténtica su vitalidad estúpida que todo el «tesoro folklórico» de los domingos a las diez de la mañana, mal rayo los parta…

9

UNA VEZ HUBE REGRESADO A CASA o, mejor dicho, a Viena, apenas tuve tiempo de ver cómo neviscaba en el inmenso ventanal del apartamento de mi amigo Horia cuando, ¡hala!, otra vez derechito al avión. Para gran amargura de los míos, todo hay que decirlo. Como yo, prácticamente, paso casi todo el tiempo en casa, a Ioana y a Gabriel les resulta extraño verme desaparecer entre las nieblas de los aeropuertos de vez en cuando, y lo llevan fatal, incluso aunque regrese de esa bruma con algún perfume o un tren de juguete. Esta vez me iba para muchísimo tiempo, dos semanas completas y, si sumábamos la que ya había pasado en Castel Goffredo, era toda una eternidad. Por la noche deshice el equipaje y lo hice de nuevo, más apretado y repleto esta vez; entre tanto conseguí resumirle a Ioana las aventuras vividas en la ciudad de los pantis de señora. La historia más elogiada fue, por supuesto, la de los locos criminales amantes de la literatura fina. Por aquel entonces no sabía que apenas dos años después, en un lugar tan diferente a Castel Goffredo que casi podría considerarlo «otro planeta», volvería a vivir una experiencia similar.

Sucedió en Sângeorz-Băi, el pueblo donde nació Ioana y al que solemos escaparnos todos los años para cargar las pilas tras la locura de la vida bucarestina. El lugar, situado en una colina que domina un balneario, es sencillamente paradisíaco:

un prado de manzanos tan cargados de fruta que hay que apuntalar las ramas para que no se rompan; pilas de heno, cumbres boscosas, el cielo nocturno plagado de estrellas, el canto de los grillos y todo lo demás. Naturalmente, decir que se trata de un paraíso es algo relativo: el retrete está al fondo del huerto y te bañas en una palangana, pero sigue siendo un paraíso si no eres demasiado melindroso. Cuando estamos allí, bajamos todos los días a la ciudad para conectarnos a Internet y para quedar con nuestros amigos en el museo Maxim Dumitraş. Así fue como nos enteramos de que al museo iba a venir, para ofrecer un espectáculo, un grupo teatral de aficionados de ¡la prisión de máxima seguridad de Bistriţa! El poeta Marin Mălaicu, organizador del evento, se apresuró a invitarnos a que asistiéramos.

Si no hubiera vivido la experiencia italiana, creo que no habría ido. No soy cobarde por naturaleza pero evito ciertas situaciones a fin de no exponerme a peligros innecesarios. Habiendo alcanzado cierto grado de popularidad, uno se topa con todo tipo de locos, o más bien son ellos los que se topan contigo. Conozco a una escritora alemana cuyo marido cachea a todos los periodistas que la entrevistan para asegurarse de que no lleven armas encima (yo no he llegado hasta ese punto, pero mi mujer se muestra recelosa, en cualquier caso, ante las periodistas demasiado escotadas: ¿no esconderá algo en el canalillo?). Hace años que me invitan una y otra vez a visitar Israel, pero no me atrevo a ir: imagínate que entro al buen tuntún en una cafetería y sin comerlo ni beberlo me veo convertido en picadillo, víctima colateral de una guerra que ni siquiera es la mía… Ahora, con la perspectiva de los internos de

la cárcel metidos a actores, desfilaron ante mis ojos unas cuantas escenas de horror penitenciario: en plena obra, los «actores», a una señal convenida, se abalanzan, todos a una, sobre el indefenso público, con armas improvisadas, nos toman como rehenes, negocian, fracasan las negociaciones y, ya ves, nos van mutilando poco a poco a medida que pasan la horas: ahora una oreja, un dedo luego, hasta tomarnos, como dice la canción, la vida entera… Más aún, incluso aunque no hubiera pensado en esos peligros, no habría asistido con mucho entusiasmo que se diga. ¿Aplaudir a unos pobres desgraciados por compasión? Quita. Ya había tenido la ocasión y, creedme, no es en absoluto un plato de gusto. Cuando estaba en la mili, nos llevaron como aplaudidores a los espectáculos de un grupo de ciegos —«Los optimistas», se llamaban—, para que tuvieran la ilusión de que había espectadores en la sala. La experiencia fue desoladora. Se retaban a duelo dándose la espalda, se besaban dulcemente en la coronilla…

Nos hizo tomar la decisión el inesperado encuentro, en la pizzería local (La Van Damme), con una antigua compañera de instituto de Ioana. En cuanto abrió la boca supimos que era educadora en la cárcel de marras, y la culpable de la puesta en escena del espectáculo. Todos los de la mesa le preguntaban si no le daba miedo vivir entre asesinos y ladrones, a lo cual ella, una chica agradable y lozana, respondía: «¿Miedo? ¿Es que te preocupa el miedo cuando ves tanto sufrimiento a tu alrededor?». Por esta frase y por no desairar a la pobre chica fue por lo que decidimos asistir finalmente a la representación.

Los «chavales» bajaron de un furgón escoltados por tres policías de uniforme. Eran seis, a cada cual más peripuesto, con el pelo engominado, vestidos con camisetas simpáticas y pantalones vaqueros, todos relativamente jóvenes, como entre 25 y 40 años —el más mayor llevaba ya quince años en la cárcel y le quedaban otros ocho por un asesinato con montones de agravantes— y todos tremendamente excitados por esa salida de su triste vivienda común, la primera en años. Habían preguntado, nos dijo su educadora, si habría chicas entre el público, y por eso se habían acicalado tanto. Me cayeron bien desde el principio y mi inquietud desapareció en cuanto les puse los ojos encima: unos críos que quizás habían matado a alguien (luego me enteré que dos de ellos eran asesinos) en estado de ebriedad o que habían cometido algún que otro robo en Alemania o en Austria. Tipos como tú y como yo, solo que un poco menos afortunados en la vida. ¡Que Dios te libre de unas circunstancias que te permitieran descubrir, por fin, la verdad de lo que se esconde en tu interior!

Los chicos se metieron en un despacho para aparecer vestidos de forma fantástica y grotesca: la mitad con ropa masculina pero como de otro mundo —*fracs* demasiado anchos, sombreros de copa improvisados, bufandas estampadas, batas de tuberculosos, chanclos forrados en piel—, la otra mitad de travestis: mujeres corpulentas como bandidos, con rostros empolvados y pelo en el pecho, con vestidos de satén violeta y sombreros de opereta… A continuación arrancó el espectáculo, dos obras breves de Chejov que, para nuestra sorpresa e hilaridad, las de todos los que nos encontrábamos en la sala, fueron

interpretadas divinamente. No soy alguien demasiado asiduo a las obras de teatro, pero os puedo decir con toda sinceridad que hacía mucho que no me reía tanto como en aquel par de horas en las que los «actores» pusieron su alma en el escenario, llenándolo con una inusitada pasión por el arte, una pasión que había iluminado sus celdas en los últimos meses de ensayos y que muchos actores profesionales ni tienen ya. El oficial grosero de la primera obra era el mismo que había cometido un asesinato con una hoz, en una tasca, quince años atrás. Ahora ponía toda la agresividad al servicio de su rol, rugía como un león y se agitaba sobre el escenario, amenazaba, poderoso y dominante, al público, aunque, cuando tocaba representar escenas amorosas, se perdía por completo. El tahúr en la vida real era ahora una graciosa boyarda y ponía los ojos en blanco plenamente convencida de «su» papel, hasta identificarse por completo con una mujer voluptuosa. El traficante de drogas se había transformado en una vieja sierva y el camello de poca monta, en un formidable pretendiente en cuya interpretación adiviné la huella del mismísimo Caramitru[19]. Quien piense que un asesino, un ladrón o un criminal son fieras de rostro humano o monstruos llegados a este mundo por un error de la naturaleza debería presenciar semejante explosión de júbilo artístico. Y se daría cuenta entonces de que cada uno de ellos, a fin de cuentas, no es otra cosa que una persona, ni más ni menos. Todavía hoy me siento agradecido a esos seis actores que me enseñaron esta lección, así como a la educadora que les enseñó a hacer teatro.

10

OK. PONGO FIN A ESTE INTERLUDIO escrito por pura simpatía hacia los reclusos de Bistriţa y volvamos al núcleo central de la historia, el viaje a Francia de los doce escritores rumanos, ni uno más ni uno menos que los apóstoles de Jesucristo. Pues apóstoles, alabado sea Dios, no nos faltaron nunca, nos faltó tan solo Aquel que estaba en medio de ellos para darle sentido y coherencia a su discurso. Así pues, aquella brumosa mañana vienesa agarré la maleta y, mirando con nostalgia por encima del hombro, partí hacia el aeropuerto.

De quince años a esta parte he visitado tantos aeropuertos, todos tan parecidos, que no podría decir ahora cuál es Schiphol, cuál Heathrow, cuál Malpensa ni cuál Otopeni. De hecho, me temo que existe un único aeropuerto, desperdigado y despedazado en cientos y miles de lugares del ancho mundo, un limbo universal en el que, en similar ambiente, practicas similares rituales de paso, con las mismas etapas, vagabundeas luego por las mismas tiendas, ves a la misma gente que espera, lee, trabaja con el mismo portátil, mientras come o empuja sus carros en una cenicienta atmósfera de novela antiutópica. Los mismos anuncios, los mismos monitores, los mismos pasillos interminables que te llevan hasta las mismas salas de espera. Estoy convencido de que a la hora de la muerte no llegas directamente al otro mundo, sino que penetras en una especie de aeropuerto

en el que pierdes tu nacionalidad y tu identidad a la espera del avión largo, ligero y delicado que te transportará al Más Allá. El libro tibetano de los muertos habla de los estados de Bardo, estadios intermedios entre la vigilia y el sueño, la vida y la muerte, la realidad y la alucinación. En nuestro mundo real, los aeropuertos constituyen la más perfecta representación del Bardo entre las culturas, las mentalidades, los estados espirituales de dos humanidades. Sales de Viena y llegas a París: dos mundos redondos, unívocos, bien definidos culturalmente, como dos cuentas de diferentes colores insertadas en la gran parábola del vuelo. Una vez aterrizas en tu destino, recorres allí mismo, en Orly, pongamos, las etapas inversas del aeropuerto vienés y eres liberado a continuación, bajo un cielo cargado de nubes de nieve, en el cerrado mundo parisino.

Por desgracia, la teoría es la teoría, pero la práctica nos mata, como decía mi antiguo profesor de cerrajería en el instituto. Las cosas empezaron mal ya en Viena cuando, en el aeropuerto, localicé por el rabillo del ojo a un *auctor* rumano que no estaba incluido en la panda de «Las Bellas Extranjeras». Me recorrió un escalofrío de disgusto: el tipo no me gustaba ni un pelo. Formaba parte de una camarilla rival y habíamos protagonizado algunos desagradables enfrentamientos en el pasado. A través de la prensa, por supuesto, pues los escritores, cuando nos vemos, nos abrazamos y nos besamos como si fuéramos gais. Por detrás, sin embargo, nos tratábamos ferozmente en cuanto nos sentimos amenazados, cuestionados y desconsiderados. Puedo alardear de haber recibido de mis compañeros de profesión, a lo largo de un cuarto

de siglo de andadura, muchos más ataques que cualquier otro autor rumano, pero precisamente por ello creo tener la piel lo suficientemente curtida como para poder seguir recibiendo puñaladas un cuarto de siglo más —eso es lo que pienso durar— sin perder la serenidad. Fue este tío el que dijo en una ocasión: «La diferencia entre la poesía erótica de Cărtărescu y la mía es que él lleva a su amada de las riendas mientras que yo la cabalgo hasta el agotamiento». *Funny, isn't it?* No me preocupé demasiado pues sabía perfectamente que vivía en Viena, pero cuando vi que subía en el mismo avión que yo, la bromita comenzó a transformarse en pesadilla. Durante un rato nos esforzamos ambos por hacer que no nos habíamos visto pero finalmente, cuando nos arremolinamos para el *check-in*, tuvimos que fingir la sorpresa del encuentro y estrecharnos la mano con las sonrisas sociales adecuadas. Luego sobrevino un silencio penoso que se prolongó durante todo el vuelo. Pues —ironías del destino— tuvimos que sentarnos juntos, él en la parte de la ventanilla y yo en la del pasillo. Lo cierto es que no teníamos, sencillamente, nada de qué hablar. Además, nos odiábamos con gran sinceridad, con entusiasmo podría decirse. Ambos estábamos convencidos de que el otro era un impostor; encima, como él era más joven, yo me sentía obligado a considerarlo un epígono. También por este motivo simétrico, él me consideraba, probablemente, caduco… Así que cada uno sacó su libro y muy civilizadamente nos pusimos a leer. Empezamos a mirar por el rabillo del ojo el libro del otro y de esta manera yo —que leía un banal diario de Kafka— constaté con sorpresa que el amigo no estaba leyendo un libro, sino una especie de hojas fotocopiadas de otras hojas, como aquellos antiguos cursos de matemáticas

llenos de tablas de logaritmos copiados de unos estudiantes a otros. El texto estaba escrito a máquina y estaba repleto de complicados esquemas, dibujos técnicos salpicados de flechas y letras. «¿Qué lees?» le pregunté por fin, y él, hastiado, dio la vuelta al libro para que pudiera ver el título de la portada. En ella decía con letras mecanografiadas, como en las tesinas: MANUAL DEL ATRACADOR. «Me estoy documentando para una novela», apuntó con desgana, dicho lo cual volvió a la página a la que había llegado y cuya ilustración —podía ver yo ahora— mostraba cómo utilizar el cortafrío para atravesar el metal de una caja fuerte. «¿Será posible?», me dije, como el cura en el chiste del gato. «Mira tú qué escritor tan serio, que se documenta, no como nosotros, los demás, que cuando tenemos que forzar una caja fuerte lo hacemos de oídas…» Cuando empecé, hace quince años, a pensar en *Cegador*, me hice también yo un fichero con una caja de zapatos sobre la que escribí el nombre de la novela. Pensaba realizar algunas lecturas y tomar apuntes, tal y como había leído que hacía Thomas Mann. ¿Acaso tengo que deciros que mi pobre caja permaneció totalmente vacía todo el tiempo que tardé en escribir la obra? No solo me ha dado siempre pereza leer con otra finalidad que no sea la lectura en sí misma, sino que ni siquiera, mientras escribí el libro, abrí un diccionario ni consulté otra fuente de información. Aquí mi amigo me ganó por la mano, tengo que reconocerlo.

Descendí amargado, así pues, en el Charles de Gaulle, dejé que el tipo se dedicara a sus asuntos tras un nuevo y afable apretón de manos y me apresuré a dirigirme al *baggage claim*. Cuando llegué, la cinta llevaba un rato girando, las maletas

desfilaban, unas más rotas, otras más enteras, unas más atiborradas, otras más desinfladas, pero ni rastro de la mía. Todos y cada uno de los que esperaban a mi lado veían cómo se acercaba obediente su pececito de oro y, cual pescadores mañosos, lo retiraban satisfechos de la cinta, hasta que el río se vació enteramente de peces. Tan solo desfilaba incansable una infeliz maleta que nadie deseaba. Pero por desgracia no era la mía…

Yo seguía embobado junto a la cinta cuando logré pillar unas palabras de los altavoces, de esas a las que nunca presto atención porque todas me suenan como el obsesivo «*Watch your step!*» de las pasarelas deslizantes. Era algo así como: «Mister Kahrtahresku preséntese en el mostrador de información». Estaba casi orgulloso: ¡mi nombre resonaba ahora por todo el aeropuerto! Me dirigí al mostrador; allí una hindú menudita me dijo, con una sonrisa de oreja a oreja, como si estuviera contándome un chiste que, por desgracia, mi maleta se había desviado por error a otro aeropuerto, así que llegaría, en el mejor de los casos, por la tarde. Me enfadé bastante, sobre todo porque entonces no sabía que me iba a suceder exactamente lo mismo a mi regreso de Francia, al cabo de dos semanas. Y es que el demonio de la simetría no ha perdido el tiempo conmigo hasta ahora.

11

EL CHOFER QUE ME ESTABA ESPERANDO se sorprendió, naturalmente, al verme aparecer sin equipaje, pero pronto recompuso el gesto e hizo como si nada. Quizás pensaría que los rumanos son unos seres que no necesitan cambiarse demasiado de ropa, total, para dos semanas. Al fin y al cabo, ya se sabe que el cuidado corporal excesivo ha propiciado, en todo occidente, innumerables alergias y molestias, mientras que el tercer mundo, alegre y apestoso, está sano como un roble y, encima, ellos «heredarán la tierra». Ya había regresado yo de Munich en una ocasión, en pleno invierno y noche cerrada, cubierto apenas por una chaquetita, mientras que en algún lugar alguien andaría fardando con mi abrigo nuevo, tras robarlo hábilmente de mi maleta en el aeropuerto… En fin, qué se le iba a hacer. Si mi ropa no llegaba hasta la tarde, me presentaría en la recepción de la Embajada en vaqueros y jersey, sudado y arrugado, como el escritor adocenado que era.

Oh, París. París es París. En verano huele a pis. En invierno es sombrío y plomizo. El famoso metro es el más eficiente y el más accesible del mundo, pero es más feo que un dolor. ¿Y qué más da? Nosotros, los rumanos, tenemos París tan grabado en las circunvoluciones del cerebro como el sol en los pétalos y en el cogollo del girasol. Antes se vendían latas de «Air de Paris». Y es que París entero es una especie de lata. Es como un gigantesco vientre de

mariposa hembra que expande sus feromonas por el mundo entero. Las he encontrado, enquistadas pero todavía vivas, prisioneras entre las páginas de los libros y las he aspirado con voluptuosidad desde que tengo uso de razón. Después de la revolución, habré estado en esta ciudad unas veinte veces y en cada ocasión me ha asaltado una especie de síndrome Amok, una exaltación especial que no he vivido en ninguna otra parte. Es como si me reencontrara con un barrio olvidado en el que hubiera vivido antes o con el que tal vez solo hubiera soñado, y donde cada muro y el nombre de cada calle me golpearan de lleno como una especie de revelación: sí, lo recuerdo, he pasado ya por aquí, en otra vida. Creo sinceramente que todos los artistas rumanos han vivido en París durante una vida anterior; de lo contrario resulta inexplicable el poder que ejerce esta maldita ciudad sobre nosotros.

Tengo que acabar con estas «elucubraciones», como denominan los críticos a mis páginas que no están a la altura de sus expectativas. Para resumir, diré que me alojaron en el centro, en el bulevar Raspail, en un hotel que cabría calificar de «coqueto» —¡estamos en París, qué diantre!—. Y puesto que todos mis colegas tenían que venir desde Bucarest, no había por el momento ni rastro de rumanos en todo el establecimiento.

Los que se han paseado a menudo por los «extranjeros» conocen lo horriblemente tristes que son los hoteles. Subí a mi habitación y me encontré allí una combinación de cortinones, colchas y tapicería predominantemente roja que me sumió más si cabe en la depresión que yo ya traía a cuestas. Por la ventana se veía un bulevar bordeado de plátanos gigantes y, más allá, una

larga serie de edificios que habían sido cortados todos a la altura del quinto piso. El tiempo era gélido y ventoso, y chispeaban algunos copos de nieve. ¿Qué podía hacer hasta la noche? Ni siquiera podía empezar a deshacer el equipaje, porque estaba volando de un lado para otro por Europa. Permanecí junto a la ventana hasta que empezó a nevar en serio, y luego, como distraídamente, comencé a hojear el único libro que tenía conmigo, la antología de los textos que habían seleccionado ese año para las Belles Étrangères. Observé entonces —pues las desgracias nunca vienen solas— que mis pobres relatos, tres en total, todos procedentes de *Por qué nos gustan las mujeres*, no solo habían sido seleccionados de tal manera que no tenían nada que ver entre sí, sino que además estaban mal ordenados: alguien había asignado el título del primero a todo el conjunto, mientras que los otros dos títulos estaban escritos en caracteres más pequeños, como si en realidad fueran los subtítulos de una sola historia. El resultado era una pieza completamente nueva, moderna, fragmentaria, fruto quizás de un acto de amor —el mío y el de los redactores de la antología.

Me ha sucedido muchas veces que los editores, los correctores, etcétera *aporten su aportación* (no puedo llamarla de otra manera) a fin de mejorar mis textos; los transforman de unos pobres escritos sensatos en maravillas de ingeniería textual, de una modernidad deslumbrante. Recuerdo cuánto peleé con un corrector desconocido cuando utilicé, en una novela, en medio de una «elucubración» poética, la palabra «vitelo» (¡querido corrector de este libro, te pido que la dejes tal y como la he escrito yo!). En la primera

corrección, mi palabra, de intención noble y psicoanalítica, se transformó en «ternerito[20]». La taché, divertido, y volví a escribir por encima «vitelo», pero en la segunda corrección la misma persona desconocida volvió a poner «ternerito». Esta vez la taché con saña y subrayé dos veces «vitelo», es más, escribí incluso a su lado la explicación de la palabra: «vitelo, esto es, sustancia de la que se alimenta el embrión en el huevo» y, sin embargo, si no hubiera corrido hasta la editorial para corregir la prueba yo mismo, me habría encontrado con el ternerito en medio de una tenebrosa metáfora existencial de lo más sublime. En otra ocasión, cuando se me ocurrió —en mala hora— ponerme a escribir una obrita de teatro de seis minutos para un festival italiano, esta fue publicada en una antología parecida al volumen de las Belles Étrangères, solo que allí mezclaron mi texto con el de un dramaturgo serbio, una réplica mía, una suya, de tal manera que el texto adquirió un tono propio de Ionesco, efecto que ninguno de nosotros había pretendido. Y lo mejor es que se representó así —el colmo de la estupidez— ante un público que, al final, aplaudió entusiasmado… Creemos que la indiferencia por lo que sale de nuestras manos —una chapuza rápida que haces para salir del paso— es solo una cuestión rumana. Pero no es así en absoluto. Cuando hay verdadero interés y dinero, las cosas salen bien. Cuando trabajas gratis solo por liquidar un trabajo, no. Y esto es válido en cualquier lugar del mundo.

Ahora nevaba copiosamente, como en un poema de Bacovia. Saqué de mi bolsa de mano una cámara de fotos, abrí la ventana e hice unas cuantas fotografías del bulevar cubierto ya de nieve. El aire frío y helado despertó mis ganas de

salir a dar una vuelta. Bajé y empecé a andar por la nieve, recorriendo las calles semidesiertas, junto a los restaurantes alineados a un lado y otro de la calle. Estaba en París y, como de costumbre, no podía creérmelo. Estaba solo, en París, y avanzaba contra el viento con las manos en los bolsillos de mi chaqueta negra, con el cuello lleno ahora de nieve. Caminé al menos una hora, sintiéndome de nuevo un adolescente, entré al azar en un restaurante vacío, almorcé y, mientras almorzaba, sentí de repente que me invadía una soledad terrible, como en aquel sueño en el que no recordaba que estaba casado y me preguntaba si encontraría alguna vez una mujer; luego salí de nuevo a la furiosa nevada, empezaba a caer la tarde y regresé —otra hora— al hotel. Siempre es así en las ciudades extranjeras en las que te encuentras solo.

Mi maleta no había llegado aún y era ya la hora de dirigirme a la recepción. Estaba resignado. En definitiva, me decía, yo no me habría puesto los vaqueros con los que Adam Michnik se presentó en Bucarest en la fiesta organizada en su honor hace unos años. Tampoco la chaqueta con que Esterházy salía al restaurante cuando éramos vecinos en Auguststrasse. Además yo no era un político: es el artista quien impone su indumentaria en semejantes circunstancias. De todas formas, es de tontos ser el único con una chaqueta marrón de pana en una recepción en la que todo el mundo va de negro. El burgués que hay en mí se sentía con el agua al cuello.

12

EL MUNDO LITERARIO HA SIDO SIEMPRE así y así seguirá siendo siempre. Habitualmente, los teatros son ejemplos clásicos de «nidos de víboras», pero los actores, por mucho que se critiquen y se envidien unos a otros, no pueden permitirse el lujo de hacerlo en público. Los escritores tienen sin embargo, a su disposición, los periódicos y las revistas y sus broncas se ven amplificadas a través de ellos hasta unas dimensiones grotescas. La regla principal que domina toda esta acumulación de odio, animadversión, venganzas y desprecio sonaría más o menos así: en el mundo literario se perdona casi todo, la falta de talento, la vileza, la hipocresía, la cobardía. Se consideran pecados humanos y son contemplados con tolerancia. Lo que no se te perdona jamás, a ningún precio, es el éxito.

Nosotros seríamos unos autores del montón, pero el hecho de que estuviéramos ahora en París fue considerado, con toda seguridad, una especie de éxito y muchos de los que no habían sido elegidos no nos lo perdonaron. La mayoría piensa que si puedes viajar al extranjero, si te traducen, si se venden tus libros, vives una especie de beatitud que se te sube a la cabeza, que miras a los demás con desprecio desde las alturas. Si se te ocurre no responder inmediatamente a un correo electrónico te encuentras con una larga carta injuriosa. Cada matiz de tu voz y cada uno de tus gestos son sopesados e interpretados torticeramente: mira tú

adónde hemos llegado, ya no estamos a su nivel… Nadie cree que sigas siendo el mismo, que sigas con tu vida y tus problemas y que te duele, como a todos los demás, que te traten injustamente. Que te duele, sobre todo, ese rencor general que no puedes entender, tú, que odias tener enemigos. Cada uno de nosotros, apretujados ahora entre el gentío en la recepción de la embajada, con un plato en una mano y una copa en la otra, sentía esa ambigüedad: la satisfacción de estar entre los elegidos y el sentimiento de culpa por los demás, por los que se habían quedado en casa. Porque no son la beatitud, el triunfo o el desprecio los que acompañan siempre al éxito, como se piensa, sino el profundo sentimiento de culpa porque, sin quererlo, hieres con tu mera existencia el orgullo de mucha gente.

Creo que el primer colega que vi fue George Crăciun, que en paz descanse. Tenía un rostro trágico, gravemente afectado por la enfermedad que se notaba que lo estaba consumiendo. Nos habíamos visto con frecuencia en los últimos años. Siempre nos habíamos respetado. Poco tiempo atrás me había impresionado que, instigado por un entrevistador para que me criticara («¿Cómo te explicas que se vendan decenas de miles de ejemplares de *Por qué nos gustan las mujeres* mientras que *Pupa russa*…»?), él respondiera: «Mircea es amigo mío. El éxito exige disciplina y un estilo de vida ordenado…». El autor considerado de «éxito», que está, de hecho, castigado al ostracismo en el mundo cultural, se siente indeciblemente agradecido por tales muestras de amistad.

Más adelante, en la Solitude, iba a sucedernos algo inaudito con Crăciun. Nos habíamos enterado

de su muerte unos días antes y Ioana soñó de repente con él. Estaba tumbado en un prado y padecía una enfermedad que le impedía levantarse. Yo estaba junto a él, recostado. Ioana me había traído algo de comer y Crăciun, haciendo un gran esfuerzo, alzó la cabeza y, mirándola suplicante a los ojos, le dijo: «¡Yo también tengo hambre!» A la mañana siguiente Ioana me contó que el sueño la había afectado. Estuvimos charlando largo rato ante la taza de café y, aunque no seamos devotos, pensamos que tal vez haya algo de verdad en las antiguas creencias que nos hacen derramar, sentados a la mesa, una gota de vino por los que han abandonado este mundo. Nosotros, la «gente reciente», no somos precisamente los más listos de la tierra. Así que decidimos realizar una ofrenda por el alma de George. Invitamos a un amable poeta que llevaba mucho tiempo viviendo en Stuttgart y le dimos una bolsita con algo de comida y vino. Él lo entendió y la aceptó con sencillez y piedad. Y al cabo de una semana tuve uno de los sueños más límpidos y mágicos de mi vida.

Estaba en mi despacho en la planta baja del apartamento. Eran más o menos las cinco de la madrugada y había empezado a clarear el día. El prado frente a mi ventanal estaba brumoso. A lo lejos, en la oscuridad, se adivinaba el bosque, bordeado por el amarillo del alba. El aire exterior era grisáceo y se podía sentir el frío. En mi habitación estaba más oscuro que fuera, así que los cristales de la ventana parecían brillar con fuerza. A través de ellos distinguí, muy lejos, una silueta que se acercaba desde el bosque. Era un hombre que venía por la alameda desierta y que crecía muy despacio a medida que se acercaba.

No tenía la más mínima duda de que todo era real, de que me encontraba precisamente allí, en la gran mesa de madera, mirando hacia la izquierda, en dirección a la puerta. Cada objeto del despacho se encontraba en su sitio, así como cada árbol del prado enfrente de la casa. La silueta se acercaba, oscura y encorvada, hasta que llegó al empedrado delante de la puerta. Entonces se acercó y subió dos escalones. Ahora permanecía allí, erguida. Era George Crăciun, tal y como lo había visto por última vez, con su indumentaria de siempre, con su cabello canoso, con las mejillas consumidas por la enfermedad. Entonces me di cuenta de que estaba soñando aunque, en todo aquel cuadro, lo único fantástico fuera el hecho de que George, que había muerto hacía casi un mes, estuviera allí, plantado ante mi puerta. Me levanté de la mesa. Tenía la piel de gallina. Entonces él se inclinó hacia la puerta, puso las manos a ambos lados de los ojos y miró hacia el interior de la habitación a través de uno de los cristales de la puerta. Permaneció así unos instantes; entre tanto, haciendo un gran esfuerzo, conseguí despertarme. Abrí los ojos; la misma luz turbia del alba bañaba el dormitorio.

Distinguí luego a Simona Popescu, con la que sin embargo no iba a hablar casi nada a lo largo de la gira (muy elegante, de rostro serio y triste) y luego, inmediatamente, a Agopian. Recordé cuánto me chocó el título de su libro, *Tache de terciopelo*, cuando lo vi en el escaparate de la librería Sadoveanu, en 1981. Incluso su nombre: Ştefan Agopian me parecía, no sé por qué, el nombre de un autor ya consagrado, presente en las historias de la literatura desde mucho tiempo atrás. Pero a este hombre extraño, bajito y gruñón, conocedor

de cosas antiguas, que tenía todos los rasgos de un escritor de la «época Nichita», lo conocería mucho después. Como en el caso de muchos otros, el hecho de que él participara en nuestro mundo literario y yo no, y de que, además, yo no me considerara un escritor de verdad, nos impidió durante un tiempo ir más allá de un sincero respeto recíproco. Agop llevaba su sempiterna chaqueta marrón jaspeada. El bigote le confería ese aire inconfundiblemente oriental que me recuerda siempre una página de *Toate pânzele sus!*[21] esa en la que Anton Lupan se encuentra con un comerciante en un puerto del Danubio: «¡Yo soy Agop, Agop el del bazar!», dice el armenio, antes de ser inmediatamente recibido y saqueado, si no me equivoco, por Ieremia.

13

NO PODÍA DISTINGUIR A LOS DEMÁS entre el gentío, ¡a la fiesta asistieron más de cuatrocientos invitados! Era, como suele decirse, *di granda*. Pasando de un grupo a otro, entre desconocidos de todo tipo que hablaban y reían con platos en la mano, me encontraba de vez en cuando con un rostro conocido, con el aleteo conocido de una mano. Reconocemos a la gente más por su aspecto, por su forma de gesticular, por el brillo de los ojos entre la multitud que por su rostro propiamente dicho. Mira a Vişniec, me digo al atrapar por el rabillo del ojo un perfil barbudo. De repente recuerdo cómo iba a su casa, veinticinco años atrás, para grabar música. Vivía en una habitación pequeña en el sótano de un bloque antiguo del centro. Para llegar a su habitación había que recorrer un pasillo siniestro, con tubos gigantes por las paredes, con salas de calderas, con montones de carbón, palas, veneno para ratas por los rincones… Nos sentábamos en la cama y, mientras John Lennon cantaba a voz en grito «*I don't believe in Jesus, / I don't believe in Hitler, / I don't believe in Beatles*» (porque acostumbrábamos a grabar la música directamente, colocando un magnetófono junto a otro), nosotros nos pasábamos las horas muertas hablando sobre poesía, pues por aquel entonces la poesía no solo era toda nuestra vida, sino lo único que había sido creado en algún momento por un Dios poeta. Matei escribía tan solo poesía en

aquella época y se planteaba ya abandonar Rumanía, era consciente de que un escritor rumano jamás ha podido afianzarse en su propio país. Y qué razón tenía. De mi generación, los más inteligentes y los más valientes acabaron marchándose todos. Los demás nos quedamos para luchar con la miseria nacional, nos enfangamos en ella hasta la coronilla, algunos se suicidaron y otros renunciaron a la literatura. Me dirigí hacia Matei, nos abrazamos, intercambiamos unas palabras. Corpulento y elegante, con una barba rojiza, con la serenidad de quien ha conseguido algo en la vida, Matei parecía un verdadero dramaturgo francés, un hombre que había vivido con dignidad esos decenios en los que nosotros nos arrastrábamos de una indigencia a otra.

Vi también a mi amigo Tudor Bănuş, el ilustrador de mi *Enciclopedia Zmeilor*, e inmediatamente después a Gabriela Adameşteanu. Nos besamos afectuosamente, éramos viejos amigos desde que coincidiéramos en América, en Iowa City, allá por 1990. Tengo fotografías con nosotros dos en la cubierta del barco de vapor *Mississippi Queen* (tomamos entonces unos margaritas, es decir, cerveza con tequila, y luego vimos que en el fondo de la botella de tequila había un gusano de cactus, grande y pálido que, al parecer, era lo que le daba sabor a la bebida); los dos en el desfile de Halloween, donde los banqueros de la ciudad desfilaban disfrazados de osos y de bomberos y donde Gabriela lucía una máscara grotesca: gafas, narizota y bigote estilo Groucho Marx; los dos en la terraza de las Sears Towers de Chicago, por entonces el edificio más alto del mundo; los dos en el Empire State Building… En Iowa City

estábamos un pequeño grupo de rumanos, nosotros dos más Mircea Tomuş y Dănuț Cristea, a los que se sumaba de vez en cuando el rumano de adopción Stavros Deligiorgis, y juntos pasábamos las tardes en el bar Red Fox, devorando palomitas y bebiendo una cerveza tras otra en *pitchers* de cristal. En aquella época estaba exultante, loco de felicidad: había escapado de mi miserable prisión, había llegado a América y la iba a recorrer a lo largo y ancho en aquellos tres meses de *indian summer* que me habían sido concedidos. Pero todo eso pertenece a otra vida. Antes de volver a la fiesta de París quiero mencionar tan solo un episodio gracioso: una tarde, en el Red Fox, mientras Gabriela estaba en el *restroom*, decidimos montar una farsa —un tanto estúpida, lo reconozco —, pero que, después de tantas cervezas nos pareció perfecta. Llamamos a la camarera, pagamos las consumiciones y, cuando Gabriela volvió, empezamos a decir entre nosotros: «¿Qué tal si nos piramos, así, a la rumana, para que se acuerden bien de nosotros?». «Vale, no se van a enterar. Estamos junto a la puerta y la camarera acaba de hacer la ronda… qué cojones, de cualquier manera esos tipos están forrados, no los vamos a arruinar…» Gabriela nos miraba espantada: «Espero que no estéis hablando en serio…». «¿Por qué no vamos a decirlo en serio?», intervino también Dănuț. «Venga, vamos a hacerlo. Solo hace falta un poco de morro… Venga, Gabi, qué cojones, ¿es que tú no te has ido nunca sin pagar en Bucarest?» «Pero… estáis locos… ¿no os dais cuenta de que si nos pillan nos la cargamos…?» Consternada, la pobre Gabriela intentaba persuadirnos a los tres. La fuerza del grupo —el famoso *entorno* que corrompe a los chiquillos formales— se mostró una vez más

irresistible. Al cabo de unos diez minutos de argumentos y contra argumentos, conseguimos que Gabriela se levantara de la mesa a la vez que nosotros y que saliera, con el corazón en un puño, por la puerta del *pub*. Una vez fuera, bajo las estrellas y bajo el vuelo cruzado de los aviones —en ninguna parte como en América he visto unos cielos tan altos y tantas lucecitas deslizarse entre las estrellas—, le dijimos, muertos de la risa, que de hecho habíamos pagado todo, que el tongo era tan solo una broma… Si hubiera podido, Gabriela nos habría estrangulado en aquel mismo instante. Durante unos cuantos días no quiso siquiera vernos. Después de pedirle perdón por este episodio tan cabroncete, vagamos juntos por ese país alucinantemente bello, de una belleza que ni siquiera *Forrest Gump* consigue mostrar en toda su majestuosidad.

El hecho más triste y sorprendente que nos sucedió antes de volver a casa estuvo relacionado con Ioan Petru Culianu, al que habíamos planeado visitar juntos en Chicago. Ya habíamos estado allí otra vez con Matei Calinescu, nos había recibido la viuda de Mircea Eliade en una casa en la que todo lo evocaba, habíamos visto una fantástica exposición de pintores impresionistas y habíamos subido a las Sears Towers, pero no habíamos conseguido reunirnos con Culianu porque no se encontraba en la ciudad. Ahora Gabriela quería hacerle una entrevista. Yo tenía que elegir entre ir con ella a Chicago o ver New Orleans, donde vivía uno de mis ídolos poéticos, Andrei Codrescu. Conseguí hablar por teléfono, la única vez en mi vida, con Petru Culianu, pero elegí New Orleans. Sin embargo, Gabriela fue a visitarlo con esa tenacidad que la llevaba a levantarse al alba para

ir a clase de inglés y con la que hace siempre todo lo que se propone (más allá de lo aturullada que pueda parecer a veces, Gabriela es, de hecho, una fuerza que no debe ser subestimada), y le hizo a Culianu la última entrevista que él llegó a conceder en vida. Pocos días después de aquello, el joven especialista en historia de las religiones fue tiroteado, desde arriba, en los aseos de la universidad donde trabajaba. No existe, a día de hoy, una explicación plausible para su asesinato. Al día siguiente de su muerte, recibí por correo dos libros suyos con una dedicatoria: *La collezione di smeraldi* y *Les gnoses dualistes d'Occident*.

14

LA FIESTA SEGUÍA SU CURSO con el tintineo de las copas y el rumor de las conversaciones entrecruzadas, la velada avanzaba, las figuras se confundían entre sí, el pequeño mundo rumano de París se encontraba allí en pleno, deseoso de *nouvelles* de su lejano paisito… Intimidado, yo pasaba de un grupo a otro, incapaz de construir mi imagen ante mis ojos o ante los de los demás, sintiéndome, como siempre, un *don nadie*, un hombre sin rostro, sin atributos, sin nada que mostrar. Sin un personaje que representar. La gente me reconocía de vez en cuando, se dirigían hacia mí, intercambiábamos unas palabras pero ¿era yo, a sus ojos, algo más que el autor de dos o tres libros que ya había olvidado? Wanda Mihuleac me dio un abrazo, éramos viejos amigos desde que organizamos juntos una especie de *happening*. Entonces, en las profundidades del tiempo, cuando yo estaba compuesto —como diría Urmuz— de veinticinco años, cuarenta y nueve kilogramos y bigote, nos paseábamos por la ciudad con una gran bola de cristal en la que se aglutinaba, mezclando sus formas y colores, un paisaje urbano: la plaza triangular de Galați, las locomotoras de vapor abandonadas, derrumbadas sobre los raíles, en la estación de Basarab, una boda de gitanos por Buzeşti… Yo sostenía la bola y Florin Iaru me fotografiaba en los lugares más sórdidos y más *kitsch* de aquel Bucarest ceaucesista inimaginable;

luego regresábamos, con Wanda, a su casa, por Făinari, donde revelaba él solo las fotografías en el baño, en medio del desorden pintoresco del taller de un fotógrafo aficionado. Nuestras fotografías con la bola fueron finalmente expuestas en la misma entrada de la famosa exposición «Oglinda», el canto del cisne del arte libre en aquellos años de tristeza paralizante. Mientras las fotografías se cocían en su horno de luz roja, Wanda nos contaba, con su gracia especial, episodios de su curiosa infancia cautiva en complicados aparatos ortopédicos. Quiero mucho a Wanda, siempre me he dicho que, mientras exista alguien como ella en este mundo, queda aún algo de esperanza. Por ese motivo, aunque las recuerdo perfectamente, no quiero robarle ahora sus historias. Tal vez las escriba ella algún día.

Entreví después a Petrică Răileanu con el que me había encontrado, por increíble que parezca, un año antes en Munich después de que nos hubiéramos visto por última vez en Bucarest veinte años atrás y —¡sorpresa!— a una antigua alumna mía que había emigrado a Francia y se había casado con un francés. Esa chica menuda empujaba de aquí para allá, entre los cuatrocientos individuos de aquel salón inmenso, un cochecito en el que había un niño, un chiquillo de un año que miraba a su alrededor con ojos como platos. Mientras hablaba con ella me preguntaba si sería feliz allí, entre extranjeros, lejos del mundillo literario rumano en el que, antes de partir, había intentado integrarse. En otra época, cuando me encargaba de los cursos prácticos, esta chica se quedó un día rezagada respecto a sus compañeros, que cerraban ya sus carteras y se anudaban las bufandas al cuello para marchar a

casa después de las clases. Se acercó al estrado mientras yo guardaba las hojas en el maletín y me entregó un papelito, luego salió corriendo. Adulado porque, tal vez, una estudiante se hubiera enamorado de mí (no era nada del otro mundo, sin embargo: sucede continuamente, no solo a mí, sino a casi todos los profesores jóvenes. Es la ley de los grandes números. Cuando tienes doscientas estudiantes en clase y otras cien en el curso práctico, siempre hay una joven cada año que alberga ideas extrañas respecto a uno), abrí el papel y, al leerlo, me eché a reír a solas como un tonto, decepcionado pero encantadísimo. Decía algo más o menos así: «Señor profesor, si tuviera que elegir un tipo de relación con usted, no querría que fuera mi amante ni mi marido. ¡Solo querría que fuera mi padre!» Seguía su firma. «Lo tengo merecido», me dije mientras mis pensamientos romanticones se esfumaban en la llovizna de la tarde. Unos años después, la antigua estudiante, que entre tanto se había instalado en París, vino a verme de nuevo a la facultad durante unas vacaciones. Me entregó un paquete «para Gabriel», que acababa de nacer, y me dijo que era la más preciada reliquia de su infancia. Una vez en casa, abrí el paquete y encontré un vetusto juguete chino de hojalata, una locomotora que había funcionado en algún momento con aquellas pilas enormes y que olía a sal amoniacal. Sobre la ventanilla de hojalata torcida se encontraba pintado el conductor, y todo estaba tan viejo, tan pulido por las manitas de la niña que un día fue, que parecía ciertamente un objeto precioso y desconocido, llegado a nuestro mundo, como la brújula azul de Borges, de quién sabe qué Tlön, Uqbar, Orbis Tertius… Así que ahora, al volver a verla en su país de adopción, sentí una inmensa

ternura por esa muchacha de ojos tristes que vino a la recepción con su cochecito y que permaneció allí, con el niño, hasta más allá de medianoche, cohibida e ignorada por todo el mundo. Por su falta de identidad, por su incapacidad de ser alguien, de significar algo, me pareció entonces una especie de hermana mía, perdida al igual que yo en un mundo enorme.

El mismo autobús que nos había llevado a la fiesta nos condujo de vuelta al hotel. Era ya bien pasada la medianoche. Estábamos todos cansados, blancos como la leche tras un día interminable. Solo entonces me encontré con Ion Mureşan, con el que recorrería enseguida el sur de Francia, vería los Pirineos y recibiría una medalla de manos del alcalde de una ciudad alegre y vinícola como la República de Ploieşti, con Marta Petreu, frágil y de ojos transparentes y, por fin, con Letiția Ilea, a la que no había visto en mi vida: una chica tímida, rara y sin embargo afable, de la que nadie había oído hablar aunque había publicado cuatro libros de poesía en Francia. Entre susurros, descubrí que había estado casada con Nino Stratan, del que se había divorciado hacía un año. Nino se había suicidado recientemente de una manera horrible, había dejado, efectivamente, una larga línea de sangre tras él, el punto final a una tragedia de toda una vida. El pequeño mundo ochentista[22] se vio estremecido entonces al igual que en el caso de Mariana Marin, muerta o suicidada también ella poco tiempo antes… Víctimas de una vida de perro en la miseria rumana.

En el hotel, en cuanto entré en mi habitación (donde me topé, alabado sea Dios, con la maleta perdida) alguien llamó a la puerta. Era Agop, que me dijo que ya habían llegado Florin Iaru y Cecilia,

su mujer, y que ahora estaban todos en su habitación con una botella de vino. Fui también yo y llevé conmigo los vasitos de plástico del baño. Siempre que nos veíamos, nos comportábamos como unos estudiantes descerebrados de fiesta en una residencia estudiantil sórdida. Retrasábamos el reloj veinticinco años. La voz burlona de Agop, la de contralto de Cecilia, la exuberancia inteligente de los últimos años de Florin me han gustado siempre hasta hacerme olvidarme de mí mismo. Solo entonces, aquella noche, me permití también yo relajarme. Tumbados en las camas como patricios romanos, nos pusimos a cotillear sin piedad, revolcándonos casi literalmente de la risa. Aparte de los allí presentes, ninguno de los demás escapó a la maldad chispeante, gratuita y de hecho inocente, de nuestras lenguas.

15

EN EL MUNDILLO LITERARIO no importa quién seas o qué hagas, sino la forma en que apareces a ojos de los demás. Pero esta imagen, la mayoría de las veces grotesca, siempre falsa y ciertamente simplista, te la fabrican, minuciosamente, tus amigos y tus adversarios, a lo largo de una vida de convivencia. Los mediocres son los grandes vencedores en el capítulo de la imagen. Si oyes solo cosas buenas acerca de un escritor, si ves que todos lo quieren como a un hermano, puedes estar seguro de que nadie lo teme, de que todos le estrechan la mano para ser generosos con él pues, en cualquier caso, no representa un peligro. Los compañeros de profesión no se permiten nunca alabar a los que son mejores que ellos ni tampoco siquiera a los iguales. Por ese motivo, puesto que tienes también que alabar y no solo criticar si no quieres perder tu credibilidad, los alabados son elegidos con gran cuidado entre los inofensivos, entre los tiernos fabricantes de «sofisticados destellos lingüísticos», como decía Salinger, mientras que los verdaderamente buenos están rodeados por el famoso cordón sanitario: o bien no se habla sobre ellos en absoluto, o bien se habla mucho, pero a sus espaldas (que, como decía aquel: yo soy un hombre de una pieza, lo que tengo que decir lo digo a la espalda…), o bien se les somete —para que se les bajen los humos— a un encarnizado

tiroteo de insultos tan pronto como uno los ve en el objetivo.

Una vez, *by the way*, no sé quién demonios me hizo aceptar la invitación de una televisión completamente opaca de la que nadie había oído hablar antes. Soy de ese tipo de personas que no saben decir no. Al día siguiente, de madrugada, me recogió un Dacia *pick-up*, con las siglas retorcidas de una televisión pintadas en la portezuela, y me transportó durante tres cuartos de hora a través de algunas de las zonas más siniestras del sur de la ciudad. En mi vida había puesto el pie en aquellos barrios. Lo único que había era hospitales, cementerios, una morgue, un almacén en el que decía literalmente «ASS MARKET» y unas calles en las que únicamente se admitían, al parecer, Dacias con al menos cuatro décadas de antigüedad. Cuando ya creía que el chofer —un tipo de aspecto sospechoso— conduciría el vehículo hasta quién sabe qué almacén para luego abalanzarse sobre mi pescuezo y robarme todo lo que llevaba, nos detuvimos por fin ante un mercado cubierto revestido con mármol sobre el que decía «Universidad X». No digo su nombre por respeto a Spiru Haret. Allí me esperaba una joven de aspecto frágil y modesto. Dijo llamarse Viorica. Esta Viorica me metió en un laberinto de cemento, pues el edificio estaba recubierto de mármol solo por fuera, mientras que en su interior las paredes eran de hormigón armado como las había dejado su madre. Atravesamos infinitos pasillos, descendimos a sótanos llenos de tubos y subimos a asfixiantes desvanes propios de *El proceso*. De no ser porque la chica se tiró todo el rato parloteando como una cotorra, me habría muerto de aburrimiento antes de que comenzara la entrevista.

Así me enteré de que todos los de aquella televisión eran unos auténticos cretinos, de que los individuos que me iban a entrevistar eran virtualmente analfabetos, de que en cualquier caso no sabían nada de mí ni de mi libro, de que habían reunido una parte de los equipos a base de robar acá y allá. «A mí me han despedido hace un cuarto de hora, mire usted», me confesó Viorica. Llegué al estudio sabiendo con quién se había acostado en los tres últimos años la redactora que me iba a entrevistar y qué se metía en las venas el redactor, pues me iban a colocar entre dos individuos, los anfitriones del programa. Interesantes premisas para un *show* en directo, en el que tenía que concentrarme para decir algo inteligente. «Suerte», añadió Viorica antes de desaparecer de mi vida como si nunca hubiera existido.

Para relajarme antes de entrar en directo, la chica que se había tirado a un rebaño de tíos en los últimos tres años se esforzó por conversar un poco: «Señor Cărtărescu, ¿por qué lo odia tanto todo el mundo? Siempre que hablo con un escritor, es usted el primero al que ponen a caer de un burro…». Esas afirmaciones abruptas, antes incluso de desearme los buenos días, no me relajaron demasiado, lo reconozco. Menos mal que el chico a mi derecha (el de la jeringuilla en vena) me informó de que no había conseguido hacerse con mi recién aparecido libro, del que teníamos que hablar en el programa: «No sé qué cojones… no estaba siquiera en Diverta… Tal vez lo tenga usted para que podamos mostrárselo a los espectadores. A propósito, ¿es la enciclopedia de los *dioses* o de los *dragones*?»[23]. Pero el chaval, que parecía completamente inocente, no tuvo tiempo siquiera de que yo se lo aclarase porque, de repente, ya

estábamos en directo y la chica que en los últimos años etcétera, etcétera, arrancó con una sonrisa deslumbrante: «Señor Cărtărescu, de todos es sabido que es usted uno de los escritores rumanos más apreciados…».

Más o menos esto es lo que sucede con el amor y el odio entre escritores. No sabes quién los promueve, como tampoco sabes quién hace los chistes. La imagen de cada uno se negocia permanentemente entre grupos e individuos, como si todos tuvieran, para realizar tu retrato, un gran lienzo común donde cada uno contribuye con el contorno de las orejas, la forma de los ojos, el gesto de la boca, borrando lo que han hecho los demás, añadiendo líneas, manchas de color, hasta que la caricatura muestra toda su espléndida fealdad, una obra colectiva más expresiva de lo que tú hayas sido nunca. Todo es oral, fluido, turbulento, un tejido de cotilleos, rumores, calumnias y chismorreos que finalmente se parecen a ti tanto como se parece una muñeca vudú, esas que tienen tu cara y en la que tus enemigos clavan las agujas, haciéndote sentir pinchazos en el corazón y en el hígado. Esa imagen tan bellamente delineada se transmite a las generaciones venideras, no vaya a ser que los chavales vivan en la ignorancia y empiecen a leerte con inocencia como se lee a los autores extranjeros.

«Sí, pero al fin y al cabo quedan los libros», te dices humillado y auto-consolador después de haber sido atacado con más dureza que de costumbre. Flaco consuelo. Es cierto, una vez muerto no serás un competidor de los vivos, pero tampoco les interesarás. Te has ido y te has ido, con todos los libros detrás de ti. La ilusión más estúpida es pensar que la posteridad te hará

justicia. El número de analfabetos e imbéciles no desciende en el mundo con el paso del tiempo, sino que cada vez es mayor. ¿Por qué iba a ser la crítica literaria una excepción? Me temo que vendrán unas generaciones que no comprenderán siquiera lo que creen comprender las de hoy en día. Ayer escupían en el tranvía, mañana escupirán en el suelo de la nave espacial. Ayer maldecían a Caragiale, mañana maldecirán a todo el mundo, antes de desaparecer todos en quién sabe qué Second Life.

Vale, ¿qué más nos da? Que sigan así. Nosotros, por el momento, estábamos encantados criticando a los que faltaban en aquella habitación de paredes tapizadas en rojo, en un hotel parisino en el que acababan de alojarse doce autores rumanos, destinados a revolotear por toda Francia a partir del día siguiente. El más insignificante chismorreo contado entonces por Agop, por Florin o por mí —¿acaso he dicho que yo sea un querubín?— os habría puesto los pelos en punta y, una de dos: o no volveríais a leer jamás a los implicados o no nos leeríais a nosotros. Historias fantásticas que ni siquiera nosotros creíamos pero que devanábamos una y otra vez porque… porque somos humanos, porque la gente tiene que chismorrear, hipócrita lector, ¿no es verdad?

16

ADEMÁS DE LOS CHISMORREOS DESVERGONZADOS de aquella noche en la que, al final, el humo de la habitación de Agop era tan denso que se podía cortar con un cuchillo y a duras penas nos veíamos, mientras bebíamos vino tinto en vasos de plástico, además, por ejemplo, de la fantástica noticia de que, según un amigo, dos de nuestras poetisas más conocidas se habían liado, aquella noche me salió muy cara: dos latas de *cassoulet* —si todavía usted no sabe de qué se trata, pronto hablaremos de él con pelos y señales— más dos escudillas especiales para comer el *cassoulet*. Lo perdí todo en una apuesta con Agop. Pierdo todas las apuestas que me empeño en hacer con él. Yo soy profesor de literatura y él no. He ido a la universidad y tengo un doctorado, él no. Ha sido, por lo que yo sé, técnico en una empresa química o algo parecido. Pero ese bribón se conoce la literatura rumana al dedillo, no hay forma de pillarlo. Mi sueño ha sido siempre pescarlo fuera de juego, pero hasta ahora ha sido él el que me ha pillado a mí y no solo en cuestiones literarias. Por ejemplo, escribí yo en mi diario, del que he publicado ya dos volúmenes: «este isótopo…». Es decir, Dios mío, el tercer volumen de *Cegador* era un isótopo del oxígeno, es decir, metafóricamente hablando, mucho más que aire fresco para el feliz lector del futuro… Solo que mi metáfora fue hecha añicos por una nota de la revista *Caţavencu* en la que Agop, químico,

escribía secamente que no es ningún tipo de isótopo, sino el banal ozono, agujereado ahora por la contaminación nuestra de cada día. Si los errores literarios de mis libros me deprimen, los científicos me sacan de mis casillas.

Y, sin embargo, aquella noche parisina tampoco pude morderme la lengua. No sé cómo sale el tema sobre el vino tinto que estábamos tomando, y Agop dice algo así como: «Es bueno, parece que hayan follado en la cuba, encima de las uvas, como en *Vino de larga vida* de aquel… N. D. Cocea…». No quiero censurar a Agopian, que dice guarrerías incluso sobre su madre y todas suenan bien. Yo, que me había sentado en una silla, mientras Florin y Cecilia estaban tumbados en la cama y la mujer de Agopian estaba tapada con la manta hasta el cuello, de repente pego un salto, triunfante: «¡Querrás decir Damian Stănoiu!». Ante lo cual Agop se muestra dubitativo. «¿Qué? ¿Cómo que Damian Stănoiu? No, no, es N. D. Cocea… ¿no?» Florin y Cecilia callan estratégicamente. Yo, cada vez más crecido: «Que no, hombre, que es Damian Stănoiu, recuerdo el libro, publicado en la BPT[24], en la colección antigua, con una portada roja. Dos títulos: *Vino de larga vida* y no sé qué más. Lo tenía mi padre en su biblioteca y lo leí más o menos a los catorce años…». Ciertamente, mi padre tenía cinco o seis libros ajados de la BPT: los rumanos con las portadas rojas (Stănoiu, Cocea, Slavici) y los extranjeros (Julius Fucik, Bolesław Prus, Dreiser) con las portadas azules. «¿Stănoiu? ¿Stănoiu, estás seguro de lo que dices?», repetía aturdido Agop. «Pero si ese escribía solo sobre frailes, es imposible.» «Que sí, lo recuerdo bien. Eran dos títulos: *La elección de la abadesa* y *Vino de larga vida*», porfiaba yo.

En un relato de Hrabal, un alumno defiende con tanta firmeza que dos por dos son cinco, que el profesor sale corriendo a su despacho para verificarlo en el manual. Así era Agop en aquel momento. Su convicción de toda una vida de que *Vino de larga vida* era de N. D. Cocea empezaba a desmoronarse. Se aferraba inquieto a las miradas de todos, buscaba la ratificación en su esposa, medio dormida… «Bueno, qué cojones, tal vez tengas razón… Mira, sabes qué, vamos a apostar algo… Una botella de *whisky*… A mí no me importa perderla, qué más da… En cualquier caso yo mantengo que es N. D. Cocea.» «Abuelo, vas a perden», le digo, convencido al cien por cien de que es mi Damian Stănoiu, y cerramos la apuesta. Resumiendo: al cabo de unos días, Florin, que había llevado su ordenador portátil Apple, blanco como la leche, pudo consultarlo en Internet. Era como si me despertara de un sueño: *Vino de larga vida* era un relato de N. D. Cocea, no cabía ninguna duda. ¿Qué demonios me había hecho sentirme tan seguro de mí mismo? Por supuesto, un recuerdo falso: ambos libros eran iguales, rojos como la sangre derramada por los trabajadores de nuestra patria, y ambos me parecían igualmente insulsos y yacían igualmente inútiles en la biblioteca que mi padre, por aquel entonces cerrajero en la I.T.B., había empezado a crear. Sobre esta situación de igualdad se había superpuesto sin embargo la imagen de socialista fervoroso de Cocea, incompatible en mi opinión con una historia licenciosa como la de la cuba y las uvas. Por otra parte, me parecía plausible que el insustancial de Stănoiu fuera capaz de esa porquería de beber el vino en el que habían follado el boyardo y la gitana —si es que la memoria no me juega otra mala pasada—. Agop tuvo la gentileza de no

mostrarse triunfante, al menos no de manera ostensible, y de no pedirme la botella de *whisky* al momento. Más tarde, al final del periplo francés, cuando entré en posesión de la lata de *cassoulet* y de las escudillas, pensé que, más que una banal botella de Teacher's, al *gourmand* de Agopian le gustarían mucho más aquellas judías con pato, pues eso es el *cassoulet*. Y eso es lo que hice.

Me fui a acostar haciendo eses después de tanto vino (por hacer honor a la verdad; de lo contrario podría invocar simplemente el cansancio de aquel día interminable) y, tras descender titubeante un piso, volví a encontrarme en mi habitación con el papel, las cortinas y el tapiz colorados. Encendí el televisor que, como en todas las habitaciones de hotel, colgaba aproximadamente en el techo y, desde la cama, empecé a zapear en la oscuridad, deslumbrado por los bruscos destellos de luces interrumpidos por pantallas negras. Zapeé unas tres horas, como hago siempre que, arrancado de mis hábitos, de las personas que son parte de mí, arrojado a un lugar extraño y sofocante —una más de las cientos de habitaciones por las que he pasado y que han sido siempre la misma, deprimente y repulsiva—, no reencuentro siquiera la bruma de realidad que normalmente me arrogo. Creo que en el infierno no hacen falta torturas, gritos, barreños de alquitrán ni otros horrores: el baño de Svidrigailov[25] —en la variante moderna de una habitación de hotel en la que tienes que vivir eternamente, sin identidad, sin pasado y sin futuro, sin esposa, sin carrera profesional, sin vida, en definitiva— resulta igualmente útil y es considerablemente más limpio en comparación. Podrías meter incluso un televisor con varias docenas de canales en los que

detenerte más o menos un minuto, hasta recorrerlos todos: noticias, deportes, moda, política, animales, fiestas, dibujos animados, y luego otra vez desde el principio, otra vez un minuto en cada uno, hasta que llegas a mirar a través de los dedos, con los globos oculares doloridos como si te los hubieran acuchillado y con un vacío interior mayor que el mundo, la única tortura infernal verdaderamente aterradora. Me dormí rayando el alba, con el televisor encendido y, cuando me desperté, me abrumó una congoja terrible: el viaje apenas había comenzado. Tendría que vagar de hotel en hotel, como Ulises de isla en isla, dos semanas más, lejos de Ítaca y de mi amada Penélope.

17

Y AL DÍA SIGUIENTE EMPEZAMOS —no puedo aplazarlo infinitamente— el largo viaje. Al igual que Jesús, que en los felices tiempos evangélicos envió a los setenta y pico discípulos a predicar por Judea de dos en dos, aconsejándoles que no llevaran consigo dos túnicas, ni dos pares de sandalias, ni una bolsa de dinero y que no pensaran de antemano lo que iban a decirle a la gente, porque no eran ellos sino el Espíritu Santo el que tenía que hablar a través de ellos, así también nos emparejaron los franceses a nosotros, de dos en dos, de la manita, los niños con los niños, las niñas con las niñas, para que no hubiera ningún enredo —¡por Dios!— en las lejanas tierras del gran Hexágono franco. Solo que a nosotros, abandonadas las maletas en el hotel al que tendríamos que regresar, compungidos, después de cada escapada, se nos permitió coger las bolsas de mano con un pijamita, un cepillo de dientes y ya está, así como los cheques que nos entregaron al principio y que tantos problemas me causarían al final del viaje. Y también, a diferencia de los discípulos de Cristo, constatamos sobre la marcha, en nuestros encuentros con el público que, aunque nos esforzábamos por no pensar en nada antes de tomar la palabra, el Espíritu Santo no nos puso, sin embargo, sus sabias palabras en la boca: hablamos todos en un francés macarrónico. Tuvimos, es cierto, traductores, pero esa es otra

historia, la más *di granda*, os la contaré cuando lleguemos a Castelnaudary.

El primer viaje resultó ser a Le Havre, una ciudad de la que no sabía nada (creo recordar un par de historias, una protagonizada por unos mosqueteros y otra en la que había un asedio) y de la que sabría todavía menos a la vuelta. No guardo un diario del periodo que pasé en Francia porque no tenía ganas de escribir nada en el cuaderno que llevaba, como siempre, conmigo. Así que ni siquiera recuerdo si fuimos hasta Le Havre en tren o en autobús. Preguntadle a Dan Lungu, que es más joven que yo y que tal vez tenga mejor memoria. Él fue mi compañero de viaje en este primer tramo de Las Bellas Extranjeras —aunque debería decir «las vírgenes locas»—. Recuerdo vagamente que nos encontramos en un barrio periférico de París, donde se alojaba, creo, en casa de un amigo, pues él no había venido de Bucarest, sino que estaba ya en París con una beca.

Se me ha olvidado decir que era la época en la que algunos jóvenes corruptos y montaraces habían adquirido la costumbre de prender fuego a los coches de la *banlieue*, algo que azuzaba luego su propia ira y que les hacía enfrentarse con más bravura a la policía. Si veías entonces nuestra televisión patria, podías jurar que París estaba en llamas, que era la revolución, la anarquía, el delirio… Bobadas, reinaba una calma y una paz en aquella famosa *banlieue* —la más violenta, según la prensa— que no encontrarás nunca en Rumanía, ni siquiera en Cotroceni[26]. Lo mismo me sucedió cuando estuve en Belfast hace unos años. Confieso que tuve miedo al visitar ese lugar en el que, si haces caso a los medios, el IRA te mete el cañón de un rifle bajo las narices o te lanza, inocente, por

los aires en una cafetería pintoresca. Sin embargo, Belfast era un lugar idílico: un otoño dorado como de postal, un silencio en el que solo se oían las chicharras y, de vez en cuando, el calmo neumático de un automóvil. Luego empezó una lluvia también dorada, como en la habitación de los deseos de *Stalker*, la película de Tarkovski, así que nos refugiamos en una iglesia y asistimos a una misa evangélica de no sé qué rito.

Aquello era más bien como una reunión sindical. En una sala cuadrada y vacía había unas cuantas decenas de individuos, en ropa de calle, sentados en sillas. El pastor vestía vaqueros y una camisa a cuadros y parecía una especie de estudiante trasnochado. Hablaba a los feligreses con la precisión de un capataz que reparte el trabajo entre los peones, de buena mañana, en la obra. Cuando su mirada topó con nuestro pequeño grupo empapado por la lluvia, nos preguntó de dónde éramos e, inmediatamente después, cuál era nuestra religión: «Greco-ortodoxa», le respondimos con amplias sonrisas sociales. A lo que él, dubitativo, replicó: «Pero… creéis en Jesús, ¿verdad?». Estuve a punto de responderle: sí, solo que el nuestro tiene ocho brazos. Conseguí dominarme porque a veces la ironía no se comprende bien y se acepta aún peor.

A pesar de lo que decían los papeles, no sucedía nada reseñable en aquella famosa *banlieue*. Ni siquiera era tan sórdida como la describían los periódicos. Los adolescentes «desesperados», «sin futuro», «sin trabajo» pasaban a nuestro lado vestidos en «Esprit» y con los cascos del iPod embutidos en las orejas. Así se escribe la historia. Dan Lungu es un chico serio, sociólogo y escritor de Iaşi, con bigote y dotado del placer

aristocrático de fastidiar. Uno de sus libros se titula *Cheta la flegma*, otro *El paraíso de las gallinas*, y el último es *Soy un vejestorio comunista*. Si os gusta mucho Novalis y escucháis a Chopin hasta desgastar los CD, no tiene mucho sentido que lo leáis. En su intervención de ocho minutos en el documental francés dedicado a los escritores rumanos, creo que pronuncia tres o cuatro veces la palabra «vómito» sin dejar de sonreír con beatífica serenidad. Cualquiera diría que estuviera citando *Sein und Zeit*. Por lo demás, es un chaval majo, uno de los nuestros. No lo conocía de antemano, así que en el tren, el coche o lo que fuera que nos condujo hasta Le Havre, recuerdo que conversamos agradablemente acerca de todo tipo de cuestiones literarias.

Llegamos a Le Havre en medio de la lluvia, estaba oscuro, hacía un frío horrible y, puesto que no estuvimos allí más que la noche en cuestión —la mañana siguiente, al amanecer, nos piramos de vuelta a París—, así será siempre para mí el puerto en cuestión: oscuro, horrible y frío. Menos mal que salió a nuestro encuentro una joven guapa, rumana para más señas, que nos recogió en su coche y nos llevó hasta el local en que teníamos que actuar, un café con el bello nombre de «Les yeux d'Elsa». El nombre provenía, nos explicaron, del título de un famoso (tan famoso que no habíamos oído hablar de él jamás pero, claro está, esto podría explicarlo también el «niet cultur») poema de Louis Aragon. Cuando oyó mencionar a Aragon, Dan dio un respingo: «Ajá, nosotros ya conocemos a todos esos, a Barbusse, Aragon, Éluard, comunistas de caviar con casas en la Costa Azul que lloran de pena por los pobres trabajadores…». Y luego, en un momento de

inspiración feroz: «Yo habría bautizado al café "Les yeux de Marx"». Y desde entonces así es como nos referimos al local.

Para llegar al café atravesamos callejones y callejuelas oscuras y húmedas. Aquella chica guapa hizo un tímido intento por enseñarnos el mar lleno de barcos, pero en medio de la lluvia (y con Dan Lungu a mi lado) no me sentía romántico precisamente. Llegamos finalmente al café, que tenía sobre la entrada un letrero en el que los ojos de Elsa estaban literalmente pintados, dos ojos hipnóticos que parecían clavarte al suelo. Entramos chorreando agua como unos perros con el rabo entre las patas. El interior era, como decía Hemingway, «un sitio limpio y bien iluminado», habitado por una mezcla de alumnas de instituto y estudiantes universitarias, claramente rumanas hasta lo más profundo de sus seres, y que nos esperaban con unas sonrisas de oreja a oreja.

18

MÁS O MENOS EN TODAS PARTES por donde arrastramos nuestros pies, nos encontrábamos con los mismos grupúsculos temblorosos: estudiantes rumanas de facultades de todo tipo, preocupadas por ver y ser vistas, por conseguir un autógrafo tuyo en el libro más barato de todos los expuestos o, simplemente, en un simple trozo de papel y, sobre todo, por fotografiarse contigo al final del acto, tras haber soportado con estoicismo tu inevitable verborrea. Ocupaban el espacio de las salitas de las librerías o del café en grupos apretados, como unos pólipos con melenas ondulantes en el fondo del mar. Su sonrisa complaciente, forzada para mostrar, como en los carteles publicitarios, unos dientecillos *Colgate*, no desaparecía de su rostro ni siquiera ante las más terribles revelaciones con que los escritores, todos ellos unos sádicos, intentaban violentarlas.

Una vez estuve en un festival literario por el norte de mi país, en una ciudad pequeña con montones de postigos y torres con reloj. Hacía muchísimo calor, era pleno verano, así que las puertas de la casa de cultura estaban abiertas de par en par hacia el verdor polvoriento del camino. Tras una mesa cubierta con un paño rojo como la sangre vertida por los trabajadores de nuestra patria estábamos nosotros, unos seis o siete escritores y, en la sala, unas chicas como las que os acabo de describir a grandes rasgos hace un momento.

Todas sonreían vagamente, como los gatos de Cheshire, independientemente de que el tema de las historias que les leíamos de uno en uno fuera cómico, trágico, textualista, modernista o dadaísta. El agua corría, las piedras permanecían. Los perros ladraban, la caravana pasaba. ¿Qué otros refranes irían bien aquí? No lo sé, pero en un determinado momento, aquello fue demasiado.

Entre nosotros había una escritora bajita y de senos enormes, especialista en escenas que describían una infinita variedad de cópulas. Toda su prosa era, de hecho, un encaje en torno al acto simple y vigoroso de meterla y sacarla. Tampoco en aquella sobremesa provinciana hizo una excepción. Su prosa describía una partida de *fucking and sucking* entre (¿coincidencia?) una tía bajita de senos enormes y un tío de aspecto mediterráneo…

La parte más absurda es que en el momento culminante de sus gráficas descripciones («entonces yo le agarré… y él me tumbó… y yo me abrí… y él hundió… etcétera, etcétera») empezó a resonar cada vez más cerca, procedente del fondo de la carretera, una inconfundible fanfarria de funeral; luego pudimos ver a través de las puertas abiertas a los popes, a los chavales con los estandartes cosidos con hilo dorado, el carro del ataúd con el muerto a la vista y, detrás del ataúd, una fila interminable de parientes y conocidos vestidos de negro, que desfilaron lentamente por delante de la casa de cultura. No sé si aquello duraría un cuarto de hora, pero por ahí andaría la cosa. Segura de sí misma y convencida de la justicia estética de su prosa, nuestra colega seguía leyendo con el micrófono y su voz resonaba en la sala y en la calle, de tal manera que incluso las

mujeres con pañuelos negros que acompañaban al carro aferradas a sus cartolas, dejaron de plañir para espiar las aventuras eróticas de la pareja que se revolcaba en aquel tálamo de desenfreno. Nosotros, muertos de vergüenza, queríamos que nos tragara la tierra. Permanecíamos todos en la mesa presidencial, con la cabeza gacha como unos condenados de Dostoievski, pero aquel momento penoso no llegaba a su fin. La escritora levantaba de vez en cuando los ojos de la página, miraba a su alrededor, parecía satisfecha por el hecho de que su audiencia hubiera aumentado con un inesperado flujo de asistentes y entonces seguía adelante con sus porquerías. Los críos de la comitiva habían abandonado la fila y, colgados de las ventanas, asomaban la cabeza en la sala riendo y dándose codazos. Los únicos imperturbables fueron, hasta el final del relato (que coincidió exactamente con el último individuo del cortejo fúnebre, era como si la autora hubiera cronometrado el tiempo de su lectura), los racimos de chicas que parecían aceptar, con filosofía, que la vida nace de la muerte y la muerte de la vida, que el gemido del coito es idéntico al de la agonía y, sobre todo, que entre el nacimiento y la muerte, el tiempo debe ser rellenado con sonrisas *Colgate* generosas y deslumbrantes.

En las mesitas del café «Les yeux d'Elsa» estaban colocados de pie, en el lugar de honor, los libros de Dan Lungu y también los míos, nuevecitos, recién publicados en su traducción al francés. ¡Qué maravilla, sobre todo para un joven como yo, ver sus libros traducidos! Qué voy a decir, no solo nuestros rumanos sino que también los extranjeros pueden compartir a partir de ahora sus manantiales de sabiduría, vivir los temblores de su

gran literatura… Esta euforia, este sentimiento de que te has hecho de repente universal, accesible a cualquiera, de que has roto por fin la prisión de una lengua y de una cultura pequeñas, la experimentas sobre todo con el primer libro. Por fin has encontrado una pequeña editorial extranjera que te publica. Has visto, por fin, con tus propios ojos, el libro traducido, normalmente más bonito y más grueso que el original rumano. Esperas las críticas con emoción y, en verdad, durante dos o tres semanas te envían unos recortes de prensa, la mayor parte son unos cuadraditos con una fotografía del libro y dos palabras sobre él, generalmente las de la contraportada. Luego, pssss… No sigue nunca nada más. Ni críticas ni ventas. Al cabo de un año recibes un informe con tres cifras secas que te demuestran que no vas a recibir un ochavo por esas docenas escasas de ejemplares que se han vendido. Tienes que dar las gracias: al menos te lo han publicado. En cuanto llegas a París, te metes en la FNAC o en cualquier librería como la avispa en el tarro de miel, solo por ver tu libro expuesto en alguna estantería. Si tienes mucha, mucha suerte, lo encuentras al final, al fondo de la librería, en la última estantería imaginable, al nivel del suelo, bajo una inscripción que dice: «Literaturas eslavas» y en la que tres o cuatro libros rumanos hacen buenas migas con tres o cuatro húngaros, pues los eslavos de verdad están bajo otra inscripción: «Literatura rusa». Finalmente, la única ventaja que te reporta el libro traducido es que puedes incluirlo en tu *CV*. A partir de ese momento tus colegas empezarán a odiarte con toda su alma y, en consecuencia, tu cota literaria crecerá, pero no en Extranjerilandia, como era de esperar, sino en tu paisito, lleno de individuos que creen que, una vez traducido, el

camino hacia el Premio Nobel se abre ante ti, expedito.

Convinimos desde el principio que no tenía sentido leer nuestros libros ni hablar en francés (¿a quién nos dirigiríamos, al fin y al cabo? A juzgar por el público de aquella velada, habrías podido jurar que Le Havre era tan rumano como Vaslui). Así que nos pusimos a hablar —y la joven que nos acompañaba, a traducir— con el mismo gusto con que lo habríamos hecho en casa. Dan planteó unas hipótesis sociológicas sobre las anomalías que sucedían en Rumanía por aquella época —mucho menos raras de lo que sucede ahora—, y yo ni recuerdo lo que dije. El hecho es que, después de firmar en trocitos de papel los autógrafos de las chicas de dientes relucientes (que nos habían hecho también, a lo largo de la tarde, las preguntas estándar: a mí, por qué me gustan las mujeres, a Dan, dónde está el paraíso de las gallinas), salimos a la oscuridad húmeda que representaría a Le Havre desde entonces para el resto de nuestras vidas, dormimos allí, Dios sabrá dónde —tal vez Dan Lungu, más joven y con mejor memoria, lo recuerde— y al alba, en medio de la misma fría oscuridad, partimos de vuelta a París con el sentimiento de la misión cumplida: el primer viaje ya estaba liquidado.

19

AL DÍA SIGUIENTE SALIMOS «*to do the city*», un grupo numeroso en pellizas y bufandas, ebrio por el inconfundible aire parisino. Una foto que sacó Florin con su cámara Minolta —me daba tanta envidia que acabé comprándome también yo una *spiegelreflex* Nikon— nos muestra en fila india sobre uno de los puentes del Sena. El más cercano al objetivo es Agop, con gafas oscuras de mafioso y algo indefinido en la mano izquierda —amplié la foto hasta distinguir que se trataba de un tubo de pastillas de menta—, con su esposa Cristina a su lado, tranquila y despeinada por la brisa del Sena. Seguía Cecilia, sonriente, con su hoyuelo en la barbilla; luego su humilde servidor de ustedes, muy orgulloso de su cartera Mandarina Duck (que, en un arrebato de locura, me había comprado en Viena especialmente para este viaje). Parezco considerablemente más joven que la mayoría de mis congéneres porque, a mis más de cincuenta años, no tengo aún ni una sola cana. Mi madre tiene ahora, a los ochenta, unas pocas, tímidas y por las sienes. A veces incluso me preguntan en el vestíbulo de la universidad (es cierto que se trata de alguna secretaria miope) si soy estudiante y de qué curso. Lo que menos me gusta es que me parezco cada vez más a mi padre, no solo por mi aspecto sino también por la voz y por mi comportamiento, así que he desarrollado en mi interior un tenebroso conflicto edípico…

El siguiente en la foto, apoyado en las flores de hierro negro de la balaustrada del puente, diríase que recostado casi sobre ellas, es Ion Mureşan, con una gorra y un jersey de estilo nacional, que lleva en la mano una bolsa de plástico. Está trajeado de esta guisa para la ocasión de ser una bella extranjera en París… en sus lupanares, concretamente. Mury es uno de los más grandes poetas de hoy en día, aunque creo que, si dividiéramos su obra en treinta años de carrera, resultaría que no ha escrito mucho más de una letra al día, puede que incluso a la semana. El último era George Crăciun, que ahora está solo en las fotos y en los recuerdos.

El ausente en este grupo es, naturalmente, el fotógrafo, siempre Florin Iaru, siempre entusiasta, explosivo, sorprendentemente joven todavía también él, el mismo Florin al que tanto admirábamos como poeta cuando éramos compañeros en la facultad y cuando tan solo dos años, la diferencia de edad entre nosotros, contaban muchísimo. Por aquel entonces casi no hablábamos y para mí era un enigma la materia de la que estaba compuesto aquel chico que aparentaba ser un personaje de sus propios poemas: parecía tener debajo de la camisa palancas, pistones, mecanismos con trinquetes, tubos de órgano («bajo las faldas / llevaba, como un hombre, de todo y dos pistolas», me respondería él si me oyera ahora), parecía generar continuamente arcos voltaicos y arco iris. ¿Cómo habría podido nacer una amistad verdadera entre un hombre así, hecho de gritos entusiastas, y yo, un crío retraído, tímido, sin personalidad, que caminaba pegado a la pared? Florin era entonces la nueva poesía corporeizada (pielizada, mejor

dicho), imprevisible y agresivo como John Lennon, al que se parecía —por la barba, las melenas y las gafas redondas— como a un hermano gemelo. Al fin y al cabo nosotros —Coşovei, Iaru, Nino Stratan y yo— nos considerábamos una especie de avatar de los Beatles, cuya música e historia sabíamos de memoria. Por aquel entonces pensábamos que escribíamos la poesía más sorprendente del mundo, y puede que incluso así fuera. Éramos cuatro, como los *fab* de Liverpool, éramos tan psicodélicos como ellos, nos imaginábamos igualmente famosos y, en determinados ambientes, incluso lo éramos. Cuando alguno de nosotros entraba en el cenáculo de Preoteasa[27] (el Cenáculo del Lunes era un sitio mundano, frecuentado en ciertas ocasiones por más de cien personas) se hacía el silencio. En nuestras lecturas se reía hasta las lágrimas y la gente nos interrumpía durante el espectáculo para aplaudirnos. ¿Cómo no ibas a sentir, en aquellos momentos, el mástil imaginario de una guitarra en las manos? ¿Cómo no ibas a pensar que la próxima canción que tocaríamos sería *Norwegian Wood*? Nosotros, los cuatro *Fab* de Dâmboviţa, fuimos durante unos cuantos años un grupo unido por una historia común, por una poesía común, por intereses comunes (por desgracia, también por unas amantes comunes a veces), y formábamos parte de un mundo ahora casi enterrado por completo. ¿Quién escribirá algún día la historia de aquellos años? Nadie, sospecho. Decenas de admiradores del *Aer cu diamante*[28] se han malgastado. Los que asistían a todas las reuniones del cenáculo se han retirado ya a sus casas. Entre nosotros encuentras genios y glorias por todas partes, tantos que han llegado a molestarse entre sí. Lo que no encuentras es el tipo de devoción que Eckermann

sintió por Goethe o la que Serenus Zeitblom sintió por el infeliz Adrian Leverkühn —*if this rings a bell*—. No encuentras a nadie que cuente la historia de alguien a quien haya admirado durante unos años o durante toda una vida (¿es que me he vuelto loco? ¿Hablar de admiración entre rumanos?). Lo peor de nuestra comparación con los Beatles es que todos queríamos ser Lennon, McCartney o al menos Harrison, pero a nadie le interesaba ser Ringo… Ringo, el primitivo y alcohólico batería que acabará por enterrarlos a todos. Nino Stratan alababa a George Harrison, era un místico como él pero, por otra parte, de joven yo guardaba un parecido asombroso con el autor de *Something*. Sin embargo, mi héroe era —y lo sigue siendo hoy en día— John Lennon. Puesto que, como se ve, el asunto estaba peliagudo, decidimos finalmente no repartirnos los papeles de manera demasiado precisa y optar por una comparación genérica entre los dos grupos: el suyo y el nuestro.

No hay aquí, al menos en mi opinión, ni pizca de exageración: en otros tiempos y otros lugares, alimentando nuestra creatividad y nuestro entusiasmo loco por el arte, habríamos llegado a ser también nosotros, como decía Lennon, «más famosos que Jesucristo». Pero nos tocó vivir nuestro sueño artístico entre bloques de hormigón, entre gente enloquecida por el hambre y el frío, en un mundo que no nos quería y que no sabía qué hacer con nuestros pobres poemas. Se los recitábamos, una semana tras otra, en los cenáculos, a las paredes y a la policía secreta. En nuestros poemas psicodélicos vivía un mundo fantástico, multicolor como el de *Yellow Submarine*; cada uno de nosotros, generoso, humilde, le abría sus mundos virtuales al otro en una comunión

poética como no ha existido —y tal vez no vuelva a existir— nunca. Por aquel entonces, yo no vivía en el piso de mis padres en Ştefan cel Mare, sino en los poemas de Traian, que vivía en los poemas de Nino, que vivía en los poemas de Florin, que vivía en mis poemas. Merecen ser contados —y algún día los contaré— mis vagabundeos con Traian por el Bucarest de los años ochenta, en tranvías vacíos y estaciones en ruinas, sometidos a un frío siberiano o en plena canícula asfixiante, cuando éramos los mejores amigos del mundo, cuando descubría a través de él, de hecho, el mundo que hasta entonces, sumergido en los libros, yo había considerado una ficción. Tenía veinticuatro años entonces y vivía un presente puro, reluciente, en el que el fuerte aroma de la gloria se elevaba de cada piedra del adoquinado para decirme en su idioma: «Tú, chavalillo menudo y flacucho, al que las miradas de las chicas atraviesan como si fueras de cristal, llegarás algún día a ser poeta, un poeta de verdad, un poeta amado por el universo entero».

Es decir, la eterna ilusión de la juventud.

20

NOS FOTOGRAFIAMOS EN LOS PUENTES DEL SENA con la catedral de Notre-Dame a nuestras espaldas, en callejuelas estrechas con un bistró en cada esquina, en plazas con flores pintorescas, delante de las grandes librerías o, simplemente, en cualquier sitio, atravesando calles, subiendo escaleras, esperando en un banco. París en noviembre es ceniciento y melancólico, los plátanos deshojados de los grandes bulevares muestran sus manchas de vejez, los organilleros, con un gato que duerme en el cogote de un perro —buenos e inseparables amigos—, hacen girar la manivela mientras piensan en otra cosa… No hay que ir a Montmartre o a Sacré-Coeur para tener París a tus pies: París no es una acumulación de edificios sino un estado del espíritu que se percibe en todas partes, en el aire, en los copos de nieve, en el conocido paisaje de los edificios de cinco pisos, ni uno más ni uno menos. Es la única ciudad del mundo en la que, al cabo de media hora, te sientes un vecino más.

Así pues, éramos ya unos parisinos de pura cepa cuando llegamos al Beaubourg, al Centro Georges Pompidou —los que no lo habían visto antes lo contemplaban con la estupefacción de un aldeano ante una jirafa—. Trepamos después por sus tubos transparentes hasta llegar al último piso; desde allí, a través de unas escotillas futuristas, vimos eso que solo puedes ver en sueños, esta

ciudad tan fundamental para nuestra mente como la intuición del espacio y el tiempo, tan ilusoria como ambos, que se extiende, compacta y leve al mismo tiempo, como una especie de tarta diáfana, en todas las direcciones, con extrañas singularidades aquí y allá que sobresalen de la calina de los bloques y de las ramas de los plátanos: la cúpula dorada de los Inválidos, la forma de nave espacial a punto de despegar —con grandes depósitos a sus espaldas— de la catedral del Sacré-Coeur, la espantosa torre de Montparnasse y, hacia el norte, apenas entrevistas, las construcciones en forma de cristales afilados de La Défense. En el Centro Pompidou vimos una exposición Dada, nos indignamos porque apenas mencionaban a Tristan Tzara, y en cambio había surrealistas, futuristas, expresionistas, en fin, la vanguardia completa en todo su esplendor. También nos reímos: en una de las paredes había tres variantes de la Gioconda con bigote, una de ellas (descubrimos en la placa explicativa) había sido donada por Duchamp ¡al Partido Comunista Francés! Se lo tienen merecido, dijimos todos… También allí vimos la famosa pintura-vitral-objeto *La novia desnudada por sus solteros*. En una sala vacía brotaban de las paredes ruidos y extrañas reverberaciones. En las paredes había fotos de vanguardistas y surrealistas famosos cuyos rostros conocíamos bien: Max Ernst, Breton, Delaunay, de Chirico y, finalmente, también Tzara, en un rinconcito. Al parecer en Moineşti, donde nació, le han dedicado una estatua y a un periodista se le ocurrió preguntar a los vecinos quién era ese tipo y qué había hecho en la vida. Evidentemente, nadie sabía nada sobre aquel joven que conquistó el mundo con sus chiflados poemillas: «*Dada, dada /*

Lavez votre cerveau / Dada, dada / Bouvez de l'eau…»

En el Beaubourg nos encontramos con otros «simpatriotas» así que también yo pude fotografiar, con la pequeña Nikon comprada en Viena, a unas cuantas celebridades: a Marta Petreu, sobre el fondo de un París bruscamente iluminado por un rayo de luz (por desgracia, salió con los ojos cerrados, pero no es necesariamente un mal retrato de Marta), a Crăciun y a Mury ante el andamiaje azul del Centro, envueltos en bufandas hasta los ojos porque soplaba un viento bárbaro y, sobre todo, a Agop y a Simona Popescu, una foto de la que estoy más que orgulloso a pesar de lo precario del aparato. Agop se parece aquí a García Márquez más que nunca, sobre un taburete, en el vestíbulo de la exposición dadaísta, y a sus espaldas, en otra silla, se ve de perfil a Simona, extremadamente espiritual, leyendo un libro. Qué voy a decir, soy bueno haciendo fotos. Finalmente abandoné la máquina pequeña, de turista, cuando pasé en Stuttgart a una Nikon de verdad. No os voy a contar ahora la historia de mi pasión por la fotografía porque acabo de divertirme escribiéndola para el prólogo sobre Maramureş del grupo Siete días que ya ha sido publicado. La cámara pequeña, de cuatro mega píxeles, era sin embargo excelente. Solo tenía una pega: deformaba los rostros en las fotos sacadas de cerca. De unos cuellos delicados salían unas cabezas bovinas, acromegálicas, como si los sujetos estuvieran intoxicados con plomo o algo así. El colmo es que, en mi entusiasmo por las fotos, yo ni siquiera me daba cuenta.

Nos fuimos luego a almorzar juntos con un presupuesto un tanto reducido porque algunos de

nosotros —Florin y Cecilia si no me equivoco— se habían liado al cambiar dinero en una casa de cambio de lo más sospechosa. Encontramos un bistró junto a Notre-Dame y nos apretujamos en torno a una mesa para confrontar cada uno su francés —unos con acento de los pantanos, otros, de barrio— con el único cobaya a nuestra disposición: el camarero que nos atendía. Bebimos cerveza de barril y comimos como pajaritos después de encargar lo que se nos pasó por la cabeza. En las fotos que Florin sacó allí —y que tuvo el cinismo de enviarme— aparece por última vez mi pulóver Burlington crema del que estaba insoportablemente orgulloso y que desaparecería después de mi equipaje, al volver a casa, llevándose consigo, para no aburrirse, un par de camisas y otras tantas camisetas. Me había costado un dineral en Viena y me sentía tan desdichado por su pérdida que Ioana prácticamente me arrastró otra vez por Mariengasse, hasta Peek & Cloppenburg, para comprarme uno idéntico. Por desgracia, ya no quedaban de color crema, así que elegí uno rojizo que conservo aún hoy en día. Qué más da, no tiene comparación… Sigo desconsolado. A partir de este incidente empecé a entender a mi hija cuando era pequeña y se le caía una piruleta al suelo. Era inútil que le diera una idéntica hasta en el color, ella ponía el grito en el cielo porque quería *esa* que se le había caído, no una igual…

Fue un día perfecto. El extranjero acerca a la gente y nosotros, que en nuestro país apenas nos veíamos, ni siquiera los que vivíamos en Bucarest, nos convertimos en París en unos camaradas inesperadamente buenos. Sobre todo con un par cervezas encima, albergábamos unos hacia otros

los mismos sentimientos fraternos que los obreros franceses (Jean Gabin y Fernandel entre otros) en las películas de los años sesenta, esas en las que unos chavales con gorra se acodaban en un mostrador de zinc, bebían Pernod, se daban palmaditas en el hombro y recordaban los días de la Ocupación cuando, ya ves, habían luchado juntos en la Resistencia francesa… Volvimos al hotel por la tarde, muertos de cansancio, en medio de una aguanieve cerrada. Por el camino, Letiția Ilea me habló del drama de su vida junto a Nino y yo me esforcé por aliviar un poco su sentimiento de culpa. Letiția es una poeta extraordinaria, como descubriría unos días después, cuando hicimos una lectura juntos.

21

AL DÍA SIGUIENTE EMBUTÍ EN MI BOLSA DE VIAJE un pijama y dos o tres libros y partí contento hacia el sur de Francia en compañía de Ion Mureşan y de una joven francesa. Podríais decir: una combinación explosiva, pero no fue el caso. La joven en cuestión nos escoltaba como un policía que vigilara un transporte especial: apenas abrió la boca en las seis o siete horas largas que duró el viaje en tren hasta Aix. Permaneció, callada e inexpresiva, leyendo un librito. Tampoco nosotros le prestamos demasiada atención, la verdad sea dicha. En mi opinión, las francesas no son especialmente atractivas, y aquella estaba por debajo incluso de la media. Y, en cualquier caso, tampoco habríamos podido decirle gran cosa en nuestro pintoresco francés. Sin embargo, como vais a ver, en Castelnaudary, la famosa capital mundial del cocido de judías a la que nos acercábamos vertiginosamente, me vi obligado a hablar en francés hasta que me dolieron las mandíbulas. Y luego preferí armarme de valor para hablar esta lengua extraña antes que confiar en los traductores. Pero, como se decía en las antiguas novelas, no adelantemos acontecimientos.

En el tren nos pusimos a beber cerveza, aunque con moderación, porque yo no soy bebedor y Mury había venido de casa con una loable lección bien aprendida: no tenía permiso para emborracharse y, ciertamente, se comportó durante toda nuestra

anábasis francesa con una sobriedad sorprendente para cualquiera que lo conozca. Comenzamos a hablar con una amistad sincera, aunque durante un cuarto de siglo los benévolos se hubieran esforzado por azuzarnos mutuamente. Pero con nosotros fracasaron, que también se dan casos de esos. Mury permaneció durante todo ese tiempo en un pueblo oscuro, publicó poquísimo y, a pesar de todo, la gente no se olvidó de él. La calidad de su minúscula obra poética es tan evidente que yo, que amo todo tipo de literatura con independencia de lo poco que se parezca a la que yo escribo, la he apreciado siempre, al igual que a este hombre de apariencia taciturna, pueblerina, pero lleno de humor y de humanidad. Hablamos, como hacemos siempre que nos encontramos nosotros, los ochentistas, sobre *aquellos tiempos* en los que éramos la poesía joven del momento, sobre los que se habían consolidado y los que habían sido olvidados, sobre los que habían muerto… Con el paso del tiempo, resulta cada vez más claro reconocer cuánto nos queríamos a pesar de la competencia asfixiante y de los intentos de los demás por separarnos. Algunos publicaron mucho, otros menos. Algunos tuvieron éxito, otros no. Algunos siguen ocupando aún el centro de atención, otros han sido olvidados hace tiempo, enterrados en una vida oscura. Pero siempre que nos reunimos, nos comportamos como soldados veteranos de una guerra perdida en la noche de los tiempos: nos abrazamos calurosamente y recordamos las antiguas campañas, la antigua gloria que nadie nos puede arrebatar. Mury me habló de un libro que pensaba escribir, algo muy extraño, muy metafísico, un libro sobre muertos y moho. Y yo recordaba su poema sobre una muñeca de trapo arrojada en un trastero

lleno de zapatos viejos, un poema terrible sobre el espanto en estado puro. Con el paso del tiempo yo he deseado con toda mi alma que mis antiguos compañeros me quieran al menos la mitad de lo que yo les he querido a ellos. Se trata de algo cada vez más improbable pues, repito, en el mundillo literario se te perdona todo a excepción de ese regalo envenado que es el éxito. Lo comprendí enseguida y ya no me hago ilusiones.

Las horas pasaron rápidamente, entre cafés y pastas, arrellanados en las cómodas butacas del tren. Francia se abría y se cerraba junto a nosotros como una cremallera, diversa y multicolor, con granjas y remiendos de sembrados, con aerogeneradores y pueblos con casitas como de muñecas. Cuando viajas mucho, basta con mirar el paisaje, desde las ventanillas del avión o del tren, para saber en qué país te encuentras. Los pueblos son distintos en Francia, Alemania u Holanda, y todos ellos son completamente distintos a los pueblos rumanos vistos desde un avión: unas bocas con dientes ennegrecidos y dientes de hojalata, amontonados unos sobre otros en un desorden total.

Bajamos en Aix, donde nos recogió un taxi que nos llevó hacia la oscuridad, por caminos cada vez más tortuosos y tenebrosos, a través de una niebla densa, hasta que llegamos, al anochecer, a una pensión, un edificio rojizo que, como diría Creangă, «fue también nuestra posada». Descendimos del coche en medio de un frío paralizante, menos mal que la dueña, una señora pelirroja y rubicunda, llena de vida, una especie de Ancuța[29] meridional, abrió la puerta y nos invitó a entrar. Aquel no era uno de esos hoteles impersonales, sino que parecía una casa de gente acomodada, tan

atestado de toda clase de tapetitos y ornamentos que casi no había sitio para sentarse. Las habitaciones de los huéspedes eran tan tentadoras y tan frescas, con su mobiliario antiguo y sus sábanas de holanda, que no te apetecía salir de allí por nada del mundo. Pero la verdadera revelación la tuvimos al día siguiente, al alba, cuando nos despertamos en la luz deslumbrante de la mañana y bajamos al salón a tomar el café y los dulces. Por la ventana se veía un paisaje increíble: un jardín con cipreses como solo había visto en Italia y, al fondo, una cadena de montes en el horizonte, límpidos y polifacéticos, cubiertos de nieve. «Los Pirineos», nos dice la señora rubensiana con una especie de orgullo. Había conseguido ver los Pirineos, esos montes que formaban parte de mi geografía imaginaria desde la infancia, cuando leía *La aventura de la serpiente emplumada*, de Pierre Gamarra (qué decepción cuando me enteré de que el autor de ese librito para adolescentes había sido un maldito comunista, puro y duro, y no obligado por una pistola en la sien, sino por voluntad propia, como una legión entera de otros escritores franceses, sin que los obligara nadie, tan solo la triste confusión de sus mentes). Recordaba algunas expresiones de aquel libro, como «valle típicamente glaciar», o colores como «castaño» y «avellana» que se mezclaban en mi imaginación con los propios nombres de los Pirineos… El café de aquella mañana, el *strudel* y la conversación con la señora pelirroja, llena de buena voluntad para con aquellos dos pobres rumanos que habían caído en su tierra, todo se mezclaba con ese nombre tan fascinante, los Pirineos…

Entre tanto llegó también la señora responsable de nuestros destinos en aquellas comarcas y nos presentó de forma algo más clara nuestro plan sureño. Nos encontrábamos en el Languedoc, nos dijo, en la zona de Aube, y enseguida —nos explicó — visitaríamos la famosa Carcassonne, la ciudadela donde se habían rodado incontables películas de temática medieval. Si hubiéramos sabido lo que nos esperaba allí, habríamos permanecido en el salón cálido y acogedor de la pensión antes que seguir el camino de los tozudos albigenses que defendieron la gigantesca ciudadela y dejarnos casi los huesos en el empeño, como hicieron, con gran entusiasmo religioso, también ellos. Por el momento, sin embargo, teníamos que dirigirnos a Castelnaudary, donde todo estaba dispuesto para nuestra llegada.

22

CASTELNAUDARY ES LA CAPITAL MUNDIAL del cocido de judías. La leyenda dice que, durante el famoso desembarco antes del gobierno de los cien días, Napoleón, agotado y muerto de hambre, llegó a este triste pueblecito. El campesino que lo cobijó no tenía nada que ofrecerle aparte de unos muslos de pato con judías, la cena rústica despreciada por los espíritus más selectos. El emperador se lanzó sobre el *cassoulet* con un hambre de lobo y, cuando dio cuenta de él, dijo que en su vida había comido nada tan rico. Sobre estas palabras legendarias se construyó la prosperidad de la futura ciudad. Aquí existen, así pues, docenas de restaurantes que te ofrecen el *cassoulet*, de pato o de cerdo. Comen *cassoulet* a todas horas, *cassoulet* por la mañana, al mediodía y por la noche, *cassoulet* de primer plato, de segundo plato y de postre. Existen fábricas de conservas de *cassoulet*, en las que la grasa se prepara y se embota de forma separada, existen talleres de cerámica que fabrican las escudillas en las que se come ese enjundioso producto, existe incluso un festival anual del *cassoulet* que dura dos semanas enteras.

Y allí que llegamos nosotros, dos inocentes poetas rumanos, a la capital del país del *cassoulet*. En cuanto bajamos al andén salieron a nuestro encuentro las autoridades locales, es cierto que no lo hicieron con fanfarria y alfombra roja, sino con el

brioso espíritu de los sureños. Nos cogieron casi en volandas de lo impacientes que estaban por verificar el efecto de su milagrosa comida sobre unos bárbaros desconocedores de la auténtica vida refinada. Nos llevaron en tromba a un restaurante donde tuvimos que elegir entre un rico surtido de diversos tipos de cocido de alubias. Los esquimales tienen sesenta nombres diferentes para la nieve. Los rusos distinguen entre docenas de tipos de vodka. Los bravos habitantes de la ciudadela de Castelnaudary, cuyo metabolismo funciona probablemente gracias al *cassoulet*, poseen asimismo un vasto vocabulario acerca de esta especialidad gastronómica. Pedimos, siguiendo sus sugerencias, diferentes variedades, pero nos trajeron a cada uno algo que parecía ser lo mismo: un cuenco de barro lleno de judías, sobre las que flotaba un muslo de pato. Empezamos a comer emitiendo pequeñas exclamaciones de placer, pues todos los ojos de los lugareños estaban clavados en nosotros. Nos sentíamos como cobayas bajo una cúpula de plexiglás, observados con atención por sabios venidos de todo el mundo. ¡Sí, nos gustaba el *cassoulet*! A mí, al menos, sinceramente: siempre me han gustado las judías. A Mury, menos. «Es que en Rumanía también las cocinamos así», les dijo con la boca llena pero, al ver que la audiencia se enfurruñaba como si hubiera recibido una burda afrenta, añadió: «pero no tienen comparación, claro, dónde va a parar…». Alabamos el *cassoulet* de buena gana y por necesidad, como aplaudes a la *prima donna* al final del recital, hasta que vimos que ya estaban satisfechos. Luego la conversación derivó hacia otros derroteros.

A mi lado habían colocado a un joven, bien afeitado y con el pelo muy bien cortado, que tenía un aspecto extremadamente militar. Me había sorprendido ya en el andén, cuando me recibió con un marcial «¡A sus órdenes!» en rumano, mirándome a los ojos con una especie de devoción perruna. «No hay demasiados rumanos en Castelnaudary. Yo soy uno de los pocos… es decir, soy *el único*… es decir…», me dijo en la mesa y se calló. «Y puesto que soy uno de los pocos, de hecho el único, me han elegido para que sea su traductor…» Calló de nuevo, tímido como una doncella. El chaval me caía simpático, no sé por qué, así que lo animé a seguir: «¿De dónde eres?». «De Vâlcea» «¿Y a qué te dedicas aquí, en Francia?» «A nada, estoy retirado…» Me callé, sorprendido. ¿Qué enfermedad tendría, me preguntaba yo, ese mozo? Parecía fuerte como un roble. Lo contemplé con más atención: ¿acaso no está demasiado colorado? Es como si tuviera tisis. ¿No le tiemblan las manos? Lo mismo empina el codo… ¿Y esa mirada fija, de epiléptico? «Lo siento. Pero, si estás enfermo, tal vez sea lo mejor», le dije compasivo, desviando la mirada. «¿Enfermo? No he estado enfermo en mi vida. Soy reservista por la edad, señor.» Mi muslo de pato quedó a medio camino entre el cuenco y la boca. ¿Por la edad? ¿Es que ya no era capaz de apreciar la edad de alguien de un vistazo? Completamente confundido, lo contemplé largamente una vez más: «¿Cómo que por la edad? ¿Cuántos años tienes?» «Treinta y cinco» «¿Y a los treinta y cinco años ya eres reservista por la edad?» «Sí, señor. Esa es la norma en la Legión. Sirves diez años y a los treinta y cinco te jubilan»…

Qué curioso encontrarme con un reservista en Castelnaudary… Pero, de hecho, no se trataba de una sorpresa tan gorda. Si me hubiera documentado un poco, habría descubierto que la ciudad no era famosa tan solo por su cocido, sino también por el hecho de que allí se encontraba una de las más antiguas guarniciones de la Legión Extranjera. A lo largo de la comida, regada con un vinillo tinto de esos que solo encuentras en Francia, le tiré de la lengua al legionario rumano respecto a su experiencia militar, y descubrí que el chaval había llevado una vida de película, que había estado en Somalia, en Indochina, que había participado en los acontecimientos del Líbano, que había servido en Sri Lanka…

Después de comer, rebosando literalmente de *cassoulet*, que me salía hasta por los ojos, nos llevaron directamente a la sala de la lectura. Y en la sala, los mismos alumnos de instituto de siempre y los mismos viejillos (los típicos gorrones franceses, probablemente, que venían solo por las pastitas del final). Nos invitaron a ocupar la presidencia y nos colocaron al joven y marcial traductor a un lado. Tras la presentación, empecé mi pequeño número personal: «El tema de mi nuevo libro es la feminidad». Aquí hice una pequeña pausa para la traducción. Pero el legionario, nada, se limitó a mirarme con los mismos ojos devotos e ingenuos y no abrió la boca. Repetí la frase y volví a mirarlo animándole a traducir. Pero el soldado se inclinó hacia mí y me preguntó al oído: «¿Qué es eso del *tema*?». Hice un par de intentos más y entonces lo di por imposible. El legionario no sabía qué significaban palabras como «perfil», «inhibición», «metamorfosis», «dinámico», «mórbido» y unos cuantos millones de términos más. Su vocabulario

ascendía, en rumano y en francés, a unas trescientas palabras en total. Tuve que darme por vencido y apañarme con mi francés oxidado por falta de uso. Callado, el antiguo aventurero ganaba mucho en prestancia. Y no solo él. Yo también me sentía más seguro junto a su imponente estatura y empezaba a comprender por qué la gente importante alquila guardaespaldas. Y es que, aunque no valía un real como traductor (veréis en las páginas siguientes que las cosas pueden ir aún a peor), el joven pensionista formaba conmigo un grupo estatuario dotado de una cierta grandiosidad.

Leí algunos fragmentos de mis textos, Mury leyó unos poemas, luego siguieron las preguntas habituales con que nos topamos a lo largo de todo nuestro periplo francés: «¿Tienen bibliotecas en Rumanía?» «¿Utilizan teléfonos móviles?» «¿Hay editoriales en Rumanía?» «¿Tienen agua corriente en el baño?» y otras similares. En un determinado momento, Mury no pudo aguantar más y, orgulloso como uno de los dacios de la columna de Trajano, se levantó y dijo: «*Mais nous ne sommes pas des sauvages, madame!*».

23

PUESTO QUE CON EL LEGIONARIO ERA IMPOSIBLE y, por otro lado, a mí me agotaba retorcerme las mandíbulas con el francés, pedí en el descanso que me asistiera alguien más competente porque ya había localizado en la sala a un grupo de rumanas, de esas estudiantes uniformemente desperdigadas por el mapamundi, igual al que había encontrado en Le Havre. Creo que si se me hubiera pasado por la cabeza hacer unas lecturas en Mato Grosso, en una estación meteorológica de la Antártida o en las inmediaciones del lago Baikal, la mitad de la sala estaría llena de *groupies* con una sonrisa de oreja a oreja que, tras el evento, se acercarían a pedirme un autógrafo en sus cuadernitos de notas y a sacarse una foto conmigo. «¿Qué hacéis por aquí?» «Estudiamos. Yo estoy en la Facultad de Ingeniería Eléctrica y Katy (o Andra, o Lorena, o Luana o Analia —sí, con "n"— e incluso Roua)[30] en Comunicación y Relaciones Internacionales…» «¿Y os gusta Francia?» «Sí, está bien… pero tenemos morriña…» Esta vez me fijé en Roua, a la que había oído hablar en un francés impecable, y le pregunté si no querría traducirme en la segunda parte del debate. Era como si le hubiera pedido que se casara conmigo ofreciéndole un anillo de diamantes. Roua resplandecía de felicidad como una brizna de hierba a la luz del sol del alba.

OK, se reanuda el debate y, para halagar un poco al auditorio, a modo de *captatio*

benevolentiae, digo algo así: «Podría hablar directamente en francés, pero prefiero hacerlo de esta manera porque si hablas mal cualquier lengua, pareces torpe, pero si lo que hablas mal es francés, entonces pareces un auténtico idiota». No había terminado la frase cuando mi improvisada traductora saltó, gorjeando en un francés impecable: «¡El señor Cărtărescu ha dicho que los que hablan otras lenguas son torpes, pero los que hablan francés son directamente idiotas!». Estupor en la sala, estupor en el estrado. ¿Cómo ha osado este *meteco* venir a nuestra gran nación para insultarnos? Mury se levanta de nuevo como un dacio de la columna: «*Mais, c'est une malentendue… mon collègue a dit complètement autre chose*…». Llevó un buen rato y grandes *skills* de diplomacia reparar nuestro honor.

Qué mala suerte, mi primer traductor, el soldado, no tenía vocabulario; la segunda, la chica del patio de butacas, tenía una cabeza de chorlito… Me libré de ella enseguida y, justamente cuando me preparaba para presentarme de nuevo como un idiota, sucedió como en *Pinocho*, la puerta se abrió de repente y entró en la sala, con las mejillas encendidas y una gigantesca piel de animal desconocido por debajo, ¡el hada madrina en persona!

Solo le faltaba la varita mágica. De pie, con sus habituales zapatillas deportivas que, junto con las pieles, formaban una combinación glamurosa cuya receta solo tenía ella, mi famosa conocida bucarestina Greta Garbo, alias la Venus de las pieles. ¿Qué demonios estaba haciendo aquí? La conocía porque trabajaba en cierta institución y el jefe la tenía todo el día con el culo pegado a su mesa, junto a una botella de *whisky* medio vacía.

Alguna vez me había dicho que con fines ornamentales. Puesto que movía continuamente las piernas —unas veces las cruzaba hacia la derecha, otras hacia la izquierda—, yo conocía el color y la textura de sus *dessous* de cada día, unos con puntillas, otros sin ellas. Por encima, tanto en verano como en invierno, no parecía llevar sino sus eternas pieles de animal no identificado, que se recogía siempre sobre el pecho mientras parpadeaba con ojos tiernos. Oficialmente, era investigadora en un ámbito oscuro y reducido, precisamente el mismo en el que trabajaba su jefe; este practicaba con ella, cada año, una especie de *ping-pong* que se había hecho famoso: le buscaba un puesto calentito en el extranjero pero se la enviaban inmediatamente de vuelta con una patada en la parte posterior de las pieles, pues no hablaba ninguna lengua y, en general, no sabía nada de nada en ninguna. Tras seis o siete expediciones de esas, yo le había perdido la pista antes de volver a encontrarla donde menos me lo esperaba, en aquellas tierras de la Francia meridional. Graciosa como un galeón con las velas extendidas, Greta recorrió el pasillo entre las filas de espectadores y se tiró junto a mí, en la silla que acababa de dejar libre la simpática Roua. La silla gimió pesadamente bajo la presión de las macizas caderas de aquella criatura envuelta en pieles. Para mi sorpresa, Venus se metió rápidamente en su papel y tradujo de un modo bastante pasable, y en un francés decente. Al parecer, había hecho progresos desde que, entendí yo, vivía en la zona de Aix…

El coste fue, sin embargo, considerable, pues inmediatamente después de la lectura siguió la cena, con *cassoulet* de carne de cerdo esta vez,

en un restaurante de lujo, donde la saludable señora de mejillas coloradas se empotró de nuevo a mi lado. Al principio solo a mi lado pero poco a poco, a medida que avanzaba la noche y que las copas de Beaujolais comenzaban a hacer su efecto, acabó literalmente derrumbada encima de mí. Yo llevaba un rato haciendo heroicos esfuerzos por sujetarla. ¿Su conversación? Abundante, pero un tanto monótona: «¿Sabes?… He cumplido treinta años… Siento que la vida pasa a mi lado para nada… Ambiciono un hijo que me dé sentido… Ay, cuánto desearía tener un hijo…». No cesaba de dar la matraca con el niño de marras, y mientras tanto me miraba con unos ojos tan suplicantes que si me hubiera sobrado algún nene, se lo habría dado allí mismo. Pero no me apetecía entregarle a los míos con tanta facilidad y es que, como dice el refrán, la sangre tira que es un primor…

Después de la cena nos recibió en el ayuntamiento el señor alcalde, una especie de simpático Tartarín de Tarascón con bigote de gorrión, que nos dio las gracias por habernos desplazado desde la lejana e ignota Rumanía para iluminar a los valientes vecinos de Castelnaudary con la antorcha de las letras inmortales. En una ceremonia festiva nos entregó a cada uno una medalla y un diploma que nos reconocía como ciudadanos de honor, lo cual no es moco de pavo, ya que si se nos ocurriera alguna vez instalarnos en la capital del cocido de judías, ¡estaríamos exentos del pago de tasas durante toda la vida!

Yo poseo una larga experiencia en medallas. Mi padre recibió una en 1962 por culminar la colectivización de la agricultura. Tenía yo seis años por entonces y la medalla me vino de perlas, jugué

con ella hasta rayarla del todo. Luego empecé a hacerme con las mías propias, la de Constantinescu y la de Băsescu. Un chollo para mi hijo. Pero los beneficios de tener una medalla son incomparables. Aunque me hayan premiado, sigo pagando unas tasas sangrantes allá donde vivo. Las dos únicas ventajas de estas insignias presidenciales, me han dicho, son ambas *post-mortem* cuando, digan lo que digan, todo te da igual: la primera es que las medallas serán portadas delante de tu féretro sobre un cojín de terciopelo y, la segunda, que en cuanto te depositen en la tumba se dispararán doce (algunos afirman que en realidad son solo dos) salvas al aire. Dios quiera que se disparen al aire y no precisamente sobre mi pobre cuerpo, recompensado por la Patria por las hazañas culturales a las que se entregó en vida.

Me detengo por el momento en este punto. Siento que me estoy poniendo siniestro. Pero no tan siniestro como las páginas que siguen y en la que se narra el banquete con comida tradicional rumana ofrecido por el ayuntamiento a los recién designados ciudadanos de honor: a Mury y a mí…

24

AL DÍA SIGUIENTE HABÍA UNA NIEBLA que se podía cortar con un sable. No solo no se veían, a través de las ventanas de la pensión, los famosos Pirineos sino que, si abrías la ventana, entraba en el salón aquel vaho denso y no te veías ni la mano delante de los ojos. Era imposible no recordar la batalla de Podu Înalt, de Sadovenau que explicaste docenas de veces cuando eras profesor de escuela general: «Hadâmbul no ve nada y se frota los ojos con los dedos, bromeaban los montañeses siguiendo su mala costumbre…». ¡Dios mío, todavía hoy me sé de memoria Fefeleaga, Puiu, O oră din august y toda las hazañas en serie de Nică el de Ştefan de la Petra! Y ahora, en mis pesadillas, los buitres despedazan a Păunaş y por ese motivo Dănilă levanta al cielo un puño amenazador… Es también un tipo de masoquismo esto de recordar… Después del atroz servicio militar que cumplí antes de la universidad y del que me sorprende haber salido vivo, lo primero que hicimos cuando volvimos a encontrarnos como estudiantes mis colegas y yo, fue cuadrarnos delante del anfiteatro Odobescu y empezar a desfilar por el pasillo como dementes. Nadie sale indemne de su propia vida. Todos llevamos encima los traumas, la infelicidad, las ofensas, los fracasos, las injusticias, la adversidad de los demás. Los mejores de nosotros procuran no perpetuar el mal, no volcar sobre otros, a su vez, el daño que algún otro les ha causado. Pero todos

nos torturamos a nosotros mismos recordando al detalle, con una claridad alucinante, en muchas noches de insomnio, episodios de nuestra vida en los que el mal y la perversidad han triunfado.

… Bueno, es mejor que hablemos de nuestras ovejas. Casi al amanecer vinieron a buscarnos en un coche que surgió de la niebla, y que también estaba repleto de ella. El efecto neblinoso duró hasta que el aire helado del interior del vehículo se templó lo suficiente como para poder meterlo en los pulmones. Avanzamos despacio, con una visibilidad prácticamente nula, por una carretera desierta. El silencio de fuera se parecía al de *Solaris*, en las escenas del océano pensativo. Únicamente escuchábamos nuestra propia respiración, y cuando nuestros anfitriones volvían la cabeza para comentarnos algo, casi nos estallaban los tímpanos por el impacto de aquellos sonidos que parecían provenir de un mundo paralelo. Nos dirigíamos a una localidad vecina en la que íbamos a visitar un taller de alfarería famoso en toda la región. Allí, según nos dijeron, trabajaban aún según el método tradicional. Luego almorzaríamos y finalmente, por la noche, participaríamos, como invitados de honor, en una típica cena rumana. Nos acompañaría prácticamente todo el pueblo en un gran salón especialmente preparado para la ocasión…

Por el momento, helado como un muñeco de nieve, me negué a pensar en la velada fatal que me esperaba. Pero mis presentimientos me decían que una idea semejante no presagiaba nada bueno. Me había enfrentado antes, en Castel Goffredo, a la tradición rumana bajo el rostro de la cantante galvanizada que taconeaba

torpemente, farfullando ensalmos, sobre el fondo musical de un magnetófono.

Tzouika, sarmalutze con *mamaligutza, kalushari*, la *flûte-de-Pan*, los *haïduks*… ¿qué tiene que ver todo eso conmigo? ¿Por qué teníamos que exhibir siempre, en nombre de la tradición rumana y sin atisbo de vergüenza, los órganos atávicos de un pasado pastoril? ¿Por qué teníamos que vivir siempre bajo esa esquizofrenia? Por una parte, queremos demostrar que somos modernos, perfectamente europeos y, por otra, les decimos a todos que nuestro rasgo más característico es que seguimos siendo unos pastores primitivos, solo que travestidos en tejanos de Diesel y camisas de Tommy Hilfiger, y perfumados con Fahrenheit para que no se nos note el olor a cuadra… Creo que el francés medio, ese que nos preguntaba en cada encuentro si también nosotros utilizábamos teléfonos móviles, si teníamos librerías en Rumanía, es de la creencia de que al llegar a la frontera nos quitamos la casaca y los ițari[31], que enterramos en el zurrón la mamaliguța y el pertinente queso, y que nos presentamos ante ellos recién afeitados, solo para hacerles creer que somos personas humanas como ellos y no unos temas propios de la etnología y el folklore. Ellos, pobrecitos, no tienen culpa: así nos hemos presentado nosotros mismos como nación en los últimos cien años, saltando al ritmo de hop-şa-şa[32]. ¿Cómo van a pensar que nuestras novelas son literatura moderna al igual que las suyas, que nuestro arte habla también de la condición humana, que nuestro cine es cine y no meras representaciones de la Navidad?

Pero nos sacamos la espina con sus alfareros. El coche se detuvo ante una construcción más o menos como las que cualquiera puede encontrar

al final del barrio bucarestino de Colentina, un edificio anónimo, inestable, lamido por las nieblas. Sus paredes estaban hechas de burdos ladrillos de adobe, las esquinas se inclinaban unas veces hacia adentro, otras hacia fuera. Era el único edificio de la zona, muy alejado del pueblo, y ahora, envuelto en una bruma como de fieltro, se alzaba ante nosotros enigmático y desierto. Al poco, sin embargo, salió a nuestro encuentro *Monsieur* Not, con un buzo de trabajo pintorescamente sucio, dotado de un mostacho retorcido con coquetería y unas mejillas rojas como el fuego. Parecía la figura regordeta del «Chef» de la cocina de *Ratatouille* o, si no, otro de los ya mencionados franceses que, en las películas de los años cincuenta, beben Pernod sobre el mostrador de zinc del bistró de la esquina. Cabeza perfectamente redonda y pelo rizado, ojos meridionales, risueños. Luego salieron del edificio otros tres señores Not, hijos del primero, idénticos a su padre si exceptuábamos el bigote, el aro en la oreja y los teléfonos móviles que sobresalían de los gigantescos bolsillos de sus buzos. Otra generación, otras modas.

Entramos en las sombrías salas del taller, navegamos con atención entre millones y millones de ollas, cuencos, escudillas, jarrones y otros inidentificables objetos de arcilla y, para acabar, nos hicieron una demostración de modelado del barro húmedo en el torno del alfarero. La niebla, luminiscente, se escurría en el interior del recinto a través de las grietas de las paredes. Los olleros parecían los personajes de unos antiguos y cuarteados cuadros al óleo, inclinados sobre la forma que nacía, resbaladiza, en un claroscuro violento y misterioso. De vez en cuando se volvían

hacia nosotros y nos decían algo en un terrible francés dialectal. Al partir, la familia Not nos regaló dos escudillas para *cassoulet*, las que perdí precisamente en mi estúpida apuesta con Agop. Nuestros anfitriones nos comentaron después que estos heroicos alfareros eran los únicos en toda la zona que habían resistido la competencia industrial y que ahora estaban protegidos como una especie de monumento de la región o incluso como una especie animal en peligro de extinción. Los chicos ni hacen ni dejan de hacer cacharros, desde hace unos años ocupan el puesto de guías en su propio negocio: reciben oleadas de turistas ávidos por conocer las curiosidades del lugar.

Mureşan, con las escudillas bajo el brazo y la barba llena de escarcha, consiguió susurrarme mientras me guiñaba un ojo: «Que vengan a mi pueblo, a Transilvania, que les vamos a enseñar el oficio a estos…». Luego subimos al coche con los demás. Llegamos a la pensión justo al mediodía, y el cielo comenzó a aclararse poco a poco de abajo arriba, y en el horizonte se adivinaron los picos, como de papel arrugado, de los Pirineos.

25

MI SENTIMIENTO DE ANGUSTIA se agudizaba a medida que el inevitable evento gastronómico rumano se acercaba. Después de la ceremonia en el ayuntamiento, nos embarcaron de nuevo en el coche fatalmente caldeado de la mañana y nos condujeron al pueblo vecino. Tras un trayecto que transcurrió en completo silencio, descendimos a una atmósfera polar. El frío te taponaba las fosas nasales. Me quedé congelado al instante.

Soy una persona friolera, la sensación de frío me ha perseguido toda mi vida. No olvidaré nunca cómo, de niño, iba con mis padres a Dudeşti-Cioplea a visitar a la hermana de mi madre, Vasilica. En invierno, su casucha de los suburbios estaba cubierta por nevadas apocalípticas, casi no se veía bajo la nieve que todo lo sepultaba. En Navidad no decoraba un abeto sino que adornaba un limonerito que tenía en un tiesto grande dentro de casa, así que el arbolito de hojas brillantes y aromáticas conseguía producir, junto a unos limones maduros, espirales de plexiglás transparente y nueces abrillantadas con pegamento. Después de inflarme a bizcocho en el aire calentito y esponjoso de la gran estufa de cerámica, me mandaban a acostarme a la habitación de al lado, que no caldeaban nunca. Allí hacía tanto frío como en la calle. Me escurría en una cama de hielo y me tapaba con una placa de escarcha. Me acurrucaba, tiritando, con las

rodillas metidas en la boca, intentando tocar lo menos posible las sábanas almidonadas en que estaba envuelto el edredón de satén púrpura, que se ablandaba poco a poco con el calor de mi cuerpecito infantil. De mis fosas nasales salían gruesas columnas de vaho que se disolvían en la gélida oscuridad. Durante toda la noche soñaba que pasaba, en invierno, a través de la niebla, por un lago helado bajo unas estrellas muy malas y muy frías.

Luego vino el frío de la época de tío Ceaşcă: mi mujer y yo nos habíamos comprado unas batas de fieltro, como las de los hospitales, y nos acostábamos vestidos con ellas, como dos osos, en el sofá-cama descacharrado. Una noche reventó el cristal por culpa del frío, ¡poc! Encendimos la luz asustados y lo vimos: había estallado en zigzag, como la marca del Zorro. Entonces nos miramos el uno al otro; no podíamos dar crédito a lo que estábamos viendo: nuestras caras estaban envueltas en bruma. Nos quitamos los albornoces: como si nuestros cuerpos fueran de cristal, estaban cubiertos de fastuosas flores de hielo. Desde entonces, pongo buen cuidado en no traicionar a mi Patria, a mis benefactores o a mis amigos para no llegar al lugar más profundo del Infierno de Dante, a la Giudecca, donde los condenados yacen atrapados para siempre en el hielo, hasta el cuello o hasta la coronilla, como los peces que se adivinan a través de la gruesa capa que cubre, por Bobotează[33], los ríos.

Pero solo después de la revolución descubrí lo que significaba el frío de verdad. ¿Y dónde? ¡En Ámsterdam! ¿Y cómo? Con variaciones, como diría Caragiale… Yo vivía entonces de alquiler en casa de una polaca, Hanka, muy cerca del estadio del

Ajax. La buena señora era más o menos de mi edad y tenía una niña rolliza y dulce que se llamaba Olenka. Cuando se bañaban juntas, toda la casa se llenaba de una alegría loca. Me llevaba muy bien con Hanka solo que, a lo largo de toda mi estancia en su habitacioncita de la buhardilla, mantuve con ella una implacable guerra energética. Los holandeses se disputan con los escoceses la fama de ser los más tacaños del orbe. ¡Cuántas cosas podría contar al respecto! La cuestión es que no calientan nunca la casa durante la noche, ni siquiera en los inviernos más rigurosos. Y Hanka, que llevaba dos decenios viviendo en Ámsterdam, se había vuelto más holandesa que Rembrandt y Vermeer juntos. Por la noche, con un gesto propio de un torturador, giraba la llave de la caldera hasta el cero absoluto. Hasta el cero Kelvin probablemente, pues a los cinco minutos, no sé cómo, se instalaba en la casa un frío cósmico, era una muerte térmica universal. Así se debe de estar en el exterior de los aviones a diez kilómetros de altura. En pleno diciembre y en plena noche, amoratado de frío, abría las ventanas de par en par para que entrara un poco de calor. Si nevaba, me acostaba junto a la ventana para que me cubriera la nieve. Había oído que mantiene el calor de las raíces de los árboles. Cuando ya no podía más, congelado de pies a cabeza como un dedo gigante, me colaba hasta el salón a oscuras, como un ladrón, y pegaba el cuerpo al frío metal de la caldera. Tenía alucinaciones, me parecía que se iba calentando poco a poco, así como los náufragos creen distinguir la vela de un barco en el horizonte. No había nada que hacer, Hanka se llevaba cada noche la llavecita con la que se regulaba la calefacción, dormía con ella debajo de la

almohada. Escabullirme en su dormitorio e intentar, como en las películas, sacarla de allí para hacerme una copia era impensable: ¡interpretaría mi intrusión de otra manera, Dios mío! Así que finalmente me fabriqué, con mucho esfuerzo e ingenio, una llave basta pero funcional, a partir de una percha de metal. Fue una época feliz: durante unas cuantas noches conseguí elevar la temperatura por encima de los cero grados, ¡puro señorío! Hanka me decía por las mañanas, en el desayuno: «No sé qué me ha pasado esta noche, he sudado muchísimo…». Las dos, tanto ella como Olenka, parecían agotadas, era como si hubieran salido de una sauna. Hasta que se dieron cuenta… y entonces empezó la fiesta. Hanka comenzó a vigilarme: en cuanto ponía en marcha la calefacción y volvía contento a mi habitación, ella se colaba en el *living*, en saya, con la llave fatal al cuello, y traía de nuevo el frío, como una señora de las nieves, a todo el apartamento. Media hora después, lívido por culpa del frío, me dirigía otra vez, tiritando a través de la oscuridad, hacia el *living* y encendía de nuevo la calefacción. Tras mis pasos, venía de puntillas Hanka y volvía el frío. Ya no dormíamos, pasábamos la noche persiguiéndonos por el apartamento a oscuras, como dos enamorados, cada uno con su llave en la mano, y nos mirábamos con odio cuando nos dábamos de bruces en algún rincón; nuestros brazos chocaban cuando, al encontrarnos ambos delante de la caldera, intentábamos meter las llaves en la cerradura al mismo tiempo… Durante el día manteníamos las apariencias, nos sonreíamos como si nada hubiera pasado, aunque se nos cerraban los párpados de sueño y, con la caída de la noche, nos transformábamos de nuevo en fieras. De hecho, de tanto subir y bajar escaleras desde la

buhardilla y de tanto corretear por los pasillos oscuros de la casa, ya no era necesario que pusiéramos la estufa. Esperaba el encuentro con Hanka —inevitable hacia el amanecer— ante la caldera, la lucha cuerpo a cuerpo por meter la llavecita, pues, al sentir el calor de su cuerpo, también yo me desentumecía un poco…

… Y así transcurrió el duro invierno de 1995, en la casa de Watersgraafsmeer, en la que todos los objetos estaban recubiertos por un diáfano encaje de nieve al igual que los tubos de las cámaras frigoríficas. Ahora, diez años después, en el sur de Francia, con las fosas nasales taponadas por el frío, avanzaba a través de la nieve crujiente hacia la puerta detrás de la cual se preparaba la famosa cena rumana. Como solía decir Florin Iaru: «Está sucio, está muy sucio, pero hace un calor…».

26

NO SÉ CUÁL SERÍA SU USO HABITUAL, pero aquella sala gigantesca en la que nos internamos, helados como carámbanos, podía ser cualquier cosa, desde un hangar para aviones Boeing hasta una nave de la Feria del Libro de Frankfurt. Estaba atestada de mesas, colocadas de lado a lado como para una boda, y a lo largo de las mismas se alineaban unas banquetas de madera. En las paredes había unos paneles en los que se exhibía un material didáctico extraño y heteróclito. Por un instante me sentí transportado al pasado, a mi aula de la escuela general en cuyas paredes colgaban las conocidas láminas con la vaca, el cerdo, las letras, a mano y de imprenta, escritas en una bella caligrafía, así como varios mapas de Rumanía, entre los cuales había uno en relieve, con los picos de los Cárpatos modelados en una escayola frágil y ya desportillados. Crucificados por la inmensa sala había pellizas, tabardos, mandiles, refajos, blusas bordadas, pañolones, pantalones tradicionales, sombreros de paja, gorras de piel, prendas de fieltro, cinturones, abarcas y quién sabe qué más, todo ello de un aspecto tan vetusto y polvoriento como los pájaros estrafalarios del Museo Antipa. Desperdigadas entre ellos, unas hojas amarillentas, arrancadas de alguna revista rumana, que mostraban los monasterios de Moldavia, ilustraciones con carros y bueyes y campesinas con los pechos al aire como unas

chicas rústicas de la página cinco[34], platitos de recuerdo del Castillo de Bran, escudos de madera tallada con el rostro de Drácula… Solo faltaban los pollitos junto a las piñas pintadas con la leyenda «Recuerdo de Sinaia». ¡La imaginación humana es inagotable, la iguala tan solo su gusto por lo pintoresco y lo insólito! El mapa de Rumanía bordeado por un lazo tricolor que colgaba bien visible en una de las paredes habría podido provocar una guerra balcánica: torpe pero entusiasta, su autor había incorporado sin querer, al territorio rumano, unas tajadas tan grandes de Bulgaria, Ucrania y Moldavia que te entraban ganas de gritar, como el famoso niño de no sé qué abecedario: «¡Que viva Rumanía gordinflona!». Finalmente, al fondo de la sala se desplegaba una pantalla gigantesca por la que desfilaban unas fotos alucinantes. Durante toda la «cena rumana», aquella muchedumbre contemplaría con ojos como platos —como en Nochevieja— el espectáculo cada vez más atractivo de las fotografías que, en una especie de competición de exotismo, se perseguían entre sí. ¡Qué cosas se podían ver allí! Carromatos cargados de chatarra conducidos por rumanos con una botella en la mano; los mismos rumanos bigotudos, con sombreros de ala ancha, intentando vender unas sartenes de estaño; palacios fastuosos de estilo pagoda, con los tejados de zinc brillando al sol, en cuyas puertas se arrellanaban unas rumanas gordas y alegres, con dientes del mismo zinc que también brillaban al sol; rumanitas con trenzas y faldas fruncidas, combinadas con mucho gusto a imitación del modelo de los espantapájaros, haciendo dedo en la carretera; otros rumanos tocando violines ennegrecidos y timbales; más rumanos sentados de cuclillas al borde del camino

mientras fabricaban anillos; otras rumanas leyendo la palma de la mano, etcétera. Pero no solo había gente en aquellas fotos, había también paisajes con casas remendadas, medio derruidas, coronadas por tejados de carrizo, con tascas llenas de camioneros, con rebaños de ocas balanceándose por los caminos, con harapos tendidos en una cuerda entre dos palos. Por encima flotaban unas nubes bastante bonitas, los únicos objetos que el público francés podía reconocer con facilidad. Se notaba que el fotógrafo no había encontrado unos cielos rumanos auténticos, de azul de Voroneț, y había utilizado el azul Arman, más fácil de encontrar y más cosmopolita.

Las fotos eran solo fotos, pero delante de la pantalla yacían, abandonados por el momento en una graciosa naturaleza muerta, un acordeón verde-nácar, un contrabajo, un trombón de latón y un tambor. No cabía duda de que un grupo de rumanos, emisarios de la espiritualidad de nuestras cumbres mioríticas, se disponía a salir de un momento a otro para caldear el ambiente como era debido.

Nos movíamos estupefactos por la gigantesca cantina, sudando a mares y con las mejillas encendidas no solo por el calor. Habríamos dado cualquier cosa, de hecho, por estar otra vez fuera, en el frío punzante pero digno… Por desgracia, nuestra retirada fue cortada en seco por los vecinos que llegaban en grupos y que, siguiendo complicados parentescos y filiaciones, se sentaban a las mesas en las que por el momento solo había platos y vasos. Vinieron a centenares hasta que ya no cabía un alfiler. Eran franceses pero, evidentemente, no eran parisinos: gente de

pueblo, de esa que los domingos sale al café junto a la iglesia, bien vestida, con ropa «de marca», después de ordeñar la vaca y de dar de comer a los patos. Simpáticos, bien arreglados y peinados, expansivos como sureños que eran. Y, sobre todo, ávidos de una nueva experiencia: la de dejarse transportar, sin esfuerzo, al famoso país del gran Conde Drácula, habitado por gente bronceada por el sol y curtida por el viento. Allí descubrirían algunos de los secretos de un pueblo amable y acogedor, depositario de costumbres ancestrales, que vivía aún hoy como habían vivido los galos en los felices tiempos de Astérix y Obélix. A nuestro lado tomaron asiento unas chicas guapas —para consolarnos, probablemente— y el tiempo transcurrió así más rápido hasta la llegada del primer plato tradicional rumano. Ante la pantalla, en la que justamente entonces reía un rumano con pinta de Hannibal Lecter, se plantó en un determinado momento el alcalde a modo de maestro de ceremonias que, tras expresar su orgullo por contar con estos huéspedes, unas personalidades tan famosas como Mury y yo (aquí nos aplaudieron como en la gala de los Oscar), presentó al grupo musical Les gitanes amoureux, que iba a interpretar algunas piezas de música tradicional rumana.

Eran tres chavales que, por la pinta, cantaban probablemente en el metro y una chica bastante espabilada que probablemente trabajaba como… pero ya se sabe que la pinta te puede engañar. De repente, la chica agarró el acordeón, se lo ató como los arneses para acarrear a los recién nacidos y empezó a verter, de aquel odre plegable, unos acordes delirantes. Los otros se le unieron a medida que cogían sus instrumentos.

Durante dos horas, lo que duró la intensa pesadilla de la cena rumana, los gitanos enamorados canturrearon en seis o siete idiomas, completamente inidentificables (adivinaba a veces vagas inflexiones portuguesas, francesas, rumanas, serbias o gitanas, mezcladas con un inglés de puerto internacional) sobre un fondo musical también indefinido: no era música gitana, ni tampoco argelina, ni klezmer, ni *rock* balcánico, ni flamenco… era algo sin fu y sin fa, de su madre y de su padre, y de vez en cuando, como pepitas de oro en un montón de escoria, se oía algo conocido: «pero no sempre cantaro», «why, why, why, Delilah», «leliț̣o, leliț̣o, fă», «kalashnikov», «buongiorno, Italia, buongiorno, María»…

La música —dicen— alegra los corazones. Pero a los nuestros los arrasó por completo, sobre todo porque se combinó enseguida (lo irremediable no pudo ser evitado durante demasiado tiempo) con los tradicionales platos rumanos que empezaron a repartir sucesivamente entre los comensales, traídos por un pelotón de mujeres de mediana edad, con batas blancas idénticas a las de las cocineras de las cantinas rumanas. ¡En lugar de chuparnos los dedos, aquella noche habríamos deseado no tener dedos!

27

«¡MUSA QUE ANTAÑO RECITASTE a Omir la Batracomiomaquia…!»[35], sé buena conmigo hoy y no me abandones justamente ahora, cuando tengo ante mí ni más ni menos que el decimotercer trabajo de Hércules, ¡más terrible que todos los demás juntos! La limpieza de los establos de Augias, la lucha con la hidra de Lerna o con el león de Nemea —¡para que veas qué bueno era el libro de Alexandru Mitru, *Las leyendas del Olimpo*, que yo leía en el retrete cuando era pequeño!— son simples minucias comparadas con la tarea de describir, en estas páginas grandes y extensas, la famosa cena rumana en la que participé en un pueblo cercano a Castelnaudary, la capital mundial del codillo con alubias. Si hasta ahora no he dejado de rezongar contra la monomanía judiera de los habitantes de esta curiosa región, tengo que decir, con la mano en el corazón, que si la alternativa fuera una cena rumana de esas una vez al mes, preferiría comer toda la vida, a diario, como primero, segundo y tercer plato, *cassoulet* de pato, de cerdo o de conejo, eso me da igual. Por desgracia, nadie me propuso ese trato ventajoso aquella noche fatal. En cualquier caso, incluso aunque me lo hubieran gritado al oído, no me habría enterado en medio de aquel vocerío apocalíptico de los gitanos enamorados, que seguían interpretando perlas folklóricas del tesoro

rumano como *Besa-memucho, Superat sunt, Doamne, superat* o *Mon mec à moi*…

Pero procedamos valientemente, con musa o sin ella, con nuestra tarea, tóxica, pero ya inevitable. Para empezar, en la cena rumana de aquella noche no había una pizca de sal. No es que no hubiera ningún salero en ninguna de las decenas de mesas, es que ninguno de los platos que nos pusieron delante a lo largo de la velada tenía un grano de sal en él. Ya después del aperitivo, Mury y yo deambulamos por los laberintos de la gigantesca cantina hasta que llegamos a una cocina digna de *Ratatouille*. Una mujer con delantal nos explicó con una sonrisa muy amable que, «*malhereusement*», aquel día no habían encontrado sal en los tarros de la cocina y, puesto que era sábado por la tarde, no podían comprarla en ningún sitio. Me parecía estar escuchando a mi abuelo, el viejo Babuc, que en paz descanse, cuando nos explicaba por qué no había vuelto a casarse tras la muerte de su esposa: «Yo ya habría querido… pero si no resultó y no sucedió…». Los franceses no protestaron. Comieron los platos sin sal con estoicismo, como el emperador del cuento, pensando probablemente que así sabe la comida rumana, sosa. Creerían que somos una nación muy enferma, obligada a guardar régimen, privada de la alegría de la sal en los platos, de la sal de la tierra y de la de todas las combinaciones del sodio, con valencias parabólicas y sapienciales.

Siempre me sorprende, por lo demás, la pasividad de los occidentales ante los golpes que les arrea el destino. Cuando estábamos en Berlín, íbamos una vez por semana a consultar el correo a una sala de ordenadores de la Universidad

Humboldt. Siempre había allí unos veinte o treinta estudiantes, chicos y chicas, afeados por toda clase de *piercings*, cada uno delante de su correspondiente pantalla. Los jóvenes berlineses practican una especie de culto a la fealdad. Imitan a los punkis de las estaciones que imitan a su vez a no se sabe quién, pues no parecen demasiado auténticos. Una noche, en la estación de Munich, completamente desierta y siniestra, esperaba tranquilo en un rincón junto a mi maleta, cuando entró un grupo de punkis con crestas rojas, cadenas, cuero negro, chicas con collares de pinchos, en fin, provistos de todas sus galas. Cada uno traía una lata de cerveza en la mano. Veo que se dirigen hacia mí y me rodean. Os podréis imaginar cómo me sentía. Me veía destripado y abandonado en aquel andén solitario. Un individuo con unos diez pendientes en una oreja me pide que «le preste» un euro. Hurgo en el bolsillo y se lo doy, ¿qué iba a hacer? Es «*street wisdom*»: si no se lo das, resulta que se cabrean y se les empiezan a ocurrir ideas… El grupo se aleja y desaparece, yo me quedo allí un par de horas más junto a mi maleta cuando veo otra vez al tipo de los pendientes que viene derecho hacia mí —bueno, todo lo derecho que podía caminar él—. Se planta frente a mí y… ¡me devuelve la moneda dándome las gracias! Me quedé *bouche bée*. Amigos, no me lo he inventado, probablemente sus punkis son más inteligentes, más morales, más piadosos o Dios sabrá cómo, que los nuestros…

Pero vuelvo a la escena del «*pool*» de ordenadores de Berlín. En un determinado momento, cae la red y todas las pantallas se apagan. Los treinta permanecen en su sitio, tranquilos, a la espera de que reparen la avería. Y

permanecen así, mirando la pantalla oscura durante media hora, una hora, hora y media… hasta que, por pura casualidad, el técnico asoma la cabeza por la puerta: «¿Cuándo han dejado de funcionar los ordenadores?». «Hace hora y media» «¿Y por qué no me ha llamado nadie?» «…» Los chavales habrían permanecido allí, indefinidamente, sin aburrirse aparentemente demasiado. Por lo demás, la mayoría de ellos —entre los que había un poderoso clan de mongoles con sus ojos de conquistadores ancestrales, que chateaban entre sí aunque estuvieran unos junto a otros— no estaba estudiando: miraban páginas de moda, escribían correos, jugaban…

Nosotros, los rumanos, somos como somos, pero no nos quedamos como ovejas esperando a que otro nos saque las castañas del fuego. *On the contrary*. En el aeropuerto de Roma ocurrió el año pasado que al maldito avión de Sky Europe —o de no sé qué otra compañía de bajo costo— le pasaba algo y no podía volar. La banda de rumanos acampada en la terminal (unos cien individuos procedentes de los bajos fondos) aguantó obediente más o menos una hora, tras lo cual ¡prepárate! Se montó un alboroto de los buenos: berridos, gritos, cánticos, el bloqueo del metro, todo un circo que los japoneses se dedicaron a fotografiar largo y tendido. Toda aquella parte del aeropuerto permaneció paralizada durante varias horas. Cuando llegó el representante de la compañía, se desencadenó el linchamiento. Afortunadamente, los veinte carabineros que se habían personado allí lo salvaron de las garras de la multitud, de lo contrario… ¡todos a una! Las mujeres, que anunciaban su profesión en el cuerpo y en la cara,

le sacaban el dedo y practicaban su italiano como de barraca. Los hombres, musculosos y sin afeitar, daban puñetazos a las papeleras y las abollaban para siempre. De un puñetazo violento en una máquina de Coca-Cola cayó incluso una lata, algo que sorprendió al responsable de la terminal: se frotaba los ojos y se decía que era imposible. Imagino que a partir de entonces desaparecerían inexplicablemente muchas latas relucientes de muchas máquinas. Pero ahora viene lo bueno, porque la manifestación de aquella noche fue todo un éxito: al final nos recogieron unos autobuses y nos llevaron al Sheraton, cinco estrellas, superlujo, donde nos alojaron como a reyes. Aquella noche les costó a los desgraciados de las líneas aéreas tres veces más de lo que nos había costado a nosotros el billete…

28

LOS APERITIVOS FUERON COMO EN LAS BODAS, solo que mucho más impersonales y sosos: salchichón de ese que venden en los supermercados en bandejas de plástico, una especie de *cheddar cheese* en lugar de caşcaval, unas aceitunas verdes y unas tristes rodajas de tomate. Todo ello mojado con «*palinca*[36] a la rumana». Un tanto indecisos, nos «servimos» de todo con discreción para dejarle hueco al grueso de la comida. Craso error: a pesar de ser como eran, los «entrantes» fueron al fin y al cabo, en su modestia, lo más comestible que sirvieron en la cena rumana de aquella noche. La *palinca* nos quemaba la garganta, dos bellezas locales nos abrumaban con sus preguntas, en la pantalla desfilaban las fotos de unas chozas remendadas, medio derruidas, los músicos tocaban sus instrumentos —yo ya había vivido algo así muchos años antes, en un pueblo de Dobrogea… —[37]. Allí pude ver también cómo unos cuantos mozos secuestraban a la novia y la llevaban hasta el fondo del patio y cómo paseaban al padre de la novia por la bodega en una carretilla… Y cómo una gallina servida en bandeja, con un cigarrillo en el pico y una zanahoria en el culo, era subastada en trocitos, a gritos, por una mujer-cosaco, para que la comprara el padrino de los recién casados: «La gallina tiene muchos huevos / pero el padrino tiene solo dos, / los de la gallina están empollados, / los del padrino arrugados». Los mediterráneos ya

se habían animado, hablaban ahora, en grupos, sobre asuntos de interés común, los de la primera fila aplaudían de vez en cuando al grupo de gitanos en las breves pausas entre melodías. El acordeón de la chica esparcía por el techo unas lucecitas verdes, como las bolas de espejos de las discotecas.

Dos cocineras gordas, con batas blancas, empezaron a pasearse por la sala con grandes calderos de metal en los que se balanceaba algo marrón. Era el primer plato, anunciado en el menú tricolor como «Sopa de *gulash* a la rumana[38]». Al poco rato también nosotros teníamos aquel líquido sospechoso inundando nuestros platos soperos. «¡Agua embriagadora, qué oscura te balanceas!» Los filólogos clásicos no han rematado aún el debate en torno a la famosa sopa negra espartana que solo los nacidos en el Peloponeso podían comer. No se sabe qué extrañas vísceras la componían ni qué hierbas, recogidas en noches de luna llena, la aderezaban. La tradición de esta sopa heroica parecía, sin embargo —al menos eso nos pareció a nosotros, a los implicados en los eventos de aquella noche—, haber resistido el paso del tiempo, era como si su receta hubiera sido escrupulosamente respetada para el *gulash* rumano. Una vez, en Venecia, se me ocurrió pedir, en un restaurante cuyas luces se reflejaban en la laguna, pulpo guisado en su propia salsa. Me trajeron unos cartílagos en un agua negra. La carne con ventosas estuvo dando vueltas en mi estómago toda la noche. La sopa rumana conseguía combinar ahora el pulpo en su tinta con la tradición espartana: no se podía ni comer. A través de su melancólico caldo del color de las aguas del Danubio se adivinaban a veces sus

extraños habitantes: algún que otro fideo como un gusano con anillos, algún cubo de carne de ternera fibrosa con uno de los lados cubierto por una piel gruesa, azulada, alguna pizca verde de apio silvestre, reseca y pegada al borde del plato como un pequeño cocodrilo friéndose al sol. Habría sido preferible un plato de agua del Mar Muerto: al menos habría tenido sal… Tuvimos la osadía de probar aquella sustancia limosa: olía a humo de parrilla, como la salsa barbacoa que te ponen con la Big Mac…

No comía nadie. Todos miraban a la pared, fingían escuchar con pasión los canturreos de los vocalistas, nosotros queríamos que nos tragara la tierra de vergüenza. No nos quedaban fuerzas ni para decirles a las chicas que aquella sopa lamentable no tenía nada que ver con la verdadera cocina rumana. Que no habíamos comido algo así en nuestra vida, que en Rumanía no existía algo semejante, no existía en ninguna parte, a decir verdad. Los de nuestra mesa nos miraban con abierta curiosidad, como a unos chinos que tuvieran delante uno de esos huevos curtidos durante semanas bajo tierra, como a unos camboyanos de esos que rompen el cráneo del mono para saborear con una cuchara sus sesos aún vivos: ¿nos abalanzaríamos nosotros sobre esas delicadezas nacionales? Pero Mury y yo ¡que no y que no! Nosotros también evitamos, al igual que todo el mundo, aquella poción humeante en un astuto intento por engañarles fingiendo que éramos, como ellos, gente normal y civilizada.

Los platos fueron retirados tal y como habían sido servidos, la sopa fue vaciada al momento en unos cubos grandes, la gente roía la corteza del pan, iban pasando las horas… El siguiente plato fue

carne de cordero. Ya no recuerdo cómo llamaban a esa especialidad, tal vez «*Angemacht* de cordero», como Bedros Horasangian[39]. ¿Cómo saberlo? Naturalmente, al suntuoso título se le añadía también aquí el inevitable «a la rumana». Que Dios me perdone, pero yo no como carne de cordero ni siquiera en Pascua. Cuando era niño, mis padres tenían que engañarme: siempre que me ponían cordero en el plato, decían que era conejo o cualquier otra cosa. No me gusta cómo huele, no me gusta su sabor, no me gusta esa textura engañosa de la carne de cordero que te obliga a masticarla como si fuera chicle. No conozco a nadie que coma habitualmente cordero. ¿A quién se le ocurrió la idea de que el cordero es típico en la cocina rumana? La salsa del nuevo plato «rumano» era también de tipo barbacoa, pero más espesa y con más olor si cabe a humo. Sobresalían en ella, de manera un tanto trágica, unas costillas de animal, unos huesos calcáreos sobre los que se encogía una carne tacaña. Nos esforzamos por mascarla. Pero no pudimos pasar del primer bocado, soso, con sabor a ceniza y a sebo de oveja. Casi se me saltaron las lágrimas del esfuerzo por no vomitarlo así, a la vista de todos. «Estos deben de pensarse que somos musulmanes», me susurra Mureşan, resignado. Afortunadamente, la francesa rubia-pelirroja hacía que su martirio fuera mucho más llevadero, así como el vino, evidentemente un «Tokay ambarino» con un fondo de granos de uvas pasas. «Tokay a la rumana», tal vez. Sorbiendo aquel vino superdulce y royendo rebanadas de pan, muertos de hambre, esperamos a que nos retiraran de delante, así como de delante de los doscientos invitados, los platos intactos. Los cuatro gitanos amorosos habían dicho ya todo lo que tenían que decir y, tras

depositar los instrumentos en el suelo, estaban ahora sentados a una mesita, con una cerveza, tan contentos… El primer plano de un soldado con quepis y rasgos mongoloides se extendía por toda la pared de enfrente: el proyector se había atascado en esa imagen.

El postre fue «Pera a la rumana» y, gracias a una piadosa decisión, el último plato que nos sirvieron. Era una pera en almíbar sentada como un pompón en un platito. Esto, al menos, no puede hacernos daño, pensé yo, aunque no soy yo mucho de fruta. Pero una pera es una pera en todas partes. Es cierto, pero se me había olvidado que la pera estaba almibarada. Desde que la probé —y de eso hace ya dos años— me devano los sesos con la combinación de barniz para muebles y suavizante Coccolino en que las perversas cocineras habían sumergido aquellas inocentes peras. Al natural, habrían sido decentes y en cualquier caso bienvenidas, dada el hambre de todos los presentes en la sala. En almíbar resultaban incomestibles. Así que también las peras, enteras-enteritas, tomaron el camino sin gloria de la cocina.

29

CUANDO REGRESAMOS A LA PENSIÓN, muertos de hambre y tiesos de frío, nos vino Dios a ver. Nos arrellanamos en los blandos sillones, tapizados con unas telas maravillosas, y comenzamos a roer las galletas del cuenco que había sobre la mesa. Devoramos hasta la última miga antes de pasar a los caramelos de menta que había en otro cuenquito. En mi vida he comido más caramelos de menta. En la mesita entre Mury y yo se acumuló un montoncillo de envoltorios de celofán que se abrían con lentitud, de forma fascinante, restallando de vez en cuando en una especie de *ballet* inefable. Contemplábamos la montaña de celofanes movedizos como hipnotizados, incapaces de decir nada. ¡Qué locura de día! *Cassoulet*, decorados, comida rumana, todo nos daba vueltas en la cabeza, se mezclaba con el Tokay dulce como la miel y con los caramelos de menta. Nos arrastramos a nuestras habitaciones atestadas de tapetes y de figuras de porcelana y nos dejamos caer en nuestras camas antiguas, que olían a lavanda. Soñé mucho aquella noche, pero no os voy a contar con qué, porque no me dejan los críticos literarios. Al parecer, dicen que ya hay demasiado onirismo en mis libros. Y también demasiadas páginas con elucubraciones filosóficas.

Me gusta con locura la palabra «elucubraciones» que los críticos, sobre todo los

más jóvenes y faltos de carácter, aplican a menudo a mis libros. Gracias a ellos he descubierto que en mis pobres libros existen infinitas páginas llenas de «elucubraciones», escritas en una jerga cargada de neologismos de la que nadie entiende nada. Sin embargo, dicen ellos, tal vez se podría entender algo si mis ideas se resumieran en una sola frase —bueno, dos—, breves y concisas. Pero yo, dale que te pego, solo escribo ladrillos de mil páginas que necesitan mucho relleno. Esas elucubraciones son sobre religión, un ámbito, ya se sabe, sin el más mínimo interés (¿la Biblia? Un libro para viejas beatas, eso es lo que es), sobre física cuántica (¿en una novela? En *Las edades de Lulú* no se dice ni pío sobre las diferentes fases cuánticas ni sobre las ecuaciones no-lineales y aún así la chica ganó premios a espuertas), sobre las sustancias neurotransmisoras del cerebro y otras vaguedades. Castigado en el rincón, he pensado que al fin y al cabo tal vez tengan razón. ¡Nunca se sabe! Quizá el joven que ataca a Hesse y García Márquez en los blogs —porque no le suenan actuales— tenga otras necesidades, historias simples, vigorosas, de mete-saca sin muchas elucubraciones ni antes ni después… Recuerdo que en un relato de Ilf y Petrov dos policías detienen a un tipo, lo atan a la cama y lo muelen a palos. Entre tanto, él aprieta los dientes y piensa: «¿Quién sabe? Tal vez tenga que ser así, tal vez contemplado desde un punto más elevado, todo cobre otro significado. Tal vez deban golpearme por el bien de la sociedad…». Cualquier autor que haya dejado atrás la juventud piensa así: espera un momento, ¿acaso soy contemporáneo de estos chavales? ¿Les dice algo lo que yo escribo? ¿Y si entre tanto la literatura se ha transformado y yo sigo con mis antiguallas? ¿Y si ellos tuvieran razón?

El crítico que me aconseja, condescendiente, que abandone mis trucos vetustos me parece un tanto rudo y un bocazas, pero tal vez deba ser así, tal vez así sean ellos ahora. Tal vez la gente se haya saturado de los cultos esos que escriben bien. Si él encuentra elucubraciones en mis páginas, eso significa que las hay. Qué diantre, ¿no decía incluso Borges que es una estupidez escribir libros largos si los puedes reducir a un resumen de unas pocas páginas? Algún día sacaré una edición de *Cegador* de tan solo treinta y siete páginas[40], reducida a la historia inicial, sin elucubración alguna y encima profusamente ilustrada. Resulta que son esos los libros que van a enfrentarse al paso del tiempo. O, aún mejor, una edición de unas cuantas líneas, en la que se muestre cómo una trabajadora, María, da a luz a unos gemelos. Uno de ellos, Mircea, vive en Bucarest durante la época comunista, se ve afectado por la influencia de un borracho, Herman, que de vez en cuando delira de manera ininteligible, está a punto de ser violado por un compañero y luego vagabundea de acá para allá hasta que lo pilla la revolución. El otro, Victor, es raptado de niño y llevado a Ámsterdam, donde crece en un ambiente de promiscuidad para acabar ingresando en la Legión Extranjera. Los dos se encuentran en Bucarest durante la revolución rumana y… sobreviene el fin del mundo. Como dijo aquel, *less is more*.

Por la mañana nos subimos al tren, regresamos, cubiertos de gloria, a París, y nos dirigimos de nuevo a nuestro conocido hotel parisino del *boulevard* Raspail. Era como si no nos hubiéramos ido. En mi habitación rojiza me esperaban el televisor colgado en el techo, la cama cubierta por una pesada colcha granate a rayas, el caramelo de la

almohada (también de menta, maldita sea, el estómago se me encogió irremediablemente en cuanto lo vi) y la maleta abierta en la página… perdón, la maleta abierta en tres camisas y dos jerséis, algunos de los cuales los viste ahora vete a saber qué mozo de Otopeni. Eran más o menos las doce, el sol había aparecido milagrosamente después de tanta negrura, así que también yo salí de mis aposentos arrastrado por la única hambre verdadera que existe en este mundo: la de después de una cena tradicional rumana en los Pirineos. Lo demás son copias pálidas que no merecen ser recordadas siquiera.

En el vestíbulo me encontré con toda la panda, dispuesta a caminar por la ciudad y, sobre todo, a buscar un restaurante decente. No podía decirse que a los chicos —y a las distinguidas señoras— les hubiera ido demasiado bien tampoco. El pobre George Crăciun se había enriquecido con una gripe terrible mientras volaba a Córcega; Florin se había roto la nariz al rodar por las escaleras del hotel; Agop parecía cada vez más pequeño (o bien Cristina cada vez más alta) y los demás, aunque intactos, parecían muertos de cansancio. Habían escarbado todos los rincones de Francia, habían actuado en todos los escenarios del Hexágono, habían asombrado a todas las parejas de ancianos inofensivos con la curiosa propiedad de los rumanos para hablar su lengua. En fin, eran tan solo la sombra de los que, apenas una semana antes, habían partido para la anexión cultural y literaria del vasto territorio dominado entonces por el marido de Carla Bruni. Antes de nada, una de las señoras que nos acompañaba nos reunió para comunicarnos el programa que nos esperaba. Por lo que a mí se refería, tenía que viajar hasta

Burdeos, esta vez con Agop, luego tenía que volver al sur, donde seguiría un encuentro con el público en Aix-en-Provence, en compañía de Gabriela Adameşteanu y Ana Blandiana, y con este motivo visitaríamos la famosa ciudadela de Carcassonne. Finalmente, el apoteósico cierre parisino, con una lectura de versos de tres poetas, Letiția Ilea, Mureşan y yo; otra lectura mía en una librería, algo en la RFI —una inocente participación en un programa de radio que se transformó, para mí, en la mayor catástrofe de este viaje, ya veréis cómo y de qué manera— y la recepción final, idéntica a la del comienzo, donde eran esperados los grandes capos de la amistad franco-rumana.

Interesante, nos dijimos entre rugidos de tripas.

30

EL POETA LEONID DIMOV tituló uno de sus poemas más famosos «El baño. Una eternidad reiterativa». París era, en sí mismo, una realidad que parecía someterse al mito del eterno retorno. Vagabundeáramos todo lo que vagabundeáramos por Francia, al final siempre volvíamos a París, siempre al *boulevard* Raspail, siempre al hotel de habitaciones rojizas para tener un sitio del que partir de nuevo. Tal vez una inocente curiosidad o, por el contrario, una obsesión profunda, irreprimible, que no le deja dormir por las noches, le lleve a preguntarse quién demonios fue el Raspail ese, tantas veces mencionado en mi periplo francés. No seré tan cínico como para enviarle a la Wikipedia —no por otra cosa, pero está usted en un café, leyendo mi libro y probablemente no tenga Internet en el móvil — ni tampoco tan hipócrita como para hacerme pasar por un erudito universal. Ayer precisamente di con él mientras leía un libro sobre ecuaciones cuánticas. Hablaban de Évariste Galois, el genio y revolucionario matemático, nacido en París en mil ochocientos y pico, que a los veinte años fue arrestado por los monárquicos en las barricadas de la ciudad amotinada y que abandonó unos meses después la teoría matemática de grupos para practicar los asesinatos políticos, antes de caer abatido en un duelo «por una cortesana miserable». Cuando los esbirros reaccionarios lo

atraparon, se encontraba encaramado a un montón de muebles y carros volcados junto al… biólogo François-Vincent Raspail, igualmente joven, igualmente revolucionario, pero que al cabo de unos años implantaría la teoría celular en biología. Ahora ya sabéis quién era Raspail, el que dio el nombre a nuestra calle y a nuestro hotel.

Pero… ¿qué quería decir yo con esto? Algo sobre Dimov, por eso he empezado con él. He conocido en la vida —puedo alardear de ello— a muchas personalidades que para los jóvenes de hoy en día no son sino nombres de la historia de la literatura. Sin embargo, puedo confesar que estaban vivos como ellos, «vestidos con ropa», como diría Nichita Stănescu. No sé cómo habría sido conocer a Eminescu, pero a él, naturalmente, también lo conocieron cientos y miles de personas a los que no les pareció nada del otro mundo, sobre todo porque en aquella época él no era Eminescu, sino un periodista más en el seno de una redacción. Pero habría podido conocer o, al menos ver, a Arghezi. Nuestras vidas se superpusieron durante un decenio. A Călinescu solo llegué a escucharlo. Tenía cinco años cuando mi padre me llevó a la inauguración de la Feria de Muestras junto a la Casa Scânteii. Se había arremolinado una muchedumbre y por los altavoces se oía una voz extraña que no olvidaré jamás. Aquella voz en falsete, artificial y grotesca, empezaba en un tono bajo, subía lentamente hasta hacerse estridente hacia la mitad de la frase y bajar de nuevo al final. La frase siguiente estaba compuesta también por subidas y bajadas y así continuamente. No entendía las palabras, pero me eché a reír por el tono de voz. Mi padre me soltó un pescozón mientras me decía: «¡No te rías, burro,

que está hablando el gran George Călinescu!». Luego tuve la ocasión de conocer también —o al menos ver de pasada— a Şerban Cioculescu, Geo Bogza, Nichita Stănescu y Marin Preda. Ninguno de ellos era un ser alado; eran más bien unos hombres cansados y exprimidos de rostro ceniciento. Hace un par de años hablé largo y tendido con Vargas Llosa. Respondía a los cumplidos con un aire desolado: «*Mais je suis si vieux*…». Viejo era también Gellu Naum cuando respiré, un par de veces, el mismo aire que él en la misma estancia, mientras pasamos penosamente el uno junto al otro; viejo era también Dimov.

Había acabado la carrera e iba a diario a enseñar rumano al final del barrio de Colentina. Para coger el tranvía en Ştefan cel Mare, donde vivía aún con mis padres, iba a pie hasta el hospital Colentina. Allí, caminando hacia mí desde Obor, me encontraba a menudo con un anciano que empujaba un cochecito en el que había una niña. El viejo tenía una larga barba canosa, amarilleada por el tabaco, que le llegaba hasta la cintura, parecía un patriarca o, incluso, nuestro bondadoso Señor. Llevaba siempre una camisa negra y un cordón rojo al cuello. Miraba distraído a su alrededor, con la córnea de los ojos amarilla, como alucinada por continuas visiones. El viejo me fascinaba. Antes de saber de quién se trataba, lo convertí en protagonista de uno de mis poemas. Su rostro inolvidable apareció en el umbral de la puerta de un apartamento del bloque ACR, en Obor, cuando fui por primera vez con Bogdan Lefter a conocer a Dimov. Entramos en uno de los espacios más sencillos en que he estado nunca: habitaciones casi vacías, una pobreza digna y limpia. Durante la mayor parte del tiempo, Dimov

no participaba en la conversación, eran su esposa y su suegra las que hacían que la velada avanzara como era debido. Pero de vez en cuando Dimov abría la boca y hablaba. Lo que decía no tenía nada que ver con la conversación en curso. Eran viejos recuerdos, deformados por la lógica de la nostalgia y del sueño, tan rotundos y coherentes que bien podrían ser poemas ensartados como perlas en el hilo del silencio. En otra ocasión vi a Dimov en una iglesia, por Pascua, de hecho mi mirada se cruzó con la suya cuando el cura exclamó: «¡Venid y recibid la luz!». Dimov estaba allí, sobre un fondo de iconos relucientes. Sus ojos se abrían de par en par como si hubieran descubierto un misterio y en ellos brillaban la lucecitas de las velas que se pasaban el fuego unas a otras. La última vez que lo vi, en su casa, me pidió que le leyera un poema del libro que yo acababa de publicar. Empecé terriblemente azorado y, tras unos diez versos, me detuve: ¡era un poema de Dimov! La lectura fanática de sus poemas en la última época me había llevado a imitarlo de forma más que evidente. Levanté los ojos del libro y lo miré: sonreía. Desde aquel día dejé bruscamente de leerlo, aunque creo que no existe un gesto de admiración más solemne por parte de un discípulo. Como castigo, no volví a verlo nunca más.

Y ahora, en París, mientras nos dirigíamos en grupo hacia un restaurante argentino, con un viento violento que hacía crujir a los plátanos desnudos alineados a lo largo de los bulevares, pensaba que nosotros, los escritores adocenados de las Belles Étrangères, seríamos en algún momento, antes de lo que creemos, historia literaria como todos los que nos han precedido. Que los

poetas más jóvenes de hoy en día, que dentro de unas décadas serán hombres maduros, se mostrarán orgullosos de habernos visto, al menos a algunos de nosotros, y dejarán testimonio de que existimos de verdad y de que éramos gente como ellos, vestidos con ropas normales. Entramos en calor con el olor a patatas cocidas del restaurante y, sentados a la mesa, brindando con el maravilloso vino tinto francés, me esforcé por grabar en mi mente, de la forma más concreta y detallada posible, a mis compañeros, a Florin y Cecilia, a Marta y a Mury, a Agop y a Gabriela, y a Simona, y a Dan y a todos los demás, para que mis nietos supieran qué aspecto tenían en aquel momento.

Luego vinieron los platos de ternera argentina que, para mis precarios dientes, resultaron ser enigmas irresolubles, así que me conformé solo con las patatas con crema agria, asadas en papel de aluminio.

31

NUNCA ME HA SORPRENDIDO EL HECHO de que los rockeros lleven habitualmente una vida completamente descerebrada: no es la consecuencia ineludible de una naturaleza viciosa sino, antes bien, de las terribles presiones a que son sometidos cada día de su vida. El arte es un entorno sofocante desde muchos puntos de vista: la aterradora competitividad, el enfrentamiento contigo mismo, con el público, con tus compañeros de profesión y con la crítica —el arte es una guerra en la estás solo contra todos—, la necesidad inhumana de progresar continuamente, de sobrevivir continuamente ante tus propios ojos. Todo esto es suficiente para arrastrarte a la autodestrucción. El artista es una cinta de Moebius en la que por un lado desfila la cultura, la civilización, la educación superior, la humanidad omnicomprensiva y omnicompasiva y, por el otro, el sufrimiento, la locura, las tendencias destructivas y autodestructivas. Las dos caras discurren juntas, nadie las puede separar. Cuando tienes los recursos de una estrella del pop o del *rock* (*«the little faggot is a millionaire»*, como decían los Dire Straits) la tentación de utilizar sustancias estimulantes para resistir, estupefacientes para olvidar y la depravación total para engañar a tu cerebro, es enorme. La estrella del *rock* es, en cierto modo, un superhombre que puede resistir un estilo de vida criminal para la mayoría de nosotros.

Pensad tan solo en las giras que realiza un año tras otro y que pueden suponer un concierto al día durante unos cuantos meses, cada noche en una ciudad distinta. Una vida en la carretera que te aísla socialmente, que te aturde, que hace que te sientas en un túnel ensordecedor de gente, eventos y locuras, en el que finalmente la más remota sombra de sentido se disipa por completo. Queda tan solo una desesperada necesidad de drogas: éxito, sexo, alcohol, heroína… Tal vez exista gente nacida para vivir así, con un hígado inmortal y heroico, pero yo estoy convencido de que entregaría mi alma al cabo de tres días.

Yo (que no me puedo comparar con ellos aunque haya deseado durante toda mi vida tocar la guitarra y aunque mi héroe sea John Lennon) siento que puedo, habitualmente, solucionar mis frustraciones sin recurrir a estimulantes o narcóticos. Entro una vez o dos al año en una devastadora crisis de paranoia (no me quiere nadie, todos están en mi contra, todos esperan de mí un paso equivocado para despedazarme), de depresión profunda o de insatisfacción total. Pero, incluso en el agujero más profundo, conservo la confianza en mi propia mente y sé que no debo, en esos momentos, hacer otra cosa que esperar a que pase. No me veo bebiendo para «ahogar mis penas». No lo hice siquiera cuando era un chaval, un poeta totalmente antibohemio, y no lo hago tampoco ahora. Solo me gusta beber con mis amigos, cuando quedamos alguna noche. Tampoco soy tan aventurero como para probar otras experiencias (he vivido todo lo que se puede vivir, e incluso lo que no se puede, en el espacio protector de la imaginación). Pero esta gira francesa, que se prolongó durante más de dos

semanas, casi acaba conmigo. Al cabo de diez días estaba muerto de cansancio, disgustado, exasperado. No podía más. Como diría el narrador de Mateiu Caragiale, «esta vez me han vencido». Y no porque, como él, me hubiera hundido «en la bebida, en el vicio, en el juego» sino porque estaba lejos de casa, fuera de mi amado caparazón, obligado a encontrarme con miles de personas al día, a sonreír y a estrechar manos, a «socializarme» hasta el vómito, yo, un hombre que, si fuera posible vivir siguiendo los deseos del corazón, viviría toda su vida encerrado en mi casa. Desde hacía unos días me preguntaba una y otra vez: ¿qué estoy haciendo aquí? ¿Qué locura es esta? ¿Qué tiene que ver todo esto conmigo? La única droga que, sin embargo, me permití aquellas noches interminables, tras encerrarme en mi habitación de la pensión o del hotel, fue la edición en inglés de *Lolita* de Nabokov que llevé conmigo a todas partes y que leí noche tras noche, con la televisión encendida y las ventanas de la habitación del hotel llenas de flores de hielo, mientras mis compañeros vociferaban en el pasillo, deseándose buenas noches…

Hacía algo más cada noche. Como buen rumano que soy, vaciaba el dinero de mis bolsillos y lo contaba. Nuestro pequeño honorario, que no era de hecho un honorario sino el dinero correspondiente a los fragmentos publicados en la antología *Belles Ètrangères*, nos había sido entregado en *traveller's checks* que teníamos que cambiar en las casas de cambio. Yo había procurado no tocar los cheques porque había traído unos euros de casa y vivía de ellos. Así que contaba, noche tras noche, el dinero, recordando las infinitas becas y viajes en los que había

ahorrado hasta el último céntimo para volver con algo a Rumanía, donde vivíamos en una flamante pobreza. Por una lectura de poemas en Berlín o en Frankfurt recibía por aquel entonces doscientos o trescientos marcos. Eso sucedía una vez cada varios meses y constituía una suma importante para nosotros. A lo largo de los años noventa —y hasta hace tres o cuatro años—, ahorré cada monedita que percibía en el extranjero porque sabía que era nuestra única salvación. Muchas veces mis compañeros de profesión, incluso los escritores de Polonia, Hungría o la República Checa, es decir, originarios también ellos de los antiguos países «socialistas», se asombraban ante nuestra vida moderada. Ellos se permitían muchas más cosas. Cuando residí en Berlín con una beca DAAD —era en 2000—, visité a una colega, la novelista polaca Olga Tokarczuk, que vivía en un edificio siniestro, vacío, un antiguo hospital desmantelado en la zona este de la ciudad. Olga era unos diez años más joven que yo pero ya había publicado varios libros en Alemania y tenía una reputación muy consolidada. Cuando vi que trabajaba con un ordenador portátil, algo se contrajo en mi interior, me sentí como el último de los mortales. Yo no podía imaginar siquiera que podría permitírmelo algún día. Íbamos todos los domingos al Saturn, la tienda de artículos electrónicos del centro, y yo contemplaba los ordenadores portátiles como un niño pobre que, en Nochebuena, admira los abetos adornados en las casas de los ricos. Volvimos a casa, Ioana y yo, totalmente deprimidos. Al día siguiente, mi mujer me llevó casi a rastras hasta el Saturn: «Tienes que comprarte uno también tú. Es una cuestión de honor, honor de autor rumano», me dijo, insensible a todos mis argumentos. Y aquel mismo día me compré mi

primer ordenador portátil por el que di la mitad del dinero que, con muchas frustraciones, habíamos conseguido ahorrar en los ocho meses que pasamos en Berlín. Me sentía tan raro, tan feliz e incrédulo como si me hubiera hecho con un Lamborghini o con un castillo… Hoy, con ese ordenador que en un momento simbolizó la pobre crisis de orgullo de un pobre escritor de un país desconocido, juegan y escuchan música unos niños en un pueblo remoto.

Cuando terminé aquella noche de contar el dinero, me sentí de repente tan solo y desdichado que, si hubiera tenido una botella de *whisky* a mano (¿una mujer? ¿una jeringuilla con *speed*?), tal vez habría recurrido a la solución de los rockeros, al fin y al cabo, que pasara lo que tuviera que pasar. En lugar de eso, me pegué un lingotazo de Nabokov, hasta que el libro se me escurrió de las manos y me quedé dormido con la luz encendida…

32

AL AMANECER VOLVIMOS A ENCONTRARNOS en el vestíbulo, repantigados en los sillones junto a nuestras bolsas de mano, Agop y yo, a la espera del eterno microbús que nos conduciría a la estación. Teníamos que dirigirnos a Burdeos, un nombre de interesantes resonancias que, en el estado en que nos encontrábamos, no nos decía tampoco lo que nos habría dicho en otras circunstancias. Mientras esperábamos a Laure, nuestra acompañante y simpática traductora de rumano, Agop —que no en vano ha sido apodado en círculos literarios como «la vieja gruñona»— tuvo tiempo, enfurruñado desde que se había levantado, de ejecutar a unos cuantos amigos siguiendo el principio del sastrecillo valiente: ¡siete de un golpe! Para mí, Agop constituye un eterno motivo de júbilo: ¡a su lado me siento también yo un ser de altura media! También en la mili me colocaba, por el mismo motivo, junto al que cerraba el pelotón, un olteano llamado Prodan y no sé qué más que, con su metro cuarenta y nueve, era a todas luces el soldado más bajito del ejército rumano. Os imaginaréis mi alegría al ver a un tipo una cabeza más bajo que yo: yo, que soy siempre una cabeza más bajo que mi interlocutor… El Prodan este había pagado para que lo admitieran en el servicio militar en una época en que los demás no sabíamos qué hacer para librarnos de él. Había sobornado a la comisión médica para que lo

declararan apto porque para él habría sido una verdadera vergüenza que no le dejaran hacer la mili. ¿Qué dirían las mozas de su pueblo? El bribón recibía, por lo demás, cartas de tres chicas diferentes. Las tres escribían con muchísimas faltas de ortografía y todas eran tremendamente apasionadas; al final se quedó con una y les endosó las otras dos a un par de camaradas. La suya le escribía en papel perfumado y era más menuda que él, increíblemente pequeñita. Cuando se paseaban de la mano, los domingos, por el destacamento militar, parecían una pareja de gallinitas enanas encantadas de haberse conocido. Pues bien, Agop era igual. Un autor corto de estatura y lleno de cordura, con un bigote que lo transformaba en una especie de García Márquez en miniatura (también lo conocí sin él, aunque con una barba muy poco inspirada que le cubría casi por completo la cara) y que transmitía por este motivo —pero también por otros— un aire de buena predisposición. Cuando no te estaba insultando, por supuesto. Afortunadamente, como ya he señalado, nosotros nos respetábamos pues, dijeran lo que dijeran, pertenecíamos al fin y al cabo al grupo eminente de la literatura rumana… No olvidaré jamás, a este respecto, una réplica que oí con mis propios oídos en la abarrotada sala de Oneşti, donde tenían lugar tiempo atrás las «Jornadas culturales calinescianas[41]». A dos pasos de mí se encontraban Nichita Stănescu y Sorescu. Al parecer, habían coincidido allí por primera vez desde que Sorescu escribiera algo muy irónico y ácido sobre «Épica Magna»: había comentado que su portada parecía una caja de caramelos y el contenido, lo mismo. Pero ahora Nichita lo agarraba del brazo y le decía: «Hombre, Marin, ¿cómo vamos a atacarnos entre nosotros?

Nosotros, que podemos c… en la literatura rumana». ¿Qué le respondió Sorescu? Cómo se nota que no habéis llegado a conocerlo. Sorescu no hablaba, solo farfullaba, era imposible entenderle. Creo que por eso escribía, para poder decir algo inteligible…

Por fin llegó Laure y, completado el grupo, nos embarcamos en el autobús. París, inalterado desde tiempos de Utrillo y melancólico por la nevisca que difuminaba un poco los edificios macizos, idénticos, cortados a la altura del quinto piso y que brillaban a izquierda y derecha heridos por algún rayo de sol. Conocía bastante bien la ciudad desde 1990, cuando obtuve una beca de un mes que disfrutaron, en la euforia de la revolución, bastantes autores rumanos. Llegamos en pleno verano parisino y al principio nos alojamos en casa de unos amigos, junto a la famosa rue Mouffetard (donde cuidamos del gigantesco gato grisáceo de nuestro anfitrión, mal acostumbrado a permanecer acurrucado sobre la mesa), y luego en la avenue de Suffren, en la fastuosa residencia de nuestro agregado cultural en París, el señor Ion Pop, que estaba precisamente de vacaciones en Rumanía. Durante un mes, con el tiempo más hermoso que se pueda imaginar, callejeamos por París, entrando y saliendo del metro como en un videojuego, y descubriendo siempre algún lugar bien conocido por los libros y los álbumes de fotos. Nombres como Mairie de Montreuil, Porte d'Orléans, Bobigny, Billancourt, Pont de Sèvres y otras estaciones tienen ahora un sonido mágico para mí. Salíamos a veces por los muelles del Sena, otras veces por Sacré Coeur, por Les Halles; junto al Centro Pompidou, en el pintoresco Marne, íbamos a los museos y arrasábamos los Tatous, visitábamos de corrido

todos los puestos de libros, comprábamos barras de pan y las mordisqueábamos por las calles… Nunca habíamos sido tan libres ni nos habíamos sentido tan asombrados por lo que nos rodeaba. ¿Acaso habíamos soñado con ver alguna vez la Sorbona, el *boulevard* Saint-Michel, la Ópera y el Louvre? Pero, aparte de todo esto, había algo más. Era la atmósfera de cada esquina, los cafés con las sillas sobre la acera, el olor a langosta y a pis de las callejuelas traseras, los somalíes que vendían bolsos de piel, y a los que la policía espantaba de un sitio a otro… Cuando mi buena amiga Magda se instaló en París, me alegré por ella. Me alegro, de hecho, por cada individuo que elija vivir en lugares sorprendentes de belleza inagotable, como París, Londres, Viena o San Francisco, dejando que nosotros llevemos la cruz de Bucarest. Cuánta razón tiene Kundera cuando dice que la vida está en otra parte…

En la estación subimos en un TGV de un blanco reluciente, con ventanillas opacas, que nos transportó por la pintoresca periferia hasta que salimos a campo abierto. Fui al bar con Agop y, con las botellas de cerveza en la mano, nos pusimos a chismorrear sobre libros y gente variopinta. El interior de estos trenes tubulares está cuidadosamente insonorizado así que puedes oír incluso tu pensamiento.

Al cabo de un ratito estábamos en Burdeos, ciudad de la que tan solo sabía que era el nombre de un vino, mientras que el río junto a la que está construida, el Garonne, evoca en mí un vermú banal[42]. No tenía ni idea de que esta ciudad poseyera semejante esplendor artístico. Algún día volveré, lo juro. Un solo día, acorralado entre el hotel y el restaurante (como en la mayoría de las

etapas de esta gira agotadora), no fue suficiente, de hecho, para nada. Caminamos por las calles, descubrimos la catedral de Saint-Pierre, nos maravilló el enorme edificio de la Bolsa y nos quedamos varados en el muelle del Garonne, con una panorámica increíble del río-estuario, desde donde hicimos unas cuantas fotos. En una de ellas, Agop está sentado, él solo, sobre una piedra, de cara al inmenso río. Regresamos a la ciudad y encontramos finalmente la librería en la que tendría lugar la lectura. En uno de los escaparates estaban dispuestos unos cuantos libros rumanos; entre ellos se encontraba mi recién publicada novela, con una aduladora presentación en un folio adyacente. Sabía que ese montaje no existía ayer y que desaparecería mañana y, sin embargo, no pude evitar que me recorriera la espalda un escalofrío. Hasta una foto le hice. Qué triste es el destino de los escritores rumanos: unas rarezas en absoluto interesantes, llegadas de un espacio completamente ignorado, de un país sin identidad, sin historia, del que no se espera nada y de sus habitantes tampoco. Pero esa es una vieja historia…

33

SIGUIERON UNOS DÍAS PARISINOS repletos de eventos: lecturas, encuentros, recepciones… Zumbábamos en París como las ruecas y los telares en Humuleşti[43], estábamos en todas partes: en las librerías y los salones, en el metro y en los estudios de grabación. Tras mi lectura con Ion Mureşan y Letiția Ilea en una sala abarrotada, hubo un ágape que se alargó hasta bien pasada la medianoche. Allí me encontré con mi editor, Olivier Rubinstein, el director de la conocida editorial Denoël. Nos abrazamos con entusiasmo. ¡Qué historia tan hermosa habíamos compartido desde que nos conocimos veinte años atrás! Éramos dos chavales cuando nos vimos por primera vez, en 1990, en un París canicular. Él tenía, junto con un socio, una pequeña editorial por el sur de Francia. Crohmălniceanu le había recomendado mi libro *El sueño* (el futuro *Nostalgia*), que yo había publicado el año anterior. Era mi primer libro en prosa y algunos de mis «amigos» afirman que es el mejor de los míos a día de hoy. Habitualmente, las cosas funcionan más o menos así: un autor escribe de forma excelente mientras es amigo de alguien. Cuando los amigos se pelean, empieza de repente a escribir mal. Cuando hacen las paces, ¡qué milagro! ¡Vuelve a escribir de maravilla, incluso mejor que antes! Así que oiréis siempre voces que alaban mis libros hasta un determinado momento,

y que se lamentan después de mi decadencia actual.

Olivier había encargado la traducción de mi libro a una señora de Lyon que había estudiado algo en Rumanía. Intenté establecer contacto con ella pero nunca respondió a mi propuesta de colaboración. Nos vimos una vez en París, en un entorno romántico: el borde de una fuente de la plaza de la Sorbona. Ya había terminado la traducción. Parecía agitada, miraba a menudo hacia atrás… Me dijo solo una cosa, que no era más que un crío y que, de hecho, ella era la verdadera autora de *El sueño*… A continuación, literalmente, huyó. Entonces me asusté un poco pero luego, por desgracia, tuve la ocasión de darme cuenta de que no le faltaba razón: había hecho una sustancial contribución en mi libro, entre la fantasía y el humor.

Tras la euforia de la aparición del libro —¡*Le Rêve*, mi primera traducción!— empecé a percibir señales siniestras. Las primeras sospechas nacieron cuando alguien de Iaşi me pidió un relato para una revista. Me di cuenta de que no tenía el manuscrito así que me puse a retraducirlo del francés, a partir de mi recién aparecido libro. Para mi sorpresa, me encontré, al final de la meticulosa retroversión, con otra historia, algo fantástico de lo que mi pobre mente no habría sido nunca capaz. Faltaban frases enteras del original que tal vez no le habían gustado a la traductora. En cambio, una profusión de nuevos e interesantes pasajes se extendía de forma laberíntica por toda la historia… No sabía qué pensar. Al cabo de un año, un artículo publicado en România literară clasificó definitivamente el caso. Estaba escrito por una lectora indignada que había comparado mi texto

con el texto en francés. Los ejemplos que proporcionaba eran conmovedores —y no sabías si morirte de risa o de espanto… En uno de los relatos, un crío comía un bollo caliente que le había regalado un trabajador de la fábrica de pan. La señora lionesa había traducido: «*Il mangeait une Japonaise socialiste*»… El bollo se había convertido en mujer y encima socialista (al parecer, para la palabra «rumenă» había encontrado en el diccionario la definición «rouge»), y el niño, me lo había transformado en un caníbal. En otra página yo describía las *fieras* del Palacio de Telefónica, es decir, las antenas parabólicas que lo coronaban. Ella lo tradujo como «las bestias» y repobló el edificio blanco como la leche de Calea Victoriei con tigres, osos, leones y panteras, en un cuadro digno del pincel de Dalí. Y había más, mucho más, en cada página encontraba una nueva trastada, ¡solo te cabía santiguarte! Sin embargo, el libro fue muy bien acogido y sus peculiaridades debieron de parecerles a los críticos muy apropiadas para un compatriota de Eugène Ionesco. Y qué voy a decir de las reseñas, parecía que se las habían sacado todas de la manga. ¿La prueba? Todas hablaban de los «cuatro excelentes relatos». ¿Es que los críticos no sabían contar hasta cinco? Pues sí, pero en la contraportada se señalaba por error que eran cuatro historias así que ¿para qué iban a verificar el número?

A pesar de la exuberante traducción, Olivier estaba encantado con mi libro y después, a lo largo de los años, ha publicado el resto de mi obra en las editoriales, cada vez mejores, por las que ha pasado. Es la primera persona que creyó de verdad en mí y que me publicó a pesar del modesto éxito comercial de mis libros en Francia.

Por desgracia, también mi segundo libro fue traducido por la misma imaginativa señora. Más prudente, Olivier me envió el manuscrito antes de mandarlo a la imprenta. ¡Dios mío! Todavía hoy, cuando lo recuerdo, me entra la misma risa histérica. El texto (*Lulu*) estaba salpicado de unos poemitas del folklore infantil de lo más inocentes. Uno de ellos decía más o menos así: «Mira, tú, ¿pero qué es eso? / ¡Un muerto con eso tieso! / ¡Que te proteja la suerte / de un vivo con ella muerta!». Mi traductora había visto aquí un mensaje macabro y en consecuencia lo había traducido así: «¿Qué es lo que pasa? / ¡Los muertos persiguen a los vivos! / Pero el destino los protege: / ¡Los vivos les muestran el camino a la muerte!». Más problemas le habían ocasionado los versos: «Soy pobre no tengo ni olla / pero tengo un pedazo de p…». No había encontrado la última palabra en los diccionarios rumanos así que se había visto obligada a improvisar. Le había salido algo así: «Soy pobre, no tengo sombrero, / llevo en la mano una bolsa grande…». Horrorizado, hice todas las correcciones (cientos, no exagero) y le devolví el manuscrito a Olivier. Me respondió que no volvería a trabajar nunca más con la señora de Lyon y ha cumplido su palabra. Con Alain Paruit, sin embargo, las cosas han sido muy diferentes…

Estaba sentado a la mesa junto a Olivier y charlábamos animadamente sobre las novedades acaecidas desde nuestro último encuentro; mientras tanto, a nuestro lado dormitaba un escritor francés, muy bueno al parecer, pero que no pronunció una sola palabra en toda la noche. Prefirió beber en silencio, con maneras algo flaubertianas, hasta que las mejillas se le pusieron rojas (iba a decir «socialistas») como el fuego.

Olivier me contaba que lo odiaban en el mundillo de las editoriales parisinas por su formidable ascensión, «pero tú ya sabes, Mircea, que el odio de tus compañeros de profesión es la mejor prueba de éxito…». Mury y Letiția que habían leído de manera soberbia, saboreaban también el éxito de aquella velada —Ion, en pie, había recitado, con toda la grandeza paradójica de Marmeladov[44], un poema sobre la rehabilitación de todos los borrachos del mundo: la gente había aplaudido a rabiar…—. Avanzada la noche, se nos acercó Agop, con su eterna chaqueta de color indefinido. «¡Venga, preséntame a mí también a tu editor!» «Por supuesto, Ştefan», le digo. Hago las presentaciones, se estrechan las manos, añado yo algo sobre el autor rumano, que merece ser traducido… Olivier dice: «Claro, que me envíe un libro». «Dile que soy el más importante novelista rumano», dice Agop, con una mirada grave, de niño grande. Se lo digo también a Olivier, que hizo un gesto de asentimiento: «Nadie es perfecto…».

34

LUEGO SIGUIÓ LA CRISIS DE PARANOIA que quiero relatar aquí por jugar limpio: puesto que ya he esbozado a unos cuantos personajes del simpático periplo, ¿cómo no voy a perfilarme también, en compensación, a mí mismo? Al fin y al cabo, si quisiera preservar una imagen de autor sin mácula, no cometería la imprudencia de publicar mis diarios íntimos en vida.

¡Qué locura fue aquello! Mis enemigos —e incluso algunos amigos por los que habría puesto la mano en el fuego— se abalanzaron sobre aquellas páginas como en el chiste ese de los árabes que se habían quedado sin munición y un judío se paseaba entre ellos gritando: «¡Se venden balas! ¡Balas baratas!». Yo también les vendí cartuchos a tutiplén. Leían en las páginas de mis diarios alguna frase escrita en plena crisis, mientras me mesaba los cabellos desesperado: «Soy un imbécil, no soy capaz de escribir nada más». Y anotaban después en sus críticas devastadoras: «El autor es un imbécil, no ha escrito nada en varios años, como reconoce él mismo». Recordaba una escena de cuando tenía cuatro años: «Aplastaba las hormigas de las cortezas de los árboles», para leer en otra crítica: «Cărtărescu es un sádico: ¡aplasta las hormigas de las cortezas de los árboles!» ¿Podía decir que no era cierto? Al fin y al cabo lo había escrito yo mismo…

Así que no me importa lo que diga la gente si descubre que, al final del programa de las Belles Étrangères, mi mundo se vino abajo por una tontería. O, mejor dicho, por una cadena de tonterías. Todo comenzó con aquellos *traveller's checks* que ya he mencionado antes: ocho cheques de cien euros cada uno, si no recuerdo mal. Puesto que regresaría a casa al cabo de dos o tres días, tenía que cambiarlos sin falta en algún sitio, en un banco o en una casa de cambio quizás. Todo un fastidio para mí: soy un tímido patológico que llega a enviar a su esposa a Correos, a pagar la factura de la televisión por cable o de la luz, a cualquier parte donde uno tenga que vérselas con desconocidos. Así que pensaba en aquel paseo por la ciudad como si fuera un suplicio. En el extranjero me siento siempre cohibido porque no hablo el idioma demasiado bien, tengo melenas y soy moreno (en fin, un gitano de pura cepa si te dejas llevar por los de la bandera tricolor), así que la gente me mira con recelo. En Ámsterdam, le pregunté a una señora por la calle, en inglés, dónde estaba el Rijksmuseum, y la mujer, tras mirarme, echó simplemente a correr… Pero, puesto que estaba acorralado, no me quedó otro remedio que salir bulevar abajo de buena mañana, en medio de una llovizna horrible. Esas malvadas casas de cambio te salen siempre al paso cuando no las necesitas, pero se esconden en quién sabe qué andurriales cuando quieres cambiar dinero. No encontré ninguna durante más de hora y media, hasta que al final llegué al centro. Y casi todas las que vi por el camino estaban cerradas, pues era sábado. En el centro, también los bancos estaban cerrados. ¿Qué podía hacer?

Vagué al azar por calles sombrías, entre individuos con paraguas abiertos, en busca de bancos. Por fin encontré uno abierto, entré, le entregué los cheques con una sonrisa relajada y dos palabras en inglés, a la joven de la ventanilla y… esperé a que sucediera algo. La chica los miró perpleja con ojos como platos. Llamó a otro empleado, que contempló los cheques largo rato y luego a mí, de forma aún más penetrante. Al final me dijo secamente que no podía cambiar mis cheques. «But why?» pregunté, pero no recibí señal alguna de que él o la chica no fueran sino maniquíes, disfrazados de empleados en un banco de juguete. Salí con el rabo entre las patas, con la penosa sensación de ser un desgraciado meteco, despreciado por todo el mundo. No me atreví a entrar en ningún otro banco. Por desgracia, sin embargo, tenía que solucionar el problema. Empecé a caminar de nuevo a la caza de casas de cambio. Todas estaban cerradas, con las persianas echadas. Me veía de vuelta en Bucarest con aquellos cheques en los que ponía claramente que eran válidos únicamente en territorio francés. Ochocientos euros que se irían al traste. Era mi sueldo de dos meses en la facultad.

Finalmente, sin embargo, en una callejuela estrecha, entre dos bares de *sushi*, di con una casa de cambio abierta. Detrás del mostrador oficiaba una empleada severa y rubia, de unos cincuenta años, muy maquillada, ceñida por un traje que le marcaba una cintura de avispa. Estuve mucho rato en la cola detrás de individuos sospechosos de todo tipo; yo mismo tenía pinta de individuo sospechoso, con mis pobres cheques, hasta que, por fin, llegué a colocarme frente a la mujer. Le tendí los cheques y lo que siguió fue increíble.

Imagino que solo si te detienen en el aeropuerto, te encierran en una habitación y te desnudan —tal vez para meterte el dedo en el trasero en busca de quién sabe qué drogas alucinógenas—, puede uno sentir una humillación comparable. La buena señora dio vueltas y más vueltas a los cheques, los probó, los olió, los frotó entre los dedos… Me hizo firmar ante ella, comparó durante diez minutos mi firma con la de los cheques y la del pasaporte. Miró alternativamente mi rostro y mi fotografía durante otros diez minutos. Con la punta de una aguja, intentó despegar una esquina de la foto para comprobar que no estuviera pegada sobre otra fotografía. Me hizo firmar cada cheque tres veces. A mis espaldas crecía la cola, todos me miraban como si fuera un oso. ¿Qué estaba pasando? ¿Es que habían pillado a un delincuente? Notaba que estaba más rojo que un cangrejo cocido. La mujer, imperturbable, no tenía en cambio ninguna intención de darme el dinero. Finalmente, cogió el auricular y empezó a llamar. Dos o tres veces, a lugares diferentes, hasta dar, al parecer, con el banco que había emitido los cheques. Dictó la serie y el número de cada cheque por separado, esperó las confirmaciones, las apuntó cuidadosamente en un papel, volvió a compararlas con las series de los cheques y solo entonces se dignó a sacar ocho billetes nuevos de cien euros, que me arrojó sin mirarme siquiera a la cara. Luego pasó al siguiente.

Cuando salí a la lluvia —había transcurrido más de una hora desde que había entrado en la casa de cambio— estaba desmoralizado y lleno de un odio visceral hacia esa gente que te juzga por tu aspecto y tu nacionalidad. Entendía a los adolescentes magrebíes que quemaban coches

en los barrios marginales, a los comunistas, a los islamistas, a todos los que eran aplastados por el desprecio compacto de los occidentales hacia los que no se parecen a ellos. Las mejillas me ardían de vergüenza y de rabia. Volví al hotel y permanecí unas cuantas horas con la mirada perdida en el vacío. La empleada rubia se había convertido en mi enemiga, en mi enemiga personal. Habría querido convertirme en un escritor famoso solo por que ella se diera cuenta, años más tarde, de a quién había humillado aquel miserable día de lluvia. En una especie de ensoñación, llegaba a ser un García Márquez o un Vargas Llosa (tampoco estaría tan mal un Coelho, tan bajo podía caer), entraba en la casa de cambio y todos los que hacían cola me reconocían y se volvían hacia mí… Aquella tía me pedía un autógrafo y yo la rechazaba con gran satisfacción…

35

AL DÍA SIGUIENTE, TRAS UNA NOCHE EN VELA que me pasé entera mordiéndome los puños de rabia e impotencia, me desperté al alba algo más tranquilo, pues se me ofrecía una bruma de desagravio: había sido invitado, junto a algunos autores más —creo que Dan Lungu y George Crăciun—, a un programa en Radio France Internationale. Nos reunimos con la señora Laure, la traductora de Dan (que ahora es también mi traductora al francés) y, alegres y retozones, nos encaminamos hacia la RFI a través de una mañana gélida pero soleada, en la que París brillaba con toda su alma como si fuera de cristal. Cruzamos un puente sobre el Sena y llegamos al feo edificio de la radio. Por el camino les conté lo sucedido en la casa de cambio y todos se mostraron indignados. Todos habían experimentado algo así: a uno lo habían sacado de la fila en el control de equipajes de un aeropuerto y le habían desmontado en piezas un magnetófono recién comprado («¿pero sabéis cómo? ¡Tornillo a tornillo! Y al final me dieron un destornillador para que volviera a montarlo yo…»), otro había sido retenido por los guardas de seguridad de unos grandes almacenes y había sido cacheado minuciosamente en busca de objetos robados…

Y así, charla que te charla, llegamos al estudio. Allí nos esperaba la productora del programa y,

junto a ella, un rostro conocido. Demasiado conocido para mi gusto. En cualquier caso, desagradablemente conocido. Era ni más ni menos que Dumitru Ţepeneag. No podía entender qué estaba haciendo allí. ¡Al fin y al cabo el programa era sobre *Les Belles Étrangères*…! Pero, me dije, qué mas da. Que participe él también. A Ţepeneag lo había conocido en unas circunstancias bastante diferentes, en París, muchos años atrás. Tomamos un café, hablamos amigablemente y, al final, entramos en una librería donde me compró el último número de *Cahiers de l'Est* porque aparecían unos poemas míos traducidos por él. La revista, en formato de libro, costaba unos cien francos, una suma enorme para mí por aquel entonces, así que su gesto me impresionó todavía más. Y pasaron unos cuantos años cuando, de repente, me encuentro con una serie de artículos terriblemente injuriosos dirigidos contra mí y firmados por Ţepeneag en persona. ¡Dios mío, cómo me ponía! En aquella época practicaba aún el masoquismo de leer ese tipo de artículos hasta el final con una especie de voluptuosidad: ¿hasta dónde se puede llegar con estos desbordamientos de odio? ¿Cuánto has herido, sin querer y sin saber, a ese que ahora te acosa con su sufrimiento ulcerado? Leía todo aquello y no me lo podía creer: el que lo firmaba no era la misma persona que yo había conocido. Finalmente comprendí —lo manifestaba incluso él— el motivo de su odio: no estaba satisfecho con lo que yo había dicho sobre él en un libro de historia de la literatura. Que su obra no entrara en el ámbito del que yo me ocupaba allí no tenía importancia alguna. Después de esos artículos vitriólicos siguió enfadado conmigo, confirmando así el principio (verdadero, he tenido la ocasión de convencerme en varias

ocasiones) de que nadie te puede perdonar el daño que te ha provocado. Como ese personaje de Preda que se enfadó porque no le había prestado, él, su herramienta al vecino. Pues bien, eso sucedió también entonces, en los estudios de la RFI.

Pero ¿qué más da? Ţepeneag estaba allí e iba participar en el debate, muy bien. Al fin y al cabo, era una persona inteligente y buen conocedor de la literatura rumana. Nos dirigimos hacia la cabina de cristal, con mesas con micrófonos y lucecitas rojas, dispuestos a hablar. Y entonces sucedió algo que me hizo recordar ese chiste estúpido: ¿por qué tienen los negros la nariz aplastada? Porque cuando quieren entrar en las discotecas, los porteros les ponen la mano en la cara y les dicen: «prohibida la entrada a la gente como tú»… La productora me dijo, en inglés, justo antes de entrar: «Usted no habla francés, ¿no es así? Me temo que no podrá participar en el debate». Y luego, con una sonrisa radiante, me invitó a que esperara en el vestíbulo hasta que los demás acabasen. Me pareció entonces que Ţepeneag me lanzaba una mirada irónica. Mis colegas, por su parte, no se lo pensaron dos veces, entraron en el estudio y me dejaron fuera, con el abrigo en brazos, en medio del pasillo desierto. Vi a través del cristal cómo se sentaban y se colocaban los cascos.

Estuve fuera más o menos un cuarto de hora, viendo cómo hablaban. No podía pensar, no entendía nada. En ese tipo de situaciones reacciono lentamente pero con insistencia, como el buen medio banateano[45] que soy. Lo primero que se me pasó por la cabeza fue marcharme, y eso hice. En ese momento me pareció que quería irme solo porque me dolían los pies de tanto

esperar. Como un autómata, recorrí el pasillo, salí por la puerta y bajé junto al Sena. Poco a poco, iba recuperándome del impacto inicial. ¿Qué había pasado? Yo estaba incluido en el programa de radio. La señora Laure me había telefoneado al hotel para despertarme temprano y que no llegara tarde a la emisora. ¿Y qué es eso de que no hablo francés? Por supuesto que no lo hablaba como Ţepeneag, que llevaba varias décadas allí, pero yo ya había concedido entrevistas en francés, me hacía entender. Poco a poco, la furia del día anterior, con la rubia de la casa de cambio, se iba despertando en mí, se asociaba a la historia de ahora y cobraba unas dimensiones catastróficas. Un sentimiento abrumador de vergüenza y de frustración me invadió en el puente. El agua del Sena brillaba al sol, algunas hojas secas colgaban aún de las ramitas de los árboles. Caminaba ofuscado, como un personaje de Dostoievski, cociendo en mi interior una locura total. Estaba siendo víctima de una conspiración. Urdida con toda seguridad por Ţepeneag. Los demás eran todos unos cómplices traidores. Me habían abandonado como al último mono, en medio de un pasillo, con el abrigo colgado del brazo (no sé por qué ese detalle, el hecho de tener el abrigo en el brazo, me parecía extraordinariamente humillante). Tras caminar una media hora siguiendo la corriente desde la orilla del río, estaba loco de atar. Odiaba todo lo que me rodeaba, me sentía profundamente mortificado, me planteé hacer las maletas y volver a casa tres días antes de lo programado. Mi horizonte se había estrechado hasta la monomanía tenebrosa del delirio persecutorio. Dan Lungu, Crăciun, la propia Laure, la productora francesa en mayor medida que los demás… todos me habían relegado, me habían

excluido de su exclusivo mundo literario. A pesar de mis libros, seguía siendo un paria, un exiliado al que nadie amaba, que no era digno sino del poste de la infamia. Ţepeneag había orquestado todo el asunto de forma diabólica, había ocupado mi lugar en el programa solo por reírse de mí a través del cristal de la cabina de grabación, para verme en el pasillo, como un loro y, sobre todo, no lo olvidemos, con el abrigo en brazos… De hecho, todos los de la cabina —creía yo ahora—, se hacían guiños y bromeaban a mi costa… Había olvidado por completo que no me apetecía nada ir a ese maldito programa, que no significaba absolutamente nada conmigo o sin mí. Sufría como un perro, como debía de haber sufrido el propio Ţepeneag cuando no se vio celebrado en mi libro. Llegué a la habitación del hotel en un estado de paranoia total, listo para que me pusieran una camisa de fuerza.

36

¡QUÉ EXTRAÑOS SON ESOS ESTADOS de locura en los que tu mente es arrebatada por el veneno de la humillación, de una ofensa real o imaginaria! En esos momentos no existe ya diferencia alguna entre tú y el paranoico de verdad que te arrastra a un juicio, que se enfada con todo el mundo, que te explica paciente que lo persiguen el KGB, la CIA y el Mossad, todos a la vez. Él siente probablemente, de manera constante, lo que tú sientes durante unas cuantas horas o unos cuantos días, cuando se comete contigo, en tu opinión, una indignante injusticia. Cada uno de tus pensamientos y de tus actos es deformado entonces por un torrente de emoción química, por el derramamiento en tu sangre de un veneno psíquico que no te permite pensar con claridad. Aquello me había sucedido antes en cuatro ocasiones al menos. La primera cuando estaba en la mili y mis compañeros se burlaron de mí («¿es que no ves que podemos meterte el culo en el lavabo y luego abrir el agua fría?»). Más tarde en Sighişoara, cuando acababa de aparecer mi primer libro; luego, años más tarde, en el New European College, cuando le escribí una carta estúpida a Andrei Pleşu, que nos había reñido a nosotros, los becarios de aquel año, por no asistir a una conferencia que impartía no sé quién («¿Es que os habéis creído que el NEC es una tesorería a la que venís solo a retirar el dinero?», me dijo. Esta frase me hirió entonces profundamente porque era

tan pobre que, ciertamente, no habría podido apañármelas sin aquel dinero del NEC) y, por último, cuando fui elegido entre los diez poetas del Cenáculo del Lunes destinados a participar en un programa de televisión… En la actualidad, tendría motivos a diario: todos los días me suceden indecencias de las que tan solo una bastaría para hacerme dejarlo todo y tomar el camino del extranjero, sacudiéndome el polvo de los pies contra nuestro hermoso país, como han hecho tantos escritores y artistas antes que yo. ¿Podéis imaginar acaso que la culminación de un libro que me ha robado quince años de mi vida no haya supuesto ninguna celebración en absoluto en el seno de la cultura y de la literatura rumanas? No estaríamos en Rumanía si algo así se hubiera celebrado…

Pero, como diría Creangă de nuevo, volvamos a nuestras ovejas… Es decir, a mis ovejas en París, cuando, reconozco que sin un motivo real pero en un contexto poco oportuno, sobre un fondo de cansancio extremo, perdí los nervios. Tendido en la cama, vestido, leía a Nabokov desde hacía un par de horas sin entender nada —leía y releía la misma frase, construyendo en mi mente febril guiones apocalípticos— cuando Laure llamó por teléfono: «¿Qué tal? ¿Dónde estás? Tenías que esperarnos para que fuéramos luego todos juntos a almorzar…». Era justo lo que me faltaba. Hasta que no oí que se echaba a llorar no paré. Por supuesto, la culpa la tenía en primer lugar la idiota de la productora, pero tampoco Laure, que respondía por nosotros y que tenía que estar de nuestra parte, había reaccionado. Me había abandonado allí, en el *hall*, como a un loro, como al último mono del circo. La amenacé con marcharme

inmediatamente a Viena, con irme por donde había venido. No quise escuchar ningún argumento. Sabía que ella hablaría de inmediato con todos los responsables de *Les Belles Étrangères*, pero me daba lo mismo. En esas situaciones, todo te da lo mismo, eres capaz de echar a perder tu reputación, tu carrera, de poner tu vida en peligro. Al final de la conversación le dije que asistiría esa tarde al encuentro con el público en una librería parisina, pero que no quería que me presentara ella, tal y como estaba previsto. «Me presentaré a mí mismo, puedo arreglármelas», le dije, «aunque mi francés *no sea tan bueno*…». No me gusta nada hacer que una mujer llore al teléfono, pero esta vez me dije que se lo tenía merecido.

Casi inmediatamente después recibí la llamada de un fotógrafo que estaba en mi programa y del que me había olvidado por completo. Bajé y me encontré en el vestíbulo con Cecilia, muy arreglada. Intercambiamos unas palabras y apareció el fotógrafo, con una Canon gigante al cuello y sin gorro, envuelto hasta las orejas en una bufanda de punto. Jovial, nos propuso hacernos unas fotografías «a la vuelta de la esquina», ¡nada menos que en el cementerio de Montparnasse! Cuando se trata de fotógrafos profesionales, no hay nada que pueda sorprenderme. Los he conocido por docenas, desde el fotógrafo gay que te coloca tumbado en un sofá en una postura «graciosa» hasta la fotógrafa nórdica, una amazona de unos tres metros de altura, que casi me rompió los dedos cuando le estreché la mano. Todos te martirizan. Su mayor placer es sacarte afuera en camisa, en el frío más gélido, para pegarte a una pared de hormigón y tenerte allí, en medio de la corriente, hasta que te hacen la foto

milésima. Todos quieren que te muestres natural, que sonrías cuando te lo pidan, que poses como un estúpido mientras los transeúntes te miran con ojos como platos. En la última feria del libro de Leipzig acabaron conmigo: tuve, en dos días, siete sesiones de fotos —*shooting sessions*—, algunas de ellas en sitios imposibles, siniestros. Una fotógrafa menuda como un chimpancé, sonriendo de oreja a oreja y diciéndome cada dos palabras lo guapo que era (solo dos mujeres me han dicho esta mentira alguna vez: mi madre y ella), me hizo acarrear una silla hasta el centro de un mercado enorme, desmantelado, iluminado por las claraboyas del techo. Cuando la luz se desplazaba, tenía que moverme también yo con la silla, como un gnomo de jardín que hubiera cobrado vida.

Este, sin embargo, fue de los pasables. Nos llevó al cementerio tras un breve zigzagueo entre callejuelas y empezó a sacarnos fotos recostados literalmente en las lápidas mortuorias. «Te he visto entre tumbas», le dije a Cecilia, «pálida y despeinada…»[46], y entonces ella se echó a reír y estropeó la foto. Hacía frío, se había levantado la niebla, el cementerio era hostil como una revista capitalista, y el único que estaba contento a rabiar era el fotógrafo. Después de desnudar a la pobre chica todo lo que pudo y de hacerle todas las fotos que le dio la gana, fotos, imagino, que tendría que retocar después con el Photoshop, pues al final estaba morada como una muerta, me llegó el turno. El tipo me envió las fotos al cabo de un mes. En todas ellas salgo con una brillante y poderosa mirada, consecuencia del lagrimeo que me produjo el frío. Por lo demás, mi nariz está tan colorada como la de un personaje de Dickens. Al

fondo se ve una enorme lápida de mármol negro: la de una chica que —según las letras doradas que la adornan— había vivido entre 1962 y 2001. Qué joven, Dios mío. Qué se le va a hacer, así nos vamos todos…

Al menos con esta sesión de fotos me olvidé de Ţepeneag y de todo lo demás. Todavía me hormigueaba algo por dentro, pero no como por la mañana. Me fui y almorcé otra vez solo en un restaurante, compadeciéndome de mi suerte, y luego me eché la siesta. Por la tarde, en la pequeña y coqueta librería, me presenté a mí mismo aunque allí estuviera Laure con los ojos enrojecidos. Ni siquiera tuve que hablar en francés, pues vino también Wanda Mihuleac que, servicial como siempre, se ofreció a traducirme por la cara. Hablé mucho y con inspiración. Sentía cómo, a medida que hablaba, el veneno iba abandonando mi cuerpo y la herida cicatrizaba. Al final firmé unos cuantos libros e intercambié unas palabras con una guapa señorita, lo cual terminó por animarme del todo. ¡Bendito sea Dios, me había salvado! Estadísticamente, hasta dentro de seis años no me toca un nuevo episodio de paranoia, así que hasta entonces puedo vivir tranquilo.

37

CUANDO AL DÍA SIGUIENTE, POR LA TARDE, tras atravesar de nuevo en tren casi todo el territorio del Hexágono, llegamos a Carcassonne, la ciudad estaba ya sumergida en la oscuridad y hacía un frío polar. El penoso asunto con Ţepeneag y la RFI era ahora solo un recuerdo desagradable del que intentaba escapar fingiendo que no había sucedido. Durante el viaje en tren procuré extirpar su recuerdo también de la mente de Laure, la víctima inocente de ayer: me porté con ella con una naturalidad ostentosa, como si fuéramos amigos íntimos de toda la vida y ella me correspondió del mismo modo. Competíamos en cortesía, nos invitamos en todas las circunstancias posibles: le traje también a ella una cerveza cuando volví del vagón-restaurante y ella, a su vez, me invitó a un café.

Estaría bien poder cortar con una tijera los fragmentos más lamentables de tu vida y arrojarlos a la basura. Por desgracia, tu vida se entrecruza con la de tantos individuos que, si los cortaras todos a la vez, te saldría una especie de alfombrilla de papel de esas que hacen los niños, una cadena de hombrecitos que se dan la mano. Más o menos esto es lo que hace el escritor: saca de la página en blanco su cadena de hombrecitos, sus figuras geométricas de una dudosa geometría. Al que sobra, igualmente simétrico, lo arroja a la basura aunque también él representa, en la misma medida que los hombrecillos, la nobleza de la

página inicial. Por cada hombrecillo que brota de la tijera en este mundo, muere su gemelo negativo, la forma de la que se ha desprendido y que ha quedado como recuerdo. De eso se compone el día de ayer.

Cenamos en un local con cortinas rojas en las ventanas. La comida, típica de Languedoc Roussillon, fue maravillosa. Le gustó especialmente a Gabriela —que había venido con nosotros—, algo que no me sorprendió en absoluto: en Iowa City, mientras yo ahorraba hasta el último céntimo para poder regresar a casa con toneladas de regalos y con algo de dinero, ella colmaba cada día el frigorífico con toda clase de delicias y comía a todas horas. Entonces me reía de ella, pero finalmente demostró ser la que más había ganado. Había satisfecho todos sus caprichos, había resuelto todas sus frustraciones alimenticias de los años de Ceauşescu mientras que yo había llevado una vida de anacoreta para… para comprarme un Dacia en cuanto volví, ¡ojalá no lo hubiera hecho! Mi primo, un hombre de negocios que tiene hoy en día una mansión tan grande por lo menos como la ciudadela de Carcassonne —ya que vamos a hablar de ella— en esa zona donde viven Becali y demás ricachones, me había pedido que comprara tres terrenos en Bucarest que conocía él, un chollo increíble que hoy en día habría resuelto todos mis problemas. Pero yo era poeta: ¿cómo iba a rebajarme a hacer negocios con terrenos? No era de mi categoría. Mejor un coche, aunque no me hiciera ninguna falta pues a la facultad iba tan ricamente en el 66 y no tenía adónde viajar por el país. Y ponte a dar vueltas con sobornos, contactos… —porque la lista de espera para comprar un coche después de 1990 era

gigantesca—, hasta que llegó el día magnífico en que fui con un conocido (yo no sabía conducir, de hecho lo único que sabía sobre coches era que tenían cuatro ruedas) a Valea Cascadelor a recoger el cochecito. Aquello parecía un rastro un domingo por la mañana. Volví a dar un buen dineral a otro tipo para que nos eligiera, al parecer, un coche bueno. El tipo cogió el dinero y extendió el dedo hacia el coche que teníamos más cerca. Era crema. Nos montamos y nos dirigimos despacito, a través del gentío, hacia la salida. En Valea Cascadelor se había amontonado una cola de Dacias que avanzaban por el asfalto como caracoles. En un bache, al que iba delante se le cayó el motor. Pero no eso de que se te cala y giras de nuevo la llave de contacto, sino en sentido literal: el motor se soltó de los tornillos mal apretados y cayó al suelo para gran consternación del chofer. Lo esquivamos y, despacito y con buena letra, llegamos a casa. No os contaré las humillaciones que siguieron en la autoescuela. Me saqué el carné y, ¡hala, a pasear para arriba y para abajo con mi Dacia! En el curso de los tres primeros meses se le fueron muriendo todas las piezas una por una, desde el radiador hasta el motorcillo que movía los limpiaparabrisas. Un día el motor se caló para siempre. La caja de cambios, ¡kaput! Los bajos, ¡kaput! Luego me enteré de que los coches de aquel lote habían sido fabricados con piezas viejas restauradas; eran, de hecho, montones de *junk*.

Al cabo de tres meses, del antiguo coche no quedaba más que la carrocería. Es cierto que yo tampoco había adquirido muchos conocimientos nuevos en la autoescuela: a la certeza de que el coche tenía cuatro ruedas había añadido también

la del volante. Un día conduje por lo menos un par de kilómetros con el freno de mano echado. Cuando salía del patio trasero del bloque, revolucionaba el motor hasta que los vecinos empezaban a gritarme desde los balcones. Golpeaba, marcha atrás y a toda pastilla, los cubos de basura, los derribaba como si fueran bolos… Tuve dos accidentes que me arrugaron bastante la chapa y a punto estuve de atropellar, en un paso de cebra, a mi amigo el escritor Emil Paraschivoiu, que no ha sabido nunca del peligro que corrió su vida durante el otoño del año 90, cuando un Dacia casi se lo lleva por delante sin que él se diera cuenta. Pasado el invierno, no pude moverlo ya del aparcamiento: el motor no arrancaba y punto. Odiaba aquel Dacia con una intensidad única, increíble. En primavera me encontré en el ascensor con un vecino: «Hombre, ¿no es una pena que tu coche, tan nuevecito, esté ahí abandonado en medio de la nieve? Véndemelo, te lo compro al precio de uno nuevo». El hombre no quería apuntarse en la lista para esperar un año o dos. Le vendí, así pues, aquel cacharro, que recobró la vida gracias a sus habilidosas manos. Tardes enteras, en primavera, se afanó debajo de él y al final lo puso a punto. Creo que todavía anda por ahí con él. Yo cogí el dinero, encantado por haberme librado de la bestia. ¿Qué hice con él? Nada, se lo tragó la inflación galopante de los 90. Volví a ser tan pobre que, el verano siguiente, vendí en el mercadillo de Colentina mi pala de *ping-pong*.

Caldeados por el vino tinto y saciados de carne, nos costó salir al frío exterior. Se nos sumaron dos turistas que se dirigían también hacia la ciudadela. De vez en cuando caía un copo de nieve.

Caminamos durante un rato interminable a través del viento que gemía con toda su alma, por un camino sinuoso, rodeado de bosques, que parecía no conducir a ninguna parte. Por culpa del frío, me había enrollado la bufanda alrededor de la cabeza y solo se me veía la coronilla. Había aprendido el truco del fotógrafo del día anterior. Eran más o menos las diez de la noche cuando, en un recodo del camino, apareció en todo su esplendor la ciudadela de Carcassonne, sobre una colina coronada con murallas, torreones y almenas que se extendían hasta una increíble distancia. Las murallas medievales estaban fuertemente iluminadas y parecían amarillas, tridimensionales, sólidas como en un grabado antiguo. Nada que ver con las ciudadelas de cartón piedra de nuestras películas históricas, a cuyas murallas se aferran unos dacios con relojes de muñeca japoneses, mientras que a sus pies se desparraman las legiones romanas. En el horizonte se distinguen perfectamente, a través de los estandartes que rezan SPQR, los cables de alta tensión entre los postes del fondo. «¿Quiénes sois?» «¡Los dueños del mundo!» «¡Lo seréis si acabáis con nosotros!» Y sobre el asalto y los gritos de la batalla aparecen de repente las letras rojas de un título panorámico: COLUMNA[47].

38

CUANDO ALCANZAMOS EL PIE DE LAS MURALLAS, nos dimos cuenta de lo grandes que eran. Verdaderas materializaciones del miedo, inmaterializadas aquella noche por los poderosos reflectores que las iluminaban desde abajo con potentes chorros de luz amarilla. Nuestras sombras se alargaban también unos veinte metros mientras tiritábamos de frío en aquella escalera galáctica. Tras franquear la puerta, nos dispersamos por la ciudad que había tras las murallas: edificios de todo tipo transformados en posadas y hoteles para turistas, después de que, al cabo de los siglos, hubieran visto asedios, cólera, hambrunas terribles, la herejía extraña y fanática de los albigenses. Pues así se escribe la historia: lo que una vez fue drama, hoy es farsa.

Solo que lo más dramático del mundo es precisamente esa farsa continua en la que nosotros, los modernos, vivimos la vida. La gente de aquella época vivía con la mierda al cuello, no tenía la más remota idea de las ventajas de la civilización: el retrete con agua, el cepillo de dientes y los tampones. Su salud y su vida corrían peligro en todo momento, palmaban como moscas en cuanto llegaba una plaga, eran pisoteados por cualquier *filioque*, tenían los dientes destrozados y apestaban como mofetas, pero al menos vivían su propia vida con su cuerpo convenientemente envuelto en harapos. Mientras

que nosotros, nosotros, ¿los epígonos? Bueno, vivimos una especie de realidad paralela en Messenger, en Youtube y en *World of Warcraft*, asumiendo nombres e identidades falsas que se vuelven poco a poco más verdaderos que nuestro propio cuerpo y nuestra propia vida. Copias sin original, gente sin valores y sin fe, vivimos al fin y al cabo —es cierto que de forma higiénica y cómoda — solo porque hemos nacido. ¿Pero cómo demonios no vas a envidiar de vez en cuando, con toda tu alma, a esos hombres que tenían su destino como único *gadget*?

Aquella noche, en el hotel, soñé solo con antiguas murallas infinitas. Hacia el amanecer, me despertaron unos gritos roncos procedentes de la habitación contigua: a una pareja se le había ocurrido hacer el amor a las cinco de la mañana y estuvieron dale que te pego una media hora, «*bound to win a prize*», como dice Paul Simon en su soberbia canción *Duncan*. En otras circunstancias me habría hecho gracia, pero tenía tanto sueño… estaba tan cansado de viajes, de rostros, de eventos… Intenté volverme a dormir, pero fue en vano: a aquellos dos, a un palmo de mí, todo les daba igual, se meneaban que parecía que se iban a desplomar con cama y todo. Finalmente, tras infinitas exhortaciones monótonas en francés, tras unos apocalípticos crujidos, tras unas cuantas preguntas entrecortadas a las que la señora respondía con voz nasal, un alarido largo, agónico y murmurado marcó el fin del acoplamiento. En el silencio posterior, resonó mi carcajada, histérica e incontenible. A los dos pájaros de al lado tuvo que reverberarles hasta la médula. Se me caían las lágrimas de risa no porque me hubiera parecido cómica la cabalgada matutina al otro lado del

delgado tabique, sino porque su murmullo me hizo acordarme de repente de Furby, el muñequito.

Había sucedido unos diez años atrás. Mi hija tendría por aquel entonces ocho o nueve años. Como tenía un ejército de muñecas Barbie (con las que, por lo demás, no jugaba nunca), ya no sabía qué comprarle para su cumpleaños. Hasta que vi a Furby. Era feo con ganas el pobrecillo, pero simpático. Un pequeño gnomo con aspecto de borracho lacrimógeno, peludo en la coronilla hasta decir basta, con unos ojos redondos y legañosos. En la caja en la que vivía decían que era un juguete eléctrico maravilloso, que hablaba su propio idioma y que podía aprender palabras nuevas. Venía acompañado de un pequeño vocabulario con cientos de palabras en el idioma Furby. Costaba un dineral pero ¿cuántas hijas tenía yo? Así pues, le compré un Furby en un aeropuerto y, cuando llegué a casa precisamente el día del cumpleaños de Ionuța, se lo presenté con gran ceremonia: mira, aquí tienes a tu nuevo amigo, sabe hablar, tiene su propio idioma que puedes aprender también tú… Pero el pobre Furby no estaba hecho para conquistar el corazón de las señoritas: tenía un pecho peludo hasta el ombligo y una sonrisa lúbrica de pedófilo indecente… Quién sabe en qué estarían pensando los que lo diseñaron. Así que Ionuța, educada, jugó con él más o menos un cuarto de hora, le hizo gorjear, alzar la voz y pedir algo en una lengua que podía ser la de los negros Hereros, y luego lo dejó abandonado en un rincón, junto a la muñeca que tocaba la guitarra y a la que le faltaba una pierna. Sheila se llamaba, si no recuerdo mal. Cuando hicimos la limpieza, recogimos también a Furby y lo metimos en la cómoda, entre la ropa blanca.

Pasaron después unas cuantas semanas. De repente, en medio de la noche algo nos hizo sobresaltarnos. Mi mujer y yo, con los pelos en punta, nos levantamos como empujados por un resorte invisible: de algún punto ignoto de la habitación, provenía un rezongo como de chamán, una voz diabólica de gnomo discutiendo consigo mismo. ¿Qué diablos podía ser aquello? Mi antiguo temor a los visitantes extraterrestres se reactivó hasta el terror. Mi mujer, con los pies más clavados en este planeta que yo, se levantó, se dirigió directamente al tocador y sacó a Furby de los pelos. Parpadeaba y parloteaba en su idioma nativo, sonriéndonos con proverbial mala leche. Como venganza, le quitamos la pila y el bicho se tranquilizó al instante…

* * *

En fin, puesto que, como dicen los alemanes, todo tiene un final, solo las salchichas tienen dos, yo tampoco considero necesario seguir alargando esto hasta el infinito. El caso es que regresamos de la región de Aube a París, al famoso *boulevard* Raspail, donde me esperaba, naturalmente, mi habitacioncita rojiza, abarrotada ya de la parafernalia de cada uno de los desplazamientos: prospectos de todo tipo, papeles, los álbumes macizos y superpesados de París, Lyon o Burdeos que me habían regalado y, sobre todo, libros, libritos, folletos y folletitos de poesía de gentes de toda clase, edad y condición, a cada cual más rumano, que había conocido por el camino. Así fue como dejé en Francia, en la papelera y sus alrededores, toneladas de celulosa.

Acabábamos de llegar a nuestra habitación cuando tuvimos que salir para la fiesta de clausura.

Allí me encontraría de nuevo con los cientos de individuos del comienzo, es decir, con el pequeño mundo rumano de París que había venido en pleno a despedirse de nosotros, «las bellas extranjeras», bastante lacias ya después de tanto peregrinar por el oscuro territorio extranjero. Fue un placer ver de nuevo a Wanda, a Petrică Răileanu, a Matei Vişniec, a Tudor Banuş, así como a unas cuantas desconocidas con siluetas de *top model* que divisé desde el principio. Entre ellas había una absolutamente asombrosa, casi desnuda bajo unas bandas de satén rojo como el fuego. Luego me dijeron que era famosa, pero ya no recuerdo por qué. También entonces me encontré por primera vez con Baudoin, el maravilloso dibujante de cómics que se convertiría más adelante en un gran amigo mío y con el que he realizado la novela gráfica *Lulu*. Al despedirnos aquella misma noche, me entregó el dibujo de una mariposa a carboncillo: prueba de que había leído al menos unas cuantas páginas de *Cegador*.

Regresamos al hotel hacia las dos de la madrugada, bastante achispados. Había empezado a nevar de nuevo. Ya en la habitación hice la maleta y coloqué encima del todo mi famoso pulóver crema, ¡craso error! Luego me acosté y, antes de quedarme dormido, pensé un poco en lo que había significado ese viaje tan largo para mí.

Por supuesto, no había significado nada. *Rien de rien*. Porque nada significa siempre nada. Rostros. Eventos. Palabras. Cúmulos de colores e impresiones que al cabo de diez años no existirían ya. Al principio recortaba todas las críticas de mis libros y las guardaba en un *dossier*. Con el paso del tiempo, renuncié. Clasificaba las fotos en cajas de

zapatos, con la fecha y el lugar cuidadosamente anotados. Lo dejé. Cuánta verdad hay en esos versos: «Cuando pienso en mi vida, me parece que resbala / lentamente contada por labios extraños, / como si no fuera mía, como si yo no hubiera existido…». Me acostumbré a los viajes, a las giras, a las lecturas, a las estaciones del año y los castillos. Ya no sé en qué año ni con quién hice cada viaje… Ya no sé quién soy ni quién he sido…

Me quedé dormido con ese pensamiento profundamente triste revoloteándome en la cabeza.

Por la mañana, cogí el avión a Viena, en medio de una nevada con copos grandes y lentos como los de las películas de Disney y, mientras mi mente volaba mucho más rápido que el Boeing de alas congeladas hacia mis seres queridos en Mariengasse, solo pensaba en la *bossa-nova* de Andrieş, en los ritmos exuberantes con que se desplegarían los créditos de mi película:

Hoy nieva mucho, cielo,

El avión no puede aterrizar,

El piloto tiene en la ventanilla un montón de hielo

Y se preocupa en vano…

El viaje del hambre

1

EN EL OTOÑO DE 1984, yo tenía veintiocho años y vivía en Colentina, en el famoso apartamento en el que no había un solo ángulo recto, ese del que ya os he hablado en alguna otra ocasión. Me moría de soledad y de aburrimiento. Me había arruinado (y había arruinado a los míos) al comprar la casa, así que no me quedaba dinero para amueblarla. Tenía tan solo lo estrictamente necesario y para mí, por aquel entonces, lo estrictamente necesario era una mesa en la que colocar mi querida «Erika», la máquina de escribir de la RDA cuyo teclado tenías que aporrear con tanta fuerza que incluso hoy en día hago saltar las teclas del ordenador portátil por la costumbre. Dormir, podía dormir también en el suelo. De la comida se ocupaba mi madre, que se presentaba cada mañana —haciendo dos trasbordos de tranvía— con sus cazuelitas y tarros de comida para su *niño*. A modo de agradecimiento, el *niño* se permitía torcer el morro ante el *pilaf* o el pollo en salsa aún calientes y ante la sopa que siempre se derramaba por la bolsa de tela.

Los únicos sitios que frecuentaba eran la escuela en los confines de Colentina, donde da la vuelta el tranvía 21 y donde trabajaba como profesor de rumano, y el Cenáculo del Lunes, cuyas reuniones semanales se celebraban algunas veces en la facultad, otras en Preoteasa, otras en el complejo estudiantil de Tei y en otros lugares igual de sorprendentes. Era un cenáculo muy andarín porque los responsables culturales, con la camarada Clătici a la cabeza, lo ahuyentaban de un sitio a otro. En el momento en que empieza —y ya ha empezado— esta historia, se celebraba en un lugar verdaderamente pintoresco: el museo de la CFR[48] junto a la Gara de Nord, frente al cual, aparcada en una línea muerta, yacía congelada en el tiempo una locomotora de vapor. Y eso porque el estudiante responsable del cenáculo había llegado a ser locutor en el estadio de Giuleşti y —era un chaval alto y guapo, un transilvano de pura cepa— se había ganado los favores de la esposa del ministro de Transportes, una rubia voluptuosa que también nos volvía locos a todos los demás. A cada una de las tres reuniones que llegamos a celebrar allí (hasta que la susodicha camarada nos encontró en Giuleşti y nos clausuró definitivamente el tinglado) asistió el ministro con su esposa para escuchar nuestros versos chiflados y nuestros comentarios superficiales y, cuando la mujer colocaba su trasero en la silla y levantaba su muslito relleno para cruzar las piernas, todos podíamos verle hasta el culo. Pero no es de su ropa interior de blonda de lo que yo quiero hablar aquí, ni siquiera sobre el Cenáculo del Lunes. Basta con decir que a nuestros encuentros literarios venía también un tipo de Băcău que escribía prosa —y prosa sigue escribiendo hoy en día— y que se distinguía (o, mejor dicho, *no* se distinguía) por su

aspecto de maestro de pueblo y por su fuerte acento moldavo. Con este tipo, por lo demás un chico majo, llamado Ciubotaru, mantenía yo una cierta correspondencia porque, por aquel entonces, recibir una carta en mi buzón oxidado, fuera de quien fuera, era todo un acontecimiento. Estaba tan solo y me sentía tan abandonado que me alegraba incluso con las facturas de la luz que encontraba en mi buzón, habitualmente vacío. Cuando haga de tripas corazón y escriba sobre Nuca, os daré una idea de lo que puede significar una carta para un hombre solo. Así que nos escribíamos uno al otro —Ciubotaru y yo—, más o menos una vez al mes, sobre asuntos literarios que aquí no vienen al caso. ¿Cómo iba a imaginar yo que con este tipo, siempre arrugado y sudoroso, iba a vivir dos de los días —y sobre todo las noches — más locos que he vivido nunca, los únicos, de hecho, que puedo calificar de «alucinantes» sin temor a equivocarme y sin exagerar?

Bajé un día, como de costumbre, a revisar mi correspondencia. Lo hacía cinco o seis veces al día incluso cuando, después de comer, era evidente que el cartero no podía pasar ya. «Pero ¡quién sabe!», me decía, y bajaba de nuevo incluso aunque no funcionara el ascensor. Luego subía, desolado, los ocho pisos. He olvidado comentaros un detalle importante: no tenía teléfono y no me lo instalaron en trece años, lapso durante el cual estuve totalmente desconectado del mundo. En vano solicitaba audiencia en la compañía de teléfonos porque allí se repetía siempre la misma escena: un tipo con el rostro impenetrable de un carterista me escuchaba y me aseguraba que investigaría el problema. Y el problema se

investigaba, vaya si se investigaba. Cada vez con más atención.

Así pues, recibo una carta de Ciubotaru en la que me dice que vaya a Băcău para una lectura de poemas en la Casa de Cultura local. Estaría allí dos días en los cuales, él y otros colegas con los que formaban una especie de comité artístico en la mencionada institución, querían organizar también un programa sorpresa. Ciubotaru solo me confesaba confidencialmente que iba a estar «¡de puta madre, ya verás!». No era necesario que me dijera eso. Habría ido aunque me hubiera dicho que iba a ser «¡un tostón, ya verás!». (Ingenuo como era yo por aquella época, no tenía ni idea de lo aburridas que pueden llegar a ser estas cosas…) Cualquier salida del estricto circuito escuela-casa-cenáculo-casa-escuela era para mí algo extraordinario e inesperado. Me preguntaba cómo transcurriría el tiempo hasta el día en que me tocara coger el tren —pagado por ellos, un verdadero detalle— y me plantara en aquella ciudad lejana que no había visitado jamás. Hice una selección de los versos que había publicado hasta entonces (dos volúmenes que mencionaré a continuación no por hacerme publicidad, sino porque el detalle será importante más adelante: *Faros, escaparates, fotografías* y *Poemas de amor*), y me dediqué a recitarlo cada noche ante el espejo del baño, cronometrándome, e imaginándome diciendo cosas inteligentes ante una sala abarrotada y embelesada. Sería todo un triunfo, una extensión a la ciudad de Bacovia de la reciente fama que —creía yo— me rodeaba ya en Bucarest, la ciudad de la luz.

… Y tal vez, soñaba yo también (pero esta idea secreta no la reconocía del todo) con una chica

tímida, de ojos brillantes, que se acercaría a mí estrechando uno de mis libros contra su pecho… Le escribiría algo bonito y luego, entrada la noche, pasaríamos juntos unas cuantas horas en un bar íntimo… Y finalmente, en mi habitación de hotel, la chica se mostraría mucho menos desconfiada…

2

TRASCURRIERON DOS SEMANAS DE CLASE, lo cual incluía los sábados, que dedicaba a la formación pedagógica: los profesores de la zona se reunían para llevar a cabo algún tipo de actividad científica… Mayor concentración de zoquetes no he conocido en toda mi vida. Era algo monstruoso. Las profesoras leían ponencias en las que descubrías que Sadoveanu era «el más importante autor rumano *contemporáneo*[49]», que Moromete era discípulo de Sartre, que Eminescu había inventado la trigonometría esférica, la alfarería, la quinta rueda del carro, etcétera. No había nada bombástico, ridículo o penoso que no pudiera ser defendido en aquellos seminarios de metodología. Si planteabas las más mínima objeción, ofendías mortalmente a la defensora de la ponencia. Pero ni siquiera podías tener ninguna duda al respecto: en cuanto acababa su exposición, por muy agramatical y semiinculta que fuera, estallaban todos en un coro de alabanzas atropelladas. Calificarla tan solo de «excepcional» parecía un insulto. La moderación (¿qué moderación?) venía asegurada por un especialista en metodología medio calvo, libidinoso y gran maestro en bromas estúpidas, más viejas que la tos. Yo salía de allí sin saber si reír o llorar. Toda aquella gente, que parecía afectada en masa por el Alzheimer, había estudiado en la misma Facultad que yo, quizá había sido entusiasta en algún momento, quizá

incluso inteligente. Pero, año tras año, el mismo *Puiul*, la misma *Hora de agosto*, la misma *Fefeleaga*[50], el mismo salario miserable, las mismas humillaciones cotidianas, los mismos inspectores arrogantes los habían transformado en esos ridículos fantoches que ya ni leían ni pensaban. Prefería mil veces dar clase los sábados antes que «perfeccionarme» en el seminario de metodología. Los chavales, al menos, conservaban su ingenuidad intacta.

Y llegó, por fin, la mañana de domingo en que madrugué feliz porque, al menos durante dos días, el curso de mi vida sería otro diferente al habitual. La noche anterior estaba tan agitado pensando en el viaje a Bacău que no había cenado siquiera. Me había esforzado por dormir un poco, pero me pasé toda la noche dando vueltas, enredado en las sábanas, imaginando la sala llena de gente que habría venido a escuchar mis poemas, sus preguntas, los autógrafos que firmaría… Sabía de oídas cómo se recibe a los poetas en provincias: comidas abundantes, fiestas interminables, un brindis tras otro. Iba a ser un éxito, estaba claro. Hacia la mañana había incluso soñado que estaba ante una mesa larga, como en una boda, colmada de rollitos de hojas de vid rellenas de trucha, lomo de cerdo en salsa de vino tinto, pollo al ajillo y mămăliga…[51] El alcalde, las autoridades y los escritores locales estaban sentados a la mesa en función de su rango, todos con las miradas clavadas en mí, el joven poeta de la capital, la verdadera esperanza de las letras rumanas.

La Gara de Nord era paupérrima en aquellos tiempos. Una verdadera corte de los milagros. Solo cinco minutos en su interior bastaban para impregnarte de humo de tabaco malo y de un

pesado olor a petróleo. El bar cobijaba a todos los borrachuzos previamente desalojados de los tugurios de la ciudad a la hora del cierre. De día y de noche pululaban por allí niños vagabundos, mendigos con una pierna al aire infectada por una herida exuberante y campesinos con cestos de los que sobresalían tallos de puerros. Los trenes iban y venían rugiendo a todo pulmón, y los ferroviarios gordos y renegridos no se dignaban siquiera a mirarte si les preguntabas algo. Subí al tren veinte minutos antes de la hora de salida. No había conseguido comprar nada de comer por miedo a perder el tren y, en cualquier caso, no había nada que comprar en la estación. No te preocupes, que ya habrá vagón-restaurante, me dije, y me relajé en mi asiento de plástico pringoso, rajado con una navaja y vaciado del relleno de esponja amarilla. Aparecieron, sucesivamente, sordomudos con bolígrafos y ositos de peluche, mendigos de varias especies, vendedores de *La mujer* y *Crucigramas* hasta que, finalmente, el tren partió.

Permanecí en el pasillo durante aproximadamente la primera hora, contemplando alternativamente el paisaje deplorable de las afueras de la ciudad —chabolas miserables, casuchas con el tejado de tela asfáltica, basura arrojada a lo largo de las vías, torres de agua destrozadas, edificios con las ventanas rotas, malas hierbas que impedían ver tres en un burro— y el trasero de una chica que había salido del compartimiento de al lado y que estaba a su vez apoyada en la otra ventanilla. Sin embargo, al poco rato mi estómago empezó a hacer ruido —al fin y al cabo, no había comido nada desde el almuerzo del día anterior— y a pedirme un poco de acción. Así que fui en busca del vagón-

restaurante y recorrí, con gran esfuerzo, seis vagones abarrotados, llenos de maletas y de individuos nerviosos por los pasillos, solo para descubrir que no había vagón-restaurante. Una leyenda urbana extendida entre los viajeros decía, en cambio, que «después de las doce» pasaba un empleado con bollos, galletas y botellines de cerveza, así que recorrí de nuevo, pero ahora de vuelta, la pista de obstáculos hasta mi compartimento, justo a tiempo para encontrarme con el revisor que picó mi billete.

—¿Galletas, dice? —respondió a mi humilde pregunta como si le hubiera pedido información sobre el Yeti, el hombre de las nieves o qué sé yo—. ¿Cómo que galletas, hombre? Nosotros no vendemos galletas, lo único que nos faltaba. Vender galletas…

Evidentemente, no estaba demasiado bien informado, porque no habían pasado diez minutos cuando el hombre de las galletas hizo acto de presencia, avanzando con dificultad entre los viajeros. Rebusqué por mis bolsillos, encantado con la idea de comprarme las más grandes y las más caras, las del paquete dorado, que se llamaban «Dănuț». Me habría comido cinco o seis en un abrir y cerrar de ojos. Sin embargo el hombre, que parecía un vagabundo, se asomó por la puerta del compartimiento y vi que de galletas, nada.

—¡Cerveza *Rahova*, cerveza *Rahova*!

No tenía nada más, nunca lo había tenido. Podéis imaginaros mi decepción, pues estaba muerto de hambre. Pero como sabía que la cerveza posee un considerable valor nutritivo, cometí el grave error de comprar una botella y de

bebérmela entera, deprisa, antes de darme cuenta de lo amarga que era.

Esto acabó de rematarme. El alcohol me sentó mal, las tripas empezaron a rugirme con más fuerza que antes y empecé a preguntarme cómo iba a poder resistir tres horas más, hasta que llegáramos Bacău. Me vinieron a la cabeza los mártires condenados a morir de hambre en alguna torre abandonada, los anacoretas que ayunaban indefinidamente… Pero, gracias a Dios, no era mi caso. A mí me esperaba una buena comida nada más llegar, porque el tren entraba en la estación exactamente a la hora del almuerzo. Estoico, me dispuse a esperar. Por la ventana se sucedían las mismas colinas, las mismas casas de adobe, los mismos postes eléctricos inclinados hacia un lado.

3

EN LA ESTACIÓN NO ME ESPERABA ni una fanfarria ni una alfombra roja. ¡Lo peor de todo era que no me esperaba *nadie*! ¿Podéis imaginar lo sucia, lo cenicienta, lo deprimente que era la estación de Bacău en los años ochenta? Podéis estar seguros de que, por mucha imaginación que le echéis, la realidad superaba a la imaginación. Un soldado con una maleta de madera, una gitana con las trenzas prendidas con lazos rojos y dos presidiarios con la cabeza rapada eran los únicos seres vivientes en aquel andén cubierto de basura. El cuchitril de refrescos y galletas estaba, naturalmente, cerrado. No había visto yo semejante soledad desde que visioné *El guía*, de Tarkovski, y lo cierto es que me planteaba si podría avanzar sano y salvo, junto a aquellos muros de hormigón manchados de escupitajos y *graffitis* inmundos, sin arrojar ante mí una tuerca envuelta en un pañuelo blanco. Me quedé clavado en el sitio unos tres cuartos de hora, con el estómago literalmente pegado al espinazo por culpa del hambre, preguntándome todo el tiempo qué haría si finalmente no aparecía nadie. Ni siquiera tenía dinero para volver a Bucarest porque mis amigos iban a reembolsarme el dinero del billete de ida para comprarme el de vuelta. Tendría que regresar con un «verá usted, jefe», montando jaleo, con una multa a cuestas, ay de mí… Y en esos pensamientos funestos estaba cuando, por fin,

apareció al fondo de la estación, junto al caño sin agua, la silueta desvaída de Ciubotaru y su bigote de gendarme aldeano. Saqué fuerzas de flaqueza para alegrarme. Al igual que Charlot en *La fiebre del oro*, lo veía bajo el aspecto de una gallina gigante, lista para ser zampada con plumas y todo… «Tío, perdona, me he liado con el horario de trenes… Espero que no hayas esperado demasiado…» Nos besamos como hacían todos los escritores jóvenes en aquella época —parecíamos miembros de una sociedad secreta— y nos dirigimos lentamente hacia el restaurante. ¡Dios mío, qué noble sonaba esa palabra! ¡Restaurante! Al menos los restaurantes estaban abiertos también en domingo en Băcău y, aunque ya en aquella época escaseara la carne o estuviera representada por un filete sanguinolento e incomestible, supuse que al menos podrían servirnos una ensalada de col y un trozo de pan. Habría sido mejor una sopa de callos, con nata agria, ajo y un poco de vinagre, como la preparan en provincias, para sentirte como en casa, pero en fin. Tampoco habría rechazado unas salchichas fritas, crujientes, con unas patatas doraditas alrededor. No en vano llevaba más de veinticuatro horas sin llevarme nada al estómago. La bolsa de polipiel, de la que me sentía muy orgulloso, me estaba destrozando el hombro porque la había llenado a rebosar con mis libros de poesía —unos treinta ejemplares de cada título—, no para venderlos, sino para arrojárselos a la muchedumbre reunida aquella tarde en mi lectura. Para que cayera sobre ellos, como sobre la antigua Dánae, la lluvia dorada de mi poesía…

Por el momento esa lluvia me jorobaba un poco. Menos mal que mi amigo me echaba un

capote eficazmente contándome todo tipo de intrigas literarias sobre individuos de Băcău de los que no había oído hablar en mi vida y señalándome los charcos y los socavones del camino, sobre todo después de pisarlos de lleno y de mancharme de barro hasta los dientes. ¿Qué más da? Me hacía ilusiones ya con el olor de los rollitos de carne, un poco chamuscados pero comestibles en cualquier caso si la mostaza era de buena calidad. Caminé, alentado tan solo por esta ilusión olfativa, como una hora entera por el Băcau proletario, y no parecía otra cosa que un jornalero con su pelliza, sin afeitar y amodorrado por la bebida.

Pero, como en El Dorado al final de una travesía heroica, había empezado a perfilarse, entre dos quioscos (de periódicos y de lotería) el frontispicio de un local llamado (¿cómo si no?) Postăvarul[52], un lugar del que yo esperaba mucho, muchísimo. Observé que los pasos de mi amigo también se habían acelerado al vislumbrar ese letrero que parecía resultarle familiar, y ahora apenas podía seguirle el paso mientras arrastraba la bolsa por el polvo. ¡Qué hambre tenía que tener también él! Quizá tampoco hubiera comido nada debido a los nervios de mi llegada. Atravesamos ambos las puertas batientes, tan sucias de escupitajos como las paredes de la estación y nos encontramos…

… en un simple bar. Un apestoso y lúgubre bar, de taburetes altos, un mostrador con una tía asquerosa detrás y, a sus espaldas, en unas baldas de cristal, unas cuantas botellas de coñac *Dunărea, Tomis* y *Ovidiu*, del *whisky* autóctono *Ceres* y del aguardiente *Dos ojos azules*. De comida, ni rastro. Ni un triste panecillo, ni una corteza de pan duro.

—Invito yo, tío —dice Ciubotaru y se dirige ufano hacia el mostrador—. Como un señor…

También yo me encaramé a un taburete y empecé a procesar febrilmente la situación. OK, el chaval me ha traído primero a un bar, que así se hace para tomar algo de bienvenida. Estaríamos allí unos diez minutos y luego, con el corazón templado por un aperitivo alcohólico, iríamos a un restaurante de verdad en el que, en una mesa reservada, larga como una mesa de boda, nos esperaban ya los escritores locales, las autoridades, etcétera. Y luego seguiría una de esas juergas de las que hablaban en el restaurante de la Unión de Escritores Fănuş Neagu, Ahoe, Pucă y otros: lomo adobado, queso ahumado, huevos rellenos, cochinillos con la piel churruscada, muslos de capón en salsa de vino, perca rodeada de rodajas de limón, crepes con mermelada, todo ello regado con Cotnari del mejor, que para eso estaban los viñedos a dos pasos…

El novelista regresó con dos vasitos de coñac y brindamos:

—¡Salud y bienvenido!

Volvió a hacer lo mismo media hora más tarde y luego tras otra media hora; transcurrieron así seis medias horas en las que permanecí en el bar, encaramado en el taburete, vaciando un vaso mellado tras otro y preguntándome cuándo iríamos al *verdadero* restaurante. Cuando Dios quiso que nos moviéramos, me dejé la bolsa junto a la pata de la silla y tuvimos que volver, tambaleantes, a buscarla.

—Ahora vamos a la Casa de Cultura, chaval, donde tienes que leer. Es un poco pronto, pero

podemos esperar allí, seguir charlando… ¡Ya verás qué sala!

Solo en aquel instante, como si hasta entonces hubiera vivido bajo un hechizo, se me cayó el mundo encima. ¿Cómo? ¿Y la comida? Al menos la cena, que el almuerzo ya había pasado de largo… Dios mío, ¿es que no tenía intención de darme *algo* de comer?

—Pero ¿no quieres que vayamos a comer algo antes? —me atreví a decir por fin.

—Yo no tengo hambre, tío —respondió alegre Ciubotaru—. Mi mujer ya lo ha solucionado. Y además, ya sabes lo que decía Creangă: «¡La comida es solo soberbia, la bebida es lo que es!».

Conocía la cita. La utilizaba en las clases de gramática como ejemplo de proposición predicativa.

4

ANOCHECÍA CUANDO LLEGAMOS A LA CASA DE CULTURA. Ciubotaru estaba encantado y tenía ganas de hablar, yo apenas podía arrastrar los pies y la bolsa por el polvo. Estaba claro: Bacovia no podía ser de otro sitio que de Băcău, ahora lo entendía. Si hubiera vivido en cualquier otra parte, le habría resultado imposible escribir: «Como Edgar Poe vuelvo a casa, / o como Verlaine, disuelto por la bebida…». Había bebido muchísimo en aquel maldito bar, una porquería de coñac que habría acabado incluso con alguien que hubiera comido algo en las últimas veintisiete horas, así que a mí… Si no hubiera sentido vergüenza de los niños que jugaban gritando, en medio de las calles, entre nubes de polvo —porque respecto a mi amigo el literato no albergaba nada más que resentimiento —, me habría tumbado en una cuneta y habría intentado imaginar que estaba en casa, en mi apartamento de Nada Florilor, que no había cometido la locura de viajar hasta el quinto pino por aceptar la invitación de unos descerebrados. Pero, lo quisiera o no, en el vestíbulo amplio y vacío de la Casa de Cultura me encontraba de nuevo en la civilización. Sin sus ventajas, sin embargo. Las raciones minúsculas, hiperconcentradas, de los astronautas —me acordé de *2001, odisea del espacio*— me habían parecido siempre mezquinas. No merecía la pena vagabundear por el cosmos en naves y laboratorios espaciales cuando la

manduca era tan cicatera, eso por no mencionar otros placeres. Sin embargo, ahora habría devorado sus pastillas a puñados, solo que la estación espacial de la Casa de Cultura, donde nos habíamos sentado en la esquina de una mesita a la espera de los demás, no disponía de dispensadores de algo semejante. Nada, solo madera y mármol hasta donde alcanzaba la vista. Mis tripas rugían ostensiblemente por mucho que las apretara con ambos brazos.

Hacia las siete empezaron a llegar los «chicos», esos que deberían haberme esperado también en la estación, pero entre una cosa y otra… Al dramaturgo (un tipo de unos cincuenta y cinco años, gordo y canoso, con una notable voluntad de hacer chistes en cada réplica) se le había presentado un primo a comer, a los dos poetas locales se les había estropeado el coche, o tal vez solo a uno… Menos mal que habían venido ahora a la lectura… Hablaban entre ellos animadamente, como harían a lo largo de toda mi estancia. Yo era tan solo un pretexto para volver a encontrarse. Su conversación era para mí altamente instructiva-educativa. Había tenido mucha suerte, decían, porque eran ellos y no los otros los que me habían invitado ya que, de lo contrario, habría caído en manos de unos fracasados, veleidosos, truhanes, comisarios políticos, homosexuales, puteros, chivatos, ladrones de fondos públicos… los individuos que conformaban, al parecer, la vida literaria de Băcău a excepción de ellos. También en Bucarest los escritores, sobre todos los jóvenes, eran unas nulidades, unos farsantes y unos fatuos, con mi saludable excepción, por supuesto. Nos mirábamos unos a otros con cariño: ¡qué feliz

coincidencia que se hubiera reunido aquella tarde la flor y nata de las letras rumanas!

—Después de la lectura tenemos algo para ti —me susurró al oído el dramaturgo, guiñando un ojo al resto. Se echaron todos a reír:

—Déjalo, hombre, no estropees la sorpresa…

Se morían de la risa, se daban palmaditas en la espalda… Cuando, tras permanecer callado durante media hora sin que ellos se dieran cuenta, me atreví de nuevo a mencionar un restaurante, me miraron incrédulos: ¿me estaba haciendo el tonto? ¿Los estaba provocando? ¿Interrumpía su elevada conversación cultural, sobre valores simbólicos y estrategias literarias, con las vulgares necesidades de la barriga? No se tomaron siquiera la molestia de responderme y tampoco venía a cuento porque un grupo de estudiantes había entrado lentamente en el gigantesco vestíbulo oscuro y, por tanto, el público ya estaba allí.

Se trataba de tres chicas y cuatro chicos. Nosotros, en el estrado, tras la mesa, éramos más o menos otros tantos. Ciubotaru tomó la palabra en la sala desierta, siniestra, hablando con un micrófono muerto. Pronunció una larga perorata, la mitad en contra de los escritores viejos, unos aprovechados de sinecuras de todo tipo, seniles y pasados de moda, y la otra mitad a favor de la joven generación, de la que nosotros, los presentes, formábamos parte. («Sí, incluso este gran hombre de teatro aquí presente, a pesar de sus canas, porque la edad no es la del carné de identidad, sino la que sientes y la de la literatura que escribes.») La joven generación era partidaria de llevar la literatura a la calle para democratizar el lenguaje. Traía un aire nuevo y una nueva

sensibilidad a las letras rumanas. No solo el hombre de teatro era un tipo sobresaliente, también los demás éramos notables, unos más que otros. Acerca de él, el ponente dejó con modestia que hablaran otros. Y, para mi sorpresa, hablaron. Uno de los poetas se puso en pie inmediatamente (nunca podré diferenciarlos: viejas carteras de piel, barbas pobladas, falta absoluta de dientes). El público descubrió gracias a él que también el novelista era un tipo importante, uno de los escritores más sobresalientes de hoy en día. A modo de prueba, leyó íntegramente un inmenso artículo sobre él mismo, publicado en una revista de Focşani. En ella, el novelista Ciubotaru era comparado con Thomas Mann y —curiosamente— con Sergiu Nicolaescu. No tenía nada en contra de este prolegómeno, que duró más de una hora y que no habló de mí en ningún momento, aparte de una alusión a que también yo era bastante importante. Cuando callaban era peor, porque entonces mis tripas empezaban a manifestarse. Y lo hacían con sinceridad y descaro, a todo volumen.

Serían más o menos las ocho y media cuando me llegó el turno de leer mis producciones. Solo entonces encontré el momento de respiro para sacar de mi bolsa los montones de libritos que había soñado repartir entre el público. Pero ¿qué público? Dos chicas y dos chicos se habían pirado hacía rato después de cabecear un buen rato en la silla. Probablemente se habían agotado las entradas para el cine y habían pensado que podrían meterse mano allí, en las últimas filas. Flaca esperanza: había tan poca gente que cualquier movimiento se veía. Quedaban una chica con acné, que tomaba notas de vez en cuando, y dos chicos que, en la primera fila, jugaban

desvergonzadamente a los ceros, riendo a carcajadas de vez en cuando. Al final, el moderador de aquella velada literaria se vio obligado a echarlos a la calle. Así que leí para aquella chica diligente que lo apuntaba todo y para mis colegas, los jóvenes escritores de Bǎcǎu. Más bien recité de memoria pues ya no distinguía las letras del manuscrito, en parte por culpa del hambre, en parte por culpa de las bombillas mortecinas (era la época del ahorro de energía eléctrica). En el segundo poema sucedió lo inevitable: se abrió la puerta del fondo y la mujer de la limpieza empezó a gritar que saliéramos de la sala, que tenían que cerrar. No era nada sorprendente. Sucedía lo mismo en el Cenáculo del Lunes, en Preoteasa. Nos fuimos con el rabo entre las piernas; mis amigos maldecían entre dientes a la víbora anticultural de la limpiadora. Apesadumbrado, recogí mis libros, los embutí en la bolsa y salimos al vestíbulo. Había leído exactamente cinco minutos.

En el vestíbulo se cumplió una parte de mi sueño. La chica con las mejillas y la barbilla salpicadas de granos —¿qué digo granos? ¡Eran unos forúnculos de tomo y lomo!— se acercó, tímida, a pedirme un autógrafo.

5

CUANDO SALIMOS, YA HABÍA CAÍDO LA NOCHE. No había estrellas, probablemente no salían nunca en el cielo de Băcău. «En los arrabales, la noche más oscura parece», me vinieron a la cabeza los versos del gran poeta local, después de que, arrestado por unos amigos más dicharacheros que nunca, nos hubiéramos perdido por un laberinto de callejuelas. De una casa inclinada salió una mujer para arrojar a la alcantarilla una palangana de agua de fregar. En un jardín, dos pensionistas jugaban a las tablas reales a la luz de las velas porque la luz eléctrica parecía cortada en aquella zona de la ciudad. En el interior de las casas había también velas, que se movían fantasmagóricamente de una habitación a otra. A esas alturas ya no albergaba esperanza alguna de encontrar un restaurante abierto. Ahora estaba seguro: me iba a dejar los huesos en este valle de lágrimas. Ni siquiera era capaz de cargar la bolsa: la arrastraba por el suelo, animado por los golpecitos en la espalda de los poetas locales, todos el doble de altos que yo: «¡No te preocupes, que no falta nada!». Pero faltaba, vaya si faltaba… Los muchachos se felicitaban por el éxito de la velada, que les había servido para marcar otra equis en la agenda de su asociación. Y tampoco había salido tan mal: ¡con el invitado precedente, un desgraciado de Cluj, no había venido nadie! Comparado con él, yo había obtenido, al parecer,

un éxito colosal. A partir de aquí empezaron a echar pestes del autor de Cluj: una nulidad, al fin y al cabo. Él no había soñado que lo invitaran a Băcău. Pasamos junto a unos tres restaurantes, todos cerrados. ¿Para qué iban a estar abiertos un domingo, sin luz, sin gas, sin carne, sin nada? Al divisar una tienda en la que decía Țesături leí, como en una alucinación, Țe Sături[53] y el corazón me dio un vuelco: ¿sería una cantina con un nombre tentador? Pero, cantina o tienda de tejidos, tanto daba porque, como todo lo demás, estaba también cerrado…

Pensaba que caminaríamos toda la noche y cabeceaba ya al andar, cuando de repente la pandilla se detuvo entre gritos de satisfacción: habíamos llegado a puerto. Mejor dicho, a un puerto intermedio que se presentaba bajo la forma de un automóvil ARO requeteviejo, aparcado en un solar detrás de un cobertizo cubierto con tela asfáltica. El coche estaba tan sucio de barro y de polvo que parecía petrificado allí desde una era geológica desconocida. El dramaturgo resultó ser el feliz propietario de aquel trasto, cuya puerta delantera abrió con evidente orgullo. Abrió luego el portaequipajes, donde aplastó mi bolsa sobre una bombona que apestaba a gas y sobre unas botas agujereadas. En el coche olía aún peor. Era una mezcla de tufos de toda procedencia; entre los que se pueden mencionar destacaban el de col fermentada, el de vino agrio, el de trapos sucios y, sobre todo, el de sudor viejo. Conseguí resistir solo después de arquearme dos o tres veces deprisa, hipando y agarrándome el estómago. Menos mal que no tenía nada que vomitar. Comprendí que a veces la inanición viene bien, dependiendo de las ocasiones.

Y el coche partió hacia la noche, sin que yo supiera cuál era nuestro destino. El plan permanecía bajo el sello del secreto. De mis amigos no podía sacar una palabra, se hacían los misteriosos.

—Je, je, no olvidarás nunca esta noche: te vas a llevar un montón de sorpresas, tío, a cual más gorda —susurró Ciubotaru atusándose el bigote.

—¡Sobre todo una que yo me sé! —añadió el dramaturgo y se echó a reír histérico; se le sumaron también, desdentados, los dos poetas locales—. ¡Cerrad el pico! —dijo el dramaturgo, enfadado, volviéndose hacia ellos, pero tampoco él pudo reprimirse.

Se morían de la risa y sus carcajadas sacudían incluso el coche. No me cabía duda de que había caído en manos de unos maníacos peligrosos, pero el estómago me dolía tanto que me daba lo mismo. Que se detengan en medio del campo y que me den una paliza, al menos acabaré de una vez por todas. Pero fue incluso peor.

Cuando el dramaturgo, que conducía como un loco atajando en las curvas y sin pisar el freno en ningún momento, empezó a volverse hacia nosotros cada vez más a menudo y a quedarse así, de espaldas a la carretera, unos cuantos segundos, incluso aquella pandilla tan dicharachera enmudeció. Eso es lo que buscaba él por lo demás, ya que comenzó de repente a recitar sus obras de teatro en mi honor (los demás las habían ya escuchado en incontables ocasiones y se acurrucaban abatidos en las esquinas de la cabina procurando no oír nada). Era absolutamente grotesco. Imitaba la voz retumbante del galán, luego la voz estridente de la protagonista, la ronca

de un personaje secundario, el balbuceo de otro secundario y de nuevo desde el principio, réplicas estúpidas, mostrencas, sin pizca de gracia… A veces la risa le impedía seguir recitando, otras veces se le llenaban los ojos de lágrimas… Cuando, después de dos horas de conducción suicida, en mitad de la noche, el dramaturgo detuvo bruscamente el coche en la frase final de la obra, como si hubiera calculado sabiamente la duración, todos empezaron a aplaudir, felices por haber escapado con vida de aquel doble peligro.

Estábamos en medio de la más absoluta oscuridad. Descendimos siguiendo los haces de luz de los faros que, además del camino, iluminaban un par de árboles espectrales. A nuestro alrededor, un campo despejado hasta donde alcanzaba la vista. A unos doce metros, una cruz de piedra. Un silencio siniestro, como de tumba, que te hacía hablar en susurros. Cuando los faros se apagaron, nos envolvió una oscuridad tan densa que podía cortarse con cuchillo. Los alegres muchachos encendieron sus mecheros y, con ellos, los cigarrillos. Permanecieron así como un cuarto de hora, apoyados en el coche y fumando en silencio. Luego se dirigieron a mí amenazadores (eso me pareció entonces).

—¿Reconoces la cruz? —me preguntó uno de los poetas con un brillo siniestro en la mirada.

No entendí si su pregunta tenía como objetivo desvelar mi falta de fe y mi negación cínica de los símbolos cristianos, o si se refería a aquella cruz concreta que teníamos enfrente.

—¿Cuál, esa? —mascullé.

—¿Cuál va a ser? —intervino Ciubotaru—. Chaval, esta es la primera sorpresa que te hemos

preparado. Vamos más cerca.

Nos acercamos, bajo un cielo solo levemente más claro que el suelo, al monolito de piedra destinado a ser, pensaba yo, mi piedra de sacrificio. Ciubotaru encendió el cigarrillo. Iluminó la cruz, sobre la que ponía algo ininteligible, de arriba abajo. Después, en medio del silencio solemne de los otros, pronunció con emoción:

—¡Estamos en Mărăşeşti, hombre!

—¡Aquí, ante nosotros, tuvo lugar la gloriosa batalla de la primera guerra mundial, aquí retumbó por primera vez el famoso lema *Por aquí no pasarán*! —dijo emocionado el otro poeta—. ¡Guardemos un momento de silencio por los héroes caídos en esta tierra!

Y todos permanecieron callados un buen rato, en actitud contemplativa.

6

¿ES QUE ERAN IDIOTAS? ¿Me habían transportado dos horas en aquel ARO miserable, que olía a rayos, me habían torturado con el texto de un drama sin pies ni cabeza mientras mi estómago aullaba de hambre, solo por mostrarme el lugar de la batalla de Mărăşeşti, en el que no se distinguía absolutamente nada aparte de los nombres de unos cuantos héroes? ¿O es que me habían tomado por tonto? Pero no, siguieron una hora más con un curso de educación cívica, con la historia de las batallas, con los famosos calzones, interviniendo por turnos o todos a la vez, para que comprendiera yo qué milagro había sucedido allí, de qué virtudes está dotado nuestro pueblo desde que nace. Si incluso molimos a palos, en calzoncillos, a aquellos alemanes dirigidos por Maneken Pis o como quiera que se llame… Mientras ellos peroraban, yo no podía dejar de pensar en una canción tontorrona de mi infancia, que canturreé durante una hora entera, mientras estuvimos allí, para olvidarme del hambre: «Los espartanos en la batalla / Peleaban solo en saya / Pero ahora no hay trabajo / Y se tocan el badajo»… A aquellas alturas llevaba treinta y seis horas sin comer.

Después de este momento literario-musical, embarcamos de nuevo hacia el siguiente punto del itinerario, tan misterioso como el primero.

—¡Que no me lleven también a Mărăşti o a Oituz, porque empiezo a gritar! —me decía yo sin saber qué me esperaba. El dramaturgo parecía haber perdido el juicio al volante. Nos mecíamos en todas direcciones como pasajeros de un velero borracho. Cuando frenaba, caíamos unos sobre otros.

—¿Adónde vamos ahora? —pregunté a media voz haciéndome el indiferente, pero una risotada me cogió desprevenido.

—¡Je, je, a por la segunda sorpresa, chaval!

—Vamos a Mo… a Mo…

—A moj… —gritó uno de los poetas agarrándose las tripas y rodando al suelo del coche.

Ciubotaru me agarró del hombro, me miró a los ojos de hombre a hombre y me dijo tiernamente:

—No te enfades con ellos, que están felices porque estamos juntos y porque todo está saliendo según lo programado… Dejémonos de tonterías, vamos a Moineşti, hombre.

—Ajá, a la ciudad natal de Tzara —sonreí yo—. ¿Hay alguna casa memorial por allí?

—Sí, memorial —me dijo el dramaturgo con una risita cínica—. ¡Precisamente eso es lo que hay, una casa… memorial!

—¡Y qué memorial!

—¡Ja, ja, ja, ji, ji, ji! Sí, Tzara, Tzara[54]… —canturreaban todos entre dientes—. Hey, hey, como es buena campesina, le gustan los mozos…

Renuncié a entender algo. Toda aquella noche era una película mala proyectada en un cine

cerrado. No tenía adónde ir.

Entramos en una ciudad sumida en la oscuridad. Dimos vueltas por algunas calles completamente lóbregas. Los bloques de casas de obreros se distinguían apenas como unos monolitos negros, pegados unos a otros. Un perro aullaba a muerto en quién sabe qué patio. Finalmente, nos detuvimos delante de uno de los bloques. Los chicos se apearon y se estiraron. Entramos en el portal del edificio, se nos cortaba el aliento en el frío de la noche.

—Vamos a ver… ¿se habrá acostado?

—¿Quién? —pregunto yo, pero nadie me hace caso.

A la luz del mechero, Ciubotaru llama suavemente a una puerta de la planta baja.

—Espera, que no es esta. Hemos entrado en el otro portal.

Salimos en tropel y entramos en el portal contiguo, tan sucio como el primero. También aquí olía a algo ácido, a basura.

—¡Liliaaaanaaaa! —gritaban bajito los poetas.

—¡Lilicaaaa! —fingía gritar también el dramaturgo.

No podía más. Me armé de valor y agarré al novelista de la solapa.

—No te muevas. Dime qué está pasando aquí. ¿Adónde vamos?

Ciubotaru sintió que la broma había ido demasiado lejos. Tenía que darme una explicación.

—Entrad vosotros, que os seguimos enseguida —les dijo a los demás mientras nosotros nos

retirábamos hacia el panel de los buzones.

El fuego del mechero rugió de nuevo y vi, junto a mi rostro, el bigote conspirativo del escritor.

—Verás, hombre… Aquí vive una chica muy guapa, se llama Lili. La conocemos todos porque solía venir al cenáculo… Que sepas que lee, no es una chica tonta… Y cuando decidimos invitarte… ¿qué se nos ocurrió? El chaval es joven… escribe bien… poemas de amor… esas cosas… ¿entiendes?

Una extraña sospecha se coló en mi alma:

—¿Me habéis traído de putas? —le pregunté con un tono glacial.

El prosista permaneció en silencio, tragó en seco y solo un rato después recuperó la voz. En la oscuridad del portal, alargada temblorosamente por la llama del mechero, nos mirábamos a los ojos, a la hora de la verdad, como Dimitri Karamazov y el padre Zosima.

—Venga, no te lo tomes así… Quédate aquí, calentito, y nosotros seguimos nuestro camino. Te recogemos mañana al mediodía. Ya verás tú cómo te apañas con la chica. Si quieres hacer algo, bien, y si no… Estáis en la cama y os recitáis poemas. Todo está pagado de antemano, ¿sabes?, puedes hacer lo…

—Mira, yo no me quedo aquí con la tipa esa.

—Pero ¿por qué, hombre? Está todo arreglado…

—Que no me quedo. Me vuelvo al coche. ¡Llevadme otra vez a Băcău!

Ciubotaru analizó la situación durante un instante.

—De acuerdo —dijo—, no te quedes, estás en tu derecho. Te digo yo que no volverás a estar con una tía así en tu puñetera vida. Ten en cuenta que lee… me ha leído incluso a mí… Pero como tú quieras. Entremos solo un poco a calentarnos, nos tomamos un cafetito… ya verás qué maja es Lilica. No tienes que…

Y me agarró de la manga mientras me arrastraba con una fuerza inesperada hacia la puerta pintada de verde, sin mirilla, tras la que hacía un momento habían desaparecido todos los demás.

Era un apartamento de confort cuatro (creo que eran los peores) que apestaba a veneno de ratones, iluminado por un quinqué de pueblo, de esos de cristal y espejo, colgado de la pared con un clavo. Un crucifijo con un Cristo verde, fosforescente, iluminaba levemente un rincón. Tres cuartas partes de la estancia estaban ocupadas por un diván grande en el que descansaba, cubierta por una sábana hasta la cintura y apoyada sobre los codos una… en fin, una joven que vestía un albornoz con motivos orientales, abrochado con calculado descuido. La luz pelada de la lámpara de pared ponía en evidencia su cutis miserable, los granos alrededor de la boca y en el pecho, de tal manera que parecía la hermana gemela de la chica con el cuadernito de notas de la Casa de Cultura. Tenía el pelo teñido de un color rojizo, recortado sobre la manta acolchada, con tigres, que servía de tapiz en la pared de detrás. Cuando entramos, Ciubotaru dijo ceremoniosamente «mis respetos», y los poetas y el desbordante dramaturgo nos hicieron amablemente sitio en el borde de la cama, donde estaban todos sentados. En la habitación había

también un sillón que se había adjudicado el novelista.

Sobre el baúl había un jarrón del que sobresalían unas plumas pintadas de rosa y unas cuantas muñecas con vestidos de seda basta. También en el arcón estaban tirados, con una estudiada indiferencia, los dos únicos libros de la chica que «leía y que solía venir al cenáculo». Me eché a reír como un histérico: ¡esos libros eran *Faros, escaparates y vitrinas* y *Poemas de amor*! Mis pobres libros publicados hasta entonces…

7

¿CÓMO NO IBA A ECHARME A REÍR? Me acordé de inmediato de la famosa anécdota que se contaba de Victor Eftimiu, para que veas cómo se repite la historia, primero como farsa y luego como drama, por así decir… Dicen que Eftimiu, en el periodo de entre guerras, solía visitar de vez en cuando la Cruz de Piedra[55]. Frecuentaba invariablemente a una chica que conocía bien lo que más le gustaba al maestro… Una noche llega, como de costumbre, a la habitación de la jaca; ella se arrodilla ante él, le desabrocha la bragueta y procede a realizar su trabajo. De repente, Eftimiu se echa a reír a mandíbula batiente, no puede parar. La chica se detiene y le dice asombrada:

—¿Sucede algo, maestro? ¿No le gusta cómo lo estoy haciendo?

—No, no es eso, no te enfades, lo haces estupendamente…

—¿Y entonces?

Eftimiu le responde entre lágrimas de risa:

—Mira, es que veo que tienes un libro mío en la mesilla…

Ofendida, la chica le responde:

—¿Qué pasa, maestro? ¿Cree usted que por ser puta no tengo alma y que no puedo leer?

—Claro que sí, querida chiquilla, no es eso… Es que nosotros, cuando éramos críos, solíamos escribir por las paredes: «¡La p… del escritor en la boca del lector!».

El novelista con bigote de ferroviario se inclinó hacia los demás y les susurró algo señalándome a mí, como en las antiguas comedias. Estaba claro: les puso al corriente acerca de mi decisión de no quedarme con la «señorita». Se notaba en sus rostros súbitamente animados, en la forma como pugnaban en silencio por arrimar más el trasero a los muslos de la chica cubierta por la sábana. Esta se levantó en un determinado momento, bajó de la cama a cuatro patas pasando entre los dos poetas barbudos (una ocasión para verle las bragas, aunque es cierto que solo por un instante porque, al ponerse en pie, se arregló con decencia el vuelo del albornoz) y salió de la habitación por detrás de una cortina. Desde allí llegaba el tintineo de tazas y vasos, se oía el agua correr con un largo quejido… Al quedarse solos en la habitación, los escritores de Băcău se desmandaron. Discutían entre susurros, pero muy acalorados, la cuestión de quién iba a quedarse con Lili. Agotados los argumentos («Eres imbécil, ¿qué va a decir tu mujer?» «¿A ti qué cojones te importa mi mujer? Hoy me quedo yo, que tú te quedaste la otra vez, cuando vino el de Cluj…»), empezaron a zarandearse, a insultarse… Lili entró entonces con una bandeja de cafés justo cuando los poetas se acababan de enzarzar en su pelea. Se quedaron clavados así, ante la mirada de la joven, como en un cuadro alegórico. Luego comenzaron a bromear.

… Y nos tomamos aquel brebaje en un silencio pensativo. Ciubotaru intentó juguetear con Lili, que

había vuelto a meterse en la cama y que se reía como si le estuvieran haciendo cosquillas… Fui presentado, por supuesto, como el gran poeta de Bucarest —que casualmente no se sentía demasiado bien en aquel momento— y yo me preguntaba si no tendría también, para acompañar al café, alguna rebanada de bizcocho o, al menos, una corteza de pan… Las cucarachas campaban a sus anchas por la alfombra. El olor a matarratas era intenso y, probablemente, muy excitante para determinadas sensibilidades (pues cada uno de los poetas había reivindicado ya una pierna de la muchacha y la acariciaban hasta arriba, sin pudor, por debajo de la sábana) cuando, inesperadamente, se oyó un profundo gemido, como el de alguien que entrega su alma. Todos lo habían sentido y, dando un respingo, aguzaron el oído.

—Hermanos, me muero… Me muero, hermanos… el corazón… —murmuraba el enorme dramaturgo con la mano en el pecho.

Me puse en pie de un salto, lo sujeté por la nuca y me esforcé por desabrocharle el cuello de la camisa… ¡Qué desgracia! ¡El pobre hombre tenía que sufrir un ataque precisamente ahora! Lo tumbé en la cama, con la cabeza sobre el regazo de Liliana, mientras intentaba recordar cómo se presiona el tórax con ambas manos, cuando me di cuenta de que yo era el único que había saltado a ayudar a aquel desgraciado. Los demás no habían movido el trasero y se carcajeaban como en el circo.

—¡Eh, venga, que le está dando un ataque! ¿Qué hacemos con él? —farfullé.

—Sí, pobrecito, otro ataque. Siempre que visitamos a Lili le da un ataque al corazón solo para que lo dejemos con ella…

—Sí… —dijo entre dientes el moribundo—, dejadme con Lili, hermanos… tened piedad de mí… ay de mí, el corazón…

Lili se reía también como la tonta del bote:

—Vamos, levántate, estúpido, que no merece la pena…

Pero el hombre de teatro metía cada vez más la cabeza entre los muslos de la chica, como si escarbara en busca de algo con aquel cogote triple:

—Venga, ahora que va en serio, no me siento bien… vamos, solo esta vez…

—Que no, hombre, lo echamos a suertes para ser justos. Qué cojones (perdón, Lili), al fin y al cabo está pagado…

—Si es que hemos hecho la tontería de pagar por adelantado… —intervino otro de los poetas. Empezó de nuevo la bronca, los agarrones…

Lili los observaba increíblemente aburrida. Los dejó parlamentar durante un rato y luego, malhumorada, hizo de repente un gesto autoritario con la mano, lo que nos brindó la ocasión de ver sus uñas largas con la laca desconchada:

—Se acabó, hombre ¿qué es eso de discutir tanto? Mirad, en serio, ponéis cincuenta *lei* cada uno y os quedáis todos, ¡qué coño!

Las cosas tenían un límite. Me puse en pie y me dirigí hacia la puerta con paso firme mientras los poetas rebuscaban en los bolsillos y el dramaturgo, recuperado de su ataque, sopesaba la propuesta

de la chica con la cabeza entre sus tetas. Salí al rellano de la escalera dispuesto a dejar mi cadáver en algún solar de Moineşti antes que volver a vérmelas con aquella pandilla de locos.

Fuera hacía un frío polar. Me vi obligado a permanecer en el portal del bloque, a oscuras. Nunca me había sentido tan desfallecido. Me senté debajo de los buzones y esperé. Era la última noche de mi vida. Muerto de hambre, sin un céntimo, en una ciudad desconocida perdida en el quinto pino. Sobre las tres o las cuatro de la madrugada. Delante de la puerta de una putilla bubosa. En el apartamento se oían gritos y juramentos. Aquellos tíos estaban armando bronca de nuevo. Finalmente resonó, por encima de aquel jaleo, la voz de contralto de la chica lanzando unos juramentos y unas palabrotas que te machacaban los oídos. La puerta se abrió de repente y el ruido subió unos cuantos decibelios; el grupo de escritores salió afuera, ahuyentado por los puñetazos y las patadas de la graciosa inquilina.

—¡A tomar por el culo! ¡Si no podéis poneros de acuerdo, yo no pienso perder el tiempo a estas horas!

Cuando me vieron, casi desmayado sobre las baldosas, me rodearon arrepentidos:

—Chaval, a veces pasa… Esta vez no hemos acertado. Pero lo de Mărăseşti ha estado bien, ¿no?

Me ayudaron a levantarme y un minuto después estábamos de nuevo en aquel ARO apestoso en el que el aire se había convertido en hielo. Los chicos se mostraban ahora abatidos y desencantados.

—¿Regresamos a Băcău? —pregunté agotado.

—No, hombre, tenemos una sorpresa más… no te lo imaginas… —me dijo el novelista.

Me apoyé en la puerta para saltar del coche.

8

—JA, ES QUE TÚ NO TIENES NI IDEA de lo que significa organizar un acto cultural… cuánta responsabilidad supone, hombre… El invitado tiene que quedar satisfecho, llevarse una imagen indeleble del evento. ¡Nuestro cliente manda! Si algo falla, tienes que tener otro as en la manga. ¿Que ha fallado el plan A? ¡Pasamos al plan B! Ya nos habíamos planteado que tú, un chico formalito de Bucarest, no ibas a morirte por Lilica. ¿Qué haríamos en ese caso? ¿Volver a casa con el rabo entre las piernas para que nos maldigas? No, chaval, pasamos al plan B, como te decía. ¿Qué decís, chicos? ¿Tenemos preparado un plan B o somos unos cagaos que no saben organizar actividades culturales?

Los poetas y el dramaturgo —que ahora rebosaba salud— respondieron con ambigüedad pero entusiastas:

—Síiiii, ¿cómo no?

El brebaje de Lili me había rematado del todo. Habría intentado echar una cabezada pero aquello me había irritado aún más el estómago, vacío y limpio como el de una muñeca de plástico, y ahora me daba unas punzadas terribles. Me acordaba de García Márquez, que durante el día fregaba platos en un bistró parisino y por la noche escribía «para olvidar el hambre». También yo habría escrito hasta el amanecer, si hubiera tenido

las condiciones necesarias… ¿Cómo demonios se llamaban esos tipos del *Infierno* de Dante a los que dejan morir de hambre? Esos que, atrapados en el hielo, roían el cogote del que los había encerrado en la torre. Pensé por un instante, con apetito, en el triple cogote del dramaturgo: ¡qué tocinillo gustoso asomaba bajo el pelo lleno de caspa! El coche devoraba los kilómetros; ante sus faros solo brotaban los mismos árboles lívidos, a veces atravesábamos pueblos sumidos en la más absoluta oscuridad… Hacía ya un buen rato que no sabía ni dónde estaba ni quién era, cuando nos detuvimos ante unos portones blancos junto a los cuales había una gran máquina de asfaltar. Tardaron más o menos un cuarto de hora en abrirnos y, entre tanto, el chofer no dejó de tocar el claxon. Vino una señora de la limpieza o una cocinera, en bata y con el pelo alborotado, que nos abrió sin decir una palabra; el coche entró en el patio amplio de una mansión pequeña, recién encalada. Descendimos justo delante de la casa.

—¿Ya conoces esto, chaval? ¿Sabes dónde estamos?

No tenía ni idea.

—En Tescani, hombre. Tiene que sonarte. Aquí estuvieron Enescu, Mihail Jora… Ya verás, tienen incluso un violín de Enescu. ¡El único en el mundo, hombre! Pensamos que te gustaría verlo…

¿Qué diantre estábamos buscando en Tescani, hacia las cinco de la mañana, en aquella noche que no terminaba jamás? ¿Qué había en la mente de aquellos individuos con los que me había visto liado por una crasa estupidez? ¿Qué me importaba a mí el violín de Enescu cuando llevaba cuarenta horas sin comer? ¿Cuando apenas me

tenía en pie? ¿Cuando solo quería llorar de rabia e impotencia? Que se metan el violín de Enescu por el culo, me decía, con todos mis respetos por el gran músico. Pero recuperé mis mejores sentimientos cuando de la boca de Ciubotaru salió un angelito:

—Vamos antes al comedor, que ya es hora de zampar algo —dijo, y dobló la esquina del edificio sin pararse a mirar si nosotros, los demás, íbamos tras él. Tampoco era necesario, pues lo seguíamos como unos tiernos corderitos.

¡Por fin iba a comer, no me lo podía creer! Ya estaba resignado a caer desmayado por ahí y acabar con el suero inyectado en vena, si es que las ambulancias se aventuraban por aquellos descampados. Recordé de nuevo la imagen sardanapálica de Băcău: el banquete iba a tener lugar aquí, en Tescani. Aquí nos esperaban las fuentes llenas de salchichas y chuletas, gruesas tajadas de cabeza de jabalí, pálidas morcillas con aroma a hígado de cerdo… Aquí estaban las ollas de *sarmale*, las montañas de mămăliga coronadas de nata fresca, queso de oveja picante y curado, cestos de pan dorado y esponjoso, con la corteza crujiente y olor a horno… Se me hacía la boca agua y, por unos instante, la alucinación de unos aromas intensos y entremezclados (carne guisada, pollo en salsa, sopa de albóndigas… bizcochos con semillas de amapola y pasas, tarta de nata y chocolate…) me inundó por completo. Pero, de hecho, todavía no olía a nada que no fuera frío y soledad.

Un par de bombillas iluminaba la parte lateral del edificio por donde se accedía al comedor. Nos arremolinamos en un pequeño vestíbulo y probamos con una de las puertas.

—¡Mierda, está cerrada! —tuvo que admitir Ciubotaru.

—No puede ser, ¿es que se han vuelto locos? ¡Les hemos dicho que veníamos!

—Pero no a las cinco de la mañana —remató, estoico, el dramaturgo.

Tras los cristales de las ventanas no se veía nada: oscuridad total. Salimos y nos preguntábamos qué podíamos hacer, cuando apareció la cocinera y nos explicó la situación. La llave del comedor se había extraviado por ahí y no había forma de encontrarla en medio de aquella oscuridad. En cuanto amaneciera intentaría ver dónde estaba. Pero que fueran los chicos a la cocina, que allí tenía algo de comer aunque no era gran cosa…

Volvimos a rodear los edificios encalados y llegamos a una cocina sórdida con unos cuantos fogones de hierro fundido. Nos sentamos en unos bancos en torno a una mesa con un mantel de hule quemado y cortado, y la mujer nos trajo algo de comer. No era gran cosa, es cierto. El festín de aquella noche consistiría en un solo plato: setas. Una cazuela enorme, como de cantina militar, con el esmalte mellado, llena hasta la mitad de un guisote de setas, pero no de esas que sirven en los restaurantes, los *champignons* con la forma de las setitas de cartón que recortábamos en la escuela, sino unas bolas arrugadas y negras que solo compartían el nombre con las setas y que flotaban en una salsa marrón. Champiñones, hongos, quién sabe, tampoco la mujer supo aclararlo. Los recogían los niños en el bosque y los vendían en las cunetas de las carreteras. Ya no le quedaba pan, lo sentía mucho… De hecho, no tenía nada de

nada de nada… Ni sal, ni pimienta, nada de beber aparte de agua del grifo.

Y ponte a comer setas, chaval, a palo seco, hervidas, en unos platos de estaño. Yo sé que me comí por lo menos dos kilos. Me habría zampado hasta la cuchara. En mi vida había estado más hambriento y, alabado sea Dios, no volvería a estarlo jamás. Ni siquiera recuerdo su sabor. Mis amigos engullían también en silencio, aturdidos por el agotamiento. No nos levantamos de la mesa hasta que no desapareció la última miguita arrugada y negruzca de la cazuela que solo ahora, vacía, mostraba su inmensidad. Le dimos las gracias a la mujer, que había permanecido, amable, junto a nosotros y nos dirigimos, torpones, apenas resollando, hacia los dormitorios. A mí, en calidad de huésped, me dieron la llave de los apartamentos independientes, en la parte derecha del edificio; allí encontré habitaciones y camas a discreción, ya preparadas y con olor a limpio. Habían hecho fuego en las estufas y podía elegir el nido que quisiera. Cerré la puerta con llave, me desvestí y me escurrí entre las mantas. Durante un rato conseguí dormir. Bajo mis párpados daban vueltas las carreteras oscuras con árboles lívidos. Finalmente, sin embargo, mi mente se hundió en la nada.

Aquella noche me visitó Maruca.

9

APENAS RECUERDO LOS MIEDOS DE MI INFANCIA. Más o menos a los cinco años soñé con un oso gigantesco, en dos patas, dispuesto a devorarme. Salté de la cama gritando y eché a correr por la casa oscura. A través del cristal vi luz en el baño y empujé la puerta, desesperado, para encontrar a mi madre. La pobre lavaba la ropa a las cinco de la mañana, antes de que nos levantáramos. Era tan alta que llegaba hasta el techo de aquel baño pequeño y sus manos estaban llenas de la espuma del jabón verde hecho en casa —como una piedra sucia—, con el que estaba lavando. Otra vez, cuando salimos por la ciudad, perdí de vista a mi madre y, abandonado en los escalones de un quiosco de periódicos, sentí cómo se disolvían todas mis entrañas: estaba solo y perdido en el vasto mundo. Aullé como si me escaldaran hasta que mi madre salió de la mercería donde había entrado un momento. Sin embargo, mi pánico más terrible estuvo ligado, desde que aprendí a leer, a los fantasmas. Semana tras semana compraba, religiosamente, los fascículos de la colección «Historias científico-fantásticas». Iba a buscarlas hasta el fin del mundo, al otro lado de la avenida, más allá del supermercado, a un quiosco legendario, circular y abarrotado de periódicos y revistas. Aunque trepaba al escalón, mi nariz apenas llegaba al mostrador. Entregaba el dinero y salía pitando para casa con el fascículo, que tenía

una portada míríficamente ilustrada y unos títulos que no olvidaré jamás: «Oriana, yo y los Gemmi 1, 2, 3», «Un mundo desaparecido», «Los xipehuzos», «Sale el sol en Umbriel»… Uno de los números se titulaba «El castillo de los fantasmas» (del ingeniero Edmond Nicolau) y me había aterrorizado. Se trataba de un castillo habitado. Por la ventana se colaba una forma vaporosa que avanzaba hacia el adolescente tan paralizado por el pánico que terminaba por desmayarse. Aunque al final te ofrecían una explicación científica —era algo increíble: la niebla que entraba en las habitaciones y la sugestión—, durante varias noches seguidas no conseguí conciliar el sueño hasta el amanecer, enloquecido por la posibilidad de que también a través de mi ventana, abierta o no, se colara una forma vaporosa. Todavía hoy en día duermo con la cabeza cubierta con la manta.

No sé qué viví aquella noche en Tescani. Como dijo san Pablo: si sucedió en el cuerpo o fuera del cuerpo, Dios sabrá. Si fue sueño, realidad o hiperrealidad, Dios sabrá. Cuando me acosté en aquellas sábanas limpias, en la oscuridad y el silencio total de Tescani, yo solo quería quedarme dormido cuanto antes. Había comido muchísimo, pero solo esas setas que me habían sentado mal y que sentía en la barriga como un pedrusco. Más adelante me pregunté si la fantástica alucinación no se debió a algún alcaloide de las setas, si no fue un sueño artificial provocado por drogas psicodélicas. En la tundra *inuit*, los campesinos consumen una determinada seta, la *amanita muscaria*, y se intercambian la orina y la beben para no desperdiciar ni una gota de droga. Por otro lado, yo ya había vivido otras experiencias extracorporales: como consecuencia de un

ataque de lo que yo creo que fue «epilepsia morfeica neoconvulsiva del lóbulo parietal izquierdo» (según Arseni), me levanté una mañana de la cama y vagué por la habitación, inundada por un sol rojo increíblemente melancólico… Llegué hasta el salón y contemplé la cama de mis padres en la que, en aquel momento, dormía solo mi madre, envuelta en las sábanas como una estatua etrusca. Luego regresé a mi cama y apenas entonces me desperté de verdad: me enteré de que mi padre se había levantado antes del alba porque tenía que partir de viaje, algo que yo no podía haber sabido de antemano en ningún caso. Desde ese día (a lo largo de los años ha habido otras experiencias de ese tipo) no he puesto en duda que a veces salgo verdaderamente de mi propio cuerpo. Pero no conservo en la memoria, ni en ninguna de mis experiencias, nada comparable a la sensación que viví aquella noche en Tescani, cuando me desperté al oír, en medio de la oscuridad más absoluta, el crujido de una puerta, cuando vi un rayo de luz cortante como un cuchillo, cuando, con los ojos abiertos y completamente aturdido aún por el sueño, me esforcé con toda mi alma por recordar dónde estaba y cuando la vi entrar, desnuda y delgada, en mi habitación que, recuerdo, tenía la puerta cerrada con llave. La mujer se dirigió hacia la cama contigua, hacia donde antes no había cama alguna, pero donde ahora… dormía yo, de espaldas, respirando tranquilo, yo, corpóreo, tangible, con la piel húmeda por el sudor, con los músculos más luminosos o más oscuros según cómo cayera sobre ellos la luz que entraba por la puerta. Había una luz dorada-rojiza, como de fuego, pero más uniforme y más difusa. Y durante unos largos minutos —me era imposible medir aquel tiempo en

que mi conciencia, la única medida del tiempo, estaba totalmente abolida, fascinada, absorbida por las cosas y las superficies— contemplé cómo la mujer lo despertaba (me despertaba) con movimientos delicados, sin prisa, cómo se escurría a su lado (a mi lado) debajo de las sábanas, cómo los cuerpos comenzaban a moverse, a buscarse… Aquel joven era completamente independiente de mí pero todos los detalles de sus rasgos eran míos, cada lunar y cada grano de la frente, el resto, sin embargo, era corporal y ajeno, habría podido tocarlo si no hubiera estado totalmente paralizado —no es que no pudiera moverme, es que era como si nunca hubiera tenido un cuerpo y como si la idea de moverme me resultara incomprensible—. Me veía a mí mismo haciendo el amor con aquella mujer sin sentir nada de lo que estaba sucediendo bajo las sábanas de la cama (inexistente) de al lado. Y, sin embargo, aquellos dos estaban profundamente en mí como si, de hecho, todo estuviera en cierto modo en mi interior, como si me hubiera transformado de hombre en mundo, un mundo estrecho como aquella habitación a oscuras en la que él (yo) y ella se agitaban bajo las sábanas arrugadas. Luego —si es que hubo continuidad— ella se levantó y, contemplando una vez más al muchacho soñador acostado en la cama, desnudo hasta la cintura, salió de la habitación, en la que se reinstauró una oscuridad total.

De esta oscuridad me desperté al día siguiente con el recuerdo intenso, límpido, de algo no soñado, algo más bien vivido pero tampoco vivido de verdad, algo para lo que no tenemos lenguaje ni tampoco sentidos, algo percibido, quizá, directamente con el cerebro. Por supuesto, la

puerta estaba cerrada con llave, tal y como la había dejado por la noche; por supuesto, en la habitación solo había una cama, esa en la que yo había dormido. Ningún perfume extraño flotaba en la habitación, no había ninguna flor seca abandonada en la almohada. Me vestí y salí al pasillo helado (¡qué calorcito tan rico hacía en la habitación!), me lie un par de veces con el camino hasta que di con el comedor que, por fortuna, esta vez sí estaba abierto. A través del cristal de la puerta divisé los rostros taciturnos de los amigos de Bǎcǎu que, más aplicados que yo, comían ya unos platos gigantescos de huevos con tocino y costilla frita. Entré y enfilé hacia ellos; empezaron a gritar y a hacer gestos con la mano:

—Eh, hola, ¿has dormido bien?

Entonces sentí, de repente, que me volvía loco, que se me helaba la sangre en las venas: en la pared de enfrente colgaba un cuadro grande en el que, a tamaño natural, estaba representada, con un rico vestido, la mujer que había visitado mi habitación. No cabía la menor duda, era ella, morena y autoritaria, delgada y elegante, conocía cada uno de sus rasgos y cada curva de su cuerpo.

—Ah, sabíamos que te gustaría —oí como en un sueño la voz de Ciubotaru—. Es Maruca, una guapetona. ¿Qué te parece? Amante de Enescu y de Nae Ionescu. No es moco de pavo, ¿eh?

Ni siquiera hoy en día sé qué fue lo que pasó, pero luego he oído que Maruca, la princesa Cantacuzino, se les ha aparecido a otros por la noche, en Tescani, a lo largo del tiempo.

10

LOS HUEVOS Y LA COSTILLA me sentaron de perlas aunque no era la comida lo que más me preocupaba entonces. Me recuperé un poco más y el espantoso espectro del hambre, «plomo y tormenta, vacío, fin», en palabras del mismo dios tutelar de Băcău, retiró poco a poco sus garras de mi cuerpo martirizado. Maruca, en tamaño natural, nos envolvía con su fría mirada, en la que la arrogancia de la nobleza brillaba en todo su esplendor. No me lo podía creer, había vivido una historia con una aparición… Un *finis coronat opus* de aquel viaje infernal. Como unos diablillos menudos, como partes de aquel ser «que, queriendo hacer el mal, no hace sino el bien», Ciubotaru y los suyos permanecían completamente ajenos a mi drama y, en cuanto se recobraron del cansancio, se dedicaron a lo verdaderamente importante: arremetieron desde la mañana contra sus adversarios, es decir, más o menos todos los que pululaban en la literatura rumana y en la extranjera. Ya que, en cuanto acabaron rápidamente con toda la chusma local de aquella ciudad de zoquetes en la que ellos eran los mejores, se extendieron despacito hacia los escritores bucarestinos, unos capitalistas, unos fatuos carentes de valor. Ahora me enteraba gracias a ellos —que eran más viejos y sabían más cosas— de que todos los autores que yo admiraba eran de hecho unos impostores consumidos por los

vicios. ¿El gran poeta fulano? Un borracho, un trastornado. ¿El gran novelista mengano? No ha escrito nada en treinta años y ha caído en la pasión por el *whisky*. ¿La joven promesa zutano? Un onanista. ¿Ese otro? Un paranoico. Se sobreentiende que todos eran maricas, chivatos, pelotas, sinvergüenzas, borrachuzos y las escritoras, unas zorras ordinarias. Conocían con pelos y señales quién se había acostado con quién y cuántas veces. Una de ellas, con el técnico de calderas de su bloque de viviendas, otra, que se hacía la estirada, con los taxistas. Al cabo de una media hora, el campo de las letras contemporáneas parecía Hiroshima arrasada tras la bomba nuclear. Qué extraño que nos encontráramos allí desayunando y untando juntos el pan con mantequilla, los únicos individuos de talento en aquel país de truhanes y de putillas ordinarias… Por lo demás, debíamos de ser los únicos en todo el universo habitado pues, con el café, les llegó también a los extranjeros el turno de emprender el camino de la vergüenza y el deshonor. Según uno de los poetas gemelos, con la barba manchada de mermelada de albaricoque, Proust era un mito hueco, un invento de los judíos. Thomas Mann, un tío sin talento, seco y burgués como todos los alemanes. ¿Márquez? Un *kitsch* que se inspiraba en los culebrones. Aquí, sin embargo, planteé una pequeña objeción:

—Bueno, yo creo que al menos *Cien años de soledad* no es así… una obra de arte… —y todos me lanzaron una mirada sorprendida y piadosa.

¿Acaso no sabía que aquel gitano sudamericano era un invento de los comunistas franceses? ¿O es que me había impresionado tanto que le dieran el Nobel? El selecto club en

cuyo seno me estaba tomando el café sentía por el premio Nobel un desprecio soberano. Al parecer, no había mayor vergüenza para un escritor que ser considerado digno de él. ¿No sabía yo que todos los premios se daban con sobornos, entre camarillas, con enchufes, a cambio de servicios recíprocos? Ya ves, ninguno de ellos lo había recibido, y eso solo porque habían conservado su dignidad hasta el final.

Dicho lo dicho, nos levantamos de la mesa y salimos, en medio de un grandioso sol matinal, al patio de la casona, donde nos esperaba el coche destartalado del dramaturgo. Subimos en él y el estómago se me revolvió de nuevo con aquella mezcla de olores: vino agrio, vómito fresco, gasolina de octanos subdesarrollados… Llegamos a la carretera y condujimos por el paisaje moldavo varias horas de trayecto junto a casuchas derruidas y ciclistas con gorras de piel de borrego hasta que, al final de un viaje sin historia, volvimos a entrar en un Băcău de utopía negra, bloques de hormigón y polvo, ruina y miseria, y trazamos el recorrido hacia la estación a través de sus callejuelas. Alabado sea Dios, regresaría a Bucarest al menos vivo, que no indemne, tras aquella aventura demente. Me besé con los poetas y con el dramaturgo (que casi me rompe los huesos al abrazarme) y partieron en el coche a sus casas. Yo me quedé con el novelista Ciubotaru, raído y alicaído como siempre, visiblemente deseoso de librarse de mí cuanto antes.

Nos dirigimos hacia la taquilla. Nos colocamos frente a ella, dispuestos a esperar. De los baños nos llegaba un tufo inmundo. ¿Qué estábamos esperando delante de la taquilla? No sé qué esperaba Ciubotaru, pero yo esperaba que me

comprara el billete de vuelta. Charlamos unos diez minutos muy relajados. Gente apresurada se acercaba a la ventanilla con fajos de billetes en la mano y mi amigo les dejaba pasar por delante con gentileza. Por fin le pregunté por los billetes. Pareció despertar de un sueño profundo:

—¿Qué billetes? ¿Es que no te dimos el dinero para que los compraras? Yo estaba esperando a que lo compraras, me parecía raro… —Luego se dio una palmada tan fuerte en la frente que resonó por toda la sala—: ¡Es verdad, joder…! ¡Teníamos que cogerte los billetes!

Empezó a rebuscar por los bolsillos de su traje *beige*, el mismo con el que iba a todas partes, como si fuera su segunda piel. Hurgó veinte veces en cada bolsillo, sacó de ellos todo tipo de chismes mugrientos, pero ni un solo céntimo, ni para dar sombra a una pulga.

—Pues no tengo nada. ¿Qué podemos hacer ahora? ¿Tú no tienes nada de nada…? Que te lo mando yo luego por correo…

Fue un cuarto de hora penoso. Esto era el colmo después de todo lo que había pasado. Yo estaba a punto de empezar a lanzarle reproches, tal vez incluso de «perder los estribos», como había dicho en una ocasión el dramaturgo, cuando vi que el rostro bigotudo de mi amigo se relajaba. Sin decirme ni pío, echó a correr hacia la salida gritando «¡Nicu, Nicu!» y, tras desaparecer durante un rato, apareció de nuevo con el dinero de los billetes.

—Menos mal que lo he visto pasar por delante de la estación, era mi cuñado, un chaval majísimo…

Compré los billetes con ese sentimiento que el pájaro carpintero Woody expresa tan bien: «*This time, nothing can go wrong!*» Quedaba una hora aún hasta la llegada del tren de Bucarest. Salimos al andén. Claramente nervioso y cohibido, el novelista local estaba sobre ascuas.

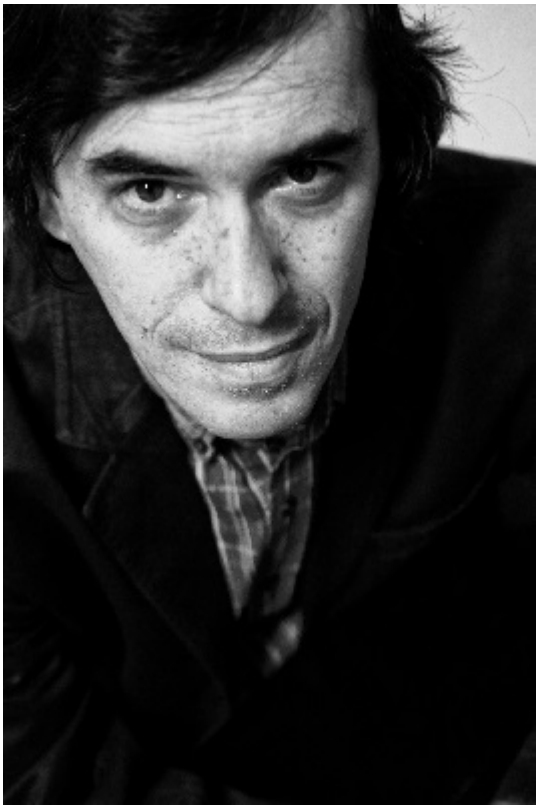
—Chaval, ya está. Espero que lo hayas pasado bien. Nosotros hemos hecho todo lo posible para que te sientas a gusto, para combinar lo útil y lo práctico…

—Claro, claro, os estoy muy agradecido —le dije, mirando los raíles—. Ahora ya me las puedo arreglar yo solo. No hace falta que esperes conmigo

—Bueno, la verdad es que tendría que irme ya, chico, ya sabes…

Nos besamos y nos dimos un largo apretón de manos. Tras cabecear una media hora en un banco, me levanté de un salto abrumado por ese pánico que solo sientes en las pesadillas: ¡la bolsa! ¡Se había quedado en el maletero del ARO! ¿A quién iba a llamar ahora? No tenía ninguna dirección, ningún número de teléfono. Cuando llegó el tren, subí como un perro apaleado, sin mi famosa bolsa de piel de imitación, repleta de mis pobres libros de poemas.

Nunca llegué a recuperarla.



MIRCEA CĂRTĂRESCU (Bucarest, 1 de junio de 1956). Poeta, narrador y crítico literario rumano. Está considerado por la crítica literaria el más importante narrador rumano de la actualidad.

Es doctor en Literatura Rumana por la Facultad de Letras de la Universidad de Bucarest, y autor de varias obras de enorme prestigio. Destaca *Levantul*, una epopeya heroico-cómica que es también una aventura a través de la historia de la literatura rumana, que sigue la técnica utilizada por el escritor irlandés James Joyce en el capítulo del *Ulises* «Los bueyes del sol». De hecho, se considera que Cărtărescu es uno de los más importantes teóricos del posmodernismo rumano, y se trata de un autor que goza de gran predicamento tanto dentro como fuera de las fronteras de Rumanía. La cumbre de su carrera narrativa lo constituye el volumen de cuentos *Nostalgia* (1993), en el que destaca, de manera indiscutible, «El Ruletista»,

considerada su mejor pieza de ficción hasta la fecha, admirada tanto en el ámbito anglosajón como en el francófono. Su último proyecto editorial, Orbitor (1996-2007), una críptica trilogía de tema onírico, de complicada lectura, adopta la forma de una mariposa, y se considera prácticamente intraducible. Sus obras han sido vertidas al inglés, al italiano, al francés, al español, al polaco, al sueco, al búlgaro y al húngaro. Es el autor rumano más apreciado en el extranjero, y algunos consideran que podría ser el primer escritor rumano en obtener el Premio Nobel de Literatura.

Notas

[1] Es la editorial que publica las obras de Cartarescu en Rumanía. (*Todas las notas son de la traductora.*) <<

[2] Alusión a la película *La muerte del señor Lazarescu* (2005), de Cristi Puiu. <<

[3] Cita de una obra del dramaturgo rumano Ion Caragiale. <<

[4] Referencia a Nichita Stanescu, famoso poeta rumano del siglo XX. <<

[5] Ioan Petru Culianu (1950-1991) fue un importante filósofo y escritor rumano. Fue profesor de Historia de las Religiones en la Universidad de Chicago. Fue asesinado en 1991, para muchos como consecuencia de su opinión crítica respecto de la situación política rumana. Se sospecha que detrás de su muerte estaban ciertos miembros de la Securitate, la policía secreta de Ceauşescu, aunque este extremo nunca pudo ser probado. <<

[6] Referencia al poeta Urmuz, pseudónimo de Demetru Demetrescu-Buzau (1883-1923), padre de la literatura del absurdo rumana. <<

[7] Juego de palabras: «ceasca» en rumano significa «taza», pero aquí se refiere a Nicolae Ceausescu. <<

[8] Kogalniceanu fue el consejero de Vodă Cuza y ambos lideraron las reformas que llevaron a la modernización del estado rumano a mediados del siglo XIX. <<

[9] *Morometii*, de Marin Preda, es la gran novela del campo rumano en el periodo interbélico. Plantea, en cierto sentido, la resistencia del campesinado rumano, con sus valores tradicionales sólidamente construidos en torno a la figura del patriarca, al avance implacable de la sociedad comunista. <<

[10] Especie de polenta, plato tradicional de la cocina rumana. <<

[11] Alusión a su obra *Levantul*, un largo poema narrativo que recorre la historia de la literatura rumana al estilo del capítulo «Los bueyes del sol», del *Ulises* de Joyce. Cartarescu lo publicó en 1990. <<

[12] Gulita es uno de los personajes creados por Vasile Alecxandri en su obra de teatro *Chirita in provincie*. El autor recrea la vida de una familia de terratenientes moldavos, vulgares y profundamente catetos, que aspiran a presentarse como personas cultivadas. Imitan los códigos mundanos y las buenas maneras pero solo consiguen provocar hilaridad con un francés macarrónico trufado de «rumanismos». <<

[13] Gabriel Liiceanu, el filósofo y propulsor de la Editorial Humanitas, tenía un coche BMW del que se sentía orgullosísimo y al que había bautizado con ese nombre. <<

[14] El Festival de Mamaia es un festival de canción popular que tiene lugar en verano al aire libre en la playa del mismo nombre. Se trata del centro de veraneo playero más popular del país. <<

[15] Zona montañosa situada en el oeste de Rumanía, conocida también como ţară de Piatra («El País de Piedra») y habitada por los «moţi», que algunos eruditos consideran descendientes de los celtas, por su pelo rubio y ojos azules, aunque es más probable que desciendan de los gépidos o incluso de los dacios. <<

[16] Andrei Plesu, filósofo y escritor, es una de las figuras más relevantes y populares del mundo cultural rumano. Su figura es inconfundible: poblada barba y anchas cejas. <<

[17] Se refiere a Cristian Mungiu, el director de *Cuatro meses, tres semanas, dos días*, ganadora de la Palma de Oro en el Festival de Cannes. <<

[18] Cantante rumano nacido en 1974, especializado en *manele*, una mezcla de folk rumano y música pop, con influencias balcánicas. <<

[19] Ion Caramitru es un prestigioso actor contemporáneo. Actuó, por ejemplo, en *Amén* de Costa Gavras. <<

[20] Juego de palabras intraducible: *vitel* en rumano significa «ternero». *Vitelus* es su diminutivo. <<

[21] Novela de aventuras de Radu Tudoran (1910-1992), Arriba las velas. <<

[22] Generación de poetas a la que pertenece también Mircea Cartarescu. <<

[23] Se refiere a *Enciclopedia Zmeilor* (2002), que sale a relucir algo antes en este texto. En rumano las dos palabras, «dios» y «dragón», se diferencian por una sola letra: *zeilor* / *zmeilor*, respectivamente. <<

[24] Siglas de la colección «Biblioteca Para Todos». <<

[25] Referencia a la descripción de la eternidad que hace el príncipe Svidrigailov en *Crimen y castigo* de Dostoievski. <<

[26] Barrio residencial de Bucarest donde se encuentra también el palacio presidencial. <<

[27] Se trata de una residencia universitaria. <<

[28] Antología poética de los poetas de la generación «ochentista». <<

[29] Personaje de una novela de Mihail Sadoveanu.
<<

[30] *Rocío*. Es un nombre muy exótico en Rumanía. <<

[31] Pantalones tradicionales del campesinado rumano, muy ajustados a las piernas. <<

[32] Estribillo que se repite en los bailes populares rumanos. <<

[33] Fiesta ortodoxa que se celebra el 6 de enero para rememorar el bautizo de Jesús. <<

[34] En la quinta página de los tabloides rumanos, aparecen habitualmente jóvenes desnudas o ligeras de ropa. <<

[35] Fragmento de *Tiganiada* de Ion Budai-Deleanu.
<<

[36] Licor de ciruelas. <<

[37] Provincia rumana en la orilla del Mar Negro. <<

[38] Hay que decir que el *gulash* es un plato tradicional húngaro y no rumano. <<

[39] Autor perteneciente al grupo de los ochentistas.
<<

[40] La trilogía *Cegador*, en edición de *Humanitas* tiene 1480 páginas. <<

[41] En honor al erudito rumano George Calinescu. <<

[42] El Garrone es la marca comercial de un vermú popular en Rumanía, de ahí el juego de palabras. <<

[43] Pueblo en el que transcurren parte de los recuerdos de infancia del escritor Ion Creanga. <<

[44] Personaje de *Crimen y castigo* de Dostoievski. <<

[45] Banat es una provincia en la frontera con Serbia. <<

[46] Versos del poeta Mihail Eminescu. <<

[47] Película del famoso director Sergiu Nicolaescu, fallecido en 2013. <<

[48] CFR es el nombre de la Compañía Nacional de Ferrocarriles rumana. <<

[49] Mihail Sadoveanu, famoso escritor especialista en novelas históricas de tema rumano, murió en 1961. <<

[50] Obras de Alexandru Bratescu-Voinesti, Marin Preda y Agârbiceanu, respectivamente. <<

[51] Ver nota 10. <<

[52] Macizo montañoso situado en los Cárpatos. <<

[53] Juego de palabras intraducible: *tesaturi* quiere decir «telas, tejidos» y *te saturi* quiere decir «te sacias» <<

[54] Juego de palabras humorístico: se trata de *tarancuta*, joven campesina, que se pronuncia como Tzara y es una velada alusión a lo que le espera al autor. <<

[55] Famoso prostíbulo de Bucarest. <<